

Los mexicanos y el México del Constituyente

(1916-1917)

VICENTE QUIRARTE



CÁMARA DE DIPUTADOS
LXIII LEGISLATURA



La Constitución nos une

COLECCIÓN
La Constitución nos une

Los mexicanos y el México
del Constituyente
(1916–1917)

COLECCIÓN
La Constitución nos une

Los mexicanos y el México del Constituyente (1916–1917)

Vicente Quirarte

Presentación
César Camacho

Edición
Carlos González Manterola



México, 2016

H. CÁMARA DE DIPUTADOS
LXIII LEGISLATURA

JUNTA DE COORDINACIÓN POLÍTICA

Dip. César Camacho

Presidente y Coordinador del Grupo Parlamentario del PRI

Dip. Marko Antonio Cortés Mendoza

Coordinador del Grupo Parlamentario del PAN

Dip. Francisco Martínez Neri

Coordinador del Grupo Parlamentario del PRD

Dip. Jesús Sesma Suárez

Coordinador del Grupo Parlamentario del PVEM

Dip. Norma Rocío Nahle García

Coordinadora del Grupo Parlamentario de MORENA

Dip. José Clemente Castañeda Hoefflich

Coordinador del Grupo Parlamentario de Movimiento Ciudadano

Dip. Luis Alfredo Valles Mendoza

Coordinador del Grupo Parlamentario de Nueva Alianza

Dip. Alejandro González Murillo

Coordinador del Grupo Parlamentario de Encuentro Social

H. CÁMARA DE DIPUTADOS
LXIII LEGISLATURA

MESA DIRECTIVA

Dip. José de Jesús Zambrano Grijalva

Presidente

Dip. Jerónimo Alejandro Ojeda Anguiano

Dip. Edmundo Javier Bolaños Aguilar

Dip. María Bárbara Botello Santibáñez

Dip. Daniela de los Santos Torres

Vicepresidentes

Dip. Ramón Bañales Arámbula

Dip. Ernestina Godoy Ramos

Dip. Alejandra Noemí Reynoso Sánchez

Dip. Verónica Delgadillo García

Dip. Isaura Ivanova Pool Pech

Dip. María Eugenia Ocampo Bedolla

Dip. Juan Manuel Celis Aguirre

Dip. Ana Guadalupe Perea Santos

Secretarios

H. CÁMARA DE DIPUTADOS
LXIII LEGISLATURA

CONSEJO EDITORIAL

PRESIDENCIA

Grupo Parlamentario del PRI

Dip. Adriana Ortiz Lanz, titular.

Grupo Parlamentario del PAN

Dip. Emma Margarita Alemán Olvera, titular.

Dip. Luz Argelia Paniagua Figueroa, suplente.

Grupo Parlamentario del PRD

Dip. Ángel II Alanís Pedraza, titular.

Dip. Victoriano Wences Real, suplente.

Grupo Parlamentario del PVEM

Dip. Alma Lucía Arzaluz Alonso, titular.

Dip. José Refugio Sandoval Rodríguez, suplente.

Grupo Parlamentario de MORENA

Dip. Patricia Elena Aceves Pastrana, titular.

Dip. Virgilio Dante Caballero Pedraza, suplente.

Grupo Parlamentario de Movimiento Ciudadano

Dip. René Cervera García, titular.

Dip. María Candelaria Ochoa Ávalos, suplente.

Grupo Parlamentario de Nueva Alianza

Dip. Carmen Victoria Campa Almaral, titular.

Dip. Francisco Javier Pinto Torres, suplente.

Grupo Parlamentario de Encuentro Social

Dip. Ana Guadalupe Perea Santos, titular.

Dip. Melissa Torres Sandoval, suplente.

Secretaría General

Mtro. Mauricio Farah Gebara

Secretaría de Servicios Parlamentarios

Lic. Juan Carlos Delgadillo Salas

Dirección General de Documentación,

Información y Análisis

Lic. José María Hernández Vallejo

Centro de Estudios de las Finanzas Públicas

Centro de Estudios Sociales y de Opinión Pública

Centro de Estudios de Derecho e Investigaciones Parlamentarias

Centro de Estudios para el Adelanto de las Mujeres

y la Equidad de Género

Centro de Estudios para el Desarrollo Rural Sustentable

y la Soberanía Alimentaria

Secretario Técnico

Mtro. José Luis Camacho Vargas



GM-Espejo Imagen S.A. de C.V.
www.gmespejo.com.mx

Carlos y José Ignacio González Manterola
Dirección del proyecto

Edgar Rojano Francisco Montellano
Coordinación editorial Asesoría iconográfica

Miguel García Audelo Aída Flota
José de Jesús Arenas Ruiz Miguel García Audelo
Asesoría Editorial Enrique Martínez
Corrección de estilo

Aton Atiuh Paredes Galeana Ernesto Rodríguez Alarcón
Coordinación de la investigación Ismael Patiño
iconográfica Corrección en color

Jaime Joyner Díaz
Diseño y diagramación

Un especial agradecimiento a
FERNANDO ZERTUCHE MUÑOZ

Los mexicanos y el México del Constituyente 1916–1917

FOTOGRAFÍA DE LA PORTADA:
Venustiano Carranza recibe un homenaje de los niños, le acompaña Félix F. Palavicini.
Fotografía firmada por Ediciones Domínguez. Colección particular.

Es una obra que forma parte de la Colección “La Constitución nos une”, como un esfuerzo colectivo que encabeza el Consejo Editorial en coordinación con la Secretaría General; Secretaría de Servicios Parlamentarios; Dirección General de Servicios de Documentación, Información y Análisis; Centro de Estudios de las Finanzas Públicas; Centro de Estudios de Derecho e Investigaciones Parlamentarias; Centro de Estudios Sociales y de Opinión Pública; Centro de Estudios para el Adelanto de las Mujeres y la Equidad de Género y Centro de Estudios para el Desarrollo Rural Sustentable y la Soberanía Alimentaria de la Cámara de Diputados.

ISBN 978-607-7844-72-3
Segunda edición, 2016.
© LXIII Legislatura de la H. Cámara de Diputados
Av. Congreso de la Unión, Núm. 66
Edificio E, Planta Baja
Col. El Parque
Ciudad de México
Tel. 5036 0000 Exts. 51091 y 51092
<http://diputados.gob.mx>

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las Leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante cualquier alquiler o préstamos públicos.

Impreso en México/ Printed in Mexico

ÍNDICE

PRESENTACIÓN <i>César Camacho</i>	I
PRELIMINARES PALABRAS E IMÁGENES <i>Claudia Canales Ucha</i>	V
LA REVOLUCIÓN MEXICANA: EL PRINCIPIO DE LA ENTELEQUIA <i>Salvador Rueda Smithers</i>	IX
INTRODUCCIÓN <i>Vicente Quirarte</i>	XVII
Entre fuego y cenizas, el recorrido triunfal de Carranza	1
Vida cotidiana, el combate de todos los días	31
Los creadores, la cultura, el arte y el pensamiento	147
Los pequeños héroes olvidados: la infancia en la revolución	177
México, teatro de guerra	207
Petróleo y Minas las venas plateadas de la nación	231
Obreros: Engranajes de la Revolución	249
Comercio: alas del progreso	291
Agrarismo, espíritu legendario de la revolución	321
Congreso Constituyente	355
Directorios	379



PRESENTACIÓN

La poesía es eco de nuestros sentimientos; la historia, de nuestro pasado. Poesía e historia son reminiscencias de algo que ya vivimos; que ya ocurrió. Son expresiones de lo que deseamos y precedente de lo que sucederá, pues como ha dicho Vicente Quirarte, “si la historia es una máquina del tiempo, la poesía es una máquina sin tiempo”.

Este libro trata de una historia que es un poema; descripción de la relación entre el texto y el contexto del momento fundacional del México moderno. Nos demuestra cómo, al entrelazarse y afectarse mutuamente, la letra de la Constitución y aquel momento fulgurante no solo plasmaron la realidad imperante en 1917, sino que trazaron las primeras líneas del futuro nacional. Describieron lo ocurrido y anunciaron lo que habría de venir.

Esta obra es mucho más que un recorrido visual por el escenario nacional; es la erudita revelación de un país que contiene un mundo por conocer. Imágenes que no ideábamos y palabras que han entrado en desuso nos sorprenden y demuestran lo inexplorado de tan aludida etapa de nuestro devenir.

Además de las personas, las ciudades de México, Querétaro y los principales centros urbanos de ese tiempo son los personajes que dan cuenta de las diversas realidades que coexistían en esa época, y nos presentan una nación viva, a pesar de tanta muerte; un pueblo al que no paró la violencia ni la destrucción revolucionarias, sino que siguió tratando de avanzar y lo consiguió. Es una comunidad en movimiento, que no se detuvo a pesar de la devastación. Aquí hablan las imágenes, que explican cómo la vida imparable triunfa sobre la segadora muerte, al visualizar a la soldadera y a su pareja, acompañados de sus hijos, los que ya tienen y los que van apenas a nacer.

La edición nos muestra que el de 1917 no era un país aislado y nos recuerda el escenario del orbe marcado por la primera guerra mun-

El Primer Jefe le indica al Gral. Francisco L. Urquiza el camino a seguir, Teoloyucan, noviembre de 1916. Fotografía Mendoza Hermanos. Fondo de la Revolución Constitucionalista, Dirección General de Monumentos Históricos, INAH.

dial y la compleja relación con los Estados Unidos, cuya expedición punitiva concluiría apenas dos días después de la promulgación de la Constitución y, por supuesto, las relaciones con América Latina, ideal carrancista de un panamericanismo que no se pudo concretar.

Con esta obra queda claro que conmemorar el centenario de la Constitución mexicana no es solo revisar las discusiones de los constituyentes, en el entonces Teatro Iturbide, sino poner atención a la resonancia de aquellas voces que intentaban hacerse escuchar a lo largo y ancho del territorio mexicano; expresiones de angustia, ciertamente, pero también de esperanza.

Esta es una inmersión profunda, un registro de la vida cotidiana del México de la Revolución. Las imágenes nos muestran fábricas, haciendas, establecimientos mercantiles, medios de transporte y de comunicación; un país que se moderniza, que progresa y su contraste con el bucólico medio rural; los pueblos con sus modestos caminos y puentes, de aspecto tan alejado de la urbanidad, tan cercano al abandono y al olvido.

En estas páginas, la fotografía rescata figuras y actores que hicieron nuestra historia. En el paisaje aparecen niños, mujeres, peones, obreros, la mayoría carente de derechos y satisfactores; y todos ellos portadores de objetos que se hacen icónicos: el sombrero, el calzón de manta, los huaraches, que convierten a las personas en personajes.

En el ámbito de la cultura desfilan imágenes de los teatros, los cines, así como de las más diversas festividades populares. Se hace mención de las obras de época, la poesía, la novela, la literatura en general, para hacer patente el momento en que la Revolución quería convertir el discurso de las armas en el discurso de las letras, como dice el autor.

El historiador nos transmite vívidamente momentos y ritmos del país, durante esa eclosión social que alteraba los parámetros de tiempo y espacio, describiendo la enorme zanja que separaba a unos de los otros y que, paradójicamente, los acercaba en la búsqueda de la prosperidad y la paz.

La obra ayuda a reconocer en cada artículo de nuestra Carta Magna, la reflexión de ciudadanos que miraron con fraternidad a quienes tenían al lado; que se supieron encontrar entre sí, a pesar del caos de la guerra fratricida y se miraron al mismo tiempo en el espejo de una legalidad pretendida y del amor a la Patria.

Se requería de una pluma muy fina, versada y artística. Es una fortuna haber contado, en esta empresa editorial, con la colabora-

ción de Vicente Quirarte, hombre de letras en la más ancha y versátil acepción de esa expresión, historiador por legado paterno, poeta de estirpe, miembro de la Academia Mexicana de la Lengua y de El Colegio Nacional y, ante todo, mexicano de bien. Nuestro apreciado autor apostilla las imágenes reunidas y nos hace partícipes del México paralelo al que pensamos era único, alternativo a esa Revolución que aún no llegaba a gobierno. En su texto puntualiza: “todos somos hijos de Demetrio Macías”, el protagonista de *Los de abajo* de Mariano Azuela, y así aparecen en el libro, quienes participaron y los que no lo hicieron, vencedores y vencidos, quienes cayeron y los que sobrevivieron. Están también, de muchas formas expresadas, las aspiraciones y esperanzas que los mexicanos depositaron en el Constituyente reunido en Querétaro en 1917.

Pertinente, esta publicación muestra una faceta poco conocida del momento en que nuestro país discutía y aprobaba la Ley fundamental e invita conocer con más detalle lo que fue el país; a realizar una edificante reflexión acerca de lo que es el México de nuestros días y lo que queremos que sea en el tiempo por venir. Es un gran testimonio que acredita que, entonces como ahora, la Constitución nos une.

César Camacho



PALABRAS E IMÁGENES

Claudia Canales Ucha

Todos somos herederos de *Los de abajo*, concluye Vicente Quirarte en el texto principal del libro que hoy presentamos. Todos somos hijos de Demetrio Macías, personaje fundacional de la novela de la Revolución mexicana cuyo ciclo comienza, recuerda el autor, nada menos que en 1916, cuando la obra de Mariano Azuela vio por primera vez la luz en forma de libro, tras haber aparecido por entregas unos meses antes en las páginas del diario *El Paso del Norte*. La efeméride, acaso ya medio empolvada en la memoria de algunos, es mucho más que un dato erudito y nos coloca de lleno frente a una paradoja de la historia, pues ¿qué si no eso, una gran paradoja, es el hecho de que el mismo año que se reúnen los constituyentes a dar forma jurídica a los ideales de la revolución, se publique el primer relato que cuestiona la razón y el sentido de esta? Visiones discrepantes, discursos divergentes: al guijarro que rueda hacia el abismo, inconsciente de la fuerza que lo arrastra, se opone la solidez de un código; a los hombres dispersos por el desencanto y la muerte, la fuerza centrípeta de una voluntad de nación. Quizá desde nuestra mirada contemporánea la narración de Azuela resulte prematuramente pesimista. En 1915, cuando él escribe, no había muerto Emiliano Zapata, no había muerto Felipe Ángeles, no había muerto Pancho Villa, no había muer-

to... la lista es larga. Podríamos decir entonces que la sensibilidad del escritor algo tiene de presagio, o bien que en esa fantasía urdida a partir de los hechos inmediatos, en esa construcción ficticia que es toda novela, subyace muchas veces una intuición profunda de la historia.

Precedido por el prólogo de Vicente Quirarte a la manera de aquellos arcos triunfales que erigían para el Primer Jefe en las poblaciones que se rendían a su paso, este libro transita cronológicamente entre el arribo multitudinario de las huestes carrancistas a la Ciudad de México en agosto de 1914, una vez derrotadas las fuerzas federales de Victoriano Huerta, y la promulgación de la Carta Magna de 1917, seguida semanas después por el ascenso al poder de don Venustiano. Se trata de una versión victoriosa y unívoca de la gesta revolucionaria; periplo ideológico y político que deja de lado, por ejemplo, las pugnas y contradicciones de la convención de Aguascalientes, las diferencias y recelos con los caudillos Villa y Zapata, e incluso las tendencias diversas que afloraron en los debates de los constituyentes, muchos de estos identificados más con las raíces populares y sociales del sacudimiento bélico que con las reivindicaciones políticas de los sectores medios, representados por la figura grave del coahuilense.

Imposición de una banda tricolor al Primer Jefe en un palco del Teatro Arbeu; de izquierda a derecha aparecen Cándido Aguilar, Pablo González, Heriberto Barrón, Venustiano Carranza y Benjamín Hill, septiembre de 1916. Anónimo. © 5733 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.

El texto introductorio del libro provee al lector de ese marco de referencia general que suele pasarse por alto cuando se habla de la Revolución mexicana y nos sitúa tanto en el contexto occidental de hace cien años –el de la Gran Guerra europea, que echó mano por primera vez de los ataques aéreos–, como en la atmósfera cultural de aquel México y aquellos mexicanos que, dicho sea de paso, también se precipitaron a los llanos de Balbuena para ver despegar a las máquinas voladoras. Gracias a la evocación que hace Quirarte de los protagonistas de la prensa y de las letras –muchos a caballo entre la larga tradición romántica y el llamado de las vanguardias, pero todos figuras notables de aquel joven siglo xx–, recuperamos una perspectiva de la historia y de los años ritmada por aportaciones creativas indelebles; por los aciertos de la gran prosa y los atisbos luminosos de la poesía: López Velarde, Luis G. Urbina, Efrén Rebolledo, Martín Luis Guzmán, Amado Nervo, Nellie Campobello, Federico Gamboa, José Juan Tablada, en fin, la lista es larga.

Sin inscribirse de lleno en el género de las historias ilustradas menos aún en el de las historias gráficas, este libro es sin duda eminentemente visual. Por ello es imprescindible hablar de ellas, las imágenes, protagonistas centrales de esta edición que, pese a privilegiar una sola vertiente del macro relato de la revolución, oscila y vacila entre la figura de Venustiano Carranza que señala desde las alturas el camino a seguir y las multitudes que escapan a su guía parsimoniosa, siempre reacias al poder cupular, movidas bien por la inercia masiva de la disrupción, bien por la lealtad a jefes regionales inmediatos, bien por la recóndita convicción de que tienen poco que perder. Si bien en este vaivén del individuo a

las masas y de las masas al individuo es Carranza quien marca la cadencia de principio a fin, el pueblo bajo, la gente –como hoy se dice– aparece una y otra vez como personaje colectivo y vital, en fragmentos de tiempo y espacio que más que una narrativa, como se señala erróneamente en distintas partes del libro, constituyen estampas de los afanes diarios por sobrevivir en la precariedad. Niños y mujeres, artesanos y peones, jóvenes y ancianos envueltos en el tumulto de la bola que a la vez se reponen a su oleaje, asidos a sí mismos o sostenidos en la propia multitud.

Vivimos en un mundo de imágenes. Para muchos contemporáneos, sobre todo jóvenes, el lenguaje de estas es más accesible y familiar que el de la palabra escrita. Desde hace décadas los historiadores las han incorporado al amplio repertorio de sus fuentes documentales, en especial a las fotografías, objetos mnemónicos, proliferantes, exogámicos, promiscuos, polisémicos y, en contra de lo que suele pensarse, altamente dúctiles, ya que pueden cambiar de significado según el texto y el contexto que las enmarcan. En estas brevísimas líneas quisiera hablar, justamente, de algunas de las tensiones que atravesaron mi lectura y que se refieren sobre todo al problema que plantea la compleja y a la vez obligada relación entre palabras e imágenes.

Dice Michel Foucault que la imagen es irreductible a la escritura. Lo que aquella dice de una sola vez, en la instantaneidad de un disparo que capta todos los aspectos visibles de un fragmento del mundo físico y el receptor la percibe también de un solo golpe; la escritura, lo dice en cambio durante una secuencia temporal, en un intervalo que tiene principio y fin. Esta diferencia esencial entre ambos lenguajes –y por supuesto no la única–, explica en parte el gran reto de hacer

historia con fotografías, de manera tal que imágenes y textos se enriquezcan mutuamente, cual matrimonio bien avenido, en beneficio del proceso comunicativo que implica leer y mirar un libro. Quién elige las imágenes y escribe o selecciona los textos, con qué criterios lo hace y en qué orden los presenta al lector más allá de la secuencia capitular, son algunos aspectos esenciales para comprender, por ejemplo, el rango temporal que abarcan las fotografías, las principales fuentes escritas consultadas y el propósito con el que unas y otras se colocan lado a lado en cada página. Si la fotografía es aliada e intrusa de la vida, los textos a veces pueden ser aliados o intrusos de las imágenes y, a su vez, las imágenes aliadas e intrusas de los textos.

Pese a estas reflexiones, nada impidió que en el curso de mi lectura mis ojos quedaran varias veces suspendidos en imágenes de indudable belleza, como esa a doble página del tianguis de Guanajuato donde brillan los aguacates de cáscara delgadita al lado de los esquites tatemados, dentro de una composición que podría haber firmado Paul Strand. O esa otra, para mí entrañable y hasta ahora desconocida, de una multitud de niños varones que dan la espalda a la bandera para posar ante el fotógrafo, en lo que parece un patio escolar. Me sumergí sobre todo en ciertas fotos tomadas durante 1915, el año de la carestía y el hambre, entre las cuales hay verdaderas joyas de instantaneidad documental; grandes planos abarcadores como el de las páginas 296 y 297 que recuerdan, o mejor dicho, anuncian las tomas del neorealismo cinematográfico italiano de los años cincuenta. Pero, ¿por qué apelar a estéticas extranjeras para validar las propias?, ¿por qué no decir llanamente que estos atisbos y estos aires, estas gradaciones y estas

texturas, forjaron un imaginario sin el cual nuestra más íntima noción de México sería hoy casi impensable? Siempre hay algo que quiero asir en lo profundo cuando veo estas fotografías. Nunca sé con claridad qué es; tal vez todo aquello que se aleja un poco más cada momento que pasa, que nos arroja a la cara la rotundidad del tiempo; tal vez el anhelo de un lugar, de un país, que prometía la felicidad. Sé, sin embargo, que cuando miro ciertas imágenes vuelvo a encarar el hallazgo punzante que me hace sonreír desde mi propia perplejidad. En una de ellas, en lo que podrían ser las afueras de un almacén o una estación de ferrocarril, muy abrigados porque seguramente hace frío, hombres y mujeres del pueblo se agolpan sobre una plataforma, quizá a la espera de unos costalitos de grano para cargar en la carreta vacía. Y justamente allí, allí sobre el muro de adobe del fondo de la escena, surge el detalle que escaparía a cualquier cronista, la ironía agazapada que solo puede revelarnos la fotografía: el aviso publicitario que conmina a esos desharrapados con una sola frase perentoria: Fumen cigarros *Mejores*.



LA REVOLUCIÓN MEXICANA: EL PRINCIPIO DE LA ENTELEQUIA

Salvador Rueda Smithers

En *Las trampas de la fe*, uno de sus libros más justamente famosos, Octavio Paz daba lugar al pensamiento histórico como línea de identidad temporal. El dibujo de la singularidad de una sociedad no vendría del efecto de sus obras, tampoco de los logros que por fuerza o convencimiento conquistara frente a los demás, sino por la valoración que tuviese de sí misma. Escribió que una “sociedad se define no sólo por su actitud ante el futuro sino frente al pasado: sus recuerdos no son menos reveladores que sus proyectos”. La cita se abre al análisis, al ejercicio de desatar —que es el significado de la palabra griega *análisis*— las dudas sobre nuestro pasado: ¿Cómo podría definirse la sociedad mexicana hacia 1910? Es probable que fuera inexistente su actitud ante el futuro, preocupados todos, como estaban, por vivir al día; y seguramente sería magro y estereotipado el conocimiento de su pasado.

Con este retrato desalentador, resulta imposible que alguien que fuera testigo de las Fiestas del Centenario imaginara siquiera el cambio tan radical que, en siete años terribles y magníficos, viera nacer el mexicano a su siglo xx con un concepto de sí mismo orgulloso y pujante. Menos aún debió siquiera esbozar que tendría una Constitución política nacida de debates prolijos y valientes, múltiples y violentos. La del México de 1910,

en el ocaso porfiriano, debió ser una inteligencia dormida. Yo pienso que la Constitución de 1917, con un México ya alerta, fue la victoria de los justos.

Pero la somnolencia del México porfiriano ya no sería su característica en 1916. La historia lo ha narrado una y mil veces: si algún sueño se tenía al mediodía de la Revolución, ese sería el sueño de la razón que buscó la justicia social y la unidad nacional. Sabemos que el despertar no fue terso. Tampoco fue mortecino. De ello da cuenta el magnífico libro que hoy nos convoca.

En otro lúcido texto, Paz también afirmó que la “historia del hombre podría reducirse a la de las relaciones entre las palabras y el pensamiento”. Esta compleja calidad es sólo posible cuando se encuentra el vocabulario adecuado. No otra cosa anuncia César Camacho en su invitación a la lectura de este libro: poesía e historia explican sin enjuiciar lo que ya ocurrió. En mi opinión es certera la manera de invitar al lance de leer un libro de la historia de la Revolución: la sociedad que la hizo, tan cargada de introspección regionalista por una parte y de excentricidad y curiosidad por descubrir al “otro” mexicano por la otra, resulta tan enigmática hoy como lo fue ayer. Y so pena de caer en el autoelogio —tan innecesario como intelectualmente peligroso ahora— o el aburrimiento —el espectro

Viudas de la Revolución en entrevista con Venustiano Carranza, ca. 1916. Fotografía Mendoza Hermanos. Centro de Estudios de Historia de México, Carso.

temido de cualquier libro—, el reto de hacer un libro novedoso sobre este tema, para centrar la atención en el contexto y las circunstancias de la elaboración de la Constitución de 1917, debía apelar a la innovación, a la calidad de autores de los textos y de la selección de imágenes, su lectura paralela, así como al probado buen trabajo editorial. Para fortuna de todos, se eludió al fantasma y se nos ofrece un libro elegante pero no de ornato, bien trabajado pero ligero, que refiere temas no pocas veces terribles pero gentil, atractivo y útil. Llama a la memoria y a la inteligencia.

En su Prólogo, César Camacho resuelve un viejo y abrupto binomio, el de la historia y la poesía, el del pasado como sucedió y su traducción a palabras. Importante obertura a esta obra, toda vez que Vicente Quirarte es por igual poeta por vocación e historiador por linaje. Tiempo medible y tiempo sentido, como alguna vez Octavio Paz reflexionó. Pero es importante también por otro asunto que César Camacho señala directamente: la historia es lo sucedido y recordado y es también su relato —o mejor, sus relatos—. Historia como narrativa e historia como testimonio. Sin remilgos, el prologuista nos sitúa a los lectores en el centro del libro: está construido por un escritor de historias que reflexiona a través de la literatura y de las imágenes que atestiguan momentos precisos de los tiempos idos. Y nos recuerda que Quirarte dijo que mientras la historia es una máquina del tiempo, la poesía una máquina sin tiempo. Alguna vez, valga la nota marginal, José Luis Martínez dijo que un libro es una máquina de pensar.

Máquina de pensar que recurre a la lectura doble: por un lado, la cadena de textos seleccionados por Vicente Quirarte, textos

de autores que cubren la escritura de aquella realidad a lo largo de un siglo; del otro, varias decenas de fotografías que atrapan escenas de vida cotidiana o retratos de momentos cruciales, que capturaron gestos de alegría o de último aliento vital, de rutina y de novedad. El resultado lleva a pensar en el inmenso horizonte de aquello que los filósofos llaman “entelequia”, esto es, la “posibilidad de posibilidades”: las imágenes son instantáneas de sucesos minúsculos, de actos comunes de la vida pero tangenciales de la historia, que sumados trazan el destino colectivo. Las imágenes son jirones de historia a los que el azar y la lógica —esos dos elementos divorciados pero trenzados— convierten en hechos trascendentes. Todos esos actos, y este es el principio de la entelequia, son la cifra abreviada de la misma historia; y lo sabemos gracias a los textos escritos que Quirarte cuidadosamente seleccionó, a la literatura que anuda la realidad y la imaginación, y a la historiografía que amarra los sucesos a las ideas.

Aunque es obvio, no sobra referir que los textos usados a manera de pie de ilustración que nos ofrece este libro, todos ellos, son referencias elaboradas posteriormente a lo que el ojo del fotógrafo y las posibilidades técnicas de su cámara captaron. El autor compilador nos convierte a los lectores en contemporáneos de las dos disímiles fuentes, de imágenes y narrativa.

La clave de la verosimilitud de este ejercicio radica en la claridad de la relación entre lo que se ve y se lee, transparencia debida por supuesto al conocimiento enorme de Quirarte sobre el tema y a que supo concertarlo de tal manera que no se siente el extrañamiento entre la mirada y la escritura. Su tonalidad es la de un moderno que mira hacia el pasado.

El aviso del Prólogo resulta indispensable para emprender la lectura de textos e imágenes. Señala que la Revolución, a diferencia de su contemporánea Gran Guerra en Europa, terminó como un aliento de esperanza, y no como la convalecencia de un organismo afligido de depresión. México salió con el alma fortalecida después de su confrontación civil; Europa terminó herida en 1918, mutilada y cargada de rencores que estallarían veinte años después. En nuestra latitud, terminó la Revolución como proceso histórico en 1920 para iniciar otro, el de la consolidación de un novedoso sistema político y de ajuste de cuentas con el pasado, el de la construcción de instituciones como herramientas para el buen gobierno que cerrara longevas asignaturas pendientes con la sociedad entera.

Y es que México, apuntó razonablemente César Camacho, era “una nación viva, a pesar de tanta muerte”. De ello da testimonio la otra lectura a la que invita este libro: la de las fotografías, testimonios inalterables del vivir cotidiano. Asimismo invita a incursionar en los diez escenarios que dan cuerpo a la obra, a saber: “Entre fuego y cenizas, el recorrido triunfal de Venustiano Carranza”; “Vida cotidiana, el combate de todos los días”; “Los creadores, la cultura, el arte y el pensamiento”; “México, teatro de guerra”; “Petróleo y minas, las venas abiertas de la nación”; “Obreros, engranes de la Revolución”; “Comercio, alas del progreso”; “Agricultura, espíritu legendario de la Revolución”; y “Congreso Constituyente”. Los títulos hablan por sí mismos, y es evidente que están relacionados todos con los asuntos que preocuparon y ocuparon los debates constituyentes y dieron originalidad a la Constitución.

Para entender el instrumental que guía la lectura, vale la pena dibujar aunque sea en

trazo rápido a su autor. Ya bocetó César Camacho en el Prólogo el *currículum* profesional y de estirpe de Vicente Quirarte; yo tan sólo agrego un par de notas que refieren a su idea de la historia. En alguno de sus ensayos breves, verdaderas joyas de saber acumulado con paciencia, Quirarte refirió al verdadero sentido del relato histórico; dijo que :“(…) *la historia tal como fue, como pudo haber sido, como yo hubiera querido que fuera (…)* no dista de la concepción borgiana de la Historia: más que lo históricamente comprobable, lo simbólicamente verdadero” (“Milonga para el arma blanca”). En otro ensayo, afirmó que “(…) *la Historia es madre de la imaginación. Tan poderosa, mágica y sorprendente como la ficción, nos espera para que volvamos a contarla. Inagotable y cíclica, renovada y polémica, la Historia resucita con alas de la imaginación para que podamos pisar tierra firme*” (“Su Majestad la Historia”). Con este par de citas enfrente, se aborda la deliciosa aventura de saber cómo se pintaron los mexicanos a sí mismos en 1916 a través de la fotografía y a partir de 1916 a través de los diferentes géneros literarios.

Decía Octavio Paz que la Revolución Mexicana tenía una naturaleza singular: “A diferencia de las otras revoluciones del siglo xx, la de México no fue tanto una expresión de una ideología más o menos utópica como la explosión de una realidad histórica y psíquica oprimida. No fue obra de un grupo de ideólogos decididos a implantar unos principios derivados de una teoría política; fue un sacudimiento popular que mostró a la luz lo que estaba escondido”. Nuestro país era un mundo por conocer, afirma César Camacho, y eso es lo que revela el trabajo de Vicente Quirarte. Pero también era una nación quebrantada que en esos años mostraba la

voluntad de reconstruirse. Se regresaba al orden constitucional. Y comenzaba con pie firme: los Constituyentes, reunidos en Querétaro desde el 20 de noviembre de 1916 para iniciar los debates el siguiente 1º de diciembre, eran hombres sin miedo y con la firme convicción de que los problemas podían resolverse. La confianza en los principios y la responsabilidad de hacerlo pesaba sobre sus hombros tanto como en los del Primer Jefe Venustiano Carranza y sus revolucionarios. La tarea era inmensa: a la par de pacificar al país y batallar en los terrenos de la diplomacia contra un agresivo Estados Unidos para hacer salir con la dignidad debida a los expedicionarios de Pershing que perseguían a Pancho Villa, debían aceptar en su Carta Magna las ideas de reforma social y de novedosos derechos colectivos que refrendaban la lección de los muchos movimientos revolucionarios desatados por Francisco Ignacio Madero: esto es, estalló la muticulturalidad como esencia del alma mexicana, la diferenciación regional de costumbres y maneras de ser y poseer; y es que, en fin, el choque entre “los de abajo” resultó en el careo de las culturas del gran mosaico que es México. Esa pluralidad queda trazada con precisión en este libro. “Todos somos hijos de Demetrio Macías”, nos recuerdan en distintos pasajes Camacho y Quirarte.

En algún otro de sus textos, Vicente Quirarte habló de los muchos “servicios que la realidad otorga a la fantasía”. Aquí hace un ejercicio de arqueología: la de la conversión de la Revolución y la guerra en literatura y en artificios plásticos –la pintura, el grabado, la ilustración gráfica, la fotografía, el cine. Todas estas expresiones han dado forma a las ideas que tenemos de ese momento y de sus protagonistas principales. Acompañan

a las fotografías la compilación de párrafos pequeños y cargados de significado de ensayos historiográficos, de poemas, de crónicas, de reflexiones autobiográficas, de interpretaciones propias de Quirarte que adelantan su idea de lo que se mira y se relata. Baste, simplemente, mirar con atención las fotografías seleccionadas; veamos tan sólo la proporción humana: rostros indios, endurecidos por las condiciones de vida; descalzos frente a los contratistas blancos bien vestidos y alimentados de Chiapas; indígenas apenas cubiertos en el trapiche, la boca de la mina o en el campo petrolero; facciones mestizas en los combatientes, en los condenados a muerte y en las mujeres que hacen fila para conseguir alimento; el rostro del miedo y la confusión del niño que tiene que atestiguar el gesto del pariente fusilado. Al desdoblarse en palabras escritas o en imágenes de cine, lo terrible de la Revolución se transformó en gesta trágica y heroica: fue la lucha entre la justicia y la voluntad.

Ahora bien ¿cómo se facturó este libro? De entrada, con la voluntad de quien apela a la memoria política y defiende su utilidad presente. Recordar la Constitución es, para algunos, un acto que huele a rancio; pero para otros, para nosotros, es urgente toma de confianza en lo que somos y hemos sido, en lo que hicieron las generaciones anteriores y lo que debemos heredar. También hay trabajo de diseño editorial, cuya decisión fue hacer un libro a la altura de lo que se celebra, pero al mismo tiempo manuable para el lector. Y con un escritor que tiene enfrente al lector ideal. Alguna vez Quirarte dio un consejo: “Aspire a que lo que escriba sea como el mar: complejo, profundo, interminable. Aunque tarde años en hacerlo. Dios no hizo al mundo en un solo día”. Por suerte para nosotros los

lectores Vicente Quirarte no predicó con el ejemplo y terminó en tiempo y forma el libro que hoy nos convoca.

El orden que armó va desde las decisiones que fueron dando cuerpo al gobierno revolucionario de Carranza hasta las minuciosas operaciones de hombres y mujeres frente a la caja de un banco o las menos amables de adultos y niños miserables en las áreas de secado de una hacienda henequenera o en la inapelable antesala del infierno del ángulo más oscuro de una mina, lugares donde desde hacía siglos el mundo nacía cada día – para robar otra idea melvilliana de Quirarte. La fotografía es fuente testimonial y prueba inequívoca: la geografía humana del México de 1916 queda al desnudo: paisajes agrestes, caminos que poco habían cambiado desde los tiempos virreinales, ferrocarriles que lo mismo llevaban mercancías que vida o muerte, haciendas viejas o instalaciones industriales de modernidad vanguardista van apareciendo en el largo horizonte que nos preparó Quirarte en este espléndido libro.

La línea del tiempo la dio la realidad. 1916 y 1917 son la encrucijada entre la guerra y la construcción legal. Pero nació del descuido del gobierno porfiriano. Escribió Paz, si se me permite abusar de sus razonamientos, que cada “vez que rompemos la medida herimos al cosmos entero”. De ahí la proyección nacional e incontenible de la Revolución y de ahí la búsqueda de soluciones permanentes que dan carácter de ordenamiento constitucional a las demandas políticas y sociales. A partir del llamado del Plan de San Luis Potosí en 1910 y de su brusca ratificación en el Plan de Ayala de noviembre de 1911, los campesinos aparecen en la historia nacional como hombres vivos, exigentes, incrédulos, igualmente creativos que tradicionalistas.

Los revolucionarios del campo zapatista descreyeron del progreso como camino inevitable y aún deseable de la historia. En ese mismo 1917 decía Felipe Ángeles, quien los combatió, que los zapatistas buscaban solamente un pedacito de felicidad en este mundo, en un paraíso que los hacendados les habían hecho insufrible. Los campesinos y rancheros de los campos villista y carrancista eran apenas distintos: con las armas buscaron que se pronunciara su lucha en forma de leyes aplicadas con justicia. La literatura y la historiografía, de donde abrevó Quirarte, los explicaron con los tonos de la épica y la tragedia, con palabras de seres valerosos y brutales, palabras antiguas pero no arcaicas, elementales pero no primitivas... Los que hicieron la Revolución eran hombres vivos, no seres anteriores al mundo –para copiar otra frase melvilliana de Quirarte. Y en este caso, quizá por rara ocasión, las ideas no fueron derrotadas por los hechos; esta vez la paradoja de la historia desvió su línea.

La invitación a leer un libro obliga a no adelantar lo que el lector deberá encontrar por sí mismo. Es el esfuerzo intelectual que se nos exige a cambio del placer y del aprendizaje. Pero a despecho de romper esta regla, voy a escoger algunas citas de la pluma de Quirarte o fragmentos de los autores que su agudeza apartó para nosotros. Comienzo con López Velarde, en *Novedad de la Patria* que acompaña una foto intemporal cercana a 1913. Dice: “El descanso material del país en 30 años de paz coadyuvó a la idea de una Patria Pomposa, multimillonaria, honorable en el presente y epopéyica en el pasado. Han sido precisos los años del sufrimiento para concebir una Patria menos externa, más modesta y probablemente más preciosa...” (p.97).

“En México con la Constitución de 1917 se reconoce la igualdad de las mujeres. Así, en el artículo 4 se declara que “el varón y la mujer son iguales ante la ley. Ésta protegerá la organización y el desarrollo de la familia” (p.115).

“Colocar la primera piedra de una construcción tiene un significado profundo. No sólo era un inmueble, sino un país entero el que habría que refundar. Carranza era consciente de la misión histórica que le tocaba emprender ante los mexicanos que, deseosos de volver al cauce de la paz, colaboraron afanosamente en las tareas a las que fueron llamados rumbo a la Constitución de 1917” (p.125).

“Cuando la memoria mexicana pensó nuevamente en los cruentos acontecimientos ocurridos durante la gesta revolucionaria, las principales líneas de interpretación de este cataclismo ontológico nacional miraron hacia los alrededores del panorama devastado por la crítica que había dejado oquedades similares a las bombas de los ejércitos combatientes. Eso era en realidad el efecto de la incesante recordación de la Revolución Mexicana: huecos pletóricos de incertidumbre, reiteraciones, correcciones, reivindicaciones, adiciones y confección de macizos históricos y tomos literarios de vana ensoñación, relatos, anécdotas e historias dispersas en la conciencia de los supervivientes y moldeados a la luz de la modernidad heredera de ese pasado que convertía en presente” (p.147).

“Todos los autores de esos años del México caminante hacia su Constitución son como un prisma triangular que refracta, relaja y dispersa la memoria del pasado hacia la luminosidad del futuro” (p.147).

Otra vez López Velarde en “*La derrota de la palabra*”: “El alma se agita con sus goces exclusivos, con su instinto propio y con su

dolor particular. La traducción de esta individualidad no se consigue con proclamas de los dientes para afuera, ni con manifiestos a flor de piel” (p.159).

Amado Nervo: “Muy cerca de mi ocaso, yo te bendigo, vida,/porque nunca me diste ni esperanza fallida,/ni trabajos injustos, ni pena inmerecida;/ porque... veo al final de mi rudo camino/que yo fui el arquitecto de mi propio destino” (p.162).

Alfonso Reyes, en *Fragmentos varios*: “Yo me niego a aceptar la historia como una mera superposición de azares mudos. Hay una voz que viene del fondo de nuestros dolores pasados; hay una invisible ave agorera que canta todavía: *tihuic, tihuic*, por encima de nuestro caos de rencores” (p.164).

Regresemos al tema del libro. Es imposible mirar de soslayo a los nombres y apellidos destacados en el corazón de un movimiento que arrastró a todos los mexicanos. Fueron los caudillos revolucionarios quienes quisieron estructurar un estado nacional. El de la Convención fue un ensayo frustrado de asamblea soberana, que murió en Jojutla en 1916 apenas cobijado por Zapata y sus hombres; el de Venustiano Carranza y los constitucionalistas fue el vencedor política y militarmente y ratificó las formas liberales de la República. Carranza reconstruyó el estado fuerte, ese enorme monstruo frío de Nietzsche, el leviatán de Hobbes, pero que dirigiría desde entonces los destinos mexicanos a la prosperidad o a la ruina. En la misma veta melvilliana, Quirarte escribió que “el leviatán está presente en los mínimos actos de la existencia”. Pero el mandato constitucional, más allá de los estilos personales de gobernar a lo largo de cien años, señaló la responsabilidad estatal de buscar el bienestar general y el interés superior de la Nación.

Quisiera redondear esta nota suelta de un lector ocasional y corriente para amarrar alguna idea con la que comencé. El libro es una máquina de pensar. Y por lo pronto, este se ofrece para hacernos pensar lo difícil que fue estructurar a aquél otro libro, el libro fundamental y fundacional del México moderno: la Constitución de 1917. Así que nuestro rostro, nuestra identidad en el último siglo de historia mexicana, ha sido la de un país multicultural con un libro máximo, libro de leyes que cohesionan lo que la naturaleza ha hecho diverso. La Constitución, y es esto verdad absoluta tal y como lo plantea César Camacho en el Prólogo, nos une. Más allá de todo afán retórico, el nombre de la Colección que da apellido a este importante libro resulta ser un lema acertado por verdadero: la Constitución nos reúne. Expuesta la frase al abrir la portada del libro tiene la fuerza de una advertencia. No puedo dejar de pensar en los lemas griegos clásicos que eran anuncio y portal de prevención en la fachada de dos espacios memorables: “*Conócete a ti mismo*”, del oráculo de Delfos, y “*No entre aquí quien no sepa geometría*”, de la Academia de Platón. Por eso ahora me gusta imaginar que el lema de la serie editorial puede proyectarse como ánima de este recinto parlamentario. Es emblema, si se me permite la licencia, de este lugar del diálogo político de la mayor altura, el sitio de los legisladores que representan a los muchos pueblos que hacen México, cosmos que sintetiza el superior espíritu de las leyes.



MÉXICO Y LOS MEXICANOS HACIA LA CONSTITUCIÓN

Vicente Quirarte

La imagen en la portada de este libro sintetiza el espíritu que lo anima así como del México actuante en sus páginas: un Venustiano Carranza sonriente y relajado, vestido de civil. A su izquierda uno de sus principales colaboradores: con sonrisa tan solidaria como espontánea, el ingeniero Félix F. Palavicini observa y propicia la escena. Dos niños descalzos, uno más blanco que mestizo. El primero de ellos, absorto y detenido, con el vientre por delante; el segundo, incrédulo y desconfiado tal vez por estar en presencia del Primer Jefe de la revolución constitucionalista, o simplemente por el privilegio de ser niño. Ambos le hacen entrega de un obsequio exiguo pero altamente significativo. Testigos del acto son además un grupo de personas en los que destaca el elemento femenino, hierático y solemne, probablemente el cuerpo docente de la escuela. Un solo personaje, detrás de Palavicini, atreve la nota militar.

La fotografía sirvió de base para que Gerardo Murillo, mejor conocido por su seudónimo del doctor Atl, igualmente partidario de Carranza, pintara un cuadro al pastel que reflejaba nuevos tiempos: el caudillo que quería dar por concluido el proceso armado e iniciar uno de reconstrucción nacional con una nueva Constitución, la de 1917, que hiciera del sistema educativo una de sus preocupaciones fundamentales, como queda asentado desde

las primeras líneas de su Artículo Tercero: “La enseñanza es libre; pero será laica la que se dé en los establecimientos oficiales de educación, lo mismo que la enseñanza primaria, elemental y superior que se imparta en los establecimientos particulares”.

El cuadro en cuestión sorprende por cómo Atl se mantuvo fiel a la imagen fotográfica que le sirvió de modelo, pues los gestos de los cuatro protagonistas principales de la escena aparecen tanto en la fotografía como en la pintura: los dos funcionarios y los dos niños. Dos universos frente a frente: la realidad y el deseo. El presente y el futuro. Una diferencia importante: en el cuadro de Atl ha desaparecido todo vestigio militar. No hay botanadoras metálicas, entorchados ni casacas. El espíritu civil se manifiesta en una revolución que quiere dejar atrás el discurso de las armas para centrarse en el discurso de las letras.

México y los mexicanos. El título de este libro ha sido articulado en distintos instantes y contextos. El país y sus habitantes son protagonistas cíclicos de gestas que otorgan identidad y permanencia. Hace un siglo, los mexicanos pensaban en el futuro, en medio de un presente convulso y complejo. En 2016, rumbo a la conmemoración de 2017, tenemos preocupaciones y anhelos para tomar en cuenta la experiencia del pasado y cambiar el porvenir.

El Primer Jefe atraviesa el arco triunfal levantado en su honor durante la recepción que le hizo el pueblo de Monclova, Coahuila, noviembre de 1915. Fotografía Mendoza Hermanos. Fondo de la Revolución Constitucionalista, Dirección General de Monumentos Históricos, INAH.

Hablan las imágenes

La fotografía es aliada e intrusa de la vida. Si en la primera mitad del siglo XIX los iniciales daguerrotipos y tarjetas de visita exigían del paisaje o la persona un estatismo casi absoluto, las imágenes que integran este libro dan testimonio del dinamismo de una sociedad que en los primeros años del siglo XX marchaba, incierta y segura, convencida u obligada, hacia una nueva forma de existencia.

La fotografía congela el instante. Lo detiene para perpetuarlo. Testimonio imborrable del transcurrir, es una fuente histórica de primera importancia porque revela los detalles que el propio retratado o que el paisaje, eterno por la foto, es incapaz de evitar. Claro ejemplo de ello es el gesto adusto y desconfiado de Emiliano Zapata al lado de la sonrisa infantil de Francisco Villa sobre el asiento presidencial, en una fotografía clásica de la Revolución. En esa misma imagen aparece un absorto John Reed y un herido Rodolfo Fierro. Y dos niños que asoman sus rostros para resumir la actuación protagónica de los que antes de la Revolución habían sido los grandes ausentes de la historia, los olvidados, como los llamaría Luis Buñuel a la mitad del siglo XX.

La cámara dispara del mismo modo en que lo hace el fusil o el cañón. Podemos hacernos a un lado pero tarde o temprano la luz o la bala nos alcanzan. En su consagración de la vida también es amiga de la muerte, cuando desde la Guerra de Secesión en Estados Unidos, un fotógrafo como Mathew Brady decide abandonar su próspero estudio en la calle de Broadway y establecer su cámara en los escenarios de batallas para retratar a los innumerables muertos o cuando los matrimonios de todas las extracciones sociales van al estudio a hacer la imagen póstuma del

ángel prematuramente partido del mundo de los vivos.

A cada época corresponde una forma de representación gráfica. La fotografía y el cinematógrafo son artes hermanas y activas que dejan testimonio de la actuación tanto de figuras que en nombre de los hechos devienen ejemplares como de actores sociales que en la calle y el polvo del camino también contribuyen a hacer la Historia. A rescatarlos contribuye como ningún otro arte el de la fotografía, que en este libro es protagonista esencial.

Aunque México había tenido varias constituciones desde su emancipación política respecto de España, la de 1917 significó una consecuencia de la revolución armada y la urgente necesidad de consolidar legislativamente la nación. En diciembre de 1916, los diputados del Congreso Constituyente se reunieron para centrarse en los trabajos que darían como resultado la promulgación de una nueva Constitución el 5 de febrero de 1917. Francisco L. Urquiza, protagonista de la Revolución desde los días en que era escolta de Francisco I. Madero, ha dejado uno de los pocos testimonios directos de aquellos días, que en este libro aparece ilustrado elocuentemente en mítines, desplazamientos, reuniones políticas en interiores:

Con lo del Congreso Constituyente se animó Querétaro. Salió de la modorra en que estaba sumida la triste ciudad desde hacía años –que digo años, siglos- desde la Colonia. Parecía que había llegado la feria como llega cada año a Aguascalientes... Aquí a Querétaro había llegado la Feria de la Revolución y duraría por lo menos dos meses. Llegaba San Venustiano Carranza como llega Santa Claus con sus juguetes,

pero este traía hartos bilimbiques, doscientos diputados constituyentes, tres mil soldados y un enjambre de políticos, empleados del gobierno, comerciantes y gentes sin oficio ni beneficio.

Al lado de estos hechos tenía lugar en México y el mundo una vida cotidiana que no se detenía ante los avatares políticos y militares, aunque en varios de sus aspectos fuera consecuencia directa de ella. A la mitad de 1914 había dado comienzo la Primera Guerra Mundial, detonada por el asesinato en Sarajevo del archiduque Francisco Fernando, sucesor a la corona de Austria-Hungría. Para el otoño de ese año se había extinguido la posibilidad de una rápida victoria de alguno de los dos bloques antagónicos: el integrado por los imperios centrales de Austria-Hungría, Alemania y los países aliados Francia, Inglaterra y Rusia.

El año 1916 anunciaba el mejor de los tiempos y el peor de los tiempos, como supo sintetizarlo Charles Dickens al principio de su novela *A tale of two cities*. El año 1916 era luminoso y oscuro. El mundo se hallaba involucrado en el segundo año de una conflagración sin precedentes y México estaba en la etapa si no sangrienta, más complicada de una revolución que todo lo cambiaba de manera radical. Mientras Emiliano Zapata expide desde su cuartel general del ejército libertador del sur una “exposición al pueblo mexicano y al cuerpo diplomático” donde condena a Carranza por sus acciones militares y políticas; mientras Carranza reúne a los concursantes de tiro al blanco en el departamento de militarización del internado nacional, surge el periódico *El Universal*, cuyo primer número apareció el 1 de octubre de 1916, fundado por uno de los futuros consti-

tuyentes, el citado ingeniero Félix F. Palavicini (1881-1952).

La Gran Guerra estaba en su momento de mayor apogeo, crueldad y desastre. Utilización de gases venenosos y de tanques, en fotografías y artículos que aparecerán en la revista *Pegaso*. De febrero a diciembre de ese 1916 tiene lugar la sangrienta batalla de Verdún, que con la del Somme trajo consigo una pérdida de un millón de vidas humanas.

Una fotografía de la catedral de Reims bajo el bombardeo alemán inspira al poeta Ramón López Velarde la prosa “La sonrisa de la piedra”. Aunque desde 1912 había venido escribiendo crónicas y relatos de evocación, en este texto ya hay una voluntad de estilo y una intención de lenguaje modernamente poético que mantendrá de allí en adelante en los textos que más tarde formarán su libro póstumo *El minuterio*: “¿Queda un poco de polvo del artista que hizo sonreír a la piedra? Debiera haber sido incorruptible la mano que encendió en la bárbara piedra, siglos atrás, esa indecisión crepuscular de la sonrisa, esa indecisión que es como un cariñoso correctivo de la prudencia a los sueños”.

La Gran Guerra obligaba a los jóvenes a enlistarse o ser enlistados. Al final del conflicto, desde Nueva York, en 1919, Antonio Castro Leal fecha su ensayo preliminar a las traducciones de Pedro Requena Legarreta a la antología *Poetas muertos en la guerra*.

México llevaba seis años de revolución, de un movimiento que había tenido su antecedente en Cananea y Río Blanco, demostración tangible de la situación contradictoria de la clase trabajadora ante nacionales y extranjeros. De ahí la actuación protagónica en este libro de los trajes que se convierten no en parte de la escena sino que integran de manera independiente una escenografía: otorgan

significante al significado. En este sentido, la fotografía uniforma a los desuniformados, al pelado y al catrín, al soldado federal penosamente vestido y al revolucionario de vitrina que reinventa la moda. En *El militarismo mexicano*, Vicente Blasco Ibáñez hace un impecable e implacable retrato de los jóvenes generales nacidos bajo la sombra protectora del carrancismo, cuyos elegantes y frívolos uniformes contrastaban abiertamente con la sencillez del traje militar del Primer Jefe.

El negativo de la Revolución: Vida cotidiana, titula a su libro el poeta e historiador Rafael Torres Sánchez. En él sintetiza el espíritu de esta obra que el espectador y el lector tiene en sus manos. Espectador y lector porque se trata de leer los textos que con las imágenes dialogan. Que las fotografías lleven a leer los textos de otra manera, y que la literatura nacida al ritmo del movimiento tenga correspondencia en las imágenes. Como bien escribe Torres Sánchez:

Ni la asonada antimaderista ni la posterior dictadura huertista, efímera y cruel, ni la lucha de facciones impiden la celebración de conciertos musicales o la construcción del Palacio de Bellas Artes, aunque el cronograma no se cumpla. Exposiciones, conjuntos declaman, fiestas indígenas, bailes populares, carnavales, cines, artistas callejeros: el espectáculo acompaña a la mortandad, la voladura de trenes, la producción petrolera y la minería. Los desplazamientos masivos se erigen en símbolo y resumen de un país que, por primera vez, se mira de pies a cabeza sin inhibiciones de ninguna especie. O al revés: es la muerte la que necesita divertirse y por eso baila, bebe, se va al monte en pareja, juega a las cartas, al billar, al cubilete.

La llamada historia de la vida cotidiana vino a recordarnos la importancia del acto aparentemente inocuo. *El beso de Lamourette*, a partir del cual Robert Darnton encuentra una explicación para los principios de libertad, igualdad y fraternidad que integran la poética de la gran Revolución, es igual a la primera pistola en ser desenfundada durante la Convención de Aguascalientes. En este sentido, las imágenes aquí mostradas arman una sintaxis del discurso histórico, otorgan un guión a la secuencia que registra, por ejemplo, la marcha de Venustiano Carranza hacia la Ciudad de México.

Al lado del acontecer político y del mitote callejero, 1916 es un año fecundo en manifestaciones artísticas: Ramón López Velarde publica su primer libro de versos, *La sangre devota*, con portada de Saturnino Herrán, quien ese mismo año pinta *La criolla del mantón*, lienzo que bien pudiera constituir una interpretación plástica de las preocupaciones poéticas de López Velarde: desmitificación de los símbolos nacionales, simultaneísmo en tiempo y espacio, la patria erotizada y femenina. Genaro Estrada da a luz *Poetas nuevos de México*, con trabajos de 31 autores. Aparece *Los de abajo* de Mariano Azuela en forma de libro. Mariano Silva y Aceves publica *Arquilla de marfil*. Vicente Huidobro da a la luz –en francés– *Horizon carré*. Muere Rubén Darío. Una obra de O’Neill, *Bound East for Cardiff*, perteneciente a su ciclo del mar, es representada por primera vez por un grupo experimental. Eliot termina su tesis doctoral *Conocimiento y experiencia en la filosofía de F.H. Bradley*:

Nuevas fuentes de felicidad

El 15 de agosto de 1909, el general Porfirio Díaz envió un mensaje grabado a Tomás

Alva Edison. En la cima de una autoridad que parecía omnímoda, a punto de cumplir los 79 años de edad, el mandatario mexicano aludía al momento en que saludó al inventor estadounidense en Nueva York.

El héroe del siglo xx, como lo afirma Díaz en su carta, es el inventor y el hombre de empresa. De acuerdo con su biógrafo Neil Baldwin, Edison estaba “inventando el siglo”. Importa sobre todo la expresión “nuevas fuentes de felicidad” a la que Díaz alude con referencia a las invenciones de Edison que garantizan, “el grandioso porvenir de la ciencias físicas”. El héroe del talento aludido por Díaz será ahora el genio tecnológico. El artista tampoco puede permanecer en la bohemia y ejercer desde ese refugio su protesta. Se debe convertir igualmente en empresario.

Al consumo contribuye la emergencia de una clase media con necesidades que antes no había experimentado. El aislamiento y aparente anacronismo del barrio, donde se resolvían las necesidades de la comunidad que en él habitaba y del que en contadas ocasiones se salía, aparece ilustrado en una obra aparecida inicialmente en el periódico *El Nacional*, mediante “20 inserciones los jueves y domingos entre el jueves 30 de octubre de 1890 y el jueves 1º de enero de 1891”. Me refiero, naturalmente, a *La rumba* de Ángel de Campo, uno de los escritores cuya dilatada carrera literaria da testimonio de la transformación traída con la aparición del progreso. La rumba se llama el barrio, la tienda que es centro de reunión, consumo y mentidero y la muchacha protagonista de la obra, Remedios Vena, que trata infructuosamente de abandonar el barrio e ir a la ciudad anhelada: cambiar el rebozo por el tapalito a cuadros y en sus palabras, “ser como las rotas”. Micrós acudió, más que al sentido de la vista, como

lo hizo Prieto en su larga carrera de cronista, al sentido del oído para registrar los nuevos lenguajes de la ciudad.

Fieles termómetros de la sociedad, los periódicos daban noticia de inventos y productos que se incorporaban de manera vertiginosa al uso social. Naturalmente, el testimonio más permanente es el dejado por los escritores, y a ellos acude con frecuencia el historiador para demostrar sus juicios.

Actor frecuente en este libro es su majestad el automóvil, al cual Amado Nervo vaticinaba una muy corta vida debido a la mala condición de los caminos. En cambio, daba preeminencia a otros medios de transporte e imaginaba a sus tripulantes femeninas “reclinadas dulcemente en la “carrocería” de sus aeroplanos, mientras las grandes máquinas vertebradas, cual raras alas, devorarán el azul del espacio, leves como un ensueño, fugitivas como una ilusión, poderosas como un deseo”.

Para quienes nacieron por segunda ocasión con la llegada de la luz eléctrica, la mejor forma de apreciarla era su carencia. Una de las crónicas que mejor explican esta sensación es la publicada el 12 de febrero de 1905 en *El mundo ilustrado* por Luis G. Urbina, titulada “La ciudad en tinieblas”. Un incendio que devoró “el hierro laborioso que engendra la luz y la fuerza para la ciudad” falla en las instalaciones y provoca una interrupción de la energía. El poeta encuentra en esa circunstancia material un motivo para apreciar la noche. Al alzar la cabeza, los habitantes de la ciudad: “Vieron los contornos de los techos y las cornisas de las azoteas dibujadas con un sutil y frágil hilo de plata, y más arriba, sobre el inmenso azul pavoroso y sombrío, el cristalino cintilar de los astros. ¡Vamos! ¿conque todavía hay estrellas? Las lámparas eléctricas las habían puesto en olvido”.

La primera comunicación telefónica en nuestro país se llevó a cabo exitosamente entre la Ciudad de México y Tlalpan en 1878 gracias a las instalaciones de la Compañía Telefónica Mexicana que, en 1882, recibió nuevos contratos para ampliar sus operaciones. Con su capacidad profética Amado Nervo se anticipa a la creación del fax y de la pantalla líquida, pues escribe que “el periódico-teléfono sustituirá al periódico impreso”, y concluye: “Día llegará, empero –¡se vive hoy tan de prisa! – en que será reputada lenta esta información. Entonces vendrá, acaso, el periódico hecho de caracteres eléctricos, que aparece en una placa a la vista del abonado. ¿Y después? Más vale detenernos aquí”.

Inventiones tecnológicas y escritura van de la mano y recorren caminos paralelos y se desarrollan de manera acelerada en los tres primeros lustros del siglo xx. Los escritores de costumbres nacieron por la necesidad de afianzar el sentido de nacionalidad y para corregir los defectos de la sociedad. A cada una de sus épocas correspondió una equivalencia plástica: la saga callejera de Guillermo Prieto halla su traducción en la litografía; Hilarión Frías y Soto compara sus textos a un álbum fotográfico, que habría de popularizarse a partir de la segunda mitad del xix; José Tomás de Cuéllar bautizó su aventura novelística como *La linterna mágica*, esa invención que proyectaba frente al espectador una imagen fugaz. Ángel de Campo dio a su columna periodística aparecida en *El Universal* a lo largo de 1896, el nombre de *Kinetoscopio*, en honor al proyector de imágenes que es el antecedente más próximo del cinematógrafo. Inventado en 1891 por Thomas Alva Edison y William Dickson, el kinetoscopio

consistía en una tira con imágenes que se pasaba rápidamente entre una lente y una luz eléctrica. Para mirarlas, el espectador se asomaba a través de una pequeña apertura. Luis G. Urbina, otro cronista seducido por la modernidad, describió así el nuevo invento: “Dentro de la caja de madera sí está la vida, rápida, eléctrica, que brilla y se apaga en un instante, que pasa ante la mirada como un bólido por el cielo. Se escucha una extraña música de banjos, y al mismo tiempo aparece en un fondo negro, como el de las magias de un prestigeador, una mujer de Oriente, una bayadera que baila, que se agita, que gira en vértigo.” La definición que Urbina hace del juguete de Edison puede ser aplicada al estilo de las crónicas de Ángel de Campo: ágiles pero profundas, rápidas pero incisivas.

A diferencia del kinetoscopio, que permitía al espectador ser un usuario exclusivo del aparato, el cine democratizaba el espectáculo. La fábrica de sueños era para todos. Y si bien desde el principio surgieron los argumentos que establecían diferencias entre invención científica y espectáculo, los cronistas cerraron filas para celebrar las bondades del medio de comunicación que iba a provocar el nacimiento de un nuevo arte. Escribe Luis G. Urbina sobre el cinematógrafo:

Es la alegría sana de los bajos fondos que noche por noche, como una flor de capitosa y ruda fragancia, sale a la superficie del hastío metropolitano,

El *spleen* capitalista y el malhumor burgués sonríen con escepticismo al paso burdo de esta comitiva regocijada. Ellos pagan sus espectáculos que no los divierten, o que los divierten muy poco porque, como saben estética, no encuentran jamás,

sino alterada y falsificada, la realización de la belleza.

Estos seres no; estos seres, que viven en el trabajo, en el fondo del taller, en el rincón de la fábrica, en el cuartucho miasmático de las oficinas, no saben discutir ni analizar estéticamente sus impresiones, no pueden pagar sus espectáculos. Van al cinematógrafo de “El Buen Tono” porque los hace sentir y los entretiene, con una pacificadora inocencia de niño, y después, al retornar al hogar desmantelado y tristón, su fantasía, como una lámpara de Aladino, sigue ornamentando con efímeros delirios las tristezas de la existencia.

El cinematógrafo fue un gran aliado de la Revolución y los revolucionarios. En palabras de Martín Luis Guzmán, “no contentos con la imagen estática del Primer Jefe, los supremos directores de la Revolución recurrirían a la cinemática”. La historia agradece el trabajo de Salvador y Carmen Toscano resumido elocuentemente en su documental titulado *Memorias de un mexicano*. La gente entraba en los cines, esa nave de reciente factura y evolución vertiginosa; exorcizaba la violencia vivida por medio de imágenes que en la pantalla re-presentaban sucesos que unos días antes habían sido pesadilla y ahora aparecían transformados gracias al milagro del cine. Una crónica firmada con el seudónimo Fadrique, en *Revista de Revistas*, rescatada por Ángel Miquel, sintetiza semejante espíritu de oposición entre realidad y deseo:

La enseñanza del cine colma deseos más hondos que los suscitados por el teatro serio. Hay halagos para las sensibilidades que comprenden el horror folletinesco de las “vistas de arte”, hay visiones exóticas

de países remotos, para los que gustan de los viajes; hay viandas de actualidad europea para los snob en las “revistas”, y antes que todo, una diversión de largas horas cuyo ínfimo precio hace gozar de la exhibición dominical en una intimidad que es imposible de conseguir en el teatro.

Entre 1910 y 1916, el proceso revolucionario cambia a México con la rapidez asombrosa sólo inherente a los grandes y verdaderos movimientos sociales. Porfirio Díaz fue el primer actor del cine mexicano, cuando los hermanos Lumière lo convencieron de los beneficios que para la difusión de su régimen podía traer el nuevo invento. Las fiestas del centenario se convirtieron en un espectáculo efímero pero reiterado gracias al cine.

Los caudillos de las diferentes etapas de la lucha revolucionaria cambiaban en la imaginación y la realidad de los espectadores y a veces despertaban su franca agresión, como lo registra Martín Luis Guzmán en un chusco y casi trágico fragmento de *El águila y la serpiente* cuando las pistolas son disparadas en contra de la imagen del Primer Jefe. Las balas casi alcanzan a las personas de Lucio Blanco y el propio Guzmán.

Salvador Toscano fue el creador del género documental de compilación, al ofrecer la que él ya consideraba en su momento *La historia completa de la Revolución*. Pero al lado del cine documental estaba el cine de ficción, la *fábrica de sueños* que permitía la evasión y la arquitectura de una realidad alterna. Escribe Ángel Miquel en su libro *Cine y revolución*:

La mayor parte de las películas exhibidas eran de ficción. Algunas, adaptadas de obras literarias, teatrales y operísticas cé-

lebres, popularizaron entre las clases educadas la idea de que el cine podía incluir contenidos culturales, y eventualmente convertirse en un arte. Desde 1911, unos pocos cronistas de espectáculos se convirtieron en defensores del cine contra la corriente predominante que lo acusaba de desplazar a espectáculos más nobles y de envilecer las costumbres, pero sus opiniones no encontraron mayor eco hasta que se asimiló la constante afirmación publicitaria de que el cine era un arte a raíz de la exhibición de cintas como *La Divina Comedia* y *Quo Vadis?* Esto condujo a que varios periódicos coincidieran a partir de 1916 en la necesidad de publicar columnas regulares de crítica cinematográfica, a cargo de novelistas expertos en las características del séptimo arte.

El cine era poderoso imán y consuelo para los que vivían tiempos violentos y habían padecido la carestía y el hambre del año 1915. A José de Jesús Núñez y Domínguez se debe el poema “Cinematógrafo de barrio”, admirado por Ramón López Velarde, quien escribe la crónica “El cine y sus mujeres”, donde aparecen los nombres de las divas cinematográficas de su tiempo: Francesca Bertini, Olga Mambelli, Susana Grandais y Pina Menichelli.

El año 1916 es el del despegue de la nueva mujer que en los años veinte habría de convulsionar al país. Federico Gamboa hizo sentir a sus lectores compasión, deseo y admiración por la odisea de *Santa* (1903), la flor salvaje seducida y masacrada, luego renaciente y vengadora. Al final de este proceso contra la ciudad que ha sido la causa principal de su caída pero también de su triunfo, el autor no perdona la rebeldía de su criatu-

ra. Tiene que castigarla con la degradación, la enfermedad y la muerte, transformarla en mito y entonces adorarla sin peligro, del mismo modo en que lo hace el Amado Nervo de “La amada inmóvil”. Abiertamente en contra de ese reduccionismo que tras exaltar a la mujer y ofrecerla, esplendorosa y triunfante en su sensualidad ante los lectores, la reprime con la enfermedad o la muerte, Efrén Rebolledo publica en 1919 la novela *Salamandra*, donde la mujer no es más la víctima de los deseos del otro ni de su propia belleza.

Elena Rivas, su protagonista, es una mujer que ha aprendido a dominar su cuerpo con el deporte y que en el cine y sus divas, particularmente en sus vampiresas italianas, ha encontrado la mejor escuela de gestualidad y táctica para reducir al varón y a lo que se le ponga enfrente. El personaje femenino de Efrén Rebolledo decide llevar a cabo un crimen estético, donde la moral no tiene cabida y, por lo tanto, la transforma en una máquina gélida, incapaz de conmoverse. Cuando descubre en un periódico los versos del poeta Eugenio León, decide ayudarlo, con el más exquisito y perverso de los convencimientos, a que lleve su sueño al terreno de la realidad. Elena Rivas es, desde el punto de vista moral, un ser reprobable. En el plano simbólico, es la vengadora de sus antecesoras, el canto de cisne de la pecadora que debe ser castigada a causa de su lubricidad. Quiere dejar de ser ídolo de perversidad para convertirse en un ser que puede disponer de su propio cuerpo. A partir de *Salamandra*, la mujer tendrá un papel más activo y autónomo en el ejercicio de la ciudad y las diferentes expresiones de su género.

Otro notable actor de estas páginas es el niño. Cuando descubre los apetitos y las pruebas a los que habrá de enfrentarse una

y otra vez con el paso de los años, marca con piedra blanca esa iniciación prematura.

Antes de la aparición de la historia oral es imposible contar con testimonios infantiles originales. Muy escasos son si consideramos que la reivindicación de la infancia como universo autónomo tiene apenas poco más de dos siglos, y que se trata casi siempre de la experiencia infantil contada por el adulto, reconstrucción que está formada tanto por la vivencia propia como por aquellas que, transmitidas por los otros, pasan a formar parte de nuestra experiencia personal.

Escribe Salvador Novo, al referirse al modo en que él lo experimenta: “la exposición inconexa no se rige más que por la natural contigüidad de su actual representación”. Así con *Un niño en la revolución mexicana* de Andrés Iduarte, con los fragmentos infantiles incluidos en *Tiempo de arena* de Jaime Torres Bodet, algunas páginas de *Retrato de mi madre* de Andrés Henestrosa, *Cuando éramos menos* de Renato Leduc, *Cartucho* de Nellie Campobello.

En las familias nacidas bajo el imperio de la fotografía, el primogénito cuenta con la mayor parte de las imágenes del álbum. Más elementos, igualmente, tenemos para reconstruir la actuación infantil de la primera gran revolución social del siglo xx. La soldadera se pone del lado de su hombre y lo acompaña con hijos que ya tienen o con los que habrán de nacer en campaña: triunfo de la imparable vida sobre la segadora muerte.

La Revolución propiciará la actuación fotográfica de los infantes que se incorporan al movimiento o son testigos y actores involuntarios de los hechos. La Revolución obliga al fotógrafo a salir a la calle y al campo, a dar testimonio del instante fugaz que de manera casual o voluntaria pretende eternizar.

Sus sujetos no serán más los que posan en el estudio o bajo la protección de un hogar donde nada perturba la calma, el almidón resonante y el *temible luto ceremonioso* que habrá de subvertirse para despertar la sensualidad del niño Ramón López Velarde cuando sus cinco sentidos se revelan y rebelan ante la proximidad de su prima Águeda. Niños que tienen asegurada una posición, que nos contemplan desde su espacio privado, inviolado y perfecto. En abierta oposición, la calle es por antonomasia el espacio del niño perdido, del silvestre, del sin familia, o del que la encuentra en otros marginales que comparten su propia condición.

El niño de la calle no es testigo sino actor. Por eso aparece cotidianamente en escenas donde lucen los grandes nombres propios o tienen lugar los acontecimientos diarios que la fotografía transforma en historia. Sorprende y conmueve que en la fotografía urbana proliferen niños callejeros sin zapatos. Sin embargo tienen, casi siempre, la cabeza tapada: impresentable, raído y lustroso, pero allí están como otros personajes el sombrero o la boina de lana que convierten al pequeño ciudadano en ser respetable.

La cámara sorprende a los niños de la calle, a los niños en la calle, a los niños con la calle. Lo contrario es más cierto: es la cámara la que se ve asaltada, interrogada por la curiosidad del niño que no pierde detalle del fotógrafo o del aparato. El adulto, sobre todo el proveniente del universo rural, refleja en su gesto desconfianza ante ese objeto que tiene el poder, entre otras cosas, de robarle el alma. En cambio, los niños que involuntaria o voluntariamente se transforman en actores sociales por intermedio de la lente, manifiestan dos actitudes ante la cámara: de espontánea alegría o de curiosidad inquisitiva.

Si numerosas son las fotografías de quienes participaron en los hechos, igualmente abundantes son los textos que de sus vivencias infantiles escribieron nuestros autores. Acudamos a dos ejemplos antípodas: Nellie Campobello y Jaime Torres Bodet. En su libro de memorias *Tiempo de arena*, este dedica un capítulo a la entrada de los zapatistas en la capital. Su recuerdo será plástico y benévolo, en contraste con lo que la mayor parte de la población opinaba de aquel a quien habían bautizado como el Atila del Sur.

Una mañana, Carlos insistió en llevarnos a la Plaza de Armas, a presenciar la entrada de un regimiento zapatista. Nos detuvimos junto a un puesto de tacos y de naranjas. Nos oprimía la multitud. Al relente de los cuerpos humedecidos por el sudor sed mezclaba, de tarde en tarde, un aroma fresco: la cosmética insinuación de una piña abierta, la acidez de un limón herido, láminas de fragancia que salpicaba, con gotas rápidas de manteca, el estallido de las frituras en el hogar de la vendedora.

Un cielo inmóvil pesaba sobre la escena. Su luz adornaba todas las cosas, volviendo oro la paja de los sombreros, plata el agua endulzada de las tinajas, púrpura el sepia de los rebozos, la espera fiesta, diamante el sol. A pocos pasos de nuestro grupo, una familia de campesinos se había instalado. La encabezaba un anciano a quien rodeaban cuatro mujeres (dos de ellas jóvenes) y una tropa de chicos tristes y mudos. ¿Qué esperanza –o qué miedo- los había desarraigado de su provincia?... La mayor de las dos muchachas daba un pecho sin opulencia al más ávido de los críos. Para ella, como para los demás figurantes de aquel conjunto, los preparativos del des-

file resultaban una especie de tregua en el vértigo de la fuga, la ocasión de un alto en medio de la ciudad.

La memoria era para Torres Bodet un ejercicio de la mente que estimulaba la respiración de su estilo. Con admirable eficacia logra transmitir sus vivencias infantiles, sensibles y educadas, con la emoción pasada a través del tamiz de un estilo donde nada parece estar fuera de sitio. Nellie Campobello nació en 1900 y pasó su niñez en su norte natal. El impacto directo de los acontecimientos y las largas conversaciones con su madre dieron como resultado el libro *Cartucho*, uno de los más intensos murales del movimiento armado. Las breves vidas de los protagonistas de la insurrección aparecen narradas con una ejemplar economía de medios. Su tono a un tiempo inocente y terrible tiene la virtud adicional de que imita la sintaxis y la visión de una niña.

Un niño en la Revolución mexicana es un libro único en la historia de la literatura mexicana. Bastaría que Andrés Iduarte solo hubiera publicado esa pequeña gran obra para otorgarle un sitio de honor. Dentro de él hay fragmentos y capítulos memorables, como aquel titulado, llanamente, “Mi padre”, hermano y contraparte, en más de un sentido, del *Retrato de mi madre* de Andrés Henestrosa: la evocación personal transformada en memoria colectiva, la reconstrucción de la infancia donde se establecen las bases del amor y la cólera que en el futuro seremos. “La Revolución mexicana, que entonces todavía no llegaba a gobierno, llenaba de espanto el pecho cóncavo de los días mexicanos.”

Con poderosa fuerza evocativa, contundencia de prosa castigada y depurada,

Iduarte entreteje sus sensaciones íntimas con el descubrimiento de un mundo que cambiaba en forma acelerada: el encuentro con un grupo de revolucionarios en una panga o el ahogamiento de un pollo en el pozo de su casa lo marcan con la misma fuerza que lo hacen sus lecturas o el descubrimiento de su sensualidad. Más tarde descubre la Revolución corrompida, cuando sus compañeros utilizan un léxico de piratería y cuya consigna, tras los primeros ideales del movimiento, es “tener poder para poder tener”. La Revolución descubre lo mejor y lo peor de cada uno, y los niños son los primeros en absorberlo. Alcubierre y Carreño rescatan el siguiente fragmento de John Reed en *México Insurgente*: “Yo no tengo hijo pequeño –dijo Gil Tomás, el de los catorce años, entre las carcajadas de todos-. Yo peleo para conseguir un rifle 30-30 de algún federal muerto y un buen caballo de algún millonario.” En otras palabras, mi erotismo, mi inmediata necesidad vital se resuelven mediante la conquista del objeto que permita la inmediata repetición de mi modelo: ellos matan y son poderosos. Yo también necesito del objeto mágico que me otorgue esa autoridad. No me des escuela ni doctrina. Dame el instrumento que usas para ser el primero en la vida, para dominar el mundo antes de que el mundo pretenda humillarme como humilló a mis mayores que ya no están.

Los olvidados. Al otorgar en 1951 una mayúscula al adjetivo, Luis Buñuel los sitúa marginados, desesperados, hambrientos de todo en un país que, heredero de la Revolución, iniciaba su orgulloso desarrollo estabilizador. *Los olvidados* lo son aquí en un doble sentido: olvidados por hacerlos emblema de una falsa pureza. Inocentes por no otorgárseles la voz que se han ganado.

La infancia es una historia breve, pero larga por el dramático acontecer de sus etapas, desde el momento de la gestación hasta la frontera donde el vello, la voz y una forma inédita del ansia traicionan al ángel terrible que hemos sido. En este libro vemos a niños en comunión con el paisaje, haciendo alarde de una soledad en la que el mundo se ofrece inédito, rotundo, inexplorado. Niños que descubren el vértigo de su propio cuerpo. Niños que en su desnudez nos regresan a un paraíso perdido, al dramático y hondo accidente de un país descobijado o de primavera inmortal, cuyos pequeños léperos, cuyos orgullosos pelados ríen abierta, desvergonzadamente, desde su dominio sin fronteras, desde su tiempo inacabable.

En primera instancia resultaría paradójico, para referirse a los niños mexicanos, invocar el nombre de quien nunca tuvo el valor de incorporar un nuevo ser al planeta azul. Sin embargo, cuando Ramón López Velarde acuñó para siempre el término *Suave Patria* obligó a nuestra tierra a mirarse las entrañas, a interrogarse descarnada y luminosamente por los seres que nacían a la nueva vida engendrada por la Revolución. Al referirse al Palacio Nacional, que en las imágenes de este libro solo contaba con dos pisos, el poeta dijo que su estatura era “de niño y de dedal”. El niño brinda una lección de supervivencia, de inconsciente y feroz alegría en una batalla que no conoce la derrota: su mundo es ancho pero nunca ajeno. No es la defensa que los adultos, con la omnipotencia que nos otorgan más horas de vuelo, hacemos de los niños, sino aquella que llevan a cabo con sus dientes de leche, su escuálida anatomía, su valiente inconsciencia. Para hacer una historia de la infancia y su doble nacimiento –el natural y el forzado– por

obra de las revoluciones, es necesario buscar los testimonios directos que nos den la imagen de sus protagonistas desde su sensibilidad y su dominio. Solo el niño posee la segunda visión que le permite intuir lo que la edad adulta borra o pretende olvidar. En su libro *Animula*, aparecido en 1920, tras el furor revolucionario, Mariano Silva y Aceves notó como pocos esta privilegiada y dolorosa visión infantil:

Un niño, por el hecho de perderse, se asoma al porvenir y se convierte en el único personaje con quien la calle puede enviar sus mensajes a los hombres; por eso le encontramos algo de superior en su semblante, lo mismo cuando está varias horas contra un poste, mirando los juegos divertidos de las nubes en el cielo o la fuga desenvuelta de la luz en el crepúsculo, que cuando se extraña del paso silencioso de un cortejo fúnebre o aplaude el de una banda de tambores.

Elogio de los de abajo

La novela *Los de abajo* de Mariano Azuela aparece en forma de libro el propio 1916. La primera aparición del personaje Demetrio Macías lo encuentra en cuclillas, comiendo con la parsimonia característica de quien hace de la comida una calculada liturgia y quiere disfrutar hasta el último resto de su magra colación. Las otras acciones que completan la secuencia, incorporarse y beber agua, recoger el rifle de abajo del petate y salir de la casa lo hace también lentamente, no obstante la gravedad de la situación que lo amenaza. La segunda aparición del personaje tiene lugar cuando ante la amenaza de un inminente atropello contra su mujer, irrumpe en la casa: su silueta llena el umbral de la puerta. Su fama ya lo antecede y

los soldados federales reconocen su miedo al pronunciar el nombre del que para ellos es innombrable.

En esos trazos iniciales –sobrios y decisivos– del primer capítulo de la novela, se ofrece un panorama completo de lo que nos espera: la acción de la violencia humana y su apetito tan elemental como incontrolable, el campesino que ante el atropello arbitrario busca justicia por propia mano, el pueblo uniformado que arrebató para vivir y mata para no ser matado. Subraya el enfrentamiento entre las fuerzas antagónicas la presencia de la silueta blanca del protagonista: el calzón de manta denota pureza pero es también símbolo de la condición civil de quien está a punto de ser despojado de su mínimo patrimonio y de su compañera de vida, y obligado a elegir fatalmente entre la ejecución por medio del eufemismo de la ley fuga y la incorporación a la tropa con el criminal recurso de la leva.

La figura de Demetrio Macías no mantiene a lo largo de la narración el carácter intachable que en principio promete. No es el héroe de Juan Díaz Covarrubias o Ignacio Manuel Altamirano, cuya pureza de alma provoca acciones irreprochables y que, fiel al ideal romántico, logra el triunfo del bien sobre el mal: el pobre y el feo son por esencia buenos y su contraparte la ejerce quien es por naturaleza moralmente reprochable. El autor insiste en la fealdad que llega a ser monstruosa en el caso de los combatientes revolucionarios, frente a la pulcritud excesiva de los oficiales federales. Azuela quiere hacer el elogio del revolucionario de rifle antes que el de discurso, como lo dijo en una entrevista célebre, lo cual no significa que cierre los ojos ante el impulso que caracteriza a todo movimiento armado.

Toda revolución altera radicalmente los parámetros de tiempo y espacio. Acostumbrados a medir el primero por el ritmo de las estaciones, los actores activos del movimiento se vieron ante una consagración del aquí y el ahora como nunca habían experimentado. Quienes de la noche a la mañana se convirtieron de seres anónimos en protagonistas; de servidores en usuarios y dueños de los caminos que antes recorrían sumisamente y ahora dominaban; de mansedumbre obediente en una colectividad capaz de otorgar el perdón o dar la muerte; de ver sus instrumentos de labranza o cacería que les daba precario sustento transformados en armas ofensivas; de comprobar que su conocimiento de la accidentada geografía, en cuyo seno habían nacido, les otorgaba una superioridad sobre quien antes había sido su opresor y ahora su enemigo mortal, provocaron un cambio radical en su manera de ser y comportarse.

Ignacio Manuel Altamirano escribió que la habitual sed de movimiento de los antiguos mexicanos se vio interrumpida por la Conquista, y que el dominio de los caminos se había recuperado con la Independencia. En efecto: el conocimiento del terreno que el indígena y el mestizo poseían desde sus primeros pasos fue decisivo para las grandes victorias de la Independencia, la República y la Revolución. Las asombrosas campañas de Morelos se explican en parte por el conocimiento del territorio que su disciplinado ejército dominaba. Un siglo más tarde, Martín Luis Guzmán expresará su asombro ante esos campesinos que, convertidos en inverosímiles centauros, modificaban como por arte de magia el horizonte.

Las grandes revoluciones abren, de manera tan colosal como dramática, zanjas que separan de manera radical a uno del otro.

El que antes era semejante se convierte en ajeno. Las leyes de convivencia se transforman. De manera inmediata surgen modos de denominar al otro, siempre en sentido descalificador y peyorativo.

Una de las frases más repetidas de la novela *Los de abajo* es cuando ante la pregunta de su mujer de por qué siguen peleando, Demetrio arroja una piedra que no deja de rodar hacia el abismo. *Los de abajo* tiene múltiples lecturas, pero la contenida en esa metáfora, es la del movimiento armado que nada parece capaz de detener.

Como su afortunado y amargo nombre lo revela, *Los de abajo* es la gesta de los que hacen la batalla desde lo más hondo, los que igualmente, a semejanza del Espiridión Cifuentes de *Tropa vieja* de Francico L. Urquiza, son obligados por pobreza o por la fuerza a incorporarse al movimiento y pelear del lado no de donde los conduce su convicción sino adonde los lleva su condición de descastados, de pertenecer a la clase más vulnerable de la sociedad, a la cual se le niegan la mayor parte de las posibles opciones.

De acuerdo con la novela, el personaje Demetrio Macías tiene alrededor de 30 años, lo cual significa que habría nacido alrededor de 1880. Porfirio Díaz, el presidente derrocado por la parte inicial de la Revolución, era conocido como el héroe del 2 de abril, debido al asalto decidido que en 1867 emprendió en contra de la ciudad de Puebla en su lucha contra la intervención francesa. *La Majestad caída*, titula Juan A. Mateos su novela publicada en 1912, sobre los últimos días de don Porfirio. Azuela hace eco de la metáfora de Mateos cuando escribe: “Villa derrotado era un dios caído. Y los dioses caídos no son dioses ni son nada”. El 9 de marzo de 1916, Francisco Villa hace la que será su última

notable actuación guerrillera, que estuvo a punto de causar una guerra con Estados Unidos, cuando asaltó la población fronteriza de Columbus en Nuevo México. La subsecuente expedición punitiva comandada por Pershing y las negociaciones de paz de los representantes mexicanos es otro de los hitos históricos representados profusamente en este libro.

El objetivo de los hombres de Demetrio Macías es incorporarse al ejército de Villa, consumir la utopía de sentirse perpetuamente triunfadores, invencibles y dueños de bastimentos que los confirmen en el territorio que dominan. En contraste, el paisaje que enfrentan los hombres de Macías es hostil, arisco y doblemente pobre. Devastado por el clima, ha sido posteriormente saqueado por los federales. Los motivos de la entrada del legendario Francisco Villa en el movimiento revolucionario no son tan opuestos a los que por instinto o necesidad mueven a Demetrio Macías. Dejemos la palabra al historiador Martín Quirarte:

Hacia 1894 un muchacho que no ha cumplido aún los 20 años es ya un perseguido de la justicia. Ha huido a la sierra para evitar que las autoridades lo tomen prisionero y lo juzguen por haber disparado tres balazos en defensa del honor de su hermana contra don Agustín López Negrete. Ha cambiado su nombre de Doroteo Arango por el de Francisco Villa. Su infancia y los primeros años de su juventud no han dejado en él recuerdos muy gratos. Supo de pobreza, de sufrimientos, de privaciones. Para él no hubo escuela, ni siquiera esa enseñanza elemental que permite a un hombre entrar en contacto con el silabario y las nociones más elementales de la aritmética.

Creando Villa que el gobierno no lo protegería, se lanzó por las rutas del bandolerismo. Más de alguna vez llegó a pensar en la posibilidad de tener una existencia ordenada. No lo pensó, sino lo puso en práctica. Cansado de peregrinar en las montañas y de andar siempre evadiendo la acción de la justicia fue alternativamente albañil, minero y carnicero. Pero no se le dejó en paz, era un reo del orden criminal. No bastaba que tratara de regenerarse mostrándose hombre honesto y ciudadano respetuoso de la ley. Él era para las autoridades un forastero sospechoso. Y antes de que estas lo identificaran emprendió la huida. No le quedó más remedio que volver a las andadas y la muerte lo hubiera sorprendido posiblemente en los vericuetos de la sierra, si la revolución de 1910 no lo convierte en uno de sus caudillos.

En 1937, concluido de manera simbólica el ciclo de la novela de la Revolución mexicana con su obra *El resplandor*, Mauricio Magdaleno pone el acento en la impostergable aceleración que trajo consigo el movimiento revolucionario, cuando todo pareciera haberse detenido: “Cincuenta, cien años son nada. Un minuto en la existencia del páramo donde nunca floreció la esperanza de algo, tampoco tiene razón de ser la medida de nada”.

Movimiento de profunda raigambre rural, la Revolución de 1910 halla en los indígenas a su carne de cañón pero también a sus héroes, que saltan del anonimato a la leyenda y se incorporan a la memoria colectiva mediante el corrido. Nuevamente actúan en el escenario de la historia los oprimidos, los olvidados, *los de abajo*. Como en 1810, la participación guerrera de un grupo campesino se convierte en otro cantar de gesta, pero

ahora con un mayor número de registros. Palabras, expresiones, accidentes geográficos, modos de comportamiento hacen de *Los de abajo* un emblema de la nueva literatura nacional, que la Revolución consumada habrá de canonizar y celebrar en sus ritos de paso. La presencia de nuestra sangre más antigua salta a la vista a cada momento: la proverbial paciencia indígena se manifiesta en la serenidad ante la cual la tropa aguarda la salida de los trenes, la cual se posponía horas o días, como se lee en *Se llevaron el cañón para Bachimba* de Rafael F. Muñoz.

A uno de los proverbios de la literatura náhuatl, en versión de Ángel María Garibay, pertenece la siguiente metáfora: “Me pesa en el corazón la vida que voy llevando (*Nech ellepozahualtia in notlahuelolocayo*)”. Verdad es que semejante lamento es universal a todas las culturas, pero resulta de particular modernidad el hecho de que el poeta, en este caso anónimo, no halle consuelo en los dioses y el inmanente transcurrir. No existe tampoco la trascendencia de saber que solo estaremos un breve instante aquí y después iremos al lugar donde de algún modo se existe. En la bocanada que expresa la insupportabilidad de la vida, en la confesión del que manifiesta su *dolorido sentir*, animal e inmediato, se halla el espíritu estoico de la raza original, particularmente de la marginada de forma permanente, esa que encontró en los amaneceres, simbólicos y concretos de 1810 y de 1910 una posibilidad de cambio.

Dicha forma de ver el mundo se halla presente tanto en el poema anteriormente citado como en los versos estoicos y cínicos, tiernos y rijosos de la canción “El abandonado”, que la Revolución habría de incorporar tanto a su repertorio como a su poética. Abandonado por mis propios actos, pero abandonado

desde siempre y, como consuelo, abandonado por el amor de Dios. Hay en esta contradicción una figura de profunda raíz indígena, que Miguel León-Portilla examina en su libro *Filosofía náhuatl*. Se trata del *mo-neneque*, que nuestro maestro traduce como “Hace por sí, a partir de sí, lo que se le antoja”. Es el atributo de Dios, que el hombre hace suyo, con todo lo que semejante desafío conlleva.

La Revolución fue un proceso largo y lento, ola furibunda y generosa, irracional y reflexiva que vino a sacudir viejas estructuras. Tuvo una culminación simbólica en 1929, cuando la Universidad Nacional obtuvo su autonomía, como una más de las limpias y nobles conquistas revolucionarias. “Cuiden su vida”, decía una canción de la época como un mensaje para los jóvenes que en todas las épocas no han tenido más remedio, por fortuna, que ser fieles a sus ideales.

Si el hijo de Demetrio Macías daba su primeros pasos el año reconstruido en *Los de abajo*, a los 22 años pudo haber sido uno de los ciudadanos que aplaudía a Lázaro Cárdenas en la plaza del Zócalo, ante el anuncio de expropiación petrolera, y cuando parecía que la Revolución por la que instintiva e inevitablemente se había alzado Macías sería una realidad palpable. Pero los hijos de Demetrio Macías somos todos, hijos de una revolución que no se ha consumado y que no ha logrado impedir la permanencia de los de a pie, los humillados y ofendidos con los que seguimos en deuda permanente y que en este libro tienen el lugar protagónico que han ganado en la gran Historia.

ENTRE FUEGO Y CENIZAS, EL RECORRIDO TRIUNFAL DE CARRANZA

Cuando la usurpación presidencial encontró su fin, las fuerzas revolucionarias se volcaron hacia el interior del movimiento. La bandera del respeto a la Constitución -herencia primordial de Benito Juárez-, el brío de los norteños comandados por un fugitivo de la justicia porfiriana y la dignidad agraria del estado de Morelos, desenfundaron sus rifles y cortaron cartucho para apuntar al adversario que momentos antes había sido aliado de lucha y amenazaba seriamente a la Revolución.

La única posibilidad de equilibrio entre las demandas de los caudillos más agrestes, las normas legislativas derivadas del constituyente de 1857 y la restauración de la propiedad agraria, fue una convención en suelo de un estado neutral, “de buena tierra, de buena gente, agua clara y cielo claro”. Aguascalientes, *Virtus in Aquis Fidelitas in Pectoribus*, fue la sede de la célebre convención efectuada el 1 de octubre de 1914 donde se acordarían el cese de Carranza como encargado del ejecutivo, la designación de Eulalio Gutiérrez como Presidente interino y el llamado a nuevas elecciones para legitimar a la Revolución, acabar con la supremacía de una facción y encaminar al país a la reconstrucción nacional.

Carranza, detrás de sus espejuelos cristalinos y miradas oblicuas, calculó mal y anticipó bien. Pensó que en esa reunión se perfilaría pronto como candidato natural para ocupar la silla del águila dorada y serpiente insurrecta. Pero no fue así: se retiraría de la convención donde villistas, apoyados por zapatistas, impondrían su voluntad, los declararían rebeldes, los imprecaría, los negaría y juraría su destrucción. Partió hacia Veracruz por un camino de fuego y cenizas que llegaba hasta las espumosas aguas del puerto sobre las que se deslizaban, amenazantes, los buques de guerra que trinaban silbidos de plomo y la ignición fementida de una invasión parcial.

Adiciones al Plan de Guadalupe, promulgación decretista. Libertad y gobierno. Aires de legitimidad propagada en las puntas de las armas, de Obregón, González, Treviño y Coss. Dos años de un gobierno tropical concluyeron cuando los zapatistas acendrarón su localidad y los villistas se alejaron al corazón de las arenas septentrionales para consumirse entre mulas, pajales, arrieros y ocre polvos. El camino de vuelta a México no sería ya uno de fuego y cenizas, sino otro de cantos rodados pulidos de antemano por la abrasión del brío constitucionalista.



A un hombre de sobrada temeridad le tocó la tarea de atraer más voluntades en medio de una Revolución que amenazaba con ahogarse con sus propias voces. Ese fue Carranza. Y ésta es la historia de los mexicanos rumbo a su Constitución.

Una constante permanente, inalterable, profunda, de nuestra historia, ha sido la voluntad de los mexicanos por constituirse en una comunidad social, cultural, política y económicamente soberana e independiente. Esta voluntad popular se ha traducido en lucha, sangrienta a veces, heroica siempre, por transformar la estructura social básica, hacerla más justa, libre y democrática y, a la vez, armonizarla con los principios fundamentales de la convivencia internacional. A esta voluntad, a este afán característico de los mexicanos de ayer y de hoy debemos nuestra nacionalidad.

Josefina Moguel,
Venustiano Carranza. Antología.

El Primer Jefe descendiendo del Tren Presidencial, ca. 1916. Fotografía Mendoza Hermanos. Centro de Estudios de Historia de México, Carso.

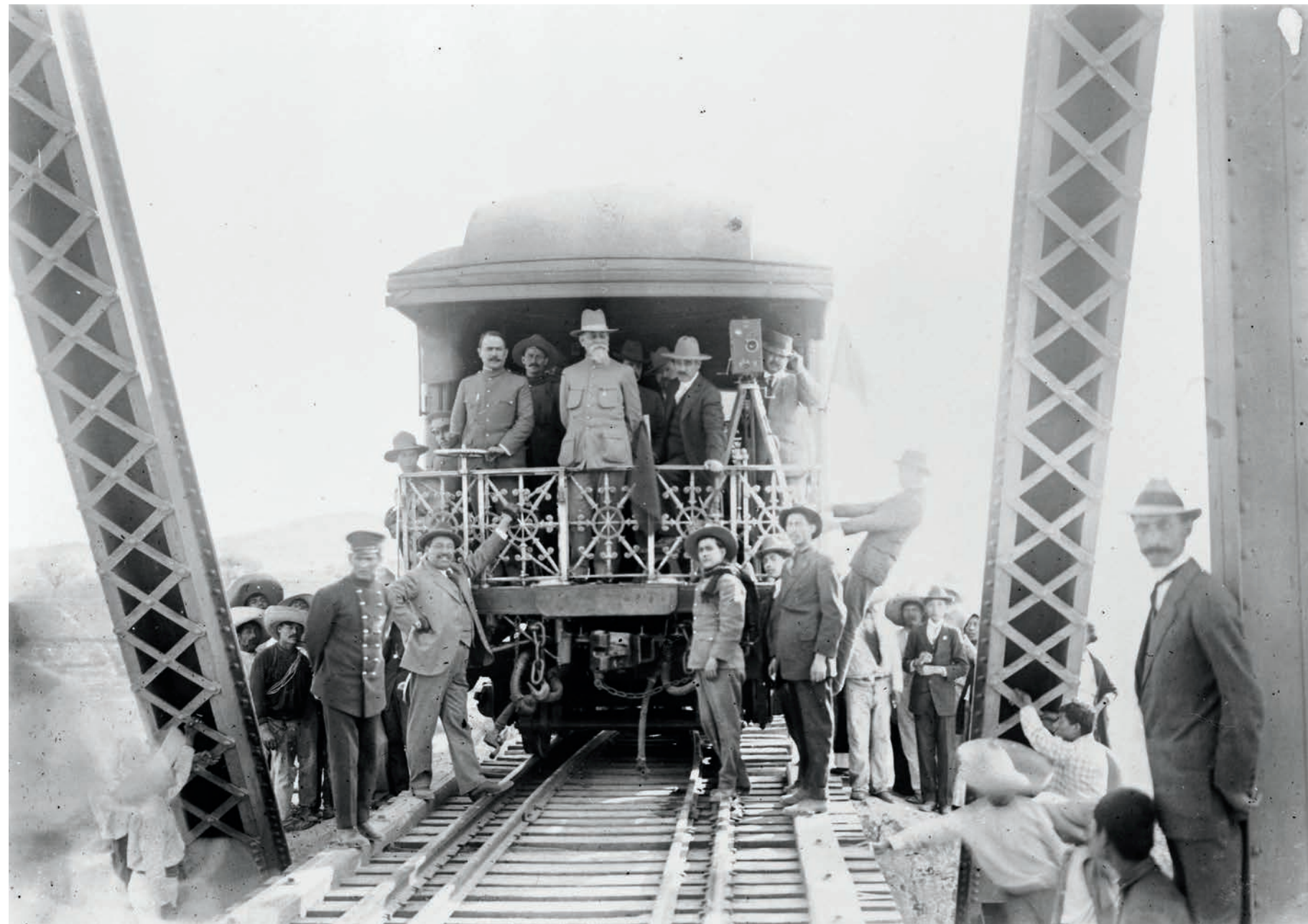


“Pasead a esas horas por la calzada de la Reforma, si no podéis alejaros más de la ciudad. ¿No habéis observado cómo las ciudades marchan rumbo a Occidente? [...] México parece como irse desprendiendo y alejando del lugar en donde lo dejaron los conquistadores [...] ¡Cómo brotan casas en esa calzada de la Reforma! ¡Cómo va

dejando la ciudad a los pobres, parecida a la dama elegante que percibe un olor y recoge su falda de seda y sale aprisa de la iglesia!”

Salvador Novo,
Los paseos de la Ciudad de México.

El Primer Jefe a su paso por el Paseo de la Reforma, Ciudad de México, México, 20 de agosto de 1914. Fotografía Mendoza Hermanos. Centro de Estudios de Historia de México, Carso.



El covoy del Primer Jefe en el puente al salir de Irapuato; le acompaña Álvaro Obregón, febrero de 1916. Fotografía Mendoza Hermanos. Centro de Estudios de Historia de México, Carso.

El Primer Jefe tenía buen ojo. A pesar de su edad, avizoraba a lo lejos el peligro pero también sabía responder a las muestras de afecto que le dispensaban los mexicanos cuando pasaban sus convoyes hacia el norte. “Cuando los trenes militares salieron al norte a iniciar la campaña, los gritos

de júbilo y algarabía de los soldados se rubricaban con los disparos de fusil que se lanzaban al aire en señal de regocijo.”

Juan de Dios Bojórquez,
Hombres y aspectos de México en la tercera etapa de la Revolución.



“Al siguiente día, 15 de agosto de 1914, el Cuerpo de Ejército del Noroeste hacía su entrada triunfal en la Ciudad de México, quedando consumada la disolución del Ejército federal y la victoria de las armas constitucionalistas. El entusiasmo demostrado por las clases populares a nuestra llegada a la capital alcanzó su máximo, habiendo tenido nuestra columna que emplear más de tres horas en desfilarse

desde el Monumento de la Independencia hasta el Palacio Nacional, frente a la Plaza de la Constitución, que es una distancia de 3 kilómetros aproximadamente, debido a la aglomeración de gente, que entorpecía completamente nuestra marcha.”

Álvaro Obregón,
Ocho mil kilómetros en campaña.

Entrada de Venustiano Carranza, sus generales y soldados por la Av. Juárez. Fotografía Enrique Díaz. 20 de agosto de 1914. AGN.



Venustiano Carranza con su secretario particular Gustavo Espinosa Mireles, agosto de 1914, Cuautitlán, Estado de México. Fotografía Mendoza Hermanos. © 32541 Secretaría de Cultura- INAH-Sinafo-FN, México.

Gustavo Espinosa Mireles, abogado brillante y de buenas maneras, fue el gobernador más joven que ha tenido Coahuila. Cuando su jefe Venustiano Carranza se rebeló contra Victoriano Huerta, el mundo se le vino encima: tuvo que ejercer de interino en la primera magistratura de Coahuila. A veces en la

sombra, otras más en la luz, su actuación a lado de Carranza fue fundamental en la toma de decisiones por parte del Primer Jefe de la Revolución. Siempre se le reconoció su amplia capacidad y prestigio revolucionario, mismos que conservó hasta sus últimos días.



Antes de que se convirtiera en el Primer Jefe, el pueblo de Monclova le guardaba una consideración especial a Carranza. Recordábase cómo aquel pueblo sirvió de refugio mientras se rebelaban las fuerzas democráticas en contra de Huerta.

Durante un par de meses, Carranza permaneció en Monclova sin que se le

molestara –lo que es de sorprender–, absorbido como estaba por el problema de imponer su autoridad a los rebeldes de la campaña, mientras los federales avanzaban perezosamente hacia el norte.

Alan Knight,
La Revolución mexicana: del Porfiriato al nuevo régimen constitucional.

El Primer Jefe se dirige a la población, Monclova, Coahuila, octubre de 1915. Fotografía Mendoza Hermanos. Centro de Estudios de Historia de México, Carso.



MENDOZA H 11/15

“El origen de la guerra, conocido para todos, ha sido una tiranía de treinta años, un cuartelazo y un asesinato. Esta tiranía fue una consecuencia de la inmoralidad llevada al extremo en el Ejército, y ese asesinato, la consecuencia de la misma inmoralidad. Para poner remedio a tal situación, todos los ciudadanos nos hemos armado, y al cabo de tres años hay un nuevo Ejército, hay nuevos Jefes, surgidos de esos mismos ciudadanos que se vieron obligados a tomar el rifle para derrocar la tiranía.”

Venustiano Carranza,
Discurso pronunciado el 29 de diciembre de 1915.

El Primer Jefe llega rodeado por el pueblo al Palacio Municipal, Matamoros, diciembre de 1915. Fotografía Mendoza Hermanos. Centro de Estudios de Historia de México, Carso.



El Primer Jefe con los C.C.G.G. Ugarte, J. Barragán, Pablo Garza, Álvaro Obregón, J. Abitia, G. Espinosa Mireles, R. Dávila, Dr. Atl. Y M. Méndez en Anhelo, Ramos Arizpe, Coahuila, noviembre de 1915. Fotografía Mendoza Hermanos. Centro de Estudios de Historia de México, Carso.

La personalidad de los generales constitucionalistas era contrastante. La alianza no siempre suponía uniformidad. Unos se distinguían, paradójicamente, por su poca habilidad compensada con lealtad. Otros, con el siempre genuino perdón en batalla que alargaba vidas. “El que se rinde, general, perdona por ese hecho

la vida de otro, o de otros, puesto que renuncia a morir matando. Y siendo así, el que acepta la rendición queda obligado a no condenar a muerte.”

Martín Luis Guzmán,
El águila y la serpiente.



“Afable, bondadoso, paciente, reposado, mesurado en el hablar aun en medio de las más fuertes tempestades de cólera o de indignación, no olvidaba jamás el respeto que se debía a sí mismo y nadie lo oyó estallar en recriminaciones, ni desatarse en intemperancias del lenguaje. En sus mayores demostraciones de indignación y cólera, contra la ingratitud, o contra la

injusticia o contra la falta de patriotismo, su exaltación apenas rebasaba los límites de una especie de entusiasmo que le salía al rostro cuando afirmaba con el puño cerrado (sin golpear la mesa) ‘hemos de vencer’.”

Luis Cabrera,
La herencia de Carranza

El Primer Jefe se dirige al centro de la población. Cuatro Ciénegas, Coahuila, noviembre de 1915. Fotografía Mendoza Hermanos. Centro de Estudios de Historia de México, Carso.



Las exhortaciones al pueblo en lugares públicos como plazas y kioscos eran frecuentes antes y después de la promulgación de la Carta Magna para ganar adeptos.

Los primeros revolucionarios constitucionalistas que entraron en San Luis Potosí en junio de 1914 fueron los del general Alberto Carrera Torres, que había venido operando por el sur de Tamaulipas y el oriente de San Luis. Luego entró la brigada del general Eulalio Gutiérrez, perteneciente a la división del noreste comandada por el general Pablo González. Unos cuantos días después hubo un mitin en el Teatro de la Paz al que asistí con algunos amigos. Hablaron cuatro o cinco jóvenes oradores sobre el contenido y los ideales de la revolución constitucionalista. Entre ellos recuerdo a los tenientes coroneles Marciano González y Guillermo Castillo Tapia, oradores fogosos que avivaron en mí el morbo revolucionario. Decidí desde aquellos momentos sumarme a la Revolución.

Jesús Silva Herzog,
Una vida en la vida de México: y; mis últimas andanzas, 1947-1972.

En la plaza principal de Matehuala, San Luis Potosí, el Primer Jefe es saludado por el pueblo, ca. 1916. Fotografía Mendoza Hermanos. Centro de Estudios de Historia de México, Carso



Venustiano Carranza atravesando un arco levantado en su honor y en el de Francisco I. Madero, 1915. Fotografía Mendoza Hermanos. Colección particular.

Las imágenes pueden resultar engañosas. Cuando Carranza entró a la Ciudad de México, encontró las consecuencias de la Revolución: “Además de la falta de trabajo (los centros de producción se clausuraron en un 90 por ciento), la escasez y carestía de víveres se hizo tan extremosa a mediados de mayo, que muchísimas personas al andar por las calles, súbitamente azotaban contra el suelo en medio de horribles convulsiones a causa del hambre. Otros caminaban

macilentamente apoyándose en la pared, viéndoseles en el fondo de sus grandes y profundas ojeras unas pupilas opacas, así como en su cadavérico semblante la nariz afilada, los labios exangües y las mejillas atrozmente deprimidas...”

Francisco Ramírez Plancarte,
La Ciudad de México durante la Revolución constitucionalista.



Se dice que el activismo del *Dr. Atl* a favor del carrancismo llegó a tal grado que sus palabras fueron recibidas como insultos, particularmente a la ciudad de Querétaro. En su visita a la Cañada, Venustiano Carranza se ocupó de aclarar el asunto y efectuar un fastuoso convite en su honor. “Secretarios de Estado, jefes de operaciones

militares, políticos, artistas y numerosas personalidades de la rancia sociedad queretana están presentes en el banquete que ofrece el gobernador Federico Montes Alanís, en la Cañada, en honor del Primer Jefe del Ejército Constitucionalista don Venustiano Carranza.”

El Primer Jefe con los Grales. T. Elizondo, Pablo de la Garza, Álvaro Obregón, Pablo González, F. Montes y Cesáreo Castro en la Cañada, Querétaro, enero de 1916. Fotografía Mendoza Hermanos. Centro de Estudios de Historia de México, Carso.



El 3 de junio de 1915 Álvaro Obregón se vio gravemente herido por las fuerzas villistas durante la batalla de Santa Ana del Conde en Guanajuato, lo que le causó la pérdida del brazo derecho y lo obligó a tomar un descanso en la persecución contra Francisco Villa. Sin embargo, la victoria del Ejército Constitucionalista sobre la División del Norte era inminente desde el 15 de abril de 1915, cuando se dio la segunda fase de

la Batalla de Celaya. Tras el debilitamiento de Villa, el gobierno carrancista pudo consolidarse en el poder y el 6 de enero de 1916 Obregón visitó Celaya junto con el Primer Jefe, Venustiano Carranza; arribaron por la estación del ferrocarril, a pie llegaron al centro de la ciudad pasando por varios arcos triunfales. Para la clausura del evento, el general Obregón dirigió un discurso a la población



Llegada a la plaza principal de Colima del Primer Jefe, acompañado de Álvaro Obregón, febrero de 1916. Fotografía Mendoza Hermanos. Centro de Estudios de Historia de México, Carso.

La Srta. Esperanza Alatorre condecora al Gral. Álvaro Obregón en nombre de los habitantes de Celaya; a la derecha observa Venustiano Carranza, Celaya, Guanajuato, enero de 1916. Anónimo. Biblioteca del Congreso, Washington, dc.



“Venustiano Carranza y su Plan de Guadalupe, tuvo grandes repercusiones en Guanajuato. Obregón, comandante en jefe de las fuerzas carrancistas en El Bajío, luego de derrotar a las fuerzas villistas en las batallas de León, Celaya y Santa Ana, designó como gobernador, en 1915, al general José Siurob. En dicho año, los combates entre villistas y carrancistas provocaron que un número cada vez mayor de guanajuatenses se alistara en las diversas facciones revolucionarias dentro de la entidad. Estos combates dejaron destrucción, miseria y desempleo.”

Guadalupe Valencia García,
Guanajuato: sociedad, economía, política y cultura.

El gobernador del estado, Gral. José Siurob, presenta al Primer Jefe al pueblo de Guanajuato, Guanajuato, febrero de 1916. Fotografía Mendoza Hermanos. Colección particular.



Ante la mirada de “El Pipila”, la estatua caliza era la sombra del triunfo de la persona de Obregón. Guanajuato siempre resultó significativo para Obregón.

Pero la batalla de Celaya había sido, sin duda, el primer paso dado por el Ejército Constitucionalista para afirmar nuevos y posteriores triunfos. Lleno de ardor por el triunfo obtenido en el primer encuentro con los villistas, el general Obregón dispuso el avance hacia el norte, llevando como objetivo la plaza de León, Guanajuato.

José C. Valadés,
La Revolución y los revolucionarios. Parte II. Las rupturas en el Constitucionalismo.

El Primer Jefe con los generales Benajmín Hill y Álvaro Obregón junto a la estatua de “El Pipila”, Guanajuato, México, febrero de 1916. Fotografía Mendoza Hermanos. Centro de Estudios de Historia de México, Carso.



Venustiano Carranza, Pablo González, Álvaro Obregón y otras personalidades en comida campestre realizada en la Cañada, Querétaro, 1916. Fotografía Mendoza Hermanos. Centro de Estudios de Historia de México, Carso.

Las comidas de Carranza con sus generales eran habituales, algunas de las cuales fueron tan legendarias por reunir en un mismo sitio a diversas personalidades de insoslayable importancia para el proceso revolucionario, inspirando años después infinidad de cuadros literarios de las mejores plumas del siglo xx. “[...] Todos nos sentíamos gozosos [...] Con ese motivo, Carranza se puso a pontificar, según su hábito, y acabó a las pocas palabras estableciendo como hecho inconcluso la superioridad de los ejércitos improvisados y entusiastas sobre los que se organizan científicamente. [Carranza, que] solía mostrarse tan autócrata en la charla como en todo lo demás [...], concluyó de plano, sin apelación, como Primer Jefe, con un

juicio absoluto: ‘En la vida, general –dijo–, sobre todo para el manejo de los hombres y su gobierno, la buena voluntad es lo único indispensable y útil’. [...] Yo sentí vergüenza; me acordé que estaba en la Revolución [...] –¡Lo que son las cosas! – dije sin ambages y mirando con fijeza hasta el fondo de los ojos dulzones del Primer Jefe–. Yo pienso exactamente lo contrario que usted. [...] Mi salida causó, más que sorpresa, espanto. Don Venustiano me sonrió con aire protector, tan protector que al punto comprendí que no me perdonaría nunca mi audacia.”

Martín Luis Guzmán,
El águila y la Serpiente.



“Y en los tiempos de Porfirio Díaz, quien envejeció en el poder mientras los rieles atravesaban el territorio nacional, fueron también plenamente ferrocarrileros. En este sentido las palabras de Manuel Gutiérrez Nájera, quien recogió la estafeta de cronista que llevo inicialmente Altamirano, tienen el valor casi de una certificación notarial, si bien envueltas en una halo de belleza que sólo el poeta podría haberles dado:

‘El único héroe posible para los dramas de esta edad es de vapor [...] El público sólo tiene oídos para escuchar el chirrido agrio de los rieles, el silbo de las locomotoras y el convulsivo sacudimiento de los trenes.’”

Sergio Ortiz Hernán.
“De estaciones, trenes y paisajes”, en:
Estaciones ferroviarias de México. Patrimonio histórico, cultural y artístico.

El pueblo esperando el saludo del Primer Jefe, Celaya, Guanajuato, ca. 1916. Fotografía Mendoza Hermanos. Colección particular.



El abanderado recibe el lábaro patrio de manos del Primer Jefe, México, septiembre de 1916. Fotografía Mendoza Hermanos. Centro de Estudios de Historia de México, Carso.

El 12 de diciembre de 1914 se difundió el programa de la Revolución, conocido como Adiciones al Plan de Guadalupe, en el que el Primer Jefe Venustiano Carranza dio a conocer su postura frente a los problemas políticos y militares “[...] Una vez concluida la etapa armada se convocaría al Congreso de la Unión para que ‘la voluntad soberana de la nación ratificase, enmendase

o complemente’ las reformas expedidas durante la lucha, y elevase a precepto constitucional las que deberían tener ese carácter al restablecerse la normalidad jurídica fundamental.”

Debate: Sufragio efectivo. No reelección. Congreso Constituyente, 1917.

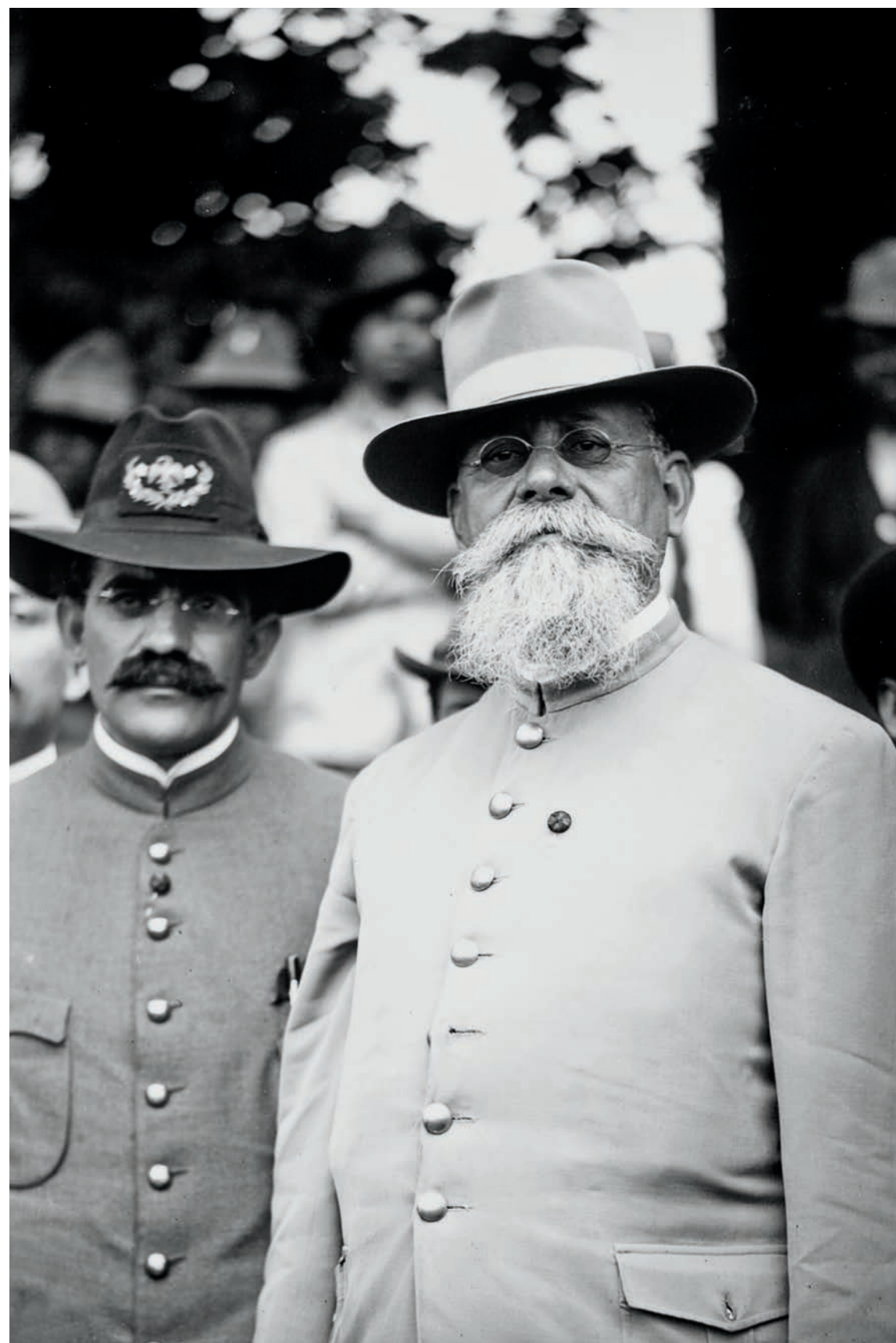


Venustiano Carranza y Álvaro Obregón junto a otras personas, ca. 1916. Fotografía Mendoza Hermanos. Colección particular.

Carranza tenía a su lado siempre a Obregón. Cuando comenzaron las dificultades por las presiones internacionales y la radicalización de las fuerzas opositoras a sus ideas, el general de Huatabampo fue una solución efectiva ante las adversidades. “Carranza, reformador, sabía bien que ciertos principios radicales no se convierten en ley por procedimientos

parlamentarios y que las reformas verdaderamente trascendentales para la vida de los pueblos, nunca se han logrado sino en épocas de lucha, por medio de la fuerza.”

Luis Cabrera,
Carranza reformador.



Pablo González fue la mano izquierda del diestro Carranza. La derecha, irónicamente, era Obregón. Cuando se le preguntó muchos años después de muertos su jefe y su antiguo adversario cuál había sido la causa de la rivalidad tan acendrada con éste, dijo: “En todos los países y en todos los ejércitos se opera el mismo fenómeno: cuando existen dos jefes de igual graduación, con igual mando de fuerza y con idéntico poder, ha surgido el problema. El desenlace ya se conoce por anticipado: es siempre fatal.”

José C. Valadés,
La Revolución y los revolucionarios.

Venustiano Carranza y Pablo González, ca. 1916. Anónimo. Colección particular.



Si hay algo cierto entre todas las interpretaciones históricas y literarias de la Revolución mexicana, es la estela de muerte que dejaron a su paso los ejércitos; todavía es incalculable su repercusión en la conciencia del pueblo mexicano, tanto en el ámbito de la historia como de la literatura.

“Ese busto de yeso que respira / lunas de noche antiguas y metales rodillas mutiladas desiguales que si la noche cubre el sueño mira. [...] Y esta sombra de luz donde se rozan las llamas y los cuerpos reposan. Vivos sueños, bellezas, funerales.”

Bernardo Ortiz de Montellano,
Ese busto de yeso.

Venustiano Carranza acompañado de Benjamín Hill, Agustín Castro y miembros de la sociedad mixta de empleados en acto luctuoso, en honor a Francisco I. Madero, ca. 1916. Fotografía Hermanos Casasola. © 39783 Secretaría de Cultura-*INAH-Sinafo-EN*, México.



Venustiano Carranza y Álvaro Obregón en la estación de Celaya, Guanajuato, ca. 1916. Fotografía Mendoza Hermanos. Colección particular.

Carranza y Obregón podían caminar juntos. Aquél sabía mandar, pero éste sabía mandar y obedecer mandando. Carranza era hábil, pero Obregón era hábil y rápido.

Cuando García Vigil interpeló al general Obregón sobre cuál sería su actitud como secretario de Guerra en el asunto que se

discutía, el general Obregón contestó: Soy militar por accidente y accidentalmente secretario de Estado, pero antes soy revolucionario y me disciplinaré a lo que esta Asamblea Soberana acuerde.

Emilio Portes Gil,
Autobiografía de la Revolución mexicana.



Texcoco, patria de Nezahualcóyotl, parroquia de Pedro de Gante y eterno referente de la Ciudad de México, también fue localidad fundamental en las estrategias revolucionarias por el control del centro del país y los alrededores de la capital, mermados ya por el ímpetu revolucionario. “Voy a decir verdades amargas; pero nada expresaré a usted que no sea cierto, justo y verdaderamente dicho [...] Bancos saqueados [...] la industria y las empresas de todo género agonizando bajo el peso

de las contribuciones exorbitantes, casi confiscatorias; la agricultura y la minería pereciendo por la falta de seguridad en las comunicaciones; la gente humilde y trabajadora, reducida a la miseria, al hambre, a las privaciones de toda especie, por la paralización del trabajo, por la carestía de los víveres, por la insoportable elevación del costo de la vida.”

Fragmento de una carta de Emiliano Zapata a Venustiano Carranza. 1916.

Venustiano Carranza, Pablo González y Eduardo Hay en el Zócalo de Texcoco, 12 de enero de 1916. Fotografía José Mora. A.G.N.



Manifestación en apoyo a Venustiano Carranza, ca. 1917. Fotografía Hermanos Casasola. © 5232 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.

“¿Cuál fue el enlace profundo entre la lucha y las leyes, el vínculo entre Revolución y Constitución? Como todos los hechos humanos, la Revolución tiene una anatomía compleja. Desde el punto de vista del pueblo que luchó, triunfó y murió, la Revolución fue un crisol misterioso de actitudes y sentimientos: reivindicación

económica y social, expectativas, justicia, venganza, búsqueda, afirmación, relajo, descubrimiento, coraje, azoro, tragedia, luz.”

Enrique Krauze,
Biografía del poder.



Cuando triunfó sobre los villistas se abrió un nuevo capítulo en la historia de este proceso. “Así fue posible que la Revolución se consolidara, y Venustiano Carranza pusiera los cimientos constitucionalistas e institucionales de una Revolución fuerte y definida, arrancando de cuajo las ilusiones de los porfiristas que siempre han soñado con recobrar sus privilegios [...] Venustiano Carranza puso en práctica sus dotes de organizador y de hombre de enérgica contextura frente a la desbandada de los

huertistas y asumió la delicada misión de formar, dentro del espíritu de la Revolución, las nuevas fuerzas armadas” y todas aquellas condiciones que garantizaran las paz y el progreso del nuevo país emanado de la Constitución.

Salvador Pruneda,
La caricatura como arma política: caricaturas anónimas y de los artistas J. G. Z., Constantino Escalante, et. al.

“Está difícil la reconstrucción”, en: *La Guacamaya*, 6 de septiembre de 1914. Hemeroteca Nacional, UNAM. En la caricatura se representan como secretario de Instrucción Félix F. Palavicini, de Hacienda Felicitos Villareal, de Gobernación Eliseo Arredondo, de Relaciones Exteriores Isidro Fabela y de Comunicaciones Ignacio Bonillas.

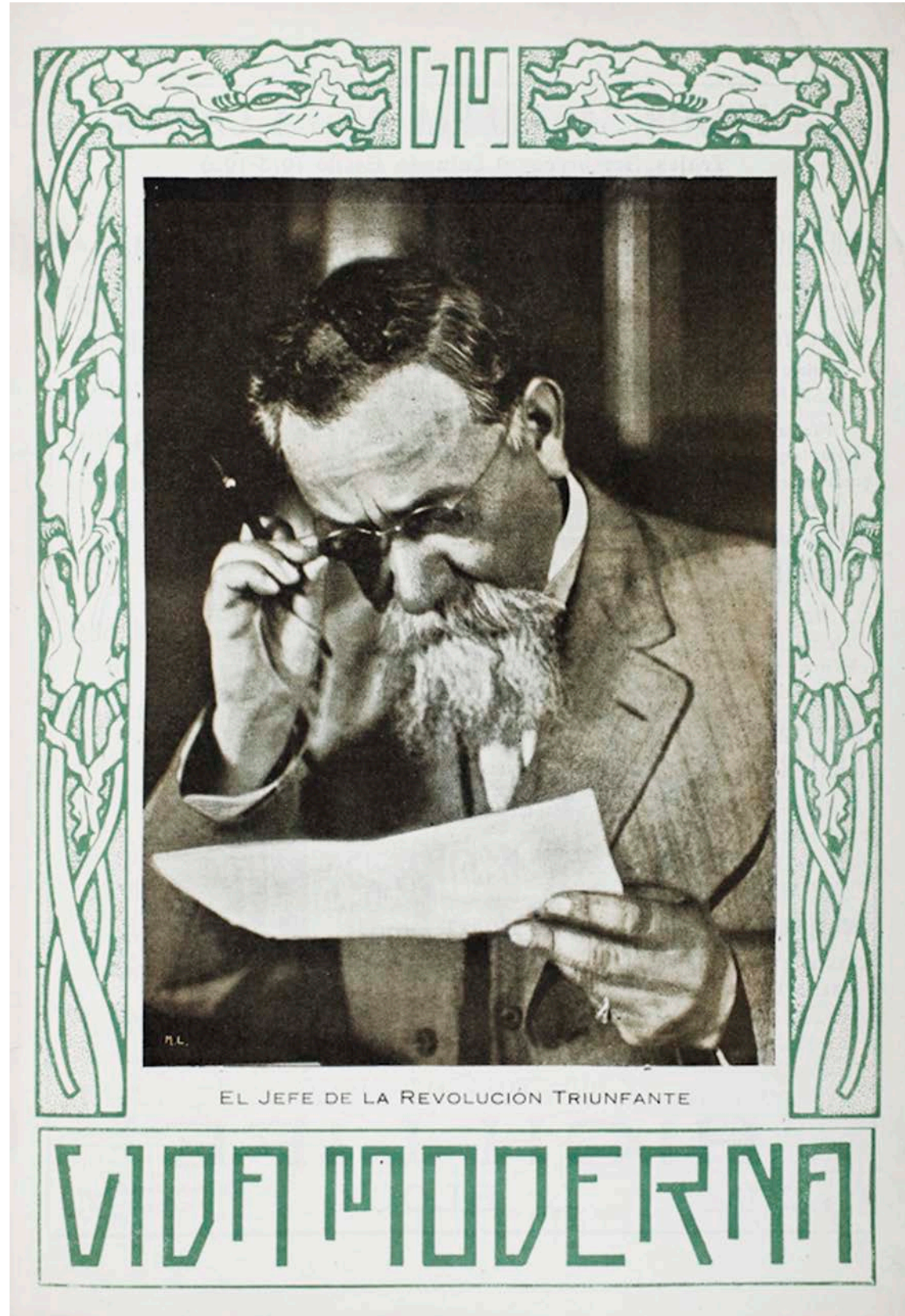
VIDA COTIDIANA, EL COMBATE DE TODOS LOS DÍAS

No hay efecto de mayor abrasión que la cotidianidad desgastante. Acaba con el detalle, la sorpresa de todos los días, ahoga el espectáculo de la vida y lo condena al presente monótono que todo lo consume. El tiempo tiene un efecto trágicamente hermoso que devora el pasado con apetito infinito, pero también es capaz de conservar a la memoria en pequeños detalles que igualan en magnificencia a los grandes monumentos de piedra, hierro y papel. La vida cotidiana de la Revolución mexicana es una prueba de ello. Pequeños fragmentos de existencia aquí mostrados ofrecen un panorama amplio de las tensiones motivadas, la barbarie del torbellino virulento que se extendió sobre las ruedas de los trenes y las enormes caballadas a través de los caminos ocres.

Aquí no figuran como protagonistas los grandes héroes consagrados por la historia. Esta es una mezcla genuina que en concepto sutil encierra colores, formas y perspectivas, creando una percepción correlativa entre imagen y relato que concluye en una definitividad perentoria, atrapando un pedazo de realidad, un tiempo distante que nunca deja de estar presente. Se muestran en

primer plano los impulsos que alentaban las batallas y las polémicas en el seno de las asambleas populares que trataban de dilucidar los recónditos secretos del porvenir. Las comidas familiares, la íntima convivencia de padres e hijos de doméstico recuerdo entre paseos arbolados, ruinas sugerentes y la calle destruida como testimonio de alegría, muerte, banquetes y orfandad.

Esta es una narrativa visual de los espectáculos populares, el fervor presidido por la religiosidad guadalupana, las guitarras de tristes notas, sacristías convertidas en escuelas y escuelas mudadas en cuarteles militares. Aquí se les devuelve la voz a quienes nunca la tuvieron, personalidad a los anónimos y sonido al silencio de la letárgica foto de documental. Es el relato alternativo de la Revolución donde concurren niños y mujeres en plazas, quioscos, avenidas, campos. Aquí los avances tecnológicos, los tratados políticos, los mítines, las elecciones y los milagros en los atrios de las iglesias completan la leyenda revolucionaria del pulque, el sombrero, el rifle, el caballo, el gallardete, las estatuas y los ahuehuetes de milenaria vida.



“Además de experto en balística es usted un muy buen escritor –Carranza recorrió las hojas del documento con cierta displicencia, de adelante hacia atrás, de atrás hacia adelante, como si fuera a barajarlas.”

Ignacio Solares,
La noche de Ángeles.

“El Jefe de la Revolución Triunfante”, en: *Vida Moderna*, Portada. 1917. Colección particular.



“Frente...estaban sus automóviles, en torno de los cuales crecía ahora el alboroto... A escape pasaron los automóviles por las calles más céntricas de la ciudad y poco después entraban, bajo la misma presión

del acelerador, en la carretera de la Ciudad de México.”

Martín Luis Guzmán,
La sombra del caudillo.

Vista de una calle de la Ciudad de México, 25 de mayo de 1918. Anónimo. Colección particular.



*Los Viveros, Coyoacán, Mexico, D. F.
The Nurseries, Coyoacan, Mexico, D. F.*

Paseo por los Viveros de Coyoacán, Ciudad de México, México, ca. 1918. Fotografía Félix Martín. Colección particular.

La expansión urbana de la Ciudad de México pronto se encontró con la necesidad de disponer de espacios surcados por vías rectas y amplias adornadas por mil vegetaciones, que sirvieran de refugio y solaz a las nuevas clases surgidas después de la Revolución.

*El reino vegetal es un país lejano
aun cuando nosotros creámoslo a la mano.
Difícil es llegar a esbeltas latitudes;
mejor que doña Brújula, los jóvenes laúdes.*

*Las palabras con ritmo –camino del poema–
se adhieren a la intacta sospecha de una
yema.
Algo en mi sangre viaja con voz de clorofila.
Cuando a un árbol le doy la rama de mi
mano
siento la conexión y lo que se destila
en el alma cuando alguien está junto a un
hermano.*

Carlos Pellicer,
Discurso por las flores.



Gente abordo de un Taxi en la Ciudad de México, México, ca. 1918. Fotografía Hermanos Casasola. Colección particular.

Entre los transportes públicos que convivieron en la primera década del siglo xx están los de tracción animal, eléctrica y de combustión interna. Como todos los avances tecnológicos este nuevo medio de transporte fue utilizado primero solo por las familias más acomodadas. Entre los primeros dueños de autos particulares estaba el “señor Limantour, Ministro de hacienda,

y el otro de don Pedro Dueña [...] allá por 1915 dieron servicio público unos coches Renault, cerrados provistos de taxímetros, y de los que era dueño, o cuando menos empresario uno de los hermanos Sánchez Juárez.”

Alonso de Icaza,
Así era aquello... (60 años de vida metropolitana).

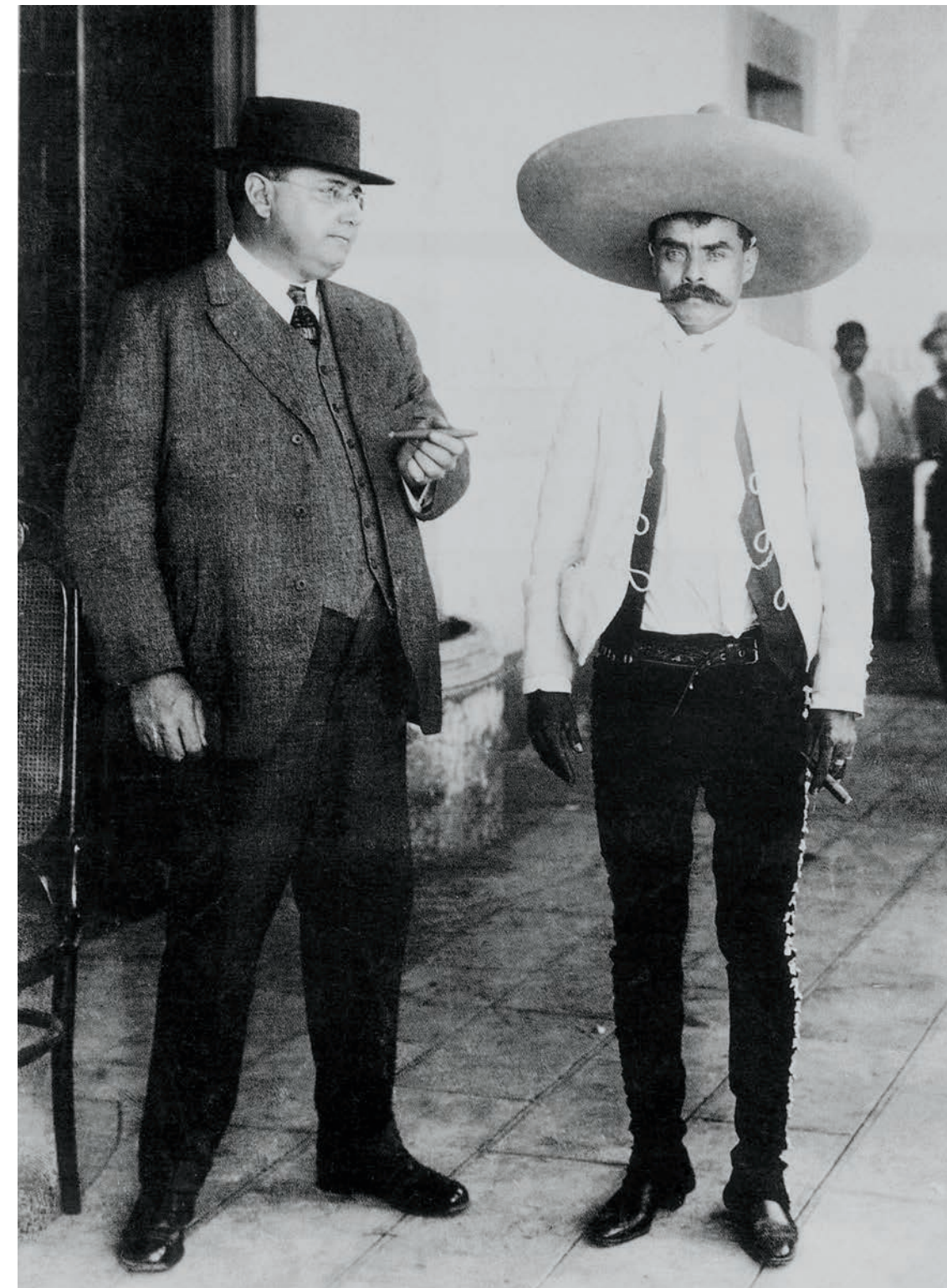


Cinematógrafo Salón Rojo, Ciudad de México, México, ca. 1919. Anónimo. Colección particular.

“A partir de 1906, en la unión de las calles de Madero y Bolívar, en un edificio de características eclécticas, pero más tendiente al neoclásico, que remataba con una hornacina amparando la imagen de basalto de la Virgen de Guadalupe, las puertas del extraordinario Salón Rojo se abrieron, después de una acuciosa restauración destinada a la comodidad de los futuros parroquianos. Este lugar de

esparcimiento [nació] en el último periodo del paternalista porfiriato, cuando la energía eléctrica dominaba ya la escena de las grandes orbes, supliendo todo aquello que antes necesitaba de la mano del hombre o la bestia.”

Jesús Flores y Escalante,
Salón Rojo, Vida cosmopolita en la Ciudad de México.



Un día llegó un gran señor de Morelos, Zapata. Y se distinguía por su buen traje. Traía sombrero ancho, polainas y fue el primer gran hombre que nos habló en mexicano. Cuando entró, toda su gente traía ropa blanca; su camisa blanca, su calzón blanco y sus huaraches. Todos estos hombres hablaban mexicano. También el señor Zapata hablaba mexicano. Cuando estos hombres entraron en Milpa Alta, se entendía lo que decían. Estos zapatistas traían sus sombreros; cada uno traía el santo que más amaba en su sombrero, para que lo cuidara. Venían todos con un santo en su sombrero. El señor Zapata se puso al frente de sus hombres y así le habló a toda la gente de Milpa Alta: ¡júntense! Yo me levanté; me levanté en armas y traigo a mis paisanos. Porque ya no queremos que nuestro padre Díaz nos cuide. Queremos un presidente mejor.

Miguel León-Portilla,
La palabra de doña Luz Jiménez.

Emiliano Zapata y el cónsul estadounidense, Mr. Carothers, en Xochimilco, 7 de diciembre de 1914. Fotografía Hermanos Schlattman. AGN.



Mujeres en la entrada de un puesto de feria, en el que se vende mole, Ciudad de México, México, ca. 1919. Fotografía Hermanos Casasola. © 1225 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.

Los puestos improvisados para la jamaica o la kermes eran adornados con flores y vistosos colores. Fiesta para celebrar al santo patrono o bien alguna fecha han sido parte de la vida cotidiana. Federico Gamboa en su novela *Santa*, escribe: “Sin parar mientes en la animación de la plazuela, en la que amén de un circo de

toros que unos carpinteros levantaban por orden y cuenta del H. Ayuntamiento, figuraban diseminadas tiendas de campaña con ruletas y otros juegos igualmente recomendables; puestos de frutas y de frutos; pulquerías a la intemperie y fonduchos al abrigo; el conjunto, con esa fisonomía característica de las ferias.”



La fábrica de cigarros El Buen Tono perteneció a Ernesto Puggibet, contaba con decenas de marcas de cigarros. Fue una de las empresas con una visión comercial clara que se publicitó con tarjetas coleccionables de toreros, vedettes, etcétera. Además de

las reuniones que con el personal realizaba para la convivencia y promoción de sus productos, la empresa construyó una unidad habitacional bajo el nombre de La Mascota conocido también como El Buen Tono.

Puesto de El Buen Tono en una kermés, 14 de julio de 1917. Fotografía Hermanos Casasola. © 5593 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.



“Juan Palmer habló largamente de los proyectos trazados para la próxima temporada de operetas que hará la gentil Esperanza Iris en su teatro de las calles de Donceles. Señaló los éxitos alcanzados por nuestra compatriota en los teatros de España y de Cuba, donde las nuevas obras han sido causa de entusiastas celebraciones del público y la prensa. Citó los nombres de Nancy, Las tres muchachas, Fifi, La mazurca azul y La princesa de la Czarda [...] Impresión excelente que dejó en el público el estreno de Fifi en el Iris, opereta que en cuanto a decorado supera francamente a otras obras de las presentadas hasta hoy por la Compañía de Esperanza Iris. El pincel del escenógrafo Castells ha logrado bellos aciertos; elogio a Esperanza Iris, Enrique Ramos y a Josefina Segarra.”

Margarito Pérez Sandoval,
Catálogos de Documentos de Arte 32. Noticias y opiniones sobre música, cine, teatro y artes plásticas en el periódico Excelsior durante 1919-1923.

Esperanza Iris junto a un promocional del Teatro Fí-Fí, ca. 1919. Compañía Industrial Fotográfica. Colección particular.



“Pertenece al templo y convento del Espíritu Santo, el Colegio de Niñas de Santa María de la Caridad fue desamortizado en 1874 y sus diversas instalaciones (capilla, claustro, patio y otras dependencias) funcionaron como salón para espectáculos, sede del Club Alemán y hotel, hasta su transformación en el año de 1900 en el Teatro Colón. Fue entonces cuando se mutiló y alteró su sobrio exterior. Ciertamente, en este último año, el arquitecto Emilio Gómez del Campo reformó al antiguo Colegio de Niñas y lo convirtió en el lujoso Teatro Colón. Al paso de los años, dicho coliseo se convirtió en el Cine Imperial, que operó durante varias décadas.”

Juan Felipe Leal,
El cinematógrafo y los teatros. Anales del cine en México, 1895-1911.

Teatro Colón, ubicado entre 16 de Septiembre y Simón Bolívar, ca. 1917. Fotografía Fernando Kososky. Colección particular.



María Conesa, conocida también como “La Gatita Blanca” (Vinaroz, Castellón, 12 de diciembre de 1892 – Ciudad de México, 4 de septiembre de 1978), amiga de varios presidentes mexicanos, entre los que se encuentran Porfirio Díaz, Francisco I. Madero, Venustiano Carranza, Plutarco Elías Calles, Pascual Ortiz Rubio y Manuel Ávila Camacho; inspiró a Agustín Lara la canción “Monísima mujer”:

*Con dulce melancolía,
con sobresaltos de ruisëñor,
con inquietudes que todavía
llenan de rosas esplendorosas
mi corazón.*

*Como murmullo de cascabeles,
como eco vago de una canción
besando el oro de tus caireles
te ofrecí loco todas las mieles
de mi pasión.*

*Monísima mujer,
divina ensoñación
que supo conmovier
mi muerto corazón. [...].*

La actriz María Conesa posa en una locomotora, ca. 1919. Compañía Industrial Fotográfica. Colección particular.



“La Conesa tiene un alma que vive del amor y para el amor, quizás es una mártir de la sonrisa, pero lo que sí sé es que, el jueves, conociéndose bella y dominadora, con la fuerza triunfal de sus encantos dejó que por sus ojos florecieron suspiros y ansias de luz.”

Gilberto F. Aguilar en
La Semana Ilustrada.

María Conesa ataviada con traje típico, ca. 1918. Compañía Industrial Fotográfica. Colección particular.

EUGENIA ZUFFOLI



La actriz y cantante Eugenia Zuffoli (Roma, 1900 – Madrid, 28 de diciembre de 1982), que fue del teatro musical al clásico a lo largo de su vida, y que se presentó con éxito en México en escenarios como el teatro Esperanza Iris, declaró: “Me siento satisfecha de mi carrera teatral. He vivido y vivo para el teatro. He entregado al público todo lo bueno que pueda haber en mí y tengo la íntima satisfacción de que éste, en todo momento, me ha respondido con admiración y cariño. ¿A qué mayor recompensa puede aspirar una actriz? Sólo me resta decir que si volviera a nacer, elegiría esta misma senda, ya que toda mi vida puede resumirse en una sola palabra: Teatro.”

Eugenia Zuffoli, postal, ca. 1918. Compañía Industrial Fotográfica. Colección particular.



Anuncio publicitario del *Salón Bach*, 1917. Colección Particular.



Pancho Villa estrecha la mano del Gral. Luis Caballero durante las conferencias de Torreón, 7 de abril de 1914. Fotografía Otto Bettmann. © Corbis.

“Francisco Villa era para González, Obregón y Alvarado, ‘el señor general Francisco Villa, Jefe de la División del Norte’. De pronto, Villa se convierte en un bandido, en una fiera, en un monstruo. Es, sencillamente, que ha iniciado la guerra contra Carranza. Es el pueblo humilde, pobre e ignorante que combate al burgués, al latifundista, al abogado, al político. Naturalmente tiene la razón y la justicia pero no tiene las palabras. Para llegar a estas conclusiones ha sido necesario que

muchos hombres, entre los cuales tengo el orgullo de contarme, removamos los escombros, raspemos los escritos buscando originales, vayamos al origen de las cosas al verdadero pueblo, para que Villa y Zapata aparezcan como lo que verdaderamente fueron: las mejores representaciones revolucionarias de sus pueblos.”

Roberto Blanco Moheno,
Vida, hazañas y sacrificios de Francisco Villa.



Enrique Cantaláuba, piloto aviador Juan Telles en *Alas abiertas* (Dir. Ernesto Vollrath, 1921) basada en la novela homónima (1920) de Alfonso Teja Sabre. “Media hora más tarde, no quedaba más huella terrestre de Telles y de Doria, que una estela de polvo apenas visible, a doscientos metros del hangar. Se oían los ladridos de adiós del ‘Trece,’ que había seguido al biplano desde que arrancó hasta que se desprendió del suelo. Antes de partir, Telles mandó al ayudante que anotara exactamente la hora: 8.33 p. m. En el vasto silencio trepidaba el motor, cada vez más lejano. Los soldados de la escolta vieron al gran pájaro ascender como si huyera rumbo al sur, luego girar largamente y caminar en línea recta hacia Pachuca. El avión pasó por encima de su nido, y por todo el llano corrió el eco de una brusca aclamación. Toda la escolta, el ayudante y el perro lanzaban gritos inarticulados, sin que se pudiera distinguir más que la exclamación favorita del teniente: —Arriba y adelante!...”

El actor Enrique Cantaláuba, protagonista de la película *El automóvil gris*, ca. 1919. Compañía Industrial Fotográfica. Colección particular.



“—¿Cinema... qué? ¿Qué es eso? —Pues dicen que en una sábana estirada divisa uno otras tierras de muy lejos y ve uno a las gentes como son. Se menean y andan y hablan, sólo que uno no oye lo que dicen.”

Laura Méndez de la Cuenca,
El cinematógrafo.

Postal de varios fotogramas de la película *El automóvil gris*. Compañía Industrial Fotográfica Colección particular.



Escena de la película *El automóvil gris*, de Enrique Rosas, 1919. Compañía Industrial Fotográfica. Colección particular.

Señores tengan presente,
lo que les voy a cantar,
sobre esa banda de gente,
que asalta la Capital.
Será que el Diablo la ayuda,
a tanta mala acción,
o los mismos generales,
de la Revolución.
Dicen que todos salieron,
de la cárcel de Belén
y que rodean a las casas,
por encargo de la ley.
Y andan esos rateros,

en un automóvil gris,
robando tanto dinero
y joyas hay que decir
Unos son mexicanos
y otros no lo son
soldados y policías
¡cristianos sin corazón!
Señores pongan cuidado,
que les daré un pormenor,
son peores que un terremoto
y el jefe es un español.

Corrido de la banda del automóvil gris.



La escena del fusilamiento. A su natural horror. Reúne –su autenticidad. Con su absoluto realismo–. Hemos querido demostrar cual es el único fin que esperaba al delincuente. “Sucede la escena del fusilamiento, con el tiro de gracias. Se abre otra cortinilla en la que se lee: Inútil afán... –El destino al cumplirse en todos

los culpables es una lección moral... solo el trabajo es el medio más hombre de la vida...”

Enrique Iglesias,
El automóvil gris. Película estrenada el 11 de diciembre de 1919.

Seis de los miembros de la banda del automóvil gris, momentos antes de ser fusilados. Ciudad de México, México, 2 de diciembre de 1915. Anónimo. © 451091 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.



Inicios del cine mexicano. Compañía Industrial Fotográfica. Colección particular.

“Fue a situarse a las puertas del cabaret Leda, donde durante las noches levanta trabajos bien pagados, porque aunque sea sitio de ínfima categoría, lo han puesto de moda gentes de diversa posición: artistas, intelectuales excéntricos, extranjeros afectos a lo exótico, damas y caballeros que satisfacen su vanidad con el trato

de pintores, hombres de letras y tipos pintorescos conexas, damas y caballeros que allí creen cometer una calaverada, con perspectiva de sensaciones fuertes.”

Agustín Yáñez,
Ojerosa y pintada.



Fue en el barrio de Regina en la Ciudad de México donde nació María Teresa Montoya. El nombre de la calle parece el título de una de las obras en las que participó: La Buena Muerta. María Teresa Montoya “de estirpe artista, ya que es hija de aquel famoso Montoya que entusiasmo a nuestros padres en el Hidalgo con dramones desmesurados, ella, nacida en tiempos mejores de bonanza para el gusto del público, dedicase con gran éxito a la fina comedia española y francesa... una de las favoritas actrices de nuestro público ciudadano.”

“María Teresa Montoya se beneficia”, 12 de enero de 1917, en *El Nacional*.

María Teresa Montoya, postal coloreada, ca. 1917. Compañía Industrial Fotográfica. Colección particular.



El Mundo Ilustrado, portada, ca. 1917. Colección particular.



Lupe Rivas Cacho. Compañía Industrial Fotográfica. Colección particular.

Lupe Rivas Cacho, resaltó y catapultó los tipos populares mexicanos con éxito notable. La China Poblana, legendario tipo mexicano emanado de las historias virreinales, no fue la excepción. “Si le preguntas á un literato, te responderá que la china es una versión de la maja española, y el erudito te dirá que no es otra cosa que

un mal bosquejo de la manola, pero para mí que no soy ni erudito ni literato, la china es la legítima y hermosa hija de México, y un conjunto de tentaciones capaces de hacerme abandonar mis costumbres pacíficas.”

Los mexicanos pintados por sí mismos. Tipos y costumbres nacionales.



“La razón del tono poético nacido de la incuria es que el circo, todo circo, aun los ricos y lujosos, de tres pistas, destilan no sé qué melancolía, y la miseria indefensa y callejera aumenta y precisa esta característica sutil. En el payaso pintarrajeado y gesticulante la melancolía alcanza su cumbre. ¿Por qué es melancólico el payaso? De entrada porque si hay algo libre, libérrimo, y ajeno a toda imposición, eso es la risa. Nadie ríe por mandato o decreto. En el disfraz de payaso hay un elemento de risa obligatoria, por eso fracasa siempre en su intento. Y aparece ahí ese otro sentido, más suave, lateral, el del fracaso estrepitoso y esencial. La delicada poesía del fracaso. Y esa etérea poesía la proyectamos, claro, a nuestros propios desvelos y trabajos: somos, aunque sin la misma cristalina estridencia, como el payaso.”

Hugo Hiriart,
Circo callejero.

Payasito sentado en bambalinas de un teatro, ca. 1915. Anónimo. Colección particular.



Hay un formato de impresiones de publicidad en término de la época y de tarjetas postales que dan cuenta de un sinnúmero de temáticas sociales. En esta fotografía se aprecia a dos artistas que proyectan la vida de la farándula. En uno de los textos más entrañables de Andres Iduarte, *Un niño en la Revolución Mexicana*, señala:

En el playón había un circo: el Circo Beas. Mi familia temía que ahí hubiera tropas o rebeldes. Se hablaba de un peligro. Nos aproximábamos con pánico al cono de la lona. Pero pasamos sin novedad.

Dos percusionistas, Jaral del Progreso, Guanajuato, México, ca. 1917. Fotografía Rutilo Patiño. © Colección y Archivo Fundación Televisa. Fondo Rutilo Patiño.



Fotografiar el tiempo. Encerrar el devenir de los días en tiras de químicos y restos de plata. La fotografía documental que registró la Revolución hoy es invaluable para la memoria de un pasado glorioso y un presente atento de sus herencias vigorosas.

Yo era un reflector de revés que prolongaba las visiones exteriores luminosamente hacia las concavidades desconocidas de mi sensibilidad. Las ideas se explayaban convergentes hacia todas las cosas. Me volvía mecánico.

Arqueles Vela,
La Señorita Etcétera

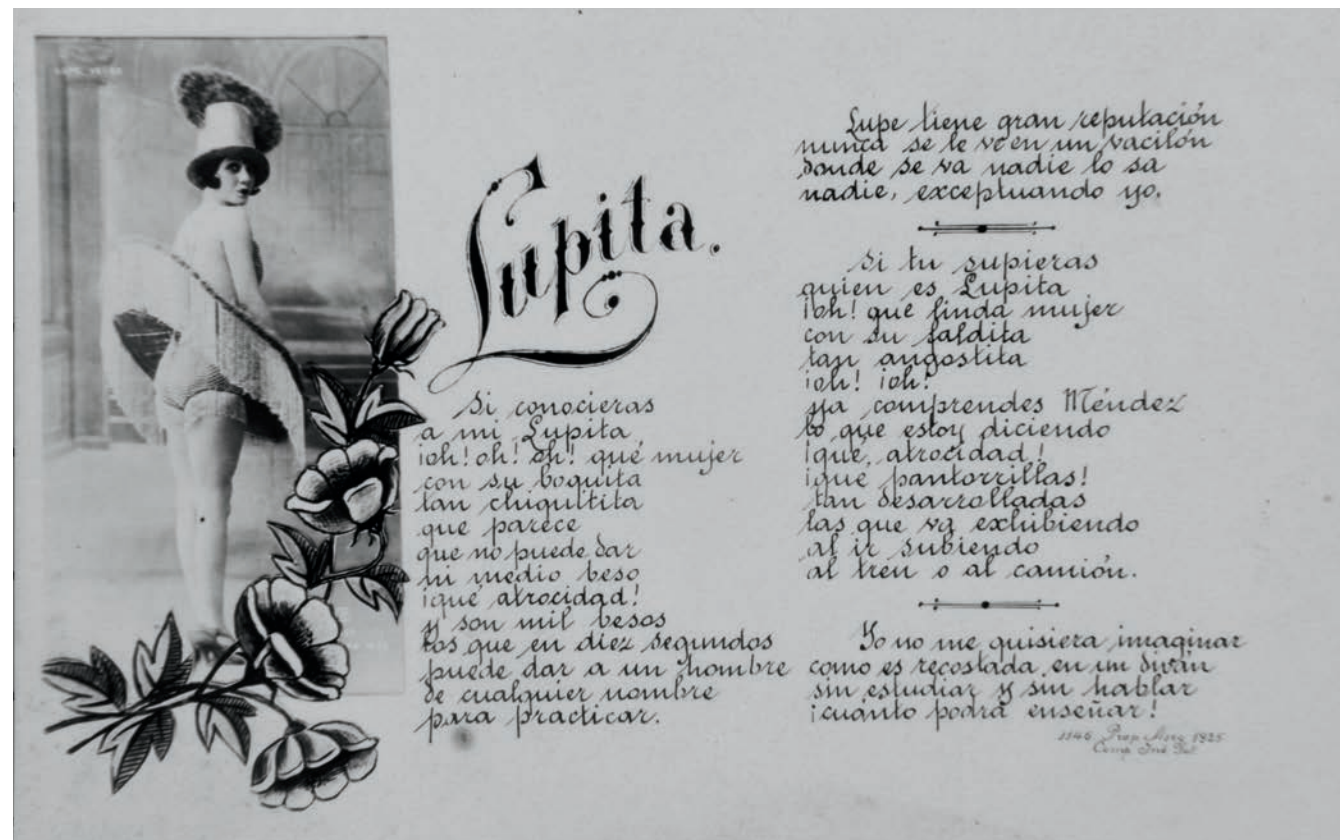
Cruz Sánchez, fotógrafo, ca. 1915. IISUE, UNAM.



“En el lugar en el que oficias a la verdad a la belleza de la vida, ya sea el burdel elegante, la casa discreta o el camastro de la pobreza, eres lo mismo que una lámpara y un vaso de agua y un pan.”

Jaime Sabines,
Canonicemos a las putas.

La Chaparrita, Alfonso Esparza Oteo, postal popular, 1923. Compañía Industrial Fotográfica. Colección particular.



“-Yo trabajo hasta estas horas, o más tarde con frecuencia, en el Mil y una noches, ¿usted ha estado alguna vez allí?... Porque aquí donde usted me ve, tengo sensibilidad, que los reveses de la vida no han hecho más que afinar, llevándome a puntos de desesperación...”

Agustín Yáñez,
Ojerosa y pintada.

Lupita, postal popular, 1925. Compañía Industrial Fotográfica. Colección particular.



“De pronto se le hizo muy claro, en toda su pavorosa proporción, lo atterradoramente anormal que es un teléfono, ese aparato submarino en busca de palabras que nunca terminarán de ser dichas, una máquina del aislamiento, el hacha que parte en dos un deseo.”

José Revueltas,
Los errores.

Por el teléfono, Manuel del Palacio, postal popular. Foto Mille. Colección particular.



Cine Olimpia, ca. 1927. Fotografía Enrique Díaz. AGN.

Es una calle larga y silenciosa.
Ando en tinieblas y tropiezo y caigo
y me levanto y piso con pies ciegos
las piedras mudas y las hojas secas
y alguien detrás de mí también las pisa:
si me detengo, se detiene;
si corro, corre. Vuelvo el rostro: nadie.
Todo está oscuro y sin salida,
y doy vueltas y vueltas en esquinas
que dan siempre a la calle
donde nadie me espera ni me sigue,
donde yo sigo a un hombre que tropieza
y se levanta y dice al verme: nadie.

Octavio Paz,
La calle.



Publicidad de cigarros "Superiores" de El Buen Tono, S.A., en que aparece Mimí Derba, quien fuera actriz y primera directora de cine en México. Postal de *El Buen Tono, S.A.* Colección particular.



Es uno de los aparatos más temibles en los enfrentamientos bélicos. Combate en el aire y destrucción de las fuerzas en tierra. Además de su capacidad para el combate servía para conocer las posiciones del ejército opositor. A partir de 1910 esta reciente maquinaria fue utilizada tanto por el gobierno como por los opositores. Los aviones eran embarcados en trenes para ser transportados a los lugares donde se desarrollarían los enfrentamientos. El 5 de febrero de

1915, en plena revolución mexicana, "el primer Jefe del Ejército Constitucionalista Venustiano Carranza expidió en el puerto de Veracruz, el acuerdo por el que se creó el Arma de Aviación Militar dentro del Ejército Constitucionalista, este hecho es considerado el nacimiento de la Fuerza Aérea Mexicana."

José Antonio Quevedo,
Caballeros Águila: Fuerza Aérea Mexicana.

Avión Constitucionalista preparando el aparato para hacer un vuelo de reconocimiento sobre el campo federal, ca. 1916. Anónimo. Colección particular.



Pablo González era un estratega nato. No importaba que fuera el aire: incluso con sus frágiles aviones podía decidir la inclinación de la batalla. Sabía de las utilidades que le reportaba el uso de estos artefactos puestos de moda durante la Primera Guerra Mundial. Estaba bien informado de los letales que podían llegar a ser. Era como volar sobre las alas de la muerte. Gracias a eso, pudo asestar dolorosos golpes a las filas de Pancho Villa mientras amagaba con sus trenes las vías de los ferrocarriles.

El general Pablo González decidió utilizar aviones en la campaña de El Ébano contra los villistas. El mayor aviador Alberto Salinas Carranza comandaba los aeroplanos que volaban sobre las posiciones enemigas a lo largo de la vía férrea.

Francisco Javier Gorostiza,
Los ferrocarriles en la Revolución mexicana.

El General Pablo González durante una exhibición aérea en la Ciudad de México, México, ca. 1918. Anónimo. Colección particular.



El acaudalado y aventurero Alberto Braniff (1884–1966) es considerado el primer aviador en Hispanoamérica. La aviación es un nuevo elemento que contribuye al intercambio de ideas, porque la información, es decir los diarios comienzan a llegar más rápido a otros destinos.

“Ensayada formalmente en otros países desde 1903, se intentó en México desde el 24 de febrero de 1911 en que se efectuaron los primeros vuelos en el país.”

Moisés Ochoa Campos,
Reseña histórica del periodismo mexicano.

Primeros alumnos de la Escuela Nacional de Aviación, Ciudad de México, México, ca. 1916. Fotografía Mendoza Hermanos. Colección particular.



Ciclistas en su bicicleta, retrato de grupo, ca. 1915-1919. Fotografía Hermanos Casasola. © 112220 Secretaría de Cultura-INAH-Sinifo-EN, México.

En un principio este novedoso invento fue utilizado como medio de transporte: por el cartero, por el policía, por el lechero, por el afilador, por el panadero, por el abonero, etcétera. Posteriormente se integró a la disciplina deportiva. Este artefacto también es protagonista en diversos textos. En el siguiente escrito titulado *A. B. Lloyd* se brinda un cierre inesperado: “Ya había vendido el mono; el perrito se lo había

comido un cocodrilo, y su bicicleta, que aun la conservaba, la utilizó para entrar cierto día con ella a toda velocidad en una aldea. Fue el susto que llevaron los habitantes, que por poco abandonan todos la aldea gritando: Un hombre blanco cabalgando en una serpiente.”

El Abogado Cristiano, 26 de julio de 1917.



La tradición del fútbol. Es uno de los deportes más queridos por el pueblo. Juan Villoro en su obra, *Dios es redondo*, expresa que “La nostalgia futbolística siempre tiene prisa [...] Aunque la pasión partidaria

es acumulativa, los recuerdos tienen un impacto desigual: ningún lance visto en edad adulta enciende el fuego de las pasiones infantiles.”

Futbolistas y gente dentro de la cancha del Parque Unión. Al fondo la estructura metálica del Palacio Legislativo, marzo de 1915. Fotografía Hermanos Casasola. © 102272 Secretaría de Cultura-INAH-Sinifo-EN, México.

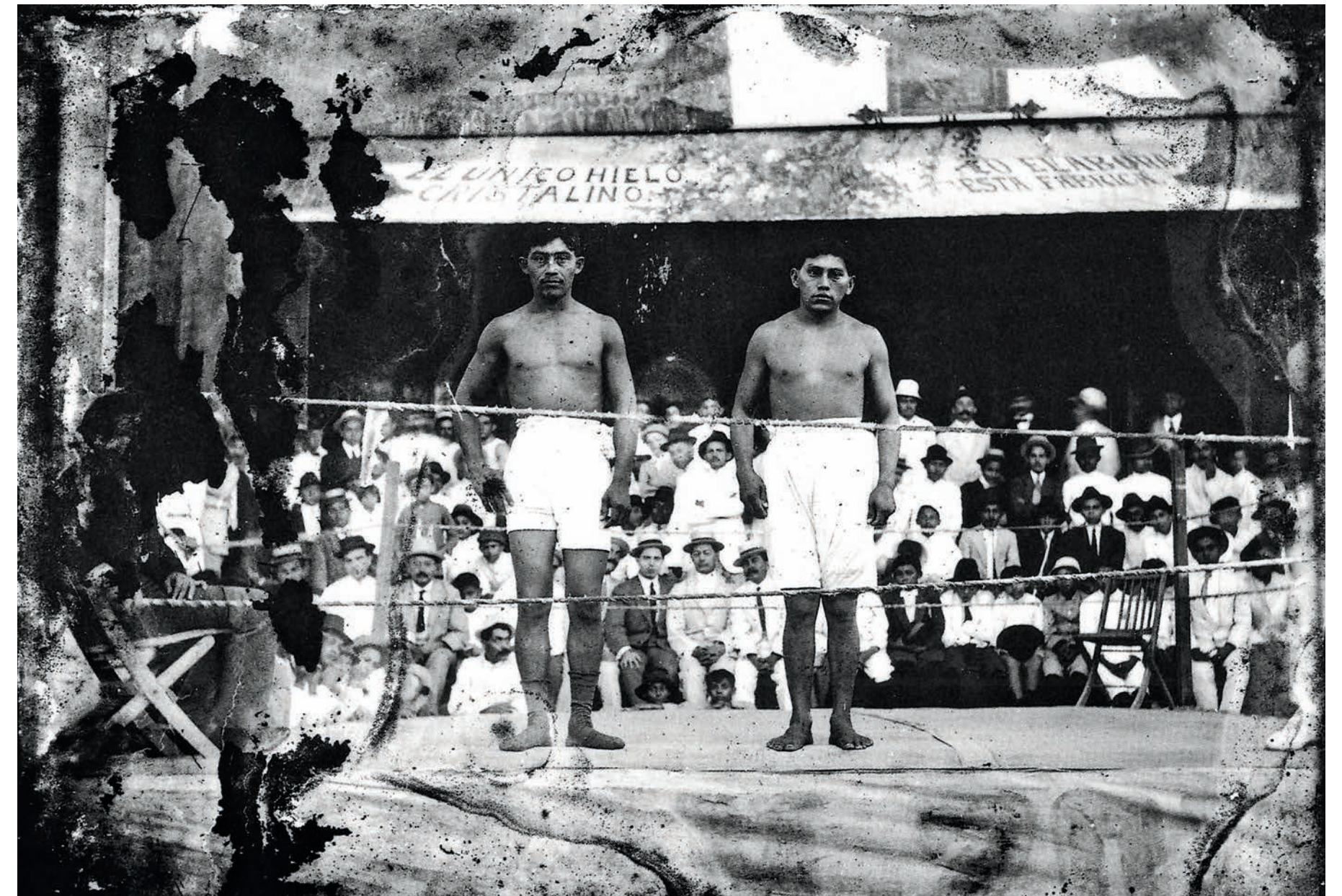


Hombre ejecuta un salto de altura en competencia en el Parque Unión, México, D.F., ca. 1917. Fotografía Hermanos Casasola. © 5091 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafofen, México.

Las prácticas deportivas eran parte del paisaje urbano que se captaba entre los grandes edificios de una ciudad que poco a poco recibía una esencia moderna por calles y avenidas. Eran una forma conveniente de fomentar en los alumnos la disciplina, el trabajo colectivo y el respeto. Los campos deportivos del Colegio de Alvarado con el Palacio Legislativo (en plena construcción) al fondo, eran un ejemplo de ello. “Las canchas de basquetbol y volibol, los deportes oficiales

consagrados por la Revolución mexicana y todavía implantados en todo el país por los ejércitos vasconcelianos y por las empresas gubernamentales de construcción de escuelas, son sitios de vivencia y comunión colectivas en las unidades habitacionales de las que forman el corazón.”

Fernando Huerta Rojas,
El juego del hombre. Deporte y masculinidad entre obreros...



Boxeadores durante un espectáculo deportivo en Yucatán, ca. 1917. Anónimo. Colección particular.

No había golpe que dolería más que el del pugilista callejero, el del mexicano revolucionario que no tenía nada que perder, instinto impulsor de las más grandes proezas transformadoras.

“Atleta del dolor, de nuevo emprende la lucha formidable con ese gladiador de las tinieblas que se llama destino;

y cantando y sonriendo para insultar la palpitante pena que le destroza el corazón mezquino, lanza un grito feroz y entra a la lucha... pero vencido al fin, rueda en la arena, que su alma es poca y su amargura es mucha.”

Manuel Acuña,
El hombre...



Promocional de la Compañía Cervecería Toluca y México, S.A., en donde se representa una corrida de toros, ca. 1918. Anónimo. Colección particular.

“De alguna pálida faceta
haremos salir la cuadrilla:
caballitos del diablo picadores
con las agujas más finas,
y envueltos en capas de rosados pétalos,
minúsculos toreros artistas... Tú y yo
silbaremos algún pasodoble
para animar la corrida;

tú y yo aplaudiremos los lances más bellos,
y en nuestra alegría,
yo cantaré la canción más hermosa
y tú alumbrarás con tus ojos mi vida...”

Enrique González Rojo,
Fiesta de toros.



“—¡Mira, morena, mira cómo se viste un matador de toros! [...] Primero, el calzón de hilo, corto; luego, la venda en la garganta de los pies, muy apretada contra luxaciones y torceduras; después, las medias de algodón, y sobre éstas, las medias de seda, tirantísimas, sin asomos de una arruga; después, las zapatillas, de charol y con su lazo en el empeine, y ¡arriba!, ¡pararse!, vengan la taleguilla y la camisa de chorreras, finísima, de hilo puro, de cuatro ojales en su cuello almidonado.

—¡Mis botones de cadenilla, Bruno! —ordenó el Jarameño, a tiempo que introducía bajo el cuello de la camisa el corbatín de seda y que se abrochaba los especiales tirantes de brega.

Metióse la falda de la camisa dentro de la taleguilla, que cerró por delante, y pidió faja de seda y sudadero de hilo [...] ¡A ver el chaleco! [...] Ahora la chaquetilla.”

Federico Gamboa,
Santa.

Fotografía de Rodolfo Gaona autografiada y dedicada a su ‘buen amigo’ José Bellau, ca. 1918. Anónimo. Colección particular



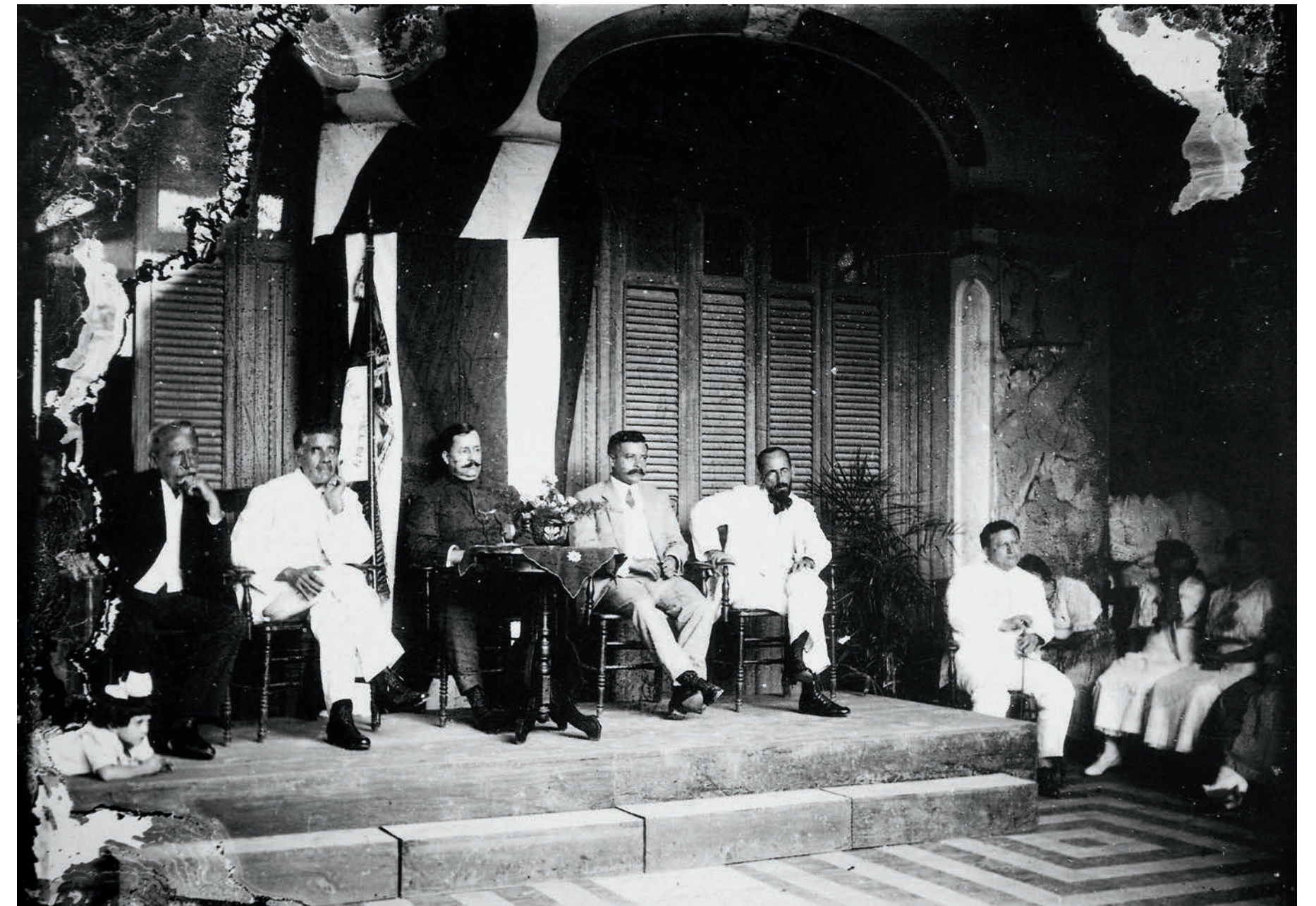
6110 Corrida de toros, faena de muleta

Corrida de toros, faena de muleta. 1917. Fotografía Charles B. Waite. Colección particular.

“Y en los primeros días de octubre, de puros derechos de piso para instalar puestos, juegos mecánicos, cantinas y barracas, sacó más del doble de lo que le pidieron. Y eso sin contar las corridas de toros, que siempre las hubo. Aunque las primeras han

estado muy malas allí está la plaza diario a reventar. No cabe duda el dinero de aquí siempre se lo llevan los de fuera.”

Juan José Arreola,
La feria.



Se trata de un binomio común, que se gesta no solo en tiempos de incertidumbre. Cuando se reúne el maestro y el revolucionario, no se sabe quién es quién. Figuras que se encuentran y dialogan acerca del presente, pasado y futuro del país. En la imagen se encuentra Salvador

Alvarado, quien fue uno de los precursores contra el gobierno de Porfirio Díaz. Un político que apoyó y defendió la causa antirreeleccionista. Este fue nombrado por Venustiano Carranza gobernador del estado de Yucatán. En 1923 se rebeló contra Obregón.

Salvador Alvarado con maestros en un congreso referente a la educación, ca. 1918. Anónimo. Colección particular.



Músicos de un grupo revolucionario, 1911. Anónimo. Biblioteca del Congreso, Washington, DC.

“¿Quién puede entender verdaderamente el rostro de los indios? Es un solo rostro que viene de muy lejos, que viene de edades inexpresables, pero de las que aún se guarda memoria. Los indios se quedan callados, pensando, aunque es posible que no piensen en nada. Siempre parece que han perdido algo muy profundo, que les pertenecía por entero y que no volverán a recuperar jamás. Y buscan ese algo, lo aguardan. Creen encontrarlo en todo lo que

pasa, en las piedras, en los animales, en el paisaje donde todavía soplan los ídolos, como si el polvo aún los congregara. Los ojos del indio se quejan; parecen pedir que no se les quite nada más, que se les devuelvan quién sabe qué cosas queridas, quién sabe qué mujer o qué madre terrena y perdurable.”

José Revueltas,
“Barra de Navidad”, en: *Dios en la tierra*.



El recibimiento de Carranza en la capital de la república fue celebrado con manifestaciones de apoyo popular. Epítetos, clarines, cascotes de caballo sonando sobre el suelo ciudadano que en tropel anunciaban la entrada del nuevo héroe nacional. “Las dianas resuenan en toda la República.

Marcha de honor. Marcha triunfal. Las instituciones se han salvado. Aplausos generales. Fuegos artificiales. Fuegos fatuos. El himno nacional. Gran apoteosis.”

Xavier Icaza,
Panchito Chapopote.

Manifestación de apoyo a Venustiano Carranza, Ciudad de México, México, ca. 1917. Fotografía Hermanos Casasola. © 5232 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.



“En tanto más pobre, elemental y astroso es un circo, es más poético y expresivo. [...] La razón del tono poético nacido de la incuria es que el circo, todo circo, aun los ricos y lujosos, de tres pistas, destilan no sé qué melancolía, y la miseria indefensa y callejera aumenta y precisa esta característica sutil. [...] Tiene el sabor fuerte del ‘se hace lo que se puede’. Su voluntad es invencible. Es parodia de parodia y gran momento del teatro del absurdo. [...] Así pues, suenan el tambor elemental y la corneta disonante: ahí viene, ya se acerca, el circo ambulante y ubicuo. Abran paso, damas y caballeros, a los artistas que trabajan sin red protectora ni vestuario apropiado artístico ni pista circular de arena ni lona siquiera sobre sus cabezas: sin nada, pues, pero llenos de fervor y atrevimiento. Con ustedes, señores y señoras, el circo callejero.”

Hugo Hiriart,
Circo callejero.



“Elevar una torre humana, más y más alta, la colaboración tiene que ser estrecha, pero qué metáfora tan salvaje del orden social; [...] pero allí van los atletas, con permiso, con permiso, encaramándose, todos sufren, unos por una razón, el peso, otros por otra, el riesgo de desplome en caída libre. Y al final ahí está, la Babel de los atletas. [...] Una torre humana, ¿quién hace algo así?, si no fuera porque es tan humano responder a toda clase de desafíos, podrías sospechar que son locos disfrazados coordinados por milagro en una construcción por fuerza efímera.”

Hugo Hiriart,
Circo callejero.

Actores de circo callejero posando frente a la cámara, ca. 1917.
Anónimo. Colección particular.



Las manifestaciones de aprecio a Carranza tuvieron episodios inverosímiles. “... con su eterna sonrisa de complacencia en los labios, acudió entonces, y pidió a los músicos una guitarra... dejó de afinar... Supo darle tanta alma a su voz y tanta

expresión a su vihuela, que, al terminar... había vuelto la cara para que no le vieran los ojos.”

Mariano Azuela,
Los de abajo.

Ciego le canta a Venustiano Carranza, ca. 1916. Fotografía Mendoza Hermanos. Centro de Estudios de Historia de México, Carso.



Una definición del carro alegórico: “Es la representación visual de un momento o tema que el pueblo capta de manera inmediata sin necesidad de textos”. La costumbre de adornar carros con flores, figuras alegóricas, telas, y letreros a manera de máximas populares es una forma en que el pueblo celebra las fechas: las históricas y las religiosas. Estos no faltan en las fiestas patronales; o bien, cuando el pueblo se entrega al carnaval.

Carro alegórico dedicado a Venustiano Carranza, “Libertador de la Patria”, Santa Anita, Ciudad de México. Fotografía Mendoza Hermanos. Centro de Estudios de Historia de México, Carso.



A pesar de las cruentas batallas en las provincias de la República mexicana, el bullicio de las ciudades discurría con una relativa continuidad. Pero cuando un ejército hacía vibrar las calles, el ambiente adquiría una extraña coloratura que anunciaba el desastre de la guerra asequible sólo en la imaginación de los civiles convertidos en inmóviles profetas.

[...] *En la duda arcana y terca,
México quiere inquirir:*

*un disco de horror lo cerca...
¿cómo será el porvenir?
¡El porvenir! ¡No lo espera!
Prefiere, mientras, cantar,
que toda la vida entera
es una gota en el mar;
una gota pequeña/ que cabe en el corazón:
Dios la pone, Dios la quita.../ ¡Cantemos
nuestra canción! [...]*

Jaime Torres Bodet,
México canta en la ronda de mis canciones.

Entrada triunfal a la Ciudad de México del Ejército Constitucionalista, 20 de agosto de 1914. Fotografía Sabino Osuna. AGN.



Venustiano Carranza apadrina el bautizo de un niño del matrimonio Paulino Fontes en la Ciudad de México, ca. 1916. Fotografía Mendoza Hermanos, A.G.N.

En una nota del 26 de julio de 1917, en la sección: “Por el mundo misionero”, se le solicita al primer mandatario que: “La junta de Misiones Bautista del Norte ha dirigido una petición al señor Presidente D. Venustiano Carranza para ver si es posible que se modifiquen ciertos artículos

de la nueva Constitución, principalmente aquellos en que se prohíbe la enseñanza religiosa en las escuelas primarias y que los extranjeros sean ministros de culto en el país.”

El Abogado Cristiano.



No todos los días eran para llorar. A veces las tardes también permitían cantar. Una guitarra, tres acordes bien dispuestos y un alma alegre, eran suficientes para entonar el cántico popular armonioso al corazón. “Todos pudieron observar... que el talento musical que en la joven había parecido rudo y torpe se desarrolló en ella por modo

prestigioso. Se afinó su oído, la memoria fue en aumento, y era cosa que asombraba ver cómo, apenas oía una pieza, y no juguetillos de baile despreciables y vanos, sino obras del repertorio clásico, ya la tocaba...”

Rafael Delgado,
Los parientes ricos.

Mujeres de clase alta en un salón. Ciudad de México, ca. 1916. Anónimo. Colección particular.



Mujeres tehuanas con traje de fiesta, foto de estudio, ca. 1916. Fotografía Hugo Brehme. Colección particular.

Este tipo popular fue plasmado por artistas plásticos como Diego Rivera, Frida Kahlo; Saturnino Herrán y Miguel Covarrubias. Además fueron fotografiadas por Edward Weston y Tina Modotti.

“Aunque mayoritariamente anónimas, algunas de carne y hueso protagonizaron papeles en la política y en las continuas rebeliones de la región, entre ellas la cacique, comadre y probablemente amante de Porfirio Díaz, Juana Cata o la revolucionaria Margarita Jiménez, así

como la viuda de Gómez y su alianza política con el caudillo local, Santibáñez, en la lucha anticarrancista, que nadie pinto.”

Héctor Serrano, “Géneros, temas e iconografía. Las mujeres plasmadas y lo que han plasmado las mujeres en el arte”, en: *Imagen y representación de las mujeres en la plástica mexicana: una aproximación a su presencia en las artes visuales y populares de 1880 a 1980*.



Familia de clase alta en su casa. Anónimo. Colección particular.

“La casa de mi infancia empezó a ser víctima del progreso y la técnica. Un día se amplió. Desapareció el gallinero y se sustituyó la cocina, con su estufa de hierro, por otra, más amplia, con azulejos y estufa de gas. Se levantaron dos recámaras y un baño moderno. Ya estábamos completos.”

Jaime Labastida, “La casa de la palabra”, en: *Alrededor de la casa. La morada mexicana vista por nueve autores*.



En uno de los corredores de su casa, miembros de la familia Carranza: Julia Carranza Salinas, Venustiano Carranza, Virginia Salinas de Carranza, Virginia Carranza Salinas y a la derecha de ella Cándido Aguilar y el Dr. Atl, después de la comida, mayo de 1916. Fotografía Mendoza Hermanos. Centro de Estudios de Historia de México, Carso.

Carranza miraba con fijeza y vivacidad a pesar de sus ojos viejos y cansados. En presencia de políticos, mostraba su calibre con la entereza jovial de quien busca triunfar. Ante los creadores, la nobleza que el sutil que exige todo arte.

“A fines de abril...el presidente se preparaba para la entrevista que sostendría...vestía una elegante levita oscura, camisa de alto cuello almidonado y corbata blanca de seda...Se conservaba la escenografía original de cuando el presidente llegó al poder.”

Ignacio Solares,
Un sueño de Bernardo Reyes.



“[...] la gente rodeó el vehículo viendo con filuda curiosidad a sus ocupantes, que eran personas graves, ataviadas al uso de la ciudad.
–Son los de la comisión que vino a pedir la plaza a nombre del Gobierno.
–Son los comisionados ... –corrió la voz entre la aglomeración.
De entre los circunspectos señores levantóse

uno sobre el asiento trasero y habló: ‘Pueblo de Cuernavaca: la tranquilidad vuelve a vuestros hogares; por fin las turbas de Atila han tornado a los infiernos de donde salieron, para desgracia de vosotros y para vergüenza de la patria’...”

Francisco Rojas González.
La Negra Angustias.

Soldados zapatistas con artillería, retrato de grupo, ca. 1914. Fotografía Hermanos Casasola. © 186442 Secretaría de Cultura- INAH-Sinafo-EN, México.



Nativas en una fuente, ca. 1915.
Fotografía Charles B. Waite.
Colección particular.

“Al salir del bosque que sombrea el arroyo del Pedregal, hay dos eminencias a ambos lados del camino, que de pronto no dejan ver el pueblo... Se entra en la plaza, y desde luego se ve una fuentecilla en el centro, circundada de mujeres del pueblo que van

por agua y se pierden las horas en charlas animadas por más o por menos.”

Emilio Rabasa,
La bola



Antes de la Revolución, la mujer estaba sujeta a las costumbres de servir en el hogar. Con la Constitución, cambió ese viejo paradigma. “Casi ninguna mujer iba a la escuela después de la primaria... Estaba prohibido que enseñaran, así que ni título ni nada tuve, pero la pasé bien... Total, terminé la escuela con una

mediana caligrafía, algunos conocimientos de gramática, poquísimos de aritmética, ninguno de historia y varios manteles de punto en cruz.”

Ángeles Mastretta,
Arráncame la vida.

Alumnas de taquimecanografía del Colegio Ceresiano de Sta. M. de Guadalupe, Morelia, 12 de noviembre de 1917. Anónimo.
Colección particular.



Costureras dentro de una fábrica textil, Puebla, Puebla, ca. 1916. Anónimo. Colección particular.

“Con el proceso de industrialización que inició Porfirio Díaz se abrieron espacios para las mujeres en talleres, fábricas, comercios, oficinas públicas y especialmente en el magisterio. A principios del siglo xx, empezaron a formar organizaciones vinculadas al Partido Liberal Mexicano, desarrollando una intensa labor política en contra del régimen de Díaz y pronunciándose a favor del antirreeleccionismo, además que eran partidarias del reconocimiento de la

igualdad de la mujer con el hombre. Una de las primeras organizaciones formada por obreras textiles fue las Hijas de Anahuac, fundada en Tizapán, Distrito Federal, en 1907.”

Martha Eva Rocha Islas, “Presencia de las mujeres en la Revolución Mexicana: soldaderas y revolucionarias”, en: *Memoria del Congreso Internacional sobre la Revolución Mexicana*.



Uno de los tipos populares que ha sido descrito por las plumas mexicanas más importantes del siglo xix y xx es el de la China Poblana. Guillermo Prieto en el “Romance de la migajita”, describió su indumentaria prenda por prenda. O bien, Federico Gamboa en su novela *Santa*: “[...] Agustina á la antigua usanza, la de su época: enagua de castor, botinas de raso turco, holgado el saco; pañuelo fino, de yerbas, abrigándole el cuello, prendido al pecho, y las puntas, en triángulo, cayéndole en la espalda; abierto el rebozo de ‘bolita’ y oliente á membrillo, que es el perfume del cofre; en las orejas, gruesas arracadas de filigrana, y en los dedos de la mano que carga el paraguas de algodón, tumbagas de oro desgastado y opaco.”

Hombre y mujer vestidos como Charro y China Poblana, ca. 1916. Compañía Industrial Fotográfica. Colección particular.



Catedráticos dando una clase de medicina, ca. 1910. Fotografía Hermanos Casasola. © 85191, Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-EN, México.

“Con la fundación de la Universidad Nacional en 1910, la Escuela Nacional de Medicina constituyó uno de sus pilares más sólidos para propugnar por una educación nacional, pública y de calidad. Ello quedó demostrado con la profesionalización y proliferación, por todo el país, de instituciones de enseñanza médica. El hecho de que todos los futuros médicos

fueran profesores universitarios comenzó a garantizar una formación científica de excelencia.”

Carlos Viesca T.,
“La enseñanza de la medicina en México a principios del siglo xx”, en: *20/10 Memorias de la Revolución en México*.



Sala de hospitalización, ca. 1900. Fotografía Hermanos Casasola. © 64597 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-EN, México.

En abril de 1914 se dio La Batalla de La Laguna, Francisco Villa dirigió la División del Norte y a la cabeza del ejército federal, el general Refugio Velasco. Durante la batalla “se libraron combates en varias partes de la región como Bermejillo, Sacramento, Gómez Palacio, Lerdo, Torreón y San Pedro de las Colonias. Entre el ejército revolucionario y los federales sumaban más de 20 mil hombres en combate, tuvieron del 16 de marzo al 12 de abril varios combates que terminaron

con la derrota total de los huertistas en San Pedro de las Colonias,” después de haber sufrido enormes pérdidas entre muertos y heridos. Es probable que la fotografía de los hermanos Casasola haya sido captada en dicho contexto.

Ilhuicamina Rico M.,
“Batalla de Torreón de 1914: Cosas importantes que debe saber”, *Milenio*, 2 de abril de 2016, versión en línea.



Personal de la Cruz Roja reparte juguetes a niños, ca. 1916. Fotografía Hermanos Casasola. © 5120 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México

Es una de las profesiones más respetadas en México. La imagen de la enfermera en el imaginario colectivo es la mujer vestida de blanco con su cofia, al lado de un enfermo, en el hospital; o bien, en el campo

de batalla. En la Revolución mexicana participaron en el combate ayudando a los heridos. Una de ellas fue Refugio Estévez Reyes, conocida como *La Madre Cuca* quien fue la primera enfermera militar.



“Al rumor de los peones los pájaros se alarman y se alejan con vuelos rumorosos monte adentro. Entre los matillales más espesos suele bufar, asustado, algún ciervo. Los trabajadores afectos a la cacería se quedan oyendo con la fruición de un perro de caza. Tal parece que olfatean en el viento

la presa, prometiéndose cazarla cuando el amo les conceda el permiso de echar los perros por estos rumbos.”

Gregorio López y Fuentes, *Tierra*.

Cacería de conejos un Sábado de Gloria, Santa Cruz, 1914. Anónimo. Colección particular.



Taller de costura, ca. 1915.
Fotografía Hermanos Casasola.
© 5499 Secretaría de Cultura-
INAH-Sinafo-FN, México.

A fines del siglo XIX y principios del XX, la máquina de coser era el instrumento de trabajo que más ocupaba a la mujer, y no sólo como un artefacto casero sino como parte de una importante industria que era formada principalmente por mujeres. “Las mujeres participaban de uno u otro bando en el conflicto y pronto proliferaron los grupos y clubes. Hijas del Anáhuac, por iniciativa de obreras

textiles, se organizó en 1907 en Tizapán y aglutinó aproximadamente a 300 mujeres que simpatizaban con el PLM e hicieron demandas laborales.”

Julia Tuñón,
¿Convicción o táctica? Atrevimiento y precaución en el primer feminismo mexicano (1873-1935).



En las primeras fotografías y postales es común ver al hombre con corbata, montando su bicicleta. Tiempo de ocio, de diversión sobre dos o más ruedas. Con el crecimiento de las ciudades la bicicleta comenzó a ser indispensable

como vehículo de desplazamiento eficaz. Este invento también ha transformado a la sociedad civil, pues se han establecido nuevos lineamientos y reglamentos para la convivencia entre los distintos tipos de transporte.

José Barrera, empleado, en bicicleta circulando por una calle, ca. 1919.
Fotografía Hermanos Casasola.
© 10300 Secretaría de Cultura-
INAH-Sinafo-FN, México.



Mujeres voluntarias atienden a ancianos durante una comida, ca. 1917. Fotografía Hermanos Casasola. © 6274 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.

La caridad es un rasgo común de todos los pueblos. Los que son voluntarios velan por el bienestar de los más desprotegidos. Se

trata de personas generosas que comparten lo más valioso que tiene el hombre: su tiempo.



Batallones Rojos, sobre el techo de un tren, Celaya, Guanajuato, México, abril de 1915. Fotografía Hermanos Casasola. © 39268 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.

Es parte fundamental en la vida cotidiana, económica y por supuesto militar. El ferrocarril llegó a México en 1850, y conectó los extremos del país. Fue nombrado *El León del Progreso*, ícono de la modernidad. El tren se ha posicionado en el léxico del mexicano con frases de carácter

popular como: “Llegó hecho la mocha”, “Estoy que me lleva el tren.” Por supuesto, fue uno de los personajes de las tarjetas postales y noticia cuando se inauguraba alguna de las nuevas estaciones que fueron sitios de concentración social, informativa y mercantil.



Nada mejor que un té a la inglesa, decorado por la tarde, acompañado de la anécdota que hace juego a los bálsamos y hierbas en tranquilidad humeante que no se acaba con la noche. “— ¡El café en la antesala! Avisa a Francisco que esté listo para ir con la familia... María sirvió café y licores, en tanto que... conversaban en el fondo de la antesala, al pie de un soberbio cuadro, de un hermoso retrato del capitalista, obra de Bonat.”

Rafael Delgado,
Los parientes ricos.

Familia de clase alta en su casa, 1917. Anónimo. Colección particular.



Se trata de una de las escenas más recurrentes por parte de la clase política que busca acercarse al pueblo para entregarle obsequios. El ciudadano Nicéforo Zambrano fue originario del estado de Nuevo León. Fungió como presidente municipal de Monterrey del 29 de junio de 1917 a 4

de octubre de 1919. Diputado al Congreso Constituyente; Tesorero General de la Nación durante la Primera Jefatura del Constitucionalismo. Gobernador del estado de Nuevo León, cónsul de México en San Francisco, California.

Nicéforo Zambrano acompañado de varias personas entrega ropa a niños humildes, retrato de grupo, ca. 1915. Fotografía Hermanos Casasola. © 30662 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.



“El descanso material del país en 30 años de paz coadyuvó a la idea de una Patria Pomposa, multimillonaria honorable en el presente y epopéyica en el pasado. Han sido precisos los años del sufrimiento para concebir una Patria menos externa, más modesta y probablemente más preciosa. El instante actual del mundo, con todo y lo descarnado de la lucha, parece ser un instante subjetivo... Correlativamente, nuestro concepto de la Patria es hoy hacia dentro... contrayendo a la justa medida la fama de nuestras glorias sobre españoles, yanques y franceses, y la celebridad de nuestro republicanismo, nos han revelado una Patria, no histórica ni política, sino íntima.”

Ramón López Velarde,
Novedad de la Patria.

Banda de música del ejército federal durante un descanso en los patios de Buenavista, Ciudad de México, México, ca. 1913. Fotografía Hermanos Casasola. © 6360 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-EN, México.



Mujeres y hombres revolucionarios, ca. 1914. Fondo Gustavo Casasola.

La labor de muchas de las mujeres que participaron en el movimiento revolucionario sigue siendo un campo de estudio casi desconocido. ¿Quiénes eran aquellas que empuñaron las armas a la par del hombre, y que compartieron los ideales revolucionarios? “Mujeres somos, pero no hemos sentido flaquezas que nos empujen

a abandonar la pelea. Mientras más punzante era el dolor que nos hería, más se acrecentaba el cariño que profesamos a la causa de la libertad.”

Andrea y Teresa Villarreal,
¿Qué hacéis aquí hombres? Volad, volad al campo de batalla.

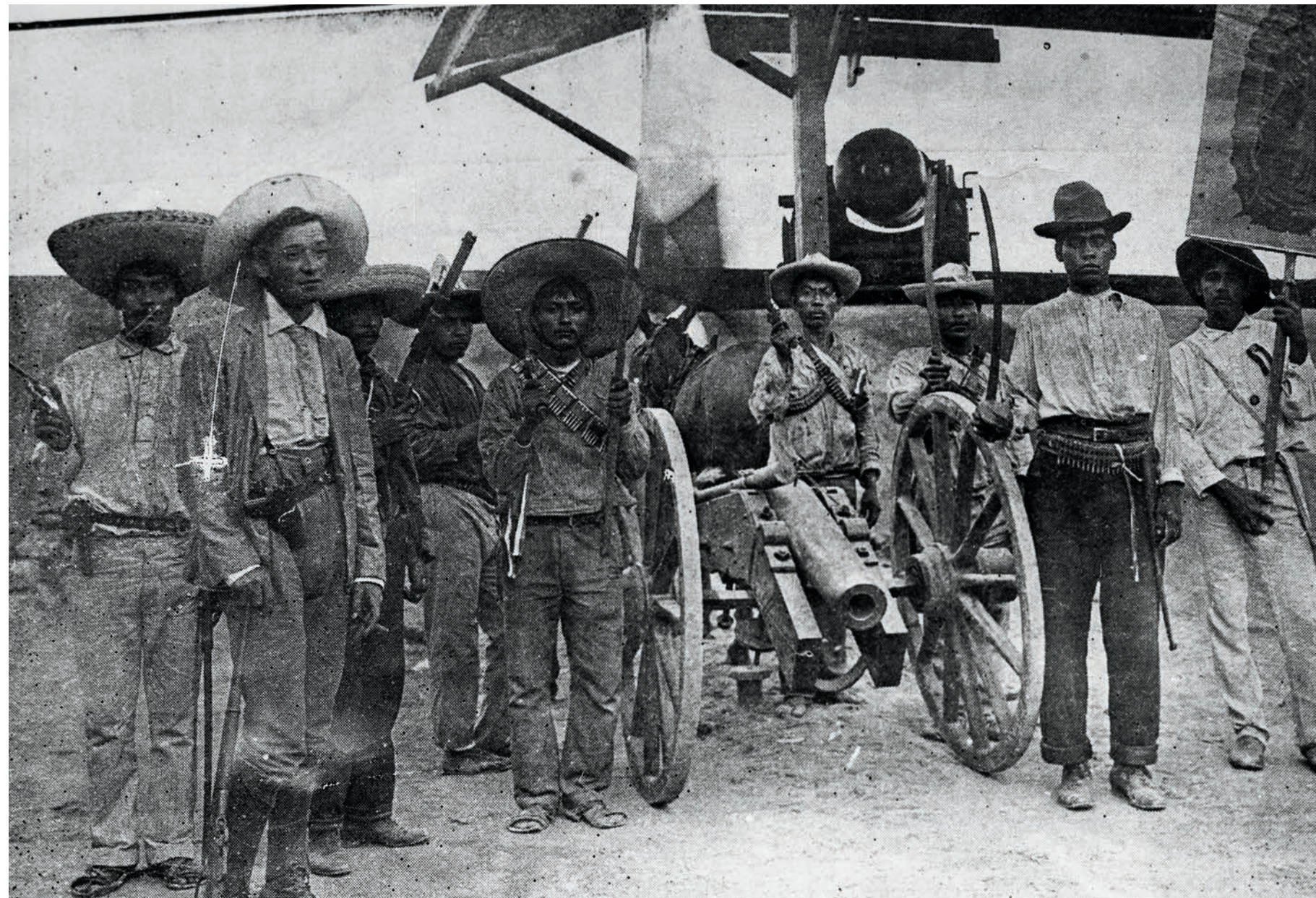


“Cuando la caballada se ha reducido considerablemente, se ve que con los caballos de la columna están otros que se les han unido... Es la yeguada de la hacienda, entre la que hay potrancas largas de carona, caballos que poco tiempo atrás

aún eran potros, según su facha— hinchado el cuello y reducida el anca...”

Gregorio López y Fuentes,
El campamento.

Soldados en formación, ca. 1915. Anónimo. Colección particular.



Artillería revolucionaria, ca. 1916.
Fotografía Enrique Díaz. AGN.

“Los conductores y los artilleros estaban de buen humor. Uno, un estadounidense, cuyas facciones eran absolutamente irreconocibles debajo de una capa de lodo que lo cubría todo, hecho de sudor y tierra, gritó para preguntar si estaban a tiempo, o si la ciudad había caído.
Le contesté en español que había muchísimos colorados por matar, y por

toda la línea se dejó oír un grito de alegría. – Ahora les vamos a enseñar –gritó un enorme indígena montado sobre una mula–. Si pudiéramos entrar en su maldita ciudad sin pistolas, ¿qué haríamos con ellos?”

John Reed,
México insurgente.



Manifestación de obreros católicos, ca. 1926. Fotografía Hermanos Casasola. © 5907 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.

Paralelos a los grupos armados, también se hicieron presentes los movimiento católico. Se trata de una fuerza social que ha desatado movimientos armados y que forma parte de la vida política del país. Este tipo de organizaciones y movimientos en ocasiones cuentan con medios impresos de difusión que circulan

entre la comunidad. A mediados del siglo xx se encontraban en circulación la publicación *Vida parroquial*, que perteneció a la parroquia de la Santísima Trinidad y Nuestra Señora del Refugio en la colonia Peralvillo. En el cintillo de la publicación se lee: “Con censura eclesiástica.”



Exvoto del milagro realizado a Román Camargo, anónimo, siglo xx, óleo sobre lámina. Museo Nacional de las Intervenciones, Secretaría de Cultura-INAH.

El exvoto es el arte del agradecimiento del desvalido, del desahuciado, de los menos favorecidos, del que lleno de esperanza busca consuelo. Es una de las prácticas del pueblo para agradecer el milagro realizado. La mujer, el hombre, el niño, el anciano,

hace una pintura en la que da testimonio de lo ocurrido y agradece el milagro concedido. Los trazos de los dibujos aunque no son perfectos son sinceros y son clara muestra del amor por lo divino.



Exvoto del milagro realizado a Andrés León, anónimo, siglo xx, óleo sobre lámina. Museo Nacional de las Intervenciones, Secretaría de Cultura-INAH.

Este tipo de trabajos brindan información de la vida cotidiana: problemas de pareja, entre los padres e hijos; sobre las enfermedades, e incluso accidentes, entre otros. Estos objetos se exhiben en vitrinas dentro de las iglesias, parroquias, y catedrales. Los exvotos son una muestra de agradecimiento por los milagros realizados.

Aunque no todas las iglesias cuentan con este tipo de manifestaciones, en la Ciudad de México pueden encontrarse en la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe, la Catedral y en otros templos. También en sitios de peregrinación como Zacatecas, Jalisco, Tlaxcala, etcétera.



El Vicario Antonio Paredes acompañado de otros sacerdotes, ca. 1920. Fotografía Hermanos Casasola. © 41525 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.

Antonio Paredes, vicario capitular de México desde 1908. Colaboró en el Colegio Clerical de San Joaquín, en el Seminario Conciliar y en la Universidad Pontificia, y fue miembro del cabildo metropolitano. Junto con el arzobispo de Yucatán, Martín Tristscheler, decidieron no apoyar “la organización católica”. Antonio Paredes “censuró los trabajos del partido por

considerarlo inadecuado e inoportuno por las circunstancias que atravesaba la república y poco aptas a las personas que estaban al frente.”

Laura O’Dogherty Madrazo.
De urnas y sotanas. El Partido Católico Nacional en Jalisco.



Devoto y religioso es el pueblo mexicano.

Mi papá algo tuvo que heredar del suyo, del que se fue: era católico de hueso colorado, mocho. Rezábamos el rosario a las diez en punto de la noche; una noche le tocaba a un hermano, la siguiente a otro y así nos turnábamos. A esa hora teníamos que estar todos en la casa y ya después nadie podía salir. Comulgábamos cada mes; todos los domingos en la tarde mi padre nos leía media hora o una hora fragmentos de su libro favorito, *La religión demostrada* [...] Y viene la persecución religiosa, cierran los templos [...] en un pequeño solar, se decía la misa. Cabían hasta trescientas personas.

Ismael Rodríguez,
Memorias.

Feligreses orando en Sacromonte, Amecameca, Estado de México, ca. 1918. Anónimo. Colección particular.



Vista de la Plaza de la Constitución y el Ayuntamiento de la Ciudad de México desde un costado de la Catedral, ca. 1918. Anónimo. Colección particular.

El corazón de la Ciudad de los Palacios: la Plaza de Armas, Plaza Principal, Plaza Mayor y Plaza del Palacio, mejor conocida como el Zócalo. En este espacio se levanta uno de los edificios más antiguos

e importantes del continente, el Palacio Nacional, con sus dos niveles. Fue hasta 1929 cuando el presidente Plutarco Elías Calles mandó construir la galería o tercer nivel de toda la construcción.



El torero mexicano Rafael Gaona, llamado “El Califa de León” bebe una de las marcas de cerveza que hasta nuestros días subsiste. Eran comunes los anuncios de cervezas en los puestos de las ferias, en los pueblos y en la Ciudad de México. Hizo su primera presentación en la plaza de El Toreo el 1 de octubre de 1905, tres años más tarde se presentaría en España.

Anuncio publicitario de la cerveza Moctezuma, en que aparece el famoso torero Rodolfo Gaona, ca. 1915–1917. Compañía Industrial Fotográfica. Colección particular.



Calle 16 de Septiembre, Querétaro, Querétaro, 1916. Anónimo. Colección particular.

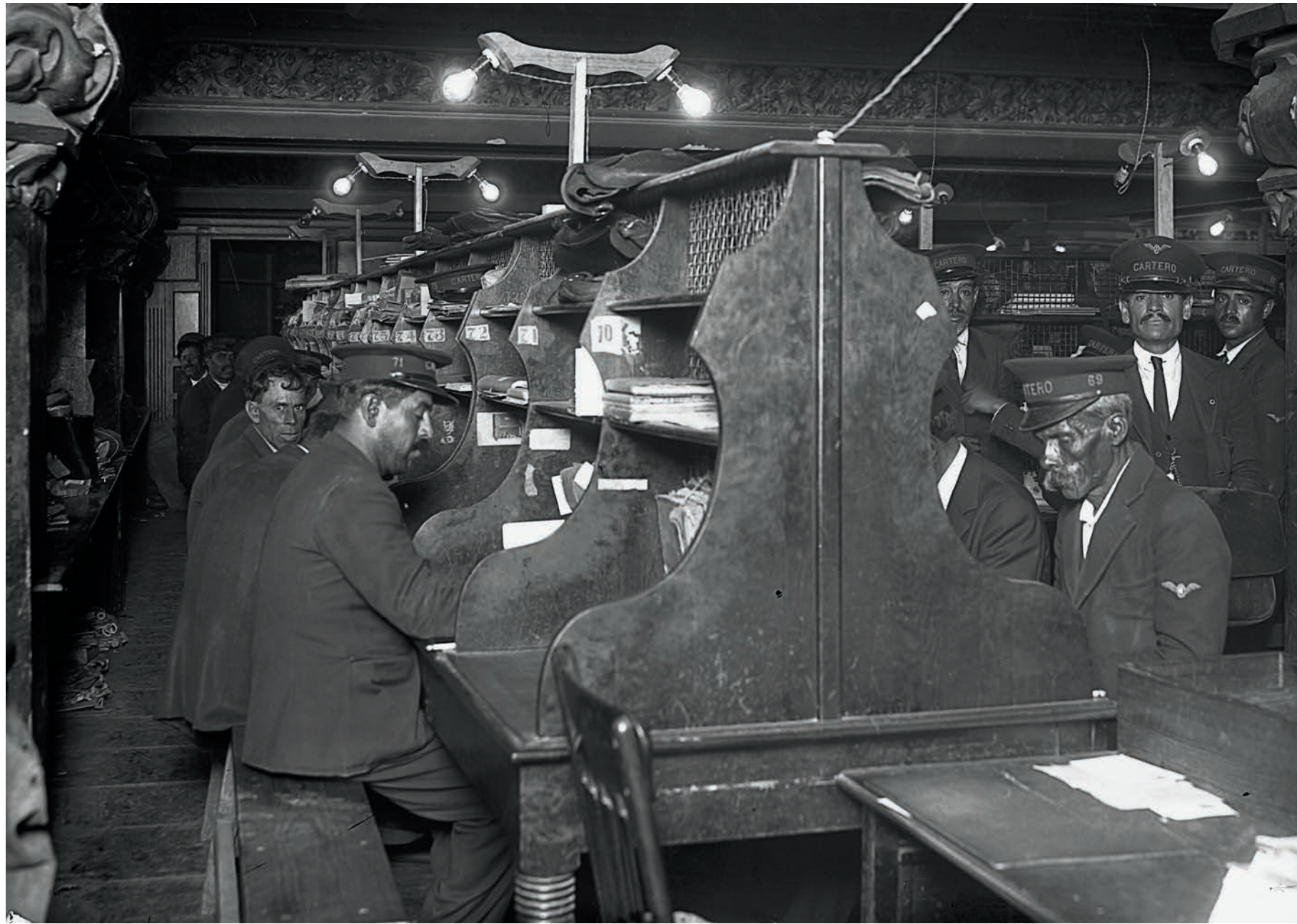
Mientras las batallas más violentas acaecían en las provincias mexicanas, la ciudad de Querétaro se preparaba para recibir al Congreso Constituyente que recibiría a los diputados encargados de redactar la nueva Carta Magna. Sus calles, como las

de cualquier urbe, se dejaba llevar por los relativos e intermitentes tiempos de paz, el viento que barría las hojas secas de los árboles y los aires de esperanza y progreso en un país atravesado por la violencia.



Durante el porfiriato el avance tecnológico y científico marcha de manera firme. El presidente Porfirio Díaz impulsó los cambios en la forma de comunicación, de movilidad y de diversión. Las comunicaciones comenzaban a ser parte de la vida cotidiana. El 15 de agosto de 1909, el mandatario de México agradece en una grabación a Thomas Alva Edison el fonógrafo que le obsequió el inventor. La grabación es la más antigua de la que se tiene registro en México. Parte del mensaje es el siguiente: “Yo también como usted, recuerdo con placer el tiempo aquel en que tuve la satisfacción de conocerle, y conocer sus atrevidos experimentos, haciéndome partícipe de su fe inquebrantable en el grandioso porvenir de la ciencia empírica. [...] Me es grato complacerle porque tengo en muy alta estimación a los grandes benefactores de la humanidad, y usted es uno de ellos, porque usted ha creado nuevas fuentes de felicidad, de bienestar y de riqueza para el género humano utilizando las más poderosas fuerzas conocidas: luz, electricidad, trabajo y genio. Su amigo, que con orgullo estrecha su mano, Porfirio Díaz.”

Telefonistas en oficinas, ca. 1916. Anónimo. Colección particular.



Carteros en una oficina postal, ca. 1916. Fotografía Hermanos Casasola. Colección particular.

Al inicio del siglo xx uno de los avances más importantes se dio en el área de las comunicaciones. Es uno de los edificios más bellos de la ciudad el Palacio de Correos sería inaugurado el 17 de febrero de 1907. Al evento se dieron cita: Porfirio Díaz, Benito Juárez Maza y su esposa; el ingeniero Manuel Álvarez y su familia, el coronel Félix Díaz y su cónyuge. Asistió el cuerpo diplomático acreditado en Alemania,

Cuba, España, Estados Unidos, Francia, Honduras, Inglaterra, Italia, Japón, Rusia y El Salvador. Otro de los inmuebles en el ramo de las comunicaciones fue el edificio de la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas, hoy día es el Munal. Su construcción inició en 1904, se buscó que fuera el reflejo de la riqueza y del progreso del país. Se inauguró en 1911, cuando Díaz ya había abandonado el país.



La diversidad de negocios en el centro de la ciudad es una constante que con el tiempo no ha cambiado, centro de intercambio y finanzas. En la periferia de la ciudad también existían fábricas de textiles, de agua embotellada, de cigarros. A principios del siglo las tiendas más importantes

perteneían a extranjeros. Establecimientos pequeños o medianos como eran los Cajones de Ropa, o bien; las tiendas de mayor poder adquisitivo como Casa Boker, El Palacio de Hierro, El Puerto de Liverpool, o la Compañía de Standard que se dedicaba a la venta de máquinas de coser.

Fachada de la 'Compañía de Standard', proveedora de máquinas de coser, Orizaba, Veracruz, ca. 1916. Fotografía Hermanos Casasola. Colección particular.



Palacio municipal de Orizaba, Veracruz, ca. 1915-1917. Fotografía Hermanos Casasola. © 355888 Secretaría de Cultura- INAH-Sinafo-FN, México.

Las vías de los tranvías de mulitas, de los trenes eléctricos son una huella que ha perdurado hasta nuestros días. Se pueden seguir algunos tramos en varias partes de la ciudad de Orizaba, desde el centro hasta

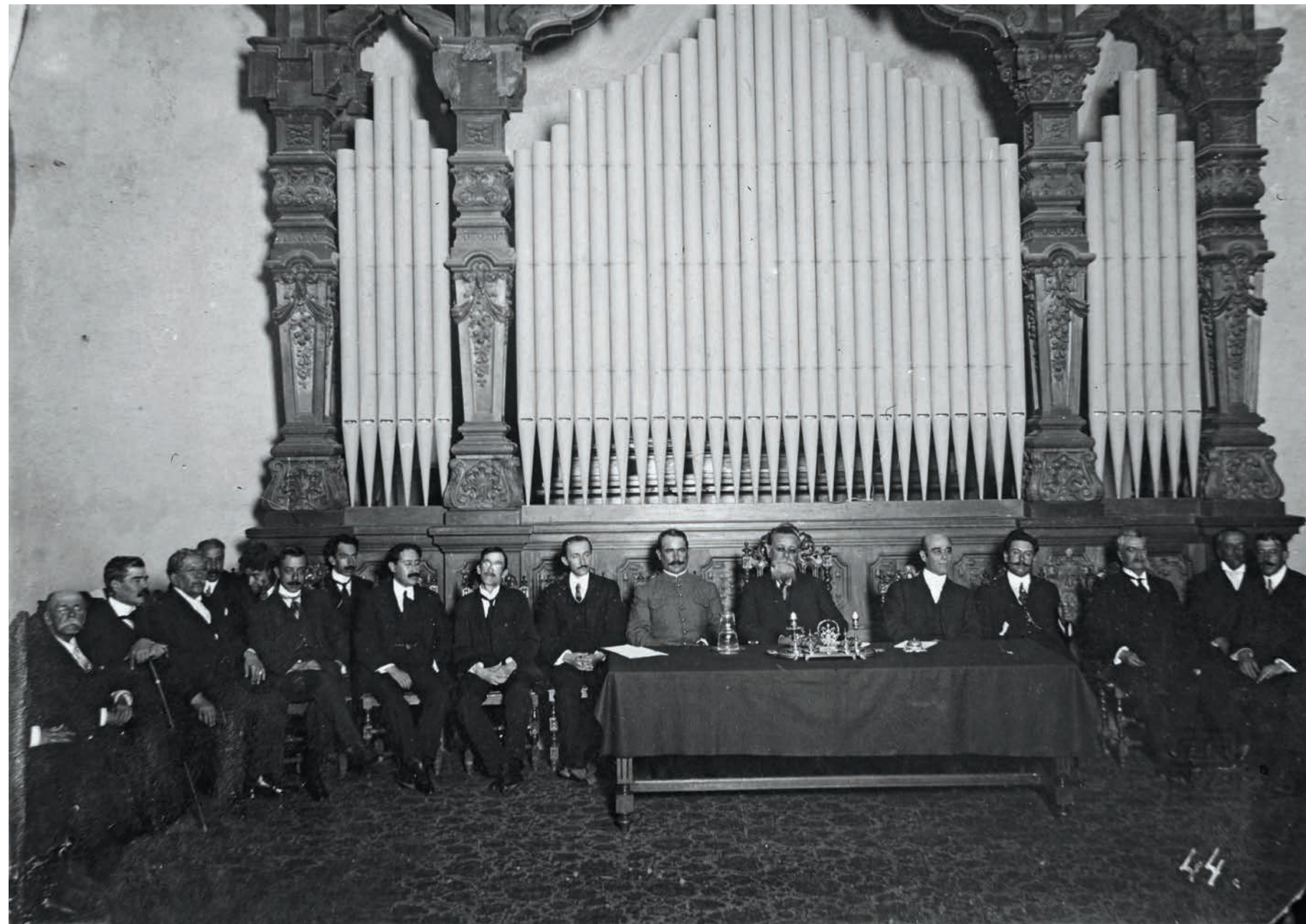
el sur. Incluso en las grandes ciudades sobresalen del asfalto el color acero de las vías. Una escena que puede ser un fin de semana en el que la gente que recorre los establecimientos fijos.



Lechero montado sobre mula, ca. 1916. Fotografía Charles B. Waite. AGN.

Una práctica común aun en pleno siglo xx era la utilización de animales para el transporte de mercancías. Este tipo de imágenes sirvieron como postales, el México pintoresco que a propios y extraños fascina. Bestias de carga que fueron sustituidas con

el paso del tiempo por los llamados Diablos, motonetas y carros repartidores. Respecto de los transportes, queda en la memoria el nombre de La Indianilla que era el depósito de los tranvías eléctricos.



Ceremonia en el anfiteatro de la preparatoria. De izquierda a derecha: Natividad Macías, Pastor Rouaix, Alfonso Cravioto, Isidro Fabela, Valentín Gama, Félix F. Palavicini, Álvaro Obregón, Venustiano Carranza, Ignacio Bonilla, Jacinto B. Treviño y Francisco Vázquez Tagle, México, septiembre de 1914. Fotografía Mendoza Hermanos. Centro de Estudios de Historia de México, Carso.

En 1904 el arquitecto Samuel Chávez realizó la ampliación del Antiguo Colegio de San Ildefonso, hacia la calle de Justo Sierra y llevó a cabo la construcción del Anfiteatro Simón Bolívar, llamado entonces únicamente “de la preparatoria.” La Escuela Nacional Preparatoria ocupó este

edificio muestra de la arquitectura colonial más importante de la Ciudad de México. En este sitio estudiaron algunos de los artistas y políticos más importantes del país. Uno de estos estudiantes fue Octavio Paz quien escribió su *Nocturno a San Ildefonso*.



En México con la Constitución de 1917 se reconoce la igualdad de las mujeres. Así en el Artículo 4º se declara que: “el varón

y la mujer son iguales ante la ley. Ésta protegerá la organización y el desarrollo de la familia.”

Venustiano Carranza con damas de la caridad, ca. 1916. Fotografía Mendoza Hermanos. Colección particular.



Vista del Jardín Zenea, Querétaro, ca. 1916. Fotografía E. Vera Such. Colección particular.

El jardín Zenea sigue siendo un símbolo identitario de la ciudad queretana, y cuyo nombre debe al gobernador Benito S. Zenea, muerto repentinamente en 1875. Ubicado en el centro de la capital del estado, el jardín ha sido testigo de importantes acontecimientos históricos y hacia principios del siglo xx se convirtió en un punto clave de la ruta del tranvía que ya circulaba en dicha ciudad. El jardín

hasta la fecha constituye un espacio de convivencia muy relevante para la sociedad queretana. “Hermosísimos fresnos, árboles frutales, arbustos y rosales, permiten a los vecinos respirar un aura embalsamada en las poéticas noches de primavera y en las calurosas tardes del estío.”

Celestino Díaz,
Guía del viajero en Querétaro.



“Muchos novelistas han relatado diferentes episodios de las sublevaciones, y han descrito o imaginado personajes en situaciones reales o ficticias en las que participaron o que tomaron de testimonios de los protagonistas. No resulta extraño que algunos de ellos hayan hecho referencia a

los ferrocarriles o a las vías férreas, dado que muchos sucesos importantes de la lucha revolucionaria tuvieron lugar en los trenes militares.”

Francisco Javier Gorostiza,
Los ferrocarriles en la Revolución mexicana.

Venustiano Carranza en labor simbólica de la reconstrucción de vías, ca. 1916. Fotografía Mendoza Hermanos. Colección particular.



Puesto de bebidas 'Aguas Nevadas al Estilo de México y Jalisco' durante una kermés, ca. 1916. Fotografía Hermanos Casasola. Colección particular.

Para las arduas batallas, refrescantes aguas. Los puestos de expendio de este producto proliferaban en los ámbitos urbanos más de lo que se puede sospechar. En esta época

tienen su origen la inmensa diversidad de sabores que hoy representan este rubro de la comida mexicana.

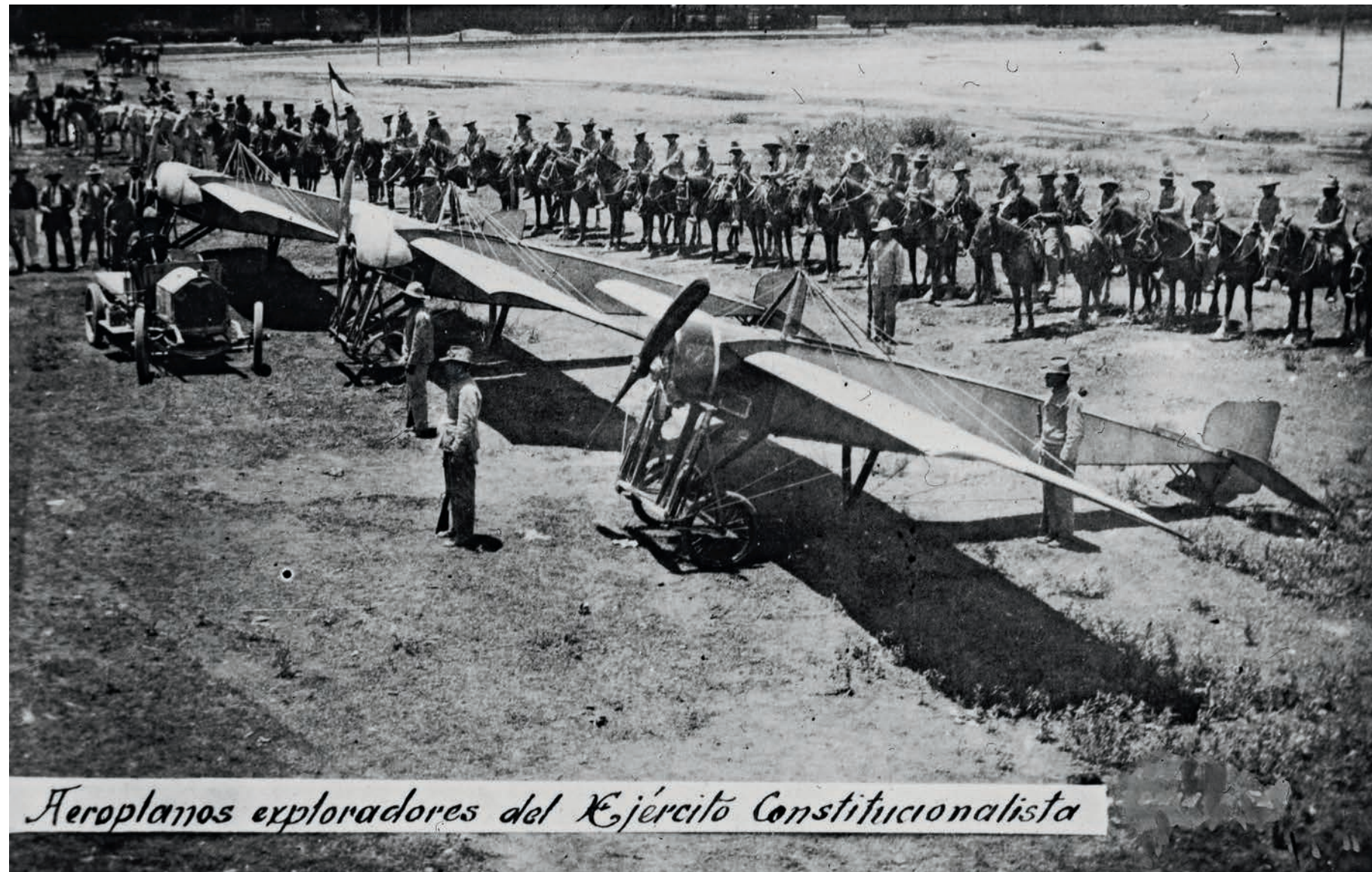


Vista de una ciudad mexicana, México, ca. 1914-1916. Anónimo. Biblioteca del Congreso, Washington, D.C.

“El origen de la afirmación que en la Ciudad de México á cada hombre le corresponden siete mujeres, se encuentra en el censo mandado hacer en 1 836, y el cual me tocó en gran parte dirigir. La ciudad apareció solamente con ciento cuatro mil habitantes, tan grande así había sido la repugnancia á declarar la verdad. Y de estos sólo aparecían quince mil hombres escasos, la mayor parte ancianos y niños; casi no

aparecían jóvenes ni adultos. El temor que infunde en nuestra clase pobre el servicio militar sobrepasa toda exageración y es causa de que los hombres no existan sino en muy pequeño número en la Republica conforme a los datos oficiales.”

Francisco Bulnes,
Las grandes mentiras de nuestra historia. La nación y el ejército en las guerras extranjeras.



Aeroplanos exploradores del Ejército Constitucionalistas que fueron utilizados en las batallas de Celaya, durante una exhibición, ca. 1917. Anónimo. Colección particular.

“El 19 de abril se hicieron nuevos reconocimientos ofensivos sobre el terreno de los villistas, para lo que se incorporó la flota de aviación del Ejército del Noreste. Un hangar y un campo de aviación se establecieron cerca de la estación Chila, de donde se levantó el primer vuelo de prueba que efectuó un reconocimiento sobre las posiciones enemigas a setecientos metros de altura. El aviador confirmó las noticias de un gran movimiento de trenes con

tropas. Una góndola blindada de las fuerzas constitucionalistas avanzó por la vía el 20 de abril, con una sección de tubos lanzabombas y una de ametralladoras. Al tiempo que avanzaba el convoy, un aeroplano que volaba a ochocientos metros de altura arrojó bombas de dinamita sobre las trincheras enemigas.”

Francisco Javier Gorostiza,
Los ferrocarriles en la Revolución mexicana.



José Taracena describe a un Venustiano Carranza que en lo cotidiano se distinguió siempre por su carácter serio y silencioso, lo que no era un obstáculo para que también fuera afable con todo el mundo. “En su apariencia era lo que podía llamarse un

niño seco, pero ya al tratarlo y ahondar la rectitud de su temperamento, despertaba simpatía.”

José Taracena,
Venustiano Carranza.

Venustiano Carranza, Dr. Atl y otros personajes contemplan el paso de aviones constitucionalistas, Colima, Colima, febrero de 1916. Fotografía Mendoza Hermanos. Centro de Estudios de Historia de México, Carso.



“[...] dejó muy chicos los preciosos portales que le daban un aire tan castellano a la vasta plaza. ¿Por qué? La respuesta aun la tiene a la vista el habitante de esta ciudad. No bien fueron abiertos los inmensos portones del nuevo palacio, una muchedumbre cruzó los umbrales, tanto siguiendo a la comitiva oficial –con la que democráticamente se confundía el pueblo– cuanto embriagada por la curiosidad,

poderosamente alimentada por el aspecto externo del enorme edificio, del que mucho llamó la atención el que sus dos Portales se elevaran hasta la cornisa de que arrancaba la tercera planta.”

Arturo Sotomayor,
“El México donde nació...” (Biografía de una Ciudad).

Vista parcial del Palacio de Gobierno, la Plaza de la Constitución y la Catedral Metropolitana de la Ciudad de México, México, ca. 1916. Anónimo. Colección particular.



Venustiano Carranza durante su visita a la Escuela Normal de Señoritas, Ciudad de México, México, ca. 1916. Anónimo. Colección particular.

A partir de la segunda década del siglo xx, la oferta de la educación fue mayor para las mujeres. Guillermo Prieto en sus *Memorias* recuerda, que la primera educación que reciben las hijas de su suegro es bastante deficiente. “Así es que, la primera educación, inclusive el piano, la hicieron las niñas con maestras que costaban un dineral, y nada enseñaban a derechas.” La participación de las mujeres

es activa. La profesora Berta von Gliimer [*sic*], presenta a la Secretaria de Instrucción Publica un plan de Educación para maestra de párvulos que ha sido aprobado y que próximamente se implantaran, inaugurando el curso respectivo de párvulos en la Escuela Normal de Mujeres.”

Educación de párvulos, en *El Dario*. 16 de octubre de 1909.



Colocar la primera piedra de una construcción tiene un significado profundo. No sólo era un inmueble, sino un país entero el que habría que refundar. Carranza era consciente de la misión histórica que le tocaba emprender ante los mexicanos que, deseosos de volver al cauce de la paz, colaboraron afanosamente en las tareas a las que fueron llamados rumbo a la Constitución de 1917.

Venustiano Carranza coloca la primera piedra de una obra pública, Veracruz, Veracruz, México, ca. enero de 1916. Foto Sosa. © 39231 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.

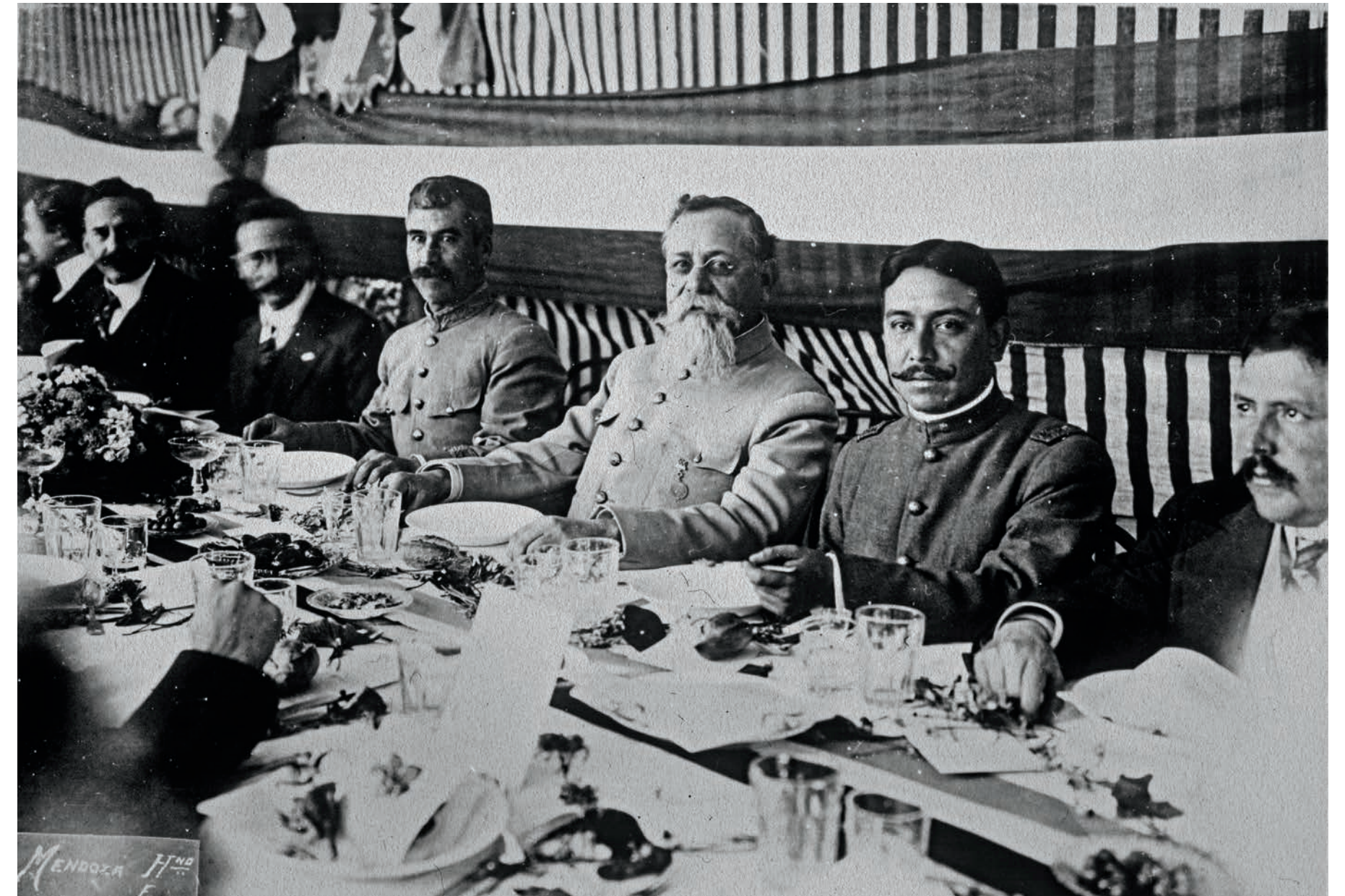


El alfarero Marcos Silva modela un busto del Primer Jefe, San Pedro Tlaquepaque, febrero de 1916. Fotografía Mendoza Hermanos. Centro de Estudios de Historia de México, Carso.

La forma idónea de representar el espíritu bronceado de Carranza, era sin duda el pequeño busto que le moldeó Marcos Silva en Tlaquepaque en 1916. Pequeño, bien proporcionado. Así era el busto, así era su arte.

Nos mostró también algunas cabezas de niñas y una de muchacho donde la técnica es perfecta y admirable; pero en donde sí encontramos algo soberbio, tal vez por haber sido amigos del desaparecido, es en el busto de Carranza.

Fuerza y volumen: el lenguaje escultórico de Oliverio Martínez, 1901-1938.



Los banquetes han sido, desde tiempos de Platón, las ocasiones perfectas para decir lo que se piensa, degustar el alma con la charla y halagar al espíritu con la bebida. Carranza tuvo muchas comidas. Muchísimos banquetes. Y en todos ellos aprovechaba para opinar tan libre como era en el combate. Los historiadores recuerdan uno en especial: “Al ocupar Saltillo, y saber que Carranza se dirigía a este lugar, Villa se fue a Chihuahua para no encontrarse con el Primer Jefe. Los generales de la División del

Norte le ofrecieron un banquete a Carranza, en el que al finalizar su discurso éste manifestó: ‘Respecto a los maderistas, hay que decirles claro, de una vez por todas, que estos señores no crean que esta es una restauración de personas ni de principios.’ Claramente se advierte el antimaderismo de Carranza.”

Jesús Ángeles Contreras,
El verdadero Felipe Ángeles.

Sitio de honor en el banquete: Dr. Rafael Cepeda, Gral. César Castro, Don Venustiano Carranza y el Gral. Cándido Aguilar. San Luis Potosí, México, diciembre de 1915. Fotografía Mendoza Hermanos. Centro de Estudios de Historia de México, Carso.



Hombres conviven en una pulquería, Ciudad de México, México, ca. 1915. Fotografía Hermanos Casasola. © 85698 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.

El pulque es la bebida del pueblo. Los poetas, los artistas lo celebran. Bebida que inspira. En el poema: "Variaciones sobre el Pulque", José María Moreno, expresa:

¡Blanco, espumoso pulque!
 ¡Consolador, festivo!
 Ven, y amigo refresca
 mi labio desequido.
 Por ti el duro trabajo
 del bochornoso estío
 soporta con paciencia
 y aun con placer el indio.



El Dr. Atl, absoluto en las formas y fiel operario de los ideales constitucionalistas, era el instrumento más apropiado para las cuestiones sociales. Su sentido de percepción le daba la exacta referencia del

sentir popular, mismo que comunicaba a don Venustiano Carranza que, en la mayoría de las ocasiones, tenía en alta consideración los pareceres de este gran artista.

Hombres y mujeres en una velada literaria, ca. 1917. Anónimo. Colección particular.



Vista de una pulquería en México, postal coloreada, Tacubaya, ca. 1884–1900. Anónimo. Biblioteca del Congreso, Washington, DC.

La pulquería es el lugar por excelencia donde el lenguaje cobra nuevos significados. Los nombres de las pulquerías los más ingeniosos y singulares: *Waterloo–Trafalgar*, *La Sorpresa*, *Las delicias de México*, *La Fronteriza*, *La Diosa Euterpe*, entre otras. Aun cuando el consumo de esta bebida dejada ganancias pingües, a mediados del siglo XIX se prohibieron las pulquerías

en las calles del centro de la ciudad. Fue hasta el 25 de noviembre de 1871 cuando se “autorizó que las pulquerías se establecieran con mesas de mármol, espejos, etc., y permanecer en ellas para beber el pulque...”

José L. Cossío,
Guía retrospectiva de la Ciudad de México.



“La gente que trabaja durante toda la semana, raya los sábados, se ve con el dinero el domingo y no teniendo nada qué hacer ni lugar donde pasar la tarde se reúne con sus camaradas a libar con mayor entusiasmo de pulquería en pulquería, de tendajón en tendajón, hasta el anochecer en que la mayoría de las veces llega en estado comatoso o simplemente en un estado de alcoholismo agudo...”

Juan Tepancaltzin,
Nuestro Diario, 21 de enero de 1924.

Tras hombres en una pulquería, ca. 1928, Ciudad de México, México, ca. 1928. Fotografía Hermanos Casasola. © 6357 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.



“Cierta día, husmeando la pista de Carrete, tropero cerca de la Cámara con Hilario Barril, el oficial de actas que lo zarandeó en la séptima Comisaría, al arribar a la capital. Fue en la esquina ocupada por un establecimiento mixto, cantina-pulquería-figón. Depuesto por la revolufia, obligado a buscarse la vida dondequiera, declinaba don Hilario de tal suerte que sólo la Sanidad, sucursal policíaca de higiene prostibular, pudo emplearlo como agente callejero para perseguir meretrices sueltas. En ejercicio de empleo esperaba que saliese del figón una pecadora y le pagara su licencia. Al borde de la acera, una vendedora de tacos hostigaba el hambre reinante con olores de manteca rancia borboteando en el comal.”

Salvador Quevedo y Zubieta,
México manicomio. Novela histórica contemporánea (Época de Venustiano Carranza).

Pulquería El Triunfo de la Onda Fría, en un barrio popular, Ciudad de México, México, ca. 1910. Fotografía Hermanos Casasola. © 5629 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FX, México.



El pulque, bebida de los dioses, elixir de los pueblos y remedio universal de las penas mexicanas, jamás dejó de estar en los jarros revolucionarios que con él saciaban su sed.

“Soy hijo de buenos padres, nacido entre los magueyes, el pulque para los hombres y el agua para los bueyes.”

Dicho popular.

Tlachiqueros trabajando en el campo, ca. 1908. Fotografía Charles B. Waite. Colección particular.



Pulquería El Gran Infierno, Ciudad de México, México, ca. 1915-1920. Fotografía Hermanos Casasola. © 162994 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.

“Carlos Dillman y Rubén M. Campos, cuando la invasión zapatista, estaban un día bebiendo tlachique en Tizapán, a tiempo que aparecían como veinte zapatistas rifle en mano, justamente al brindar los dos amigos con sus vasos llenos. El jefe del destacamento se adelantó con la pistola amartillada y avanzando resuelto hacia ellos les preguntó:

– ¿Y ustedes qué son?
– Neutlales –contestó Campos.

– ¿Cómo neutlales? –recalcó airado el jefe.
– Sí –agregó Dillman, ofreciendo su vaso–.
No ve usted que estamos bebiendo neutle?”

La broma cayó bien, y todos los zapatistas provistos de sus vasos, brindaron con los dos amigos escapados de un peligro eminente.”

Miguel Civeira Tabeada, “Rubén M. Campos. Semblanza de un folclorista y sus investigaciones”, en *El folklora literario y musical de México* de Rubén M. Campos.



En uno de los documentos que dan cuenta de la vida comercial y nocturna de la Ciudad de México se describen lugares exclusivos para lupularse. En *El bar. La vida literaria de México en 1900*, Rubén M. Campos: plasma “La invasión de las

tiendas modernas empezaba a inundar las casas de la ciudad en cuyas fachadas y sobre las puertas estrechas aparecían rótulos anunciadores de toda clase de establecimientos comerciales.”

Dependientes de una pulquería, Ciudad de México, México, ca. 1915. Fotografía Hermanos Casasola. © 5567 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.



Mujeres y niño en la terraza de una casa, retrato. Ciudad de México, México, ca. 1905-1910. Anónimo. © 276347 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.

“Sin duda, nuestra familia era importante en el pueblo, y esta circunstancia me satisfacía. Nuestra casa era una de las más grandes. Tan holgada, en realidad, para los tres que la habitábamos, que no estaba toda amueblada, ni visitábamos todos su amplios cuartos sino cuando, por la noche, mi padre

los recorría con una luz en la mano para cerciorarse de que estuvieran bien cerradas todas las ventanas y todas las puertas”.

Salvador Novo,
La estatua de sal.



El afilador de cuchillos es unos de los distintos oficios que aún prevalece en las periferias de la Ciudad de México. Este hombre llama sus clientes con una antara de plástico que sopla haciendo sonar sus tonalidades de graves a agudas y viceversa. Además, como todos los tipos populares que ofrecen algún servicio y que tiene su propio pregón: “Se afilan, cuchillos, tijeras,

navajas” Su herramienta y técnica de trabajo se ha ido transformando, pasaron de la rueda fija que se sostiene en una triángulo de madera o metal a la rueda de la bicicleta y hoy en día con el motor eléctrico que ocupa la parte trasera de la bicicleta o motocicleta, transporte con el que circulan cada calle de esta metrópoli.

Afilador de cuchillos en una calle, Ciudad de México, México, ca. 1905-1910. Fotografía Hermanos Casasola. © 276379 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.



Portal de Toluca, panorámica,
Toluca, Estado de México, ca. 1916.
Fotografía Hermanos Casasola.
© 460954 Secretaría de Cultura-
INAH-Sinafo-FN, México.

Existen diversos monumentos históricos en la ciudad de Toluca. Iglesias, edificios civiles. Son los portales se encuentran el centro de la ciudad y fueron promovidos entre 1832 y 1836 por José María González Arratia, en terrenos que compró a los franciscanos. Al respecto Mario Colín dice:

“¡Ah! Pero nos falta el sitio principal: los famosos Portales de Toluca, que ocupan dos manzanas y están encerrados en un perímetro de no menos de seis cuadras.”

Toluca, crónicas de una ciudad: antología.



Entre los tipos de mujeres que fueron parte del movimiento armado tienen un lugar privilegiado las Soldaderas, los Correos, las Cucarachas, llamadas Galletas (prostitutas), las Adelitas y las vendedoras que se ocupan de una manera de la comida. A diferencia de las adelitas que cocinaban

en los campamentos, las vendedoras se establecían en las calles; o bien, asistían a las estaciones para ofrecer sus productos cocinados que eran: frijoles tamales y las salsas de todos los tipos de chile que acompañan las tortillas hechas a mano.

Mujer con canasta ofrece comida a soldados en la estación Buenavista, Ciudad de México, México, ca. 1912. Fotografía Hermanos Casasola. © 6290 Secretaría de Cultura-
INAH-Sinafo-FN, México.



En calle de Río Lerma 35 estuvo una de las casas de Venustiano Carranza. La colonia Cuauhtémoc es uno de los íconos de la época moderna, del porfirismo. Lugar de gente adinerada de políticos y empresarios. En este espacio predomina la arquitectura de estilo art nouveau–eclectico. El mecenas de la *Revista Moderna* Jesús E. Valenzuela, se dedicó a la compra–venta de terrenos en el paseo de Reforma, avenida que divide la colonia Juárez de la Cuauhtémoc.

Arreglos en las fachadas con motivo de la llegada del Primer Jefe a la Ciudad de México, México, ca 1916. Fotografía Mendoza Hermanos. Colección particular.



Músicos y gente partiendo de una estación de ferrocarril, ca. 1917. Fotografía Hermanos Casasola. Colección particular.

Sobre los rieles de los trenes no sólo circulaban convoyes. También transitaban hombres, mujeres y caballadas inmensas sobre los paralelos metales en los que se deslizaban los gritos de muerte y orfandad.

“La máquina en su enfático recorrido tomaba las curvas atrevidamente como si mano diestra

la condujera. Trac-trac, trac-trac, sonaban rítmicamente las uniones de los rieles al paso de las pesadas ruedas. Los émbolos y el resoplido de la caldera a toda presión eran notas en la bárbara sinfonía de hierro.”

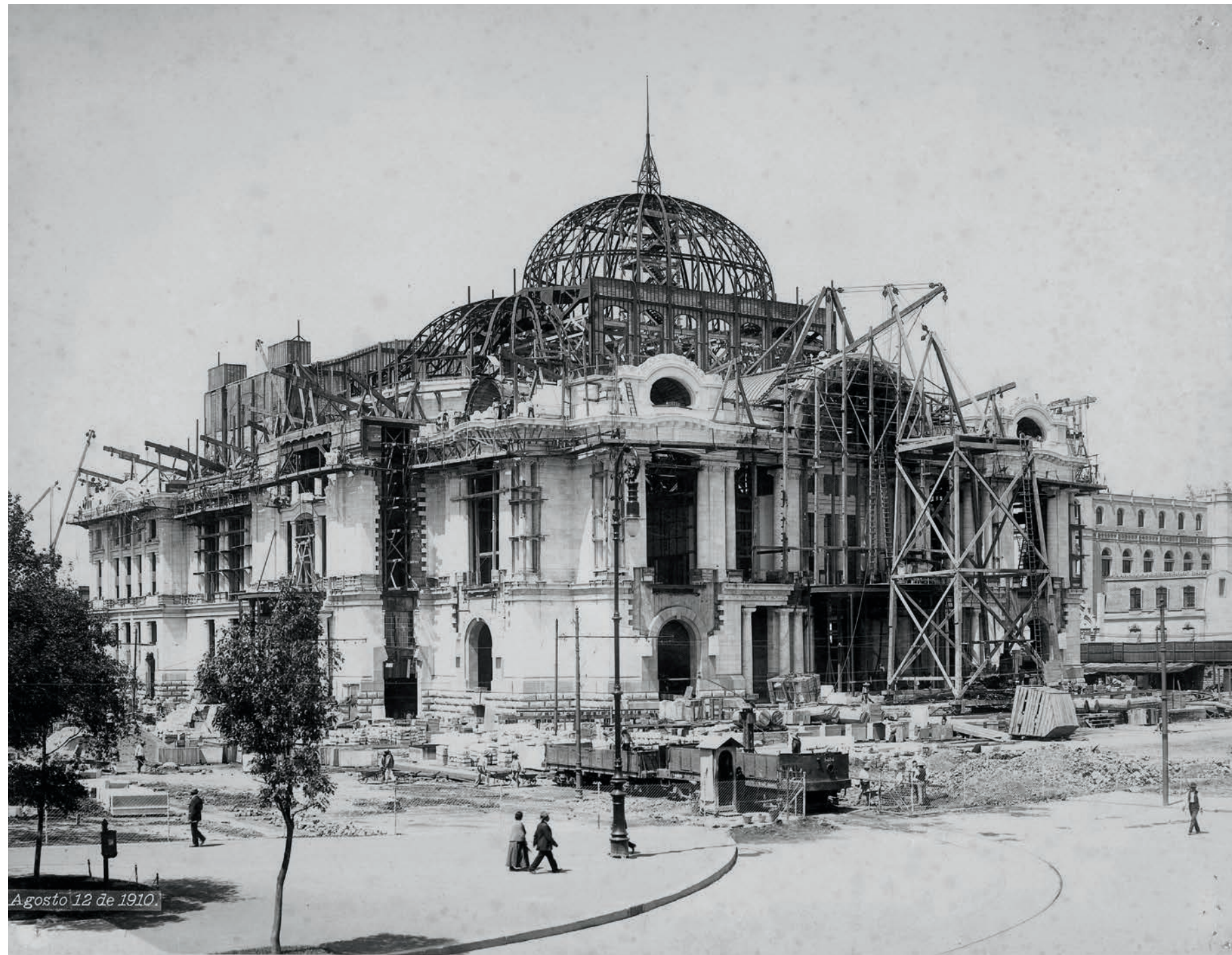
Celestino Herrera Frimont,
La máquina loca.



El 27 de abril de 1912 se inauguró en este lugar el Teatro Xicotécatl, con la representación de la ópera “Aída” de Giuseppe Verdi. Los muros eran de madera, tenía una instalación eléctrica, así como un sistema de seguridad para desalojar al público, pero su ventilación era deficiente. El inmueble fue adquirido después por la llamada “Emperatriz de

la opereta”, Esperanza Iris, quien invirtió parte de sus ahorros en un nuevo proyecto. La construcción, inició el 15 mayo de 1917, estuvo a cargo de los arquitectos Ignacio Capetillo Servín y Federico Mariscal. Fue inaugurado con el nombre de Teatro “Esperanza Iris” por el presidente Venustiano Carranza el 25 de mayo de 1918.

El Gran Teatro Esperanza Iris, ubicado en la 2ª Calle de Donceles, ca. 1916. Fotografía Enrique Díaz. Colección particular.



Palacio de Bellas Artes en construcción, 12 de agosto de 1910. Anónimo. Colección particular.

La edificación del recinto cultural emblemático de la Ciudad de México estuvo a cargo del italiano Adamo Boari. La construcción se inició en 1905 en el lugar que ocupó el convento de Santa

Isabel. El teatro se inauguró el 22 de septiembre de 1934 con un concierto de la Orquesta Sinfónica de la Ciudad de México y la representación de la obra *La verdad sospechosa*, de Juan Ruiz de Alarcón.



“...el Jardín, como todos le decimos, tiene su quiosco central donde toca la música la serenata de los domingos y los días festivos, rodeado por una amplia glorieta circular. Luego están los prados de árboles y flores. Alrededor, dos amplios paseos formados por tres hileras de bancas de fierro, donde

toman asiento las familias. Los muchachos caminan para acá y las muchachas para allá.”

Juan José Arreola,
La feria.

Grupo musical en un quiosco, ca. 1915. Anónimo. Colección particular.

LOS CREADORES, LA CULTURA, EL ARTE Y EL PENSAMIENTO

Cuando la memoria mexicana pensó nuevamente en los cruentos acontecimientos ocurridos durante la gesta revolucionaria, las principales líneas de interpretación de este cataclismo ontológico nacional miraron hacia los alrededores del panorama devastado por la crítica que había dejado oquedades similares a las bombas de los ejércitos combatientes. Eso era en realidad el efecto de la incesante recordación de la Revolución Mexicana: huecos pletóricos de incertidumbre, reiteraciones, correcciones, reivindicaciones, adiciones y confección de macizos históricos y tomos literarios de vana ensoñación, relatos, anécdotas e historias dispersas en la conciencia de los supervivientes y moldeados a la luz de la modernidad heredera de ese pasado que convertía en presente.

La historia de la rebelión contra Porfirio Díaz, el encumbramiento del ideal democrático de Madero, la fiera usurpación de Huerta, las caballadas inmensas de la legendaria División del Norte, las tradiciones agraristas de Zapata, el constitucionalismo de Carranza y la meteórica trayectoria del invicto Obregón, tomaron diversas formas en los pinceles de los artistas y

la punta de iridio de los escritores, en la perspectiva del historiador, en el cincel del escultor y la afable luminosidad de todo tipo de arte que proyectó visiones similares a las descargas de los pelotones, regimientos y divisiones comandados, ya no por generales, sino por figuras de renombre artístico que hicieron de su oficio verdadero un ejercicio marcial en la cultura, el arte y el pensamiento.

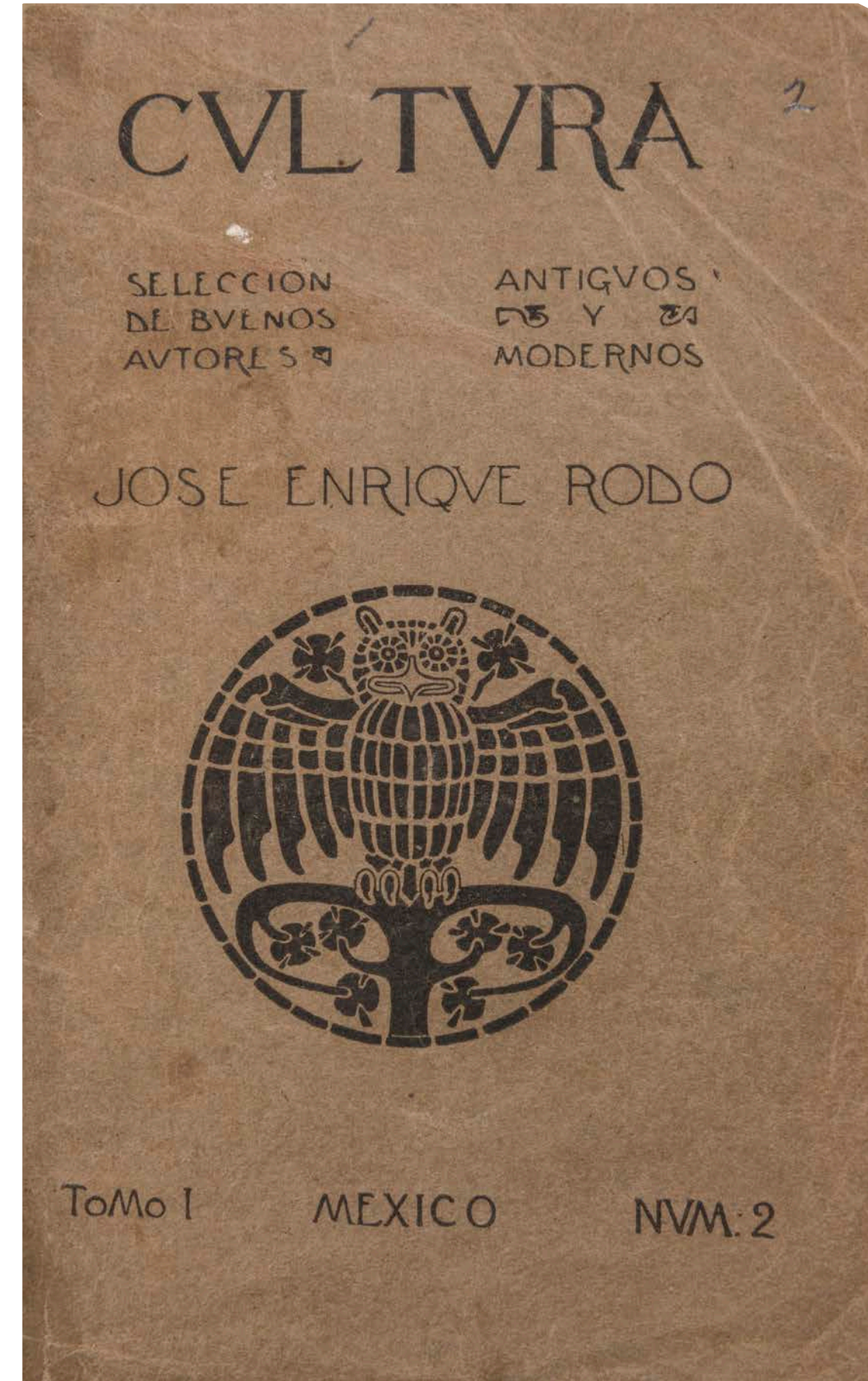
Todos los autores de estos años del México caminante hacia su Constitución son como un prisma triangular que refracta, releja y dispersa la memoria del pasado hacia la luminosidad del futuro. Todos los autores de esta época vertieron sus esfuerzos para plasmar a través de diversas manifestaciones un espectáculo increíble de posibilidades infinitas, desplegadas en espiral imitando el enigmático fractal del universo de la creación. No hace falta citar libros, pinturas, inmuebles, murales, versos y estatuas. Cada cual seguro conoce una prueba de esta afirmación que es, también, una historia triple: recordada por sus participantes, inventada por sus artistas y rescatada por sus defensores en la historia y la literatura del siglo que nos precedió.



Amado Nervo, Enrique González, Jesús Urueta, Efrén Rebolledo y otros intelectuales después de un congreso, retrato de grupo, ca. 1912. Fotografía Hermanos Casasola. © 5685 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.

El poeta nayarita fue destituido en 1914, de su cargo como diplomático por el gobierno que encabezaba Venustiano Carranza. Es reinstalado el año que publica la novela *El diablo desinteresado* (1916). Dos años más tarde por consejo de Isidro Fabela,

Carranza nombra a Amado Nervo ministro plenipotenciario en Argentina, Uruguay y Paraguay. El escritor debe lograr el apoyo de estos países con el objetivo de que los Estados Unidos de Norteamérica reconozca al gobierno constitucionalista.



“Gran civilización, gran pueblo –en la aceptación que tiene valor para la historia– son aquellos que, al desaparecer materialmente en el tiempo, dejan vibrante para siempre la melodía surgida de su espíritu y hacen persistir en la posteridad su legado imperecedero –según dijo Carlyle del alma de sus “héroes”–: como una nueva y divina porción de la suma de las cosas. Tal, en el poema de Goethe, cuando la Elena evocada del reino de la noche vuelve a descender al Orco sombrío, deja a Fausto su túnica y su velo. Estas vestiduras no son la misma deidad; pero participan, habiéndolas llevado ellas consigo, de su alteza divina, y tienen la virtud de elevar a quien posee por encima de las cosas vulgares.”

José Enrique Rodó,
Ariel.

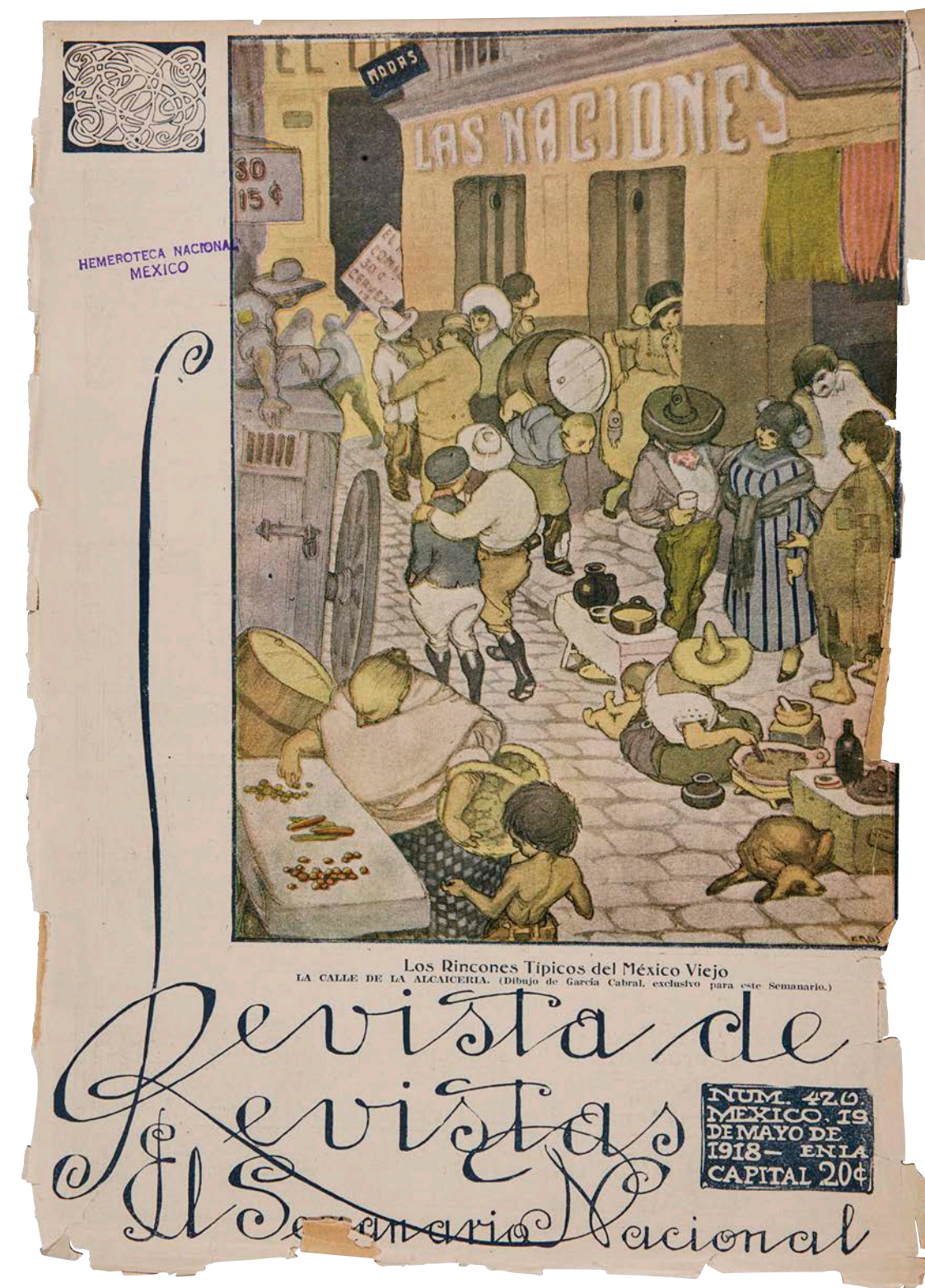
Rodó, José Enrique, Selección de buenos autores antiguos y modernos, en: *Cultura*, Tomo I, Núm. 2. México. 1916. Portada. Biblioteca Nacional de México, UNAM.



En la redacción de *Revista de Revistas*, 1916. Aparecen Ramón López Velarde, Manuel M. Ponce, Nicolás Rangel, Alfonso Toro, Rafael López, Rubén M. Campos, José de J. Núñez y Domínguez, Rafael Alducin, Julio Riquelme Inda, Jesús Buenaventura González, Manuel Gómez Morín, Arturo Flores, Vicente Lombardo Toledano, Alfonso Caso, Roque J. Ceballos Novelo, Roberto Núñez y Domínguez y José del Castillo. Anónimo. Colección particular.

En este año de 1916 se concretaron otros dos proyectos: *Gladios* con dos números y uno de *La Nave*. En estas revistas colaboraban, por ejemplo, Rubén M. Campos, Carlos Pellicer, Antonio Caso,

Galindo y Villa, Julio Torri, entre otros. Algunos de los colaboradores de *Revista de Revistas* habían participado en la *Revista Moderna* y la *Revista Moderna de México*.



La primera plana fue del artista plástico Ernesto García Cabral. Maestro de la línea propuso nuevas formas de ver el mundo a través de sus dibujos. Su particular estilo de retratar la vida cotidiana de toda una época, lo convirtió en ícono de la caricatura en México. El recuerdo de un pasado prehispánico, revolucionario y costumbrista que se mezclan con la sensualidad de una *femme fatal* y el legado artístico de la tauromaquia, muestra su tránsito por las diversas corrientes estéticas europeas como el Art Decó y el Art Nouveau. El carácter creativo y humorístico de “El Chango Cabral” le ha dado su reconocimiento como uno de los grandes caricaturistas e ilustradores mexicanos del siglo xx, a la par de su contemporáneo José Guadalupe Posada.

Los Rincones Típicos del México Viejo, en: *Revista de Revistas*. *El semanario Nacional*, No. 420, 19 de mayo de 1918. Portada de Ernesto García Cabral. Hemeroteca Nacional de México, UNAM.



Alfonso Caso, retrato, ca. 1918. Fotografía Hermanos Casasola. © 12439 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.

“El pueblo azteca, como todo pueblo imperialista, tuvo siempre una excusa para justificar sus conquistas, para extender el dominio de la ciudad-estado de Tenochtitlán, y convertir al rey de México en el rey del mundo “Cem-Anahuac tlatoani”, y a México-Tenochtitlán, en la capital del imperio que titulaban *Cem*

Anahuac tenuchca tlalpan, es decir “el mundo, tierra tenochca.”

Alfonso Caso, *El Águila y el Nopal. Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua*. 11 de febrero de 1946.



“Es singular lo que me ocurre: desde que la gendarmería me vigila ha cundido como mancha de aceite el rumor de que soy agente revolucionario de don Francisco I. Madero. Del jayán al padre cura no hay quien no me pregunte ‘cómo anda eso’. No pocos me piden el santo y seña de Pascual Orozco, de José de la Luz Blanco y del demonio. Toño se desternilla de risa cuando me sorprende perorando, a efecto de desmoronar esta absurda leyenda. Pero el resultado es inverso del que busco: mi gesto, mis palabras se interpretan como habilidad para despistar, como pura estrategia. Y lo peor es que las dos semanas que *El Imparcial* y yo otorgamos a los latrofaciosos para dejarse despachurrar por don Porfirio se han convertido en meses dobles y la revolución va en auge. Motivo por el que este agente revolucionario del señor Madero vive en una atmósfera extraña, la veneración de muchos y el terror de no pocos.”

Mariano Azuela, *Andrés Pérez Maderista*.

Mariano Azuela toma un libro, retrato, ca. 1925. Fotografía Hermanos Casasola. © 6409 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.



En el primer cuadrante de la Ciudad de México se encontraban las oficinas y los talleres de las publicaciones periódicas, irónicamente se ubican la calle de Rebeldes, hoy Artículo 123. Entre las rotativas que cambiaron el rumbo de la prensa se encuentra la Scott.

El 15 de abril de 1917 entró en vigor, como reglamento de los artículos 6º y 7º constitucionales, la Ley de imprenta expedida por Venustiano Carranza... curiosamente, la Ley de Imprenta entró en vigor antes que la Constitución de 1917 [...] tiene vigencia a partir del 10 de mayo.

Leopoldo Borrás,
Historia del periodismo mexicano. Del ocaso porfirista al derecho da la información.

Revista de Revistas. El semanario Nacional, No. 500, Caricatura de García Cabral, 30 de noviembre de 1919. Portada conmemorativa. Biblioteca Nacional de México, UNAM.



*El Chango Cabral vivió en Europa la situación de la Primera Guerra Mundial en la ciudad Luz que abandonó rumbo a Madrid y después a Argentina como Agregado Cultural de la Legación Mexicana que estaba a cargo de Isidro Fabela. Ingresó al semanario *Revista de Revistas* el 5 de mayo de 1918. En este año se estrena *Jalisco nunca pierde* (1935).*

Ernesto García Cabral recostado en un sillón leyendo una revista, ca. 1935. Fotografía Hermanos Casasola. © 16073 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.



Enrique González Martínez, Antonio Caso, Francisco A. de Icaza, Jesús Urueta y el embajador de Francia, retrato de grupo, ca. 1917. Fotografía Hermanos Casasola. © 17305 Secretaría de Cultura- INAH-Sinafo-FN, México.

Hay que destacar en esta imagen al historiador Francisco de Asís de Icaza y Breña quien fue miembro de la Academia Mexicana de la Lengua y de la Española;

también perteneció a la Academia de Historia y Bellas Artes en Madrid. Colaboró en *El Universal* y *El Universal Ilustrado*.



Martín Luis Guzmán, escritor, retrato, ca. 1914. Fotografía Hermanos Casasola. © 17918 Secretaría de Cultura- INAH-Sinafo-FN, México.

Las vicisitudes sociales y políticas que se vivieron en el país lo llevaron a tomar en 1915 la decisión de exiliarse. Un año antes fue encarcelado en la Penitenciaría de México. La orden la giró don Venustiano Carranza. En el extranjero pasó una temporada en París. Vivió alrededor de un año en España. En marzo de 1916 abordó el buque *Spagne* con destino a los Estados Unidos de Norteamérica. Regresó a su país en 1936.



El artista plástico nacido en Aguascalientes murió a la temprana edad de 31 años. Entre sus maestros se encuentra Julio Ruelas, Leandro Izaguirre, Germán Gedovius. De sus obras destacan *Labor o El Trabajo*, *Molino de vidrio* y *Vendedoras de ollas*, *Vendedor de plátanos*, *El jarabe*, *Tehuana*, etc. Un óleo del año de 1917 es *La criolla de la mantilla*. Muere en la Ciudad de México el 8 de octubre de 1918.

Saturnino Herrán, pintor, retrato, ca. 1922. Fotografía Hermanos Casasola. © 18202 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.

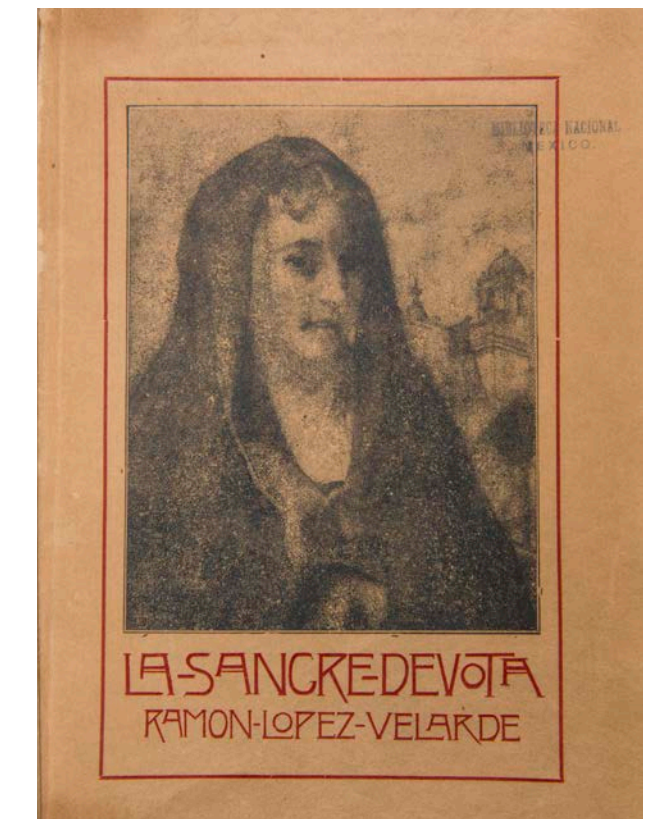


Ramón López Velarde, ca. 1910. Anónimo. Iconoteca de la Biblioteca Nacional, UNAM.

López Velarde, Ramón, *La sangre devota*, México, Ediciones literarias de Revista de Revistas, 1916. Portada de Saturnino Herrán. Biblioteca Nacional de México, UNAM.

“Por eso resulta formidable el poder de los meditativos, desde el príncipe Góngora hasta Darío y hasta Lugones: porque ellos en su cuarto de hora de oración mental han descendido a repliegues de la conciencia no sospechados por los que, al ras del barbecho, se emboban en un parloteo fútil. Ya lo ha dicho el doctor González Martínez, con la felicidad con que él dice todo: El alma se agita con sus goces exclusivos, con su instinto propio y con su dolor particular. La traducción de esta individualidad no se consigue con proclamas de los dientes para afuera, ni con manifiestos a flor de piel.”

Ramón López Velarde.
“La derrota de la palabra”, en *Novedad de la patria y otras proas*. (Conferencia pronunciada en la Universidad Popular, el domingo 26 de marzo de 1916).





“Mis temores se realizaron. Al llegar cerca de Temamatla, un grupo de carrancistas detuvo a mi viejo amigo y le quitó los burros y el costal; pero los zapatistas, que vieron la maniobra desde un bosquecito cercano, entablaron una disputa a balazos, y en la refriega, Felipe perdió la vida. Como llevaba cartas mías y los carrancistas, que eran de mi partido, las leyeron, respetaron el cadáver, los burros y el costal. Me avisaron lo acontecido, cambiaron los motivos y fui inmediatamente a recoger a mi compañero. Lo habían puesto bajo un árbol recostado sobre el costal intacto.”

Gerardo Murillo, Dr. Atl, texto publicado bajo el seudónimo de “Felipe”, *Cuentos bárbaros y de todos colores*.

Gerardo Murillo, pintor, retrato, ca. 1918. Fotografía Hermanos Casasola. © 22537 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.



“Vayamos ahora a los maestros jóvenes a quienes Vasconcelos confió su impulso renovador. Bien sabido era que los que instituyeron, en 1915, la Sociedad de Conferencias y Conciertos que halló asiento en nuestra querida plaza del Carmen, corazón romántico de aquella adra universitaria, conocidos por el irónico remoquete de *los siete sabios*, se llamaban Manuel Gómez Morín, Vicente Lombardo Toledano, Antonio Caso, Antonio Castro Leal, Jesús Moreno Baca, Alberto Vázquez del Mercado y Teófilo Olea y Leyva; y que mucha parte de su prestigio lo debían no sólo a su ilustración, sino también a su entendimiento, a su inquietud social, a su interés nacionalista y a su preocupación por la Universidad.

Sin embargo, la presencia sobresaliente en el amanecer universitario de dos hombres de mayor edad que los mencionados y de nueve más jóvenes que ellos, y el conspicuo parentesco temporal y espiritual que los relacionaba a todos, a pesar de que llegaran a frecuentar separados senderos ideológicos, pronto acarreó entre los muchachos cierta confusión a la hora de citar los nombres de quienes integraban el grupo de *los siete sabios*.”

José Bustillo Oros, *Vientos de los veintes*.

Jesús Moreno Vaca, licenciado, retrato, ca. 1920. Fotografía Hermanos Casasola. © 22701 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.



Amado Nervo durante un recital en una plaza pública, ca. 1919. Fotografía Hermanos Casasola. © 23121 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.

Nervo Amado, *Perlas negras, místicas, las voces*, México, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1904. Portada. Colección particular.

En paz

Muy cerca de mi ocaso, yo te bendigo, vida,
 porque nunca me diste ni esperanza fallida,
 ni trabajos injustos, ni pena inmerecida;
 porque... veo al final de mi rudo camino
 que yo fui el arquitecto de mi propio destino;

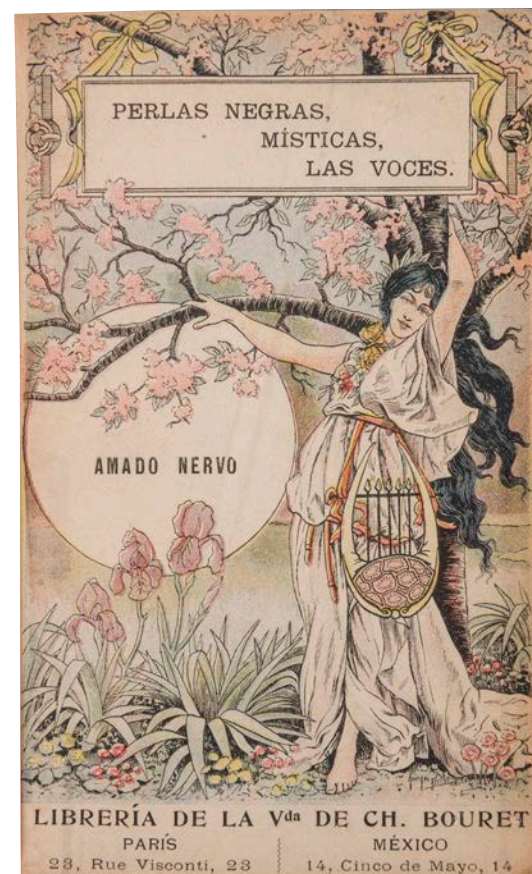
que si extraje las mieles o la hiel de las cosas,
 fue porque en ellas puse hiel o mieles sabrosas:
 cuando planté rosales, coseché siempre rosas.

...Cierito, a mis lozanías va a seguir el invierno:
 ¡mas tú no me dijiste que mayo fuese eterno!

Hallé sin duda largas las noches de mis penas;
 mas no me prometiste tan sólo noches buenas;
 y en cambio tuve algunas santamente serenas...

Amé, fui amado, el sol acarició mi faz.
 ¡Vida, nada me debes! ¡Vida, estamos en paz!

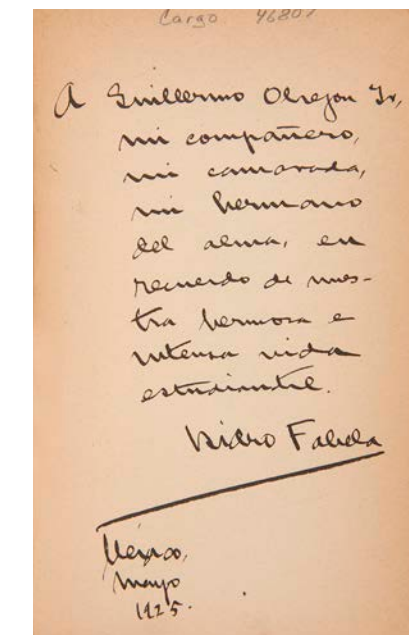
Amado Nervo



Isidro Fabela en la Legación de París, 1915. Anónimo. Centro Cultural Isidro Fabela.

Fabela, Isidro, *La Tristeza del amo*, Madrid, Tipografía Artística, 1916. Ilustraciones de Ernesto García (Chango) Cabral. Dedicado a Guillermo Obregón. Portada y primera página. Colección particular.

Fue la tierra de Atlacomulco donde nació Isidro Fabela, uno de los principales actores y quien fuera encargado de las relaciones exteriores en la etapa preconstitucionalista de Venustiano Carranza. Fungió como ministro de México en Alemania. En 1916 publica la segunda edición de su obra *La tristeza del amo*; así como la primera edición de *Arengas revolucionarias: Discursos y artículos políticos*.





“Un pueblo se salva cuando logra vislumbrar el mensaje que ha traído al mundo: cuando logra electrizarse hacia un polo, bien sea real o imaginario, porque de lo real y lo imaginario está tramada la vida. La creación no es un juego ocioso: todo hecho esconde una secreta elocuencia, y hay que apretarlo con pasión para que suelte su jugo jeroglífico. ¡En busca del alma nacional! Ésta sería mi constante prédica a la juventud de mi país. Esta inquietud desinteresada es lo único que puede aprovecharnos y darnos consejos de conducta política. Yo me niego a aceptar la historia como una mera superposición de azares mudos. Hay una voz que viene del fondo de nuestros dolores pasados; hay una invisible ave agorera que canta todavía: *tihuic, tihuic*, por encima de nuestro caos de rencores.”

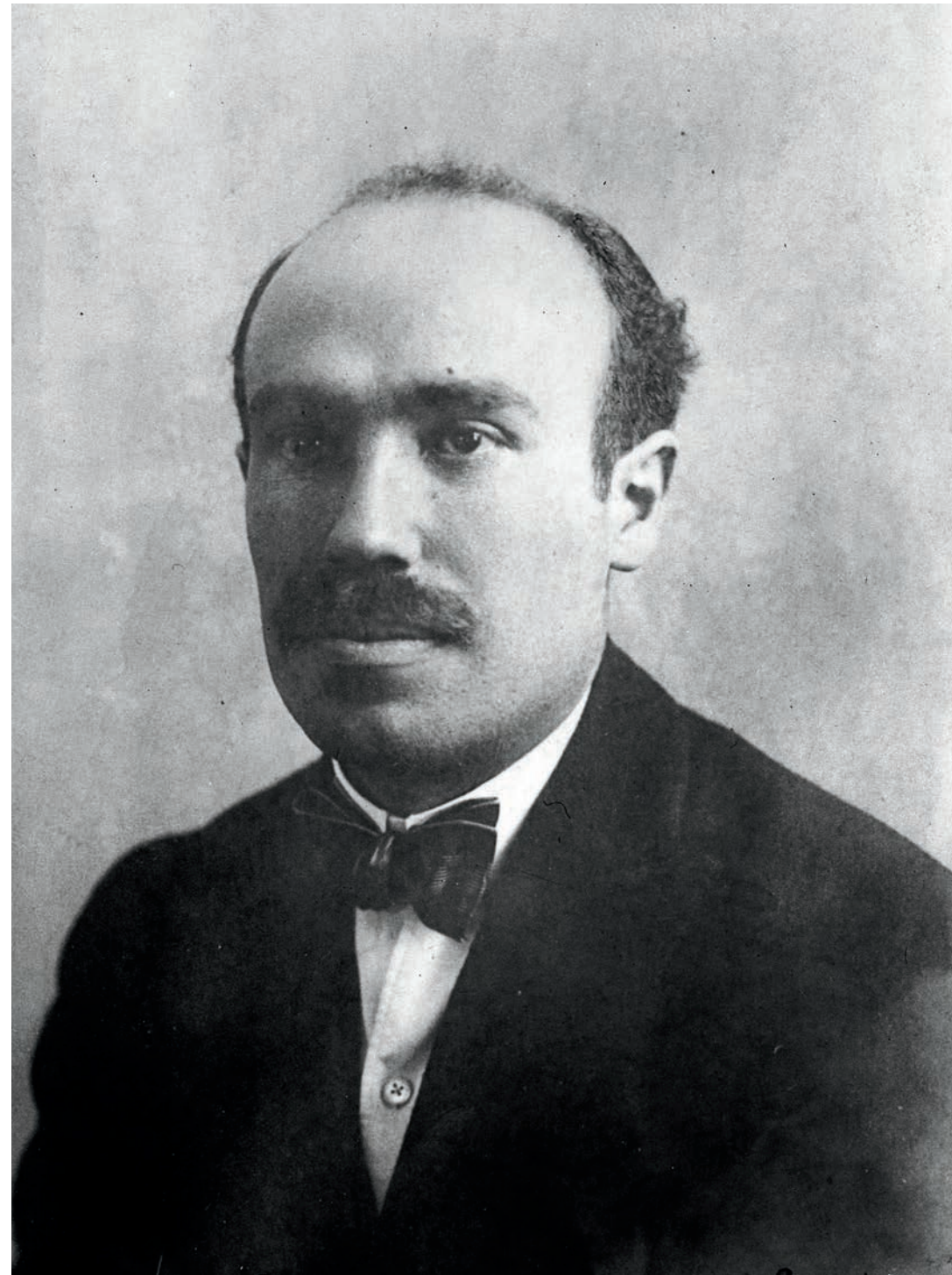
Alfonso Reyes,
Fragmentos Varios.

Alfonso Reyes, ca. 1915. Anónimo.
Casa Museo Alfonso Reyes,
Secretaría de Cultura, INBA.



Juan Sánchez Azcona fue diplomático, periodista y revolucionario. En el ámbito de las letras colaboró en periódicos y las revistas literarias más importantes de finales del siglo xx como *Revista Azul* y *Revista Moderna*. Fundó los periódicos *El Tipo* y *México Nuevo*. Militó en el Partido Constitucional Progresista. Fue secretario de Francisco I. Madero.

Juan Sánchez Azcona, secretario particular y diputado, retrato, ca. 1912. Fotografía Hermanos Casasola. © 27684 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.

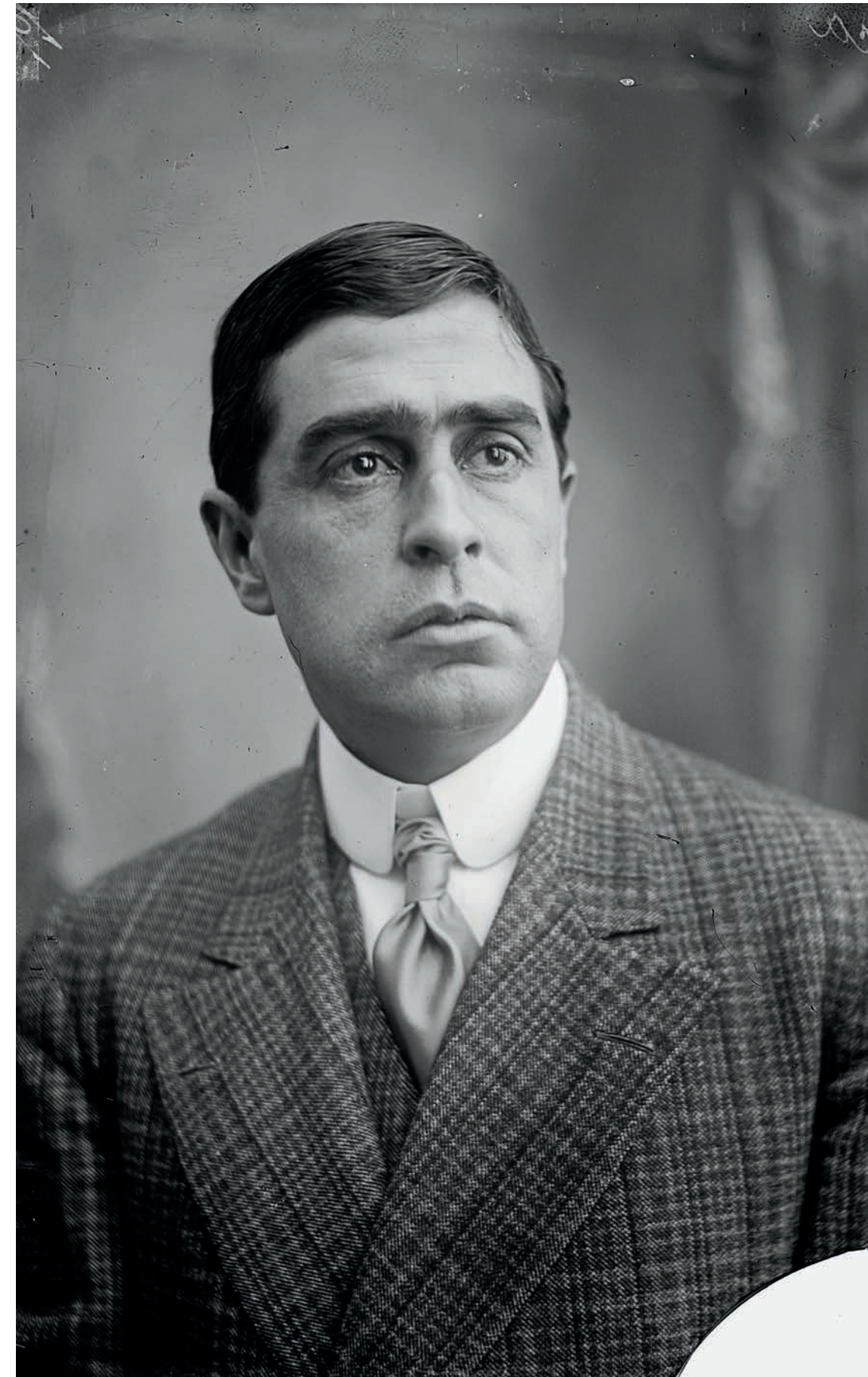


Mariano Silva y Aceves, escritor y académico, retrato, ca. 1940. Fotografía Hermanos Casasola. © 28342 Secretaría de Cultura- INAH-Sinafo-FN, México.

“Cuando el bastón salía de las manos temblorosas del abuelo era para quedarse firme en un rincón, siempre lejos del ruido y de las gentes. En la calle se animaba un poco más, pero nunca azotaba a un perro ni hacía rodar por el suelo una hoja de árbol. Era un bastón sin mucha gracia, con el

puño encorvado y lo demás rígido y recto. Siempre que lo buscaban para amenazar a alguien, andaba perdido, como si tuviera miedo.”

Mariano Silva y Aceves,
El bastón cobarde.



“Este tesoro de la fantasía oriental [*Las mil y una noches*] encantó muchas veladas de mi niñez y de mi adolescencia y nutrió luego la imaginación del escritor [...] y que cierta edición profusamente ilustrada por artistas persas que figuraban en mi biblioteca de Coyoacán y me fue robada durante un saqueo pseudo zapatista. El tal saqueo nada tuvo que ver con la política ni con las reivindicaciones sociales, fue un simple robo a mano armada dirigido por un borrachín de apellido Montes de Oca, que se tituló *motu proprio* general zapatista, sólo para saciar rencores y robar casas y que al cabo de un mes fue colgado... Lo curioso fue que pretendiendo ser estudiante de medicina dicho sujeto había obtenido de mí frecuentes auxilios pecuniarios... Su acción me indignó cuando no sabía aún que actos así no son maldad, sino ignorancia y que de tal ignorancia son responsables quienes, pudiendo hacerlo, no la combaten hasta en sus últimos reductos...”

José Juan Tablada,
La feria de la vida.

José Juan Tablada, escritor y periodista, retrato, ca. 1920. Fotografía Hermanos Casasola. © 28825 Secretaría de Cultura- INAH-Sinafo-FN, México.

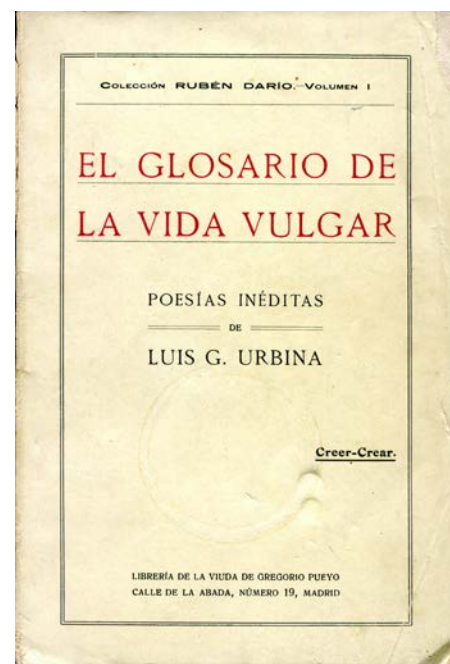


Luis G. Urbina, periodista y poeta en un estudio fotográfico, retrato, ca. 1920. Fotografía Hermanos Casasola. © 29353 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.

En el prólogo a *Lámparas de la agonía* (1914) de Enrique González Martínez, Urbina expresa: “Porque este poeta, que no ha dejado de cantar bellas canciones desde su adolescencia, hilvana sin cesar, hace muchos años, crónicas aladas, impresiones teatrales y artículos de fino humorismo que amortiguaron en el público lector de la prensa diaria...”. Tres años más tarde el poeta da a conocer *El glosario de la Vida Vulgar* (1916). De esta obra Amado Nervo escribió: “Luis G. Urbina, uno de los más grandes poetas de América, viene a ti como armonioso huésped espiritual”. Los dos poemarios están dedicados a Justo Sierra. Las dedicatorias respectivamente son:

A la memoria sagrada de Justo Sierra devotamente como ofrenda de amor, de dolor y de ensueño este libro crepuscular. Luis G Urbina.

Al piadoso espíritu de Justo Sierra mi fiel compañero en la soledad de la expatriación. Sobre la cual deja caer el maestro desde la altura del del más allá estas cordiales palabras de sabiduría: Ama.- Sufre.- Perdona. Luis 1916.

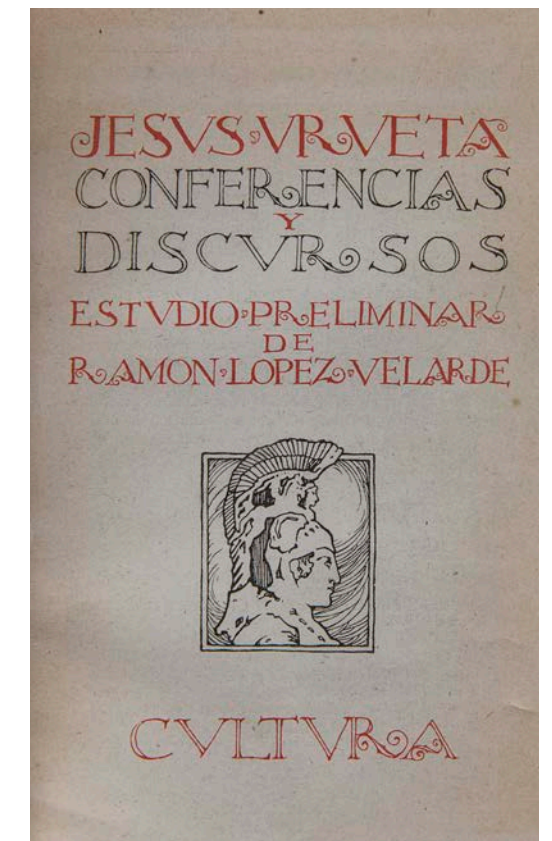


Urbina, Luis G., *El Glosario de la vida vulgar, Poesía inédita*, México, Librería de la Viuda de Gregorio Pueyo, 1916. Portada. Colección particular.



Fue miembro del grupo modernista. Se le conoció como *El Príncipe de la Palabra*. Fundador del Partido Democrático (1909). Participó en los dos grupos más importantes del principios del Siglo xx, el Ateneo de la Juventud del que fue socio activo y en grupo de los Modernistas, en el que fue el asesor de su órgano de difusión. Ocupó el cargo principal en la Secretaría de Relaciones Exteriores del gabinete de Venustiano Carranza. En 1919 publicó *Discursos: Discursos literarios*.

Jesús Urueta, diplomático, ca. 1920. Fotografía Hermanos Casasola. © 29456 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.



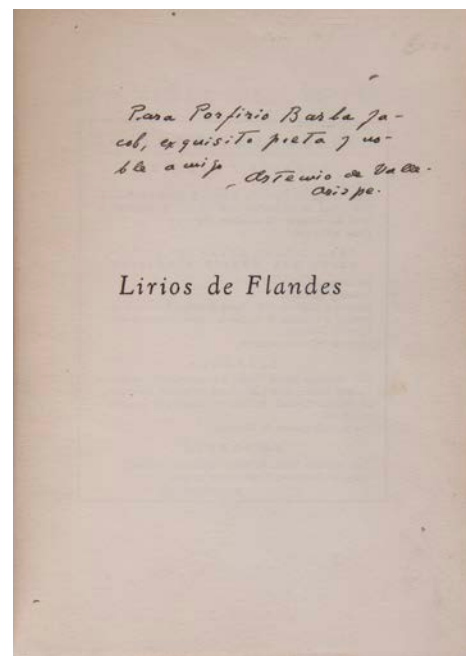
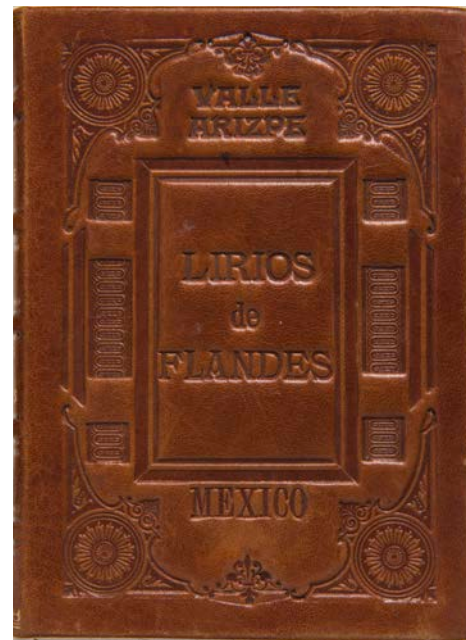
Urueta, Jesús, *Conferencias y discursos*, México, Editorial Cultura, 1920. Portada. Colección particular.



Artemio del Valle Arizpe, Historiador y abogado en una biblioteca, retrato, ca. 1922. Fotografía Hermanos Casasola. © 29738 Secretaría de Cultura- INAH-Sinafo-FN, México.

Valle Arizpe, Artemio del, *Lirios de Flandes*, México, Editorial Polis. Portada y primera página con dedicatoria a Porfirio Barba Jacob, poeta colombiano. Colección particular.

“Su trabajo formal como escritor se empieza a publicar en 1918 con su antología de crónicas *Historia de la Ciudad de México, según los relatos de sus cronistas*, y un año más tarde con su primera novela, *Ejemplo*. Esta obra cuenta la historia de un personaje perverso que se convierte gracias a la intervención de la virgen; ya se presentan aquí plenamente todas las



características de su obra posterior... Las obras de Valle-Arizpe fueron encontrando poco a poco un lector que gustaba de ellas, aunque la crítica las recibía unas veces con indiferencia y otras con reacciones negativas.”

Juan Coronado,
Valle-Arizpe: el ameno oficio de tradicionalista.



Miembro Fundador de El Colegio de México y del Colegio Nacional. En su soneto “Tuércele el cuello al cisne”, expone de manera magistral la ruptura con la corriente modernista. El primer cuarteto:

“Tuércele el cuello al cisne de engañoso plumaje que da su nota blanca al azul de la fuente; él pasea su gracia no más, pero no siente el alma de las cosas ni la voz del paisaje.”

Enrique González Martínez en compañía de Amado Nervo en un estudio, retrato, ca. 1920. Fotografía Hermanos Casasola. © 30996 Secretaría de Cultura- INAH-Sinafo-FN, México.



Es autor de una de las novelas cortas de principios del siglo xx que rompe con el canon que impera, *Salamandra* (1919). “Rebolledo era esencialmente *erótico*, aunque se arropaba con *almidonado traje diplomático*. Su personalidad es gemela a la de Swinburne, quien disfrazaba su morbo con careta de gentleman y su goce en el sufrimiento con un refinado gusto por lo decorativo. Rebolledo, latinoamericano al fin, decimonónico total, solía salpicarse de moralista. Era consciente de sus predilecciones, pero hada uso de la máscara porque sabía que su literatura iba a ser leída por una sociedad conservadora, perjudiciosa y tradicional.”

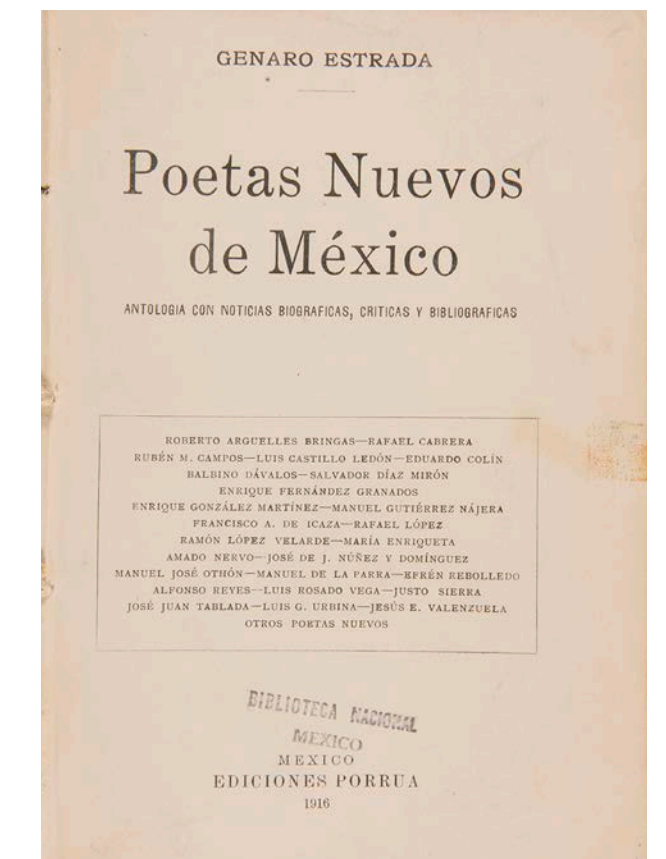
Luis Mario Schneider, “Prólogo. Rebolledo, decadente”, en Efrén Rebolledo, *Salamandra. Caro Victrix*.

Efrén Rebolledo durante la presentación de sus credenciales de diplomático, 1917-1923. Fotografía Hermanos Casasola. © 155542 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.



Genaro Estrada Félix radicó en la Ciudad de México a partir de 1912. Presidió la Academia Mexicana de Historia. Colaboró en las publicaciones *El Diario*, *Hoy*, *Mañana*, *México Moderno*, *Pegaso*, *Revista de Revistas*, entre otras publicaciones nacionales. Miembro de la Academia Mexicana de la Lengua. En 1916 publicó la antología *Poetas nuevos de México*.

Genaro Estrada, retrato, ca. 1920. Fotografía Hermanos Casasola. © 451207 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.



Estrada, Genaro, *Poetas Nuevos de México. Antología de biográficas, críticas y bibliográficas*, México, Editorial Porrúa, 1916. Portada. Colección particular.



Rubén Darío en Coatepec, Veracruz, ca. 1910. Anónimo. Colección Particular.

El poeta nicaragüense llegó al puerto de a Veracruz el 5 de septiembre de 1910. El gobernador en este momento era Teodoro A. Dehesa. El secretario de Instrucción Pública, Justo Sierra le asignó al artista plástico Alfredo Ramos Martínez viajar al puerto para acompañar al poeta y “hacerle entrega de una carta, en la que le señala la conveniencia de que no vaya por el momento a la capital”. Durante

su estancia en el estado lo acompaña su amigo el poeta Alfonso Cravioto. El día 8 de septiembre da un paseo a caballo por el pueblo de Coatepec. Salió de México el día 12 de septiembre de 1910, lo acompañaron Ramos Martínez y el licenciado Francisco T. Mascareñas.

Darío en México. Un ambiente enrarecido.



Antonio Caso en la Escuela Nacional Preparatoria, ca. 1922. Fotografía Hermanos Casasola. © 12334 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-EN, México.

Antonio Caso egresó de la Escuela Nacional de Jurisprudencia. “Cabecilla de la revuelta cultural que, iniciada en el porfirismo, se prolonga las primeras dos décadas del régimen revolucionario». Colaboró en *Savia Moderna*. En 1909,

...para poner distancia a su desafortunada participación en el reeleccionismo como orador y director del periódico *El Reeleccionista*, analiza críticamente la historia de la filosofía positiva (Escuela Nacional Preparatoria, 25 de junio al 13 de agosto de 1909; y además, idea e impulsa una asociación de mayor alcance

que la Sociedad de Conferencias, el Ateneo de la Juventud (28 de octubre de 1909) luego Ateneo de México (1912). Seis son los redactores del Proyecto de Estatutos: Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña, Jesús T. Acevedo, Rafael López, Alfonso Cravioto y Alfonso Reyes. Presidente del Ateneo de la Juventud (1909-1910) interviene en el ciclo bautizado Conferencias del Ateneo de la Juventud que forma parte de las Fiestas del Centenario de la iniciación de la Independencia de México.

Fernando Curiel Defossé.
Ateneo de la juventud (A-Z).

LOS PEQUEÑOS HÉROES OLVIDADOS: LA INFANCIA EN LA REVOLUCIÓN

Hay dos formas de ver la Revolución Mexicana: entre la visión de los que participaron activamente y aquellos que la vivieron a través de los relatos de sus mayores. Éstos, nacidos en el ocaso del Porfiriato y el auge del movimiento maderista, también experimentaron el horror de la guerra en una suerte de orfandad inevitable que arrancó de tajo el decurso de sus propias vidas. Los niños tuvieron una participación decisiva, sólo que en un segundo plano, minimizado por las enormes gestas de los grandes personajes y evaluada con un poco más de precisión en nuestros días.

Sus actividades entre las filas combatientes eran diversas, útiles y profundamente significativas. Inactivos en tierna edad, apenas caminaban y ya tenían tareas. Marchar a lado de sus madres que preparaban los alimentos de los soldados, llevar los enseres necesarios de las tropas entre la polvareda levantada por los ríos de hombres y azuzar a las bestias rumiantes en cuyos lomos llevaban la pesada carga de la Revolución. Esa era su vida cotidiana:

pelear y morir todos los días en medio de ese espejismo armado.

Los niños, olvidados en las fases más terribles de esta historia atroz, fueron recordados y redivivos en dos artículos trascendentales de la Carta Magna. El 3º laiciza la educación y le arrebató a la Iglesia una parte del dominio de conciencia que ejercía a través de sus ministerios; el 123º que fijó su eventual jornada en seis horas sin reconocer el trabajo de los niños, casi siempre objeto de explotación tolerada, como objeto de contrato. A través de los años, las diversas enmiendas a estos artículos actualizan las necesidades de la niñez cuyo cuidado es necesario a todo Estado interesado en su adelanto material y espiritual.

Estos pequeños héroes olvidados, como espías, arrieros, cocineros, obreros, músicos o cirqueros, aparecen ante nuestra mirada con el rostro contrito por el dolor, atravesado por la contingencia histórica que les dejó una herida sin cerrar de donde surgió el futuro que se les negó a ellos.



Sus hazañas fueron parcialmente silenciadas. Hoy sabemos más acerca de la participación de los niños en la Revolución, y para algunos fue una verdadera sorpresa la dimensión de sus aportaciones.

Me di cuenta, al cabo, de que muchos de los traviosos colegas que me habían impresionado tan desfavorablemente como censores no eran terribles, sino joviales. Incluso llegué a pensar que la superficial arrogancia que en otros me contrariaba procedía, como mi supuesta afición al silencio, de un escrúpulo defensivo. Era una coraza, visiblemente postiza, ante el riesgo de tropezar con la hostilidad eventual de tantos desconocidos.

Jaime Torres Bodet,
Tiempo de arena.

Maestra de instrucción militarizada con estudiantes, retrato de grupo, Ciudad de México, México, ca. 1910. Fotografía Hermanos Casasola. © 1113 Secretaría de Cultura-*INAH-Sinafo-FN*, México.



“El rostro atezado y enjuto diría, bajo la máscara de piedra: soy una india mexicana, mirad mis pómulos salientes, mis pequeños ojos oblicuos, el rictus de amargura de mi boca, tan poco diestra en el hablar, y mis trenzas lacias y endrinas, como las alas del cuervo.”

José Rubén Romero,
La desbandada.

Nativa con chiquihuite, ca. 1915.
Anónimo. Colección particular.



“No soy un grano de anís. Soy una niña y tengo siete años. Los cinco dedos de la mano derecha y dos de la izquierda. Y cuando me yergo puedo mirar de frente las rodillas de mi padre...Miro lo que está a mi nivel. Ciertos arbustos con las hojas carcomidas por los insectos; los pupitres manchados de tinta...”

Rosario Castellanos,
Balún Canan.

Niña de una familia acomodada posando, ca. 1915. Anónimo.
Colección particular.



Familia de clase humilde a las afueras de su choza, Xochimilco, México, ca. 1912. Fotografía Charles B. Waite. Colección particular.

Xochimilco fue el lugar de encuentro entre el Centauro del Norte y el Atila del Sur. Dos figuras surgidas de la leyenda revolucionaria que dejaron impresionados a los habitantes del milenarismo pueblo honrado por sus genuinas e imperecederas tradiciones.

Ha mucho tiempo que fui al bohío
y me parece que ha sido ayer.
¡Desventurados! Allí sufrían
ansia sin tregua, tortura cruel.
Y en vano alzando los turbios ojos,

te preguntaban, Señor, ¿por qué?
¡Y recurrían a tu alta gracia
dispensadora de todo bien!
¡Oh Dios! Las gentes sencillas rinden
culto a tu nombre y a tu poder:
a ti demandan favores los pobres,
a ti los tristes piden merced;
mas como el ruego resulta inútil
pienso que un día pronto tal vez
no habrá miserias que se arrodillen,
¡no habrá dolores que tengan fe!

Salvador Díaz Mirón,
Los parias.



El trabajo infantil era cosa de todos los días. Con sus pequeñas manos colaboraban en ambos bandos revolucionarios, y tejían con los hilos de la esperanza un nuevo tiempo para México. “Recuerdo también que en la finca los peones nos saludaban respetuosamente, arrastrando sus grandes

sombreros de petate. Alguna vez entré con mi tía a una de sus casitas y vi el piso sin ladrillos, el ajuar improvisado, el mundo pobre que yo ignoraba.”

Andrés Iduarte,
Un niño en la Revolución mexicana.

Niños haciendo sombreros en Colima, Colima, 1908. Fotografía P.S. Cox. AGN.



Maestra y alumnas en escuela de una aldea, ca. 1910. Anónimo. © 48218 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.

“Durante la Revolución poco se hizo en el aspecto educativo: entre 1911 y 1917 fueron designados 17 secretarios de Instrucción Pública y Bellas Artes o encargados del despacho. En febrero de 1917 desaparece la secretaría por un acuerdo del presidente Carranza en el que se asignaba la educación primaria y de párvulos directamente a los municipios. La educación media y las normales dependieron de los gobiernos estatales y del Distrito y Territorios Federales. En tanto,

la Universidad Nacional queda a cargo del Departamento Universitario creado en el Poder Ejecutivo Federal. Los municipios no pudieron administrar las escuelas por diversas razones; la principal, la falta de recursos y experiencia. Incluso, en el Distrito Federal, de 226 escuelas primarias que había, se cerraron más de 100.”

José Antonio Carranza,
100 años de educación en México 1900–2000.



Educación libre y gratuita, promesa universal de la Revolución que comenzó a cumplirse después de firmada la Constitución.

¡Cotija de la Paz! ¡Cinco años! Las primeras letras aprendidas... Dos salones para las clases matutinas –Amigo de los Niños,

catecismo, cuentas– y un amplio corredor lleno de bastidores y de sillas bajas de tule...descanso mensual a la tarea de conjugar un verbo o de multiplicar por nueve...

José Rubén Romero,
Apuntes de un lugareño

Fotografía del Prof. Luis Sánchez y su grupo, dedicada al Gral. Francisco J. Múgica, Villahermosa, Tabasco, 18 de febrero de 1916. Anónimo. Colección particular.



Desfile escolar, Jaral del Progreso, Guanajuato, México, ca. 1920. Fotografía Rutilo Patiño. © Colección y Archivo Fundación Televisa. Fondo Rutilo Patiño.

Es una de las prácticas más comunes de las escuelas públicas eran los breves recorridos en los que el profesor explicaba a los escolapios algunos fenómenos naturales. En este caso se trata de un desfile en el que la banda de niños acompaña tocando sus instrumentos y la imagen de la virgen María.

El Presidente de México quiere que todo el pueblo de Chamula sepa leer; pero antes has de enseñarles a hablar castellano. El Gobierno quiere que tú seas maestro de castellanización y te va a pagar cincuenta pesos mensuales.

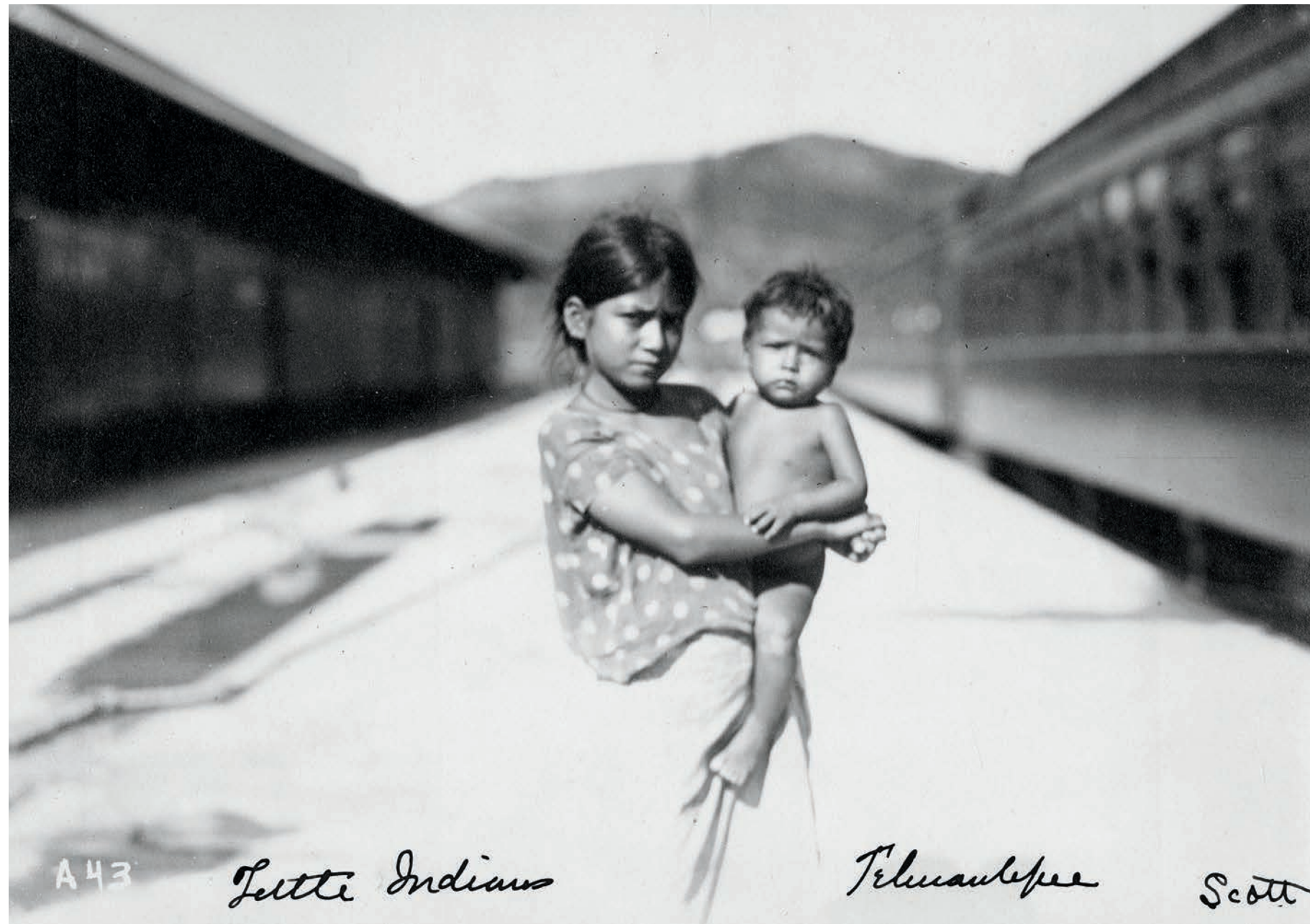
Ricardo Pozas,
Juan Pérez Jolote. Biografía de un tzotzil.



La vorágine revolucionaria causó grandes estragos en la población. No sólo huérfanos, sino niños convertidos en tempranos indigentes pulularon en la capital de la república, y sobrevivieron, como pudieron, ante la violencia.

Entre las derruidas paredes de los palacios que otrora fueron opulentos, encontraban refugio infinidad de pequeños ejércitos movidos por el hambre y el desazón de un tiempo que veían incierto.

Niños indigentes en la Cruz Roja, ca. 1920. Fotografía Hermanos Casasola. © 5480 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-EN, México.



Lutte indians, Oaxaca, México, 1909. Fotografía W. Scott. AGN.

La intemperancia de la Revolución obligó a las niñas a convertirse rápidamente en mujeres y a ocuparse, también de manera prematura, de responsabilidades que vendrían con el tiempo.

Las jóvenes madres llevaban en brazos a sus hermanos, primos y mil y un huérfanos de la guerra, esperaban con ansia el final de la confrontación y un nuevo espacio para su tranquilidad.



El Primer Jefe y el Gral. Pablo González visitan las exposiciones de diferentes escuelas, Querétaro, marzo de 1916. Fotografía Mendoza Hermanos. Colección particular.

“En materia educativa lo más importante fue el Congreso Pedagógico celebrado en 1915, en el estado de Veracruz, cuya convocatoria se apoyaba en la idea de excluir a la Iglesia de la educación y que, en su lugar, fuera el gobierno quien se encargara de la misma, buscando además que las escuelas privadas cumplieran con el programa oficial. Asimismo, se acordó que la educación secundaria fuera mixta y que abarcara cuatro años, mientras la

preparatoria sería exclusiva para varones; se estableció la creación de escuelas de agricultura, industriales, mercantiles y de enfermería, además de escuelas especiales para niños retrasados y también para delincuentes. Se propuso la creación del Congreso Superior y la Dirección General de Educación.”

Gloria Delgado,
Historia de México.



Niños en una escuela realizando diversas actividades, ca. 1917. Anónimo. Colección particular.

Con la promulgación del Artículo 3° de la Constitución, se fomentó la enseñanza pública, laica y gratuita, beneficiando con ello a los civiles y arrebatando a la Iglesia el dominio de conciencia para facilitar los caminos de la Revolución. Los conflictos al

principio no fueron de grandes dimensiones, pero con el paso del tiempo tomarían una magnitud que llevó a una guerra entre el Estado y la Iglesia. Sin embargo, en los años del constitucionalismo, la educación de esta naturaleza fue bien recibida.



A pesar de la amargura que originó el conflicto armado, había lugar para las sonrisas francas, inocentes, ajenas a la confusión, receptivas al calor de los días y del esfuerzo cotidiano para sobrevivir.

Nunca he sido simpatizador de los niños, más bien me han repugnado; no obstante, conservo un imperecedero recuerdo de una niña que me quiso tal vez, con el cariño que es capaz de querer una pequeña a un codiciado juguete.

Francisco L. Urquiza,
La Ciudadela quedó atrás.

Niña con periódico, ca. 1917. Anónimo. Colección particular.



El Primer Jefe presidiendo un festival escolar a los niños del kinder anexo a la Escuela Normal para Señoritas. Lo acompañan Alfonso Cravioto, Isidro Fabela y Félix F. Palavicini, entre otros, México, septiembre de 1914. Fotografía Mendoza Hermanos. Centro de Estudios de Historia de México, Carso.

Entre las causas que apoya está la ley de divorcio. Ley que es impulsada por Hermila Galindo Acosta, quien fuera su secretaria particular. La feminista nació en Ciudad Lerdo, Durango. En 1911 radica en la Ciudad de México y trabaja como secretaria particular del general Eduardo Hay. Para

1913 se adhiere al constitucionalismo. Un año más tarde cuando sucede la caída de Victoriano Huerta, en el Club Abraham González, Galindo Acosta lee un discurso dándole la bienvenida a Carranza a la Ciudad de México.



La Constitución planteó cambiar paradigmas en el trabajo infantil.

Desde que el niño tiene fuerzas para trabajar, debe hacerlo. La pereza no es vicio de la infancia, sino de la edad madura; se mueren de gusto las criaturitas por desempeñar, y desempeñar bien cualquier labor que se les confíe; su entusiasmo se enciende, su energía se multiplica y se sienten como si empezara

a despuntar en ellos el concepto de la individualidad. Pero es preciso que aprendan a trabajar manteniéndose aseados, y que vean el fin utilitario de sus labores, así como el resultado benéfico de su propio desarrollo muscular y de la cultura del espíritu.

Laura Méndez Cuenca,
El hogar mexicano.

Puente de "La Borda", Orizaba, Veracruz, ca. 1910. Anónimo. Biblioteca del Congreso, Washington, D.C.



El Primer Jefe escuchando las peticiones de los vecinos de Anhelo, noviembre de 1915. Fotografía Mendoza Hermanos. Centro de Estudios de Historia de México, Carso.

Carranza estaba interesado en la opinión pública y la percepción del pueblo que gobernaba. Por ello, a veces casi premeditadamente, detenía sus caravanas para escuchar a los mexicanos.

El Pueblo te ha ovacionado
y por doquier te ha seguido: correspóndele a
ese pueblo
quitando tanto bandido. La gloria de ser un
hombre
puro y sincero en la historia

la tienes hoy en las manos
haz bendita tu memoria...
Y si tal conducta sigues
a tu nación obedeces
la Historia, que no es ingrata,
te lo pagará con creces.
Oye la voz de tu pueblo,
y escucha bien lo que dice,
y si tal haces verás
¡cómo el pueblo te bendice!

Anónimo



Fue un imperativo de los revolucionarios acabar con la influencia religiosa en asuntos civiles. La Constitución de 1917 fue la oportunidad de llevar aún más lejos los preceptos juaristas que habían iniciado el proceso para la educación laica.

La supresión de las escuelas del clero es una medida que producirá al país incalculables

beneficios. Suprimir la escuela clerical es acabar con el foco de las divisiones y los odios entre los hijos de México, es cimentar sobre la más sólida base, para un futuro próximo, la completa fraternidad de la gran familia mexicana.

Jesús Silva Herzog,
Breve historia de la Revolución mexicana.

Alumnos de la Escuela de Arte en clase de dibujo de ornato, Ciudad de México, ca. 1920. Fotografía Hermanos Casasola. © 460830 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-EX, México.



“Ramón López Velarde y familia”,
Revista de Revistas, 21 de junio
 de 1936. Anónimo. Hemeroteca
 Nacional, UNAM.

“Jamás hubo ni habrá para mí una sala como aquella sala. Palenque de la fantasía y escenario de la meditación, ella guarda el eco de los pasos de mi abuela, el fulgor de los cirios que velaron a más de tres cadáveres, tendidos en su centro, y la conversación, ceremoniosa y afable, de las tiasas damas que acudían a su estrado... Vieja sala, escenario de la meditación y palenque de la fantasía: que el estrago

de la guerra horada tus muros y tuerza tus rejas; pero que respete la fragilidad de tus vidrieras, de tus vidrieras que deformaban gentilmente la visión de la plaza, engrandeciendo sus árboles y empequeñeciendo su kiosko.”

Ramón López Velarde,
La sala.



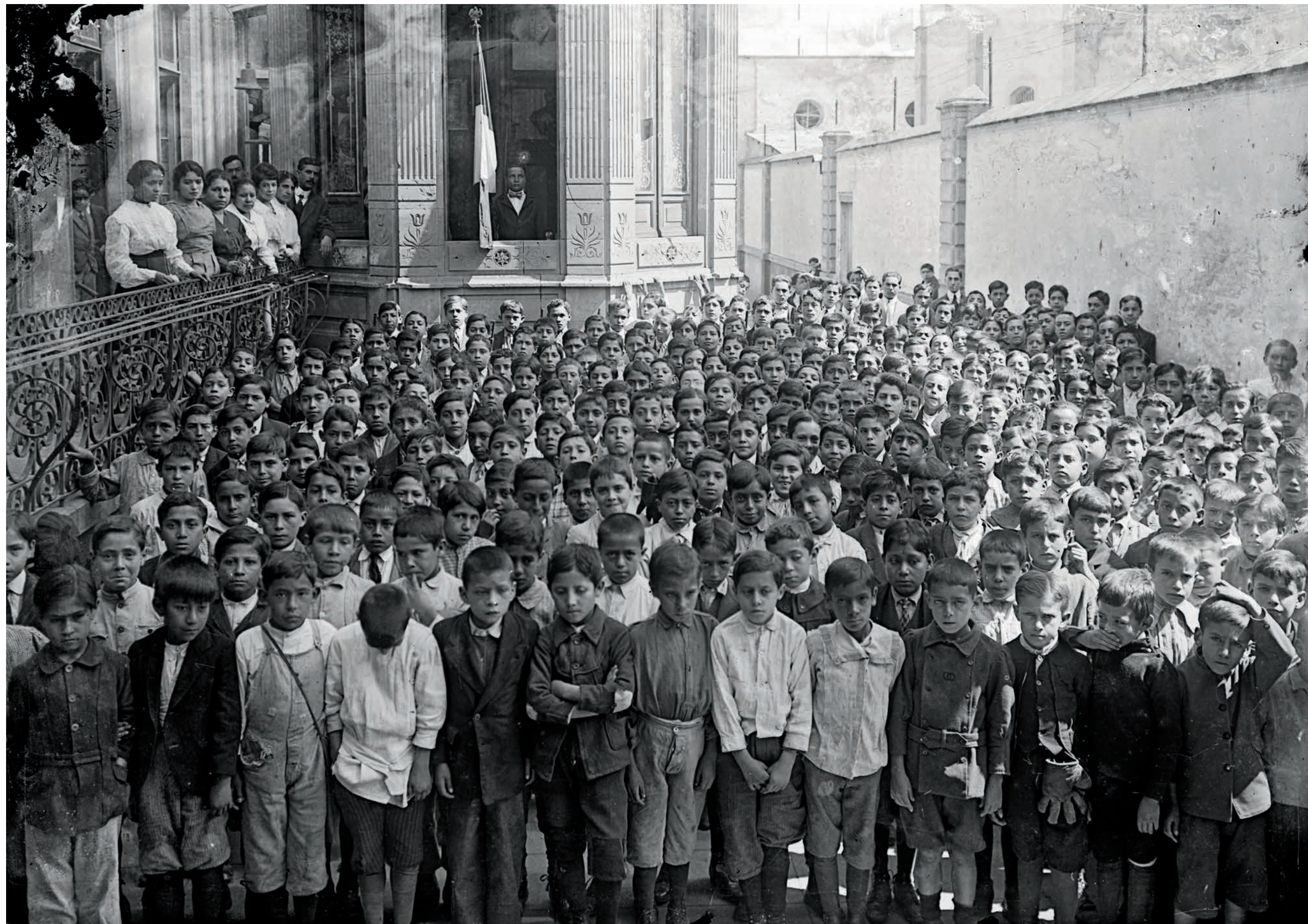
Las escuelas también fueron residencia de las nuevas ideas. Además de la enseñanza de artes y oficios, se rememoraba la historia reciente como el origen de los beneficios plasmados en la Constitución de 1917.

El salón de clases otra vez. El profesor empezó a decir ‘Éscriban en su cuaderno *El*

corrido del agrarista’ lo dictó en voz alta, a pesar de que todos lo sabían de memoria—. Y entonces ordenó la enmienda: en lugar de ‘Que Dios los tenga en el cielo’, debía cantarse: ‘¡Qué digno ejemplo nos dieron!’

Sergio Galindo,
El Bordo.

Escuela rural, ca. 1930. Anónimo.
 Colección particular.



“Si la fotografía es una fuente inagotable de pistas para traducir la presencia en la Revolución, no lo es menos la literatura escrita por los hombres y mujeres que vivieron aquellos años turbulentos. Buena parte de la Literatura de la Revolución mexicana (así con mayúscula) deriva en testimonio, en prueba fehaciente de que los niños no sólo estuvieron allí (como atestiguan las imágenes), sino también pensaron, sufrieron, participaron, admiraron y fueron transformados por esa vorágine arrolladora...”

Tania Carreño King,
Infancia y revolución.

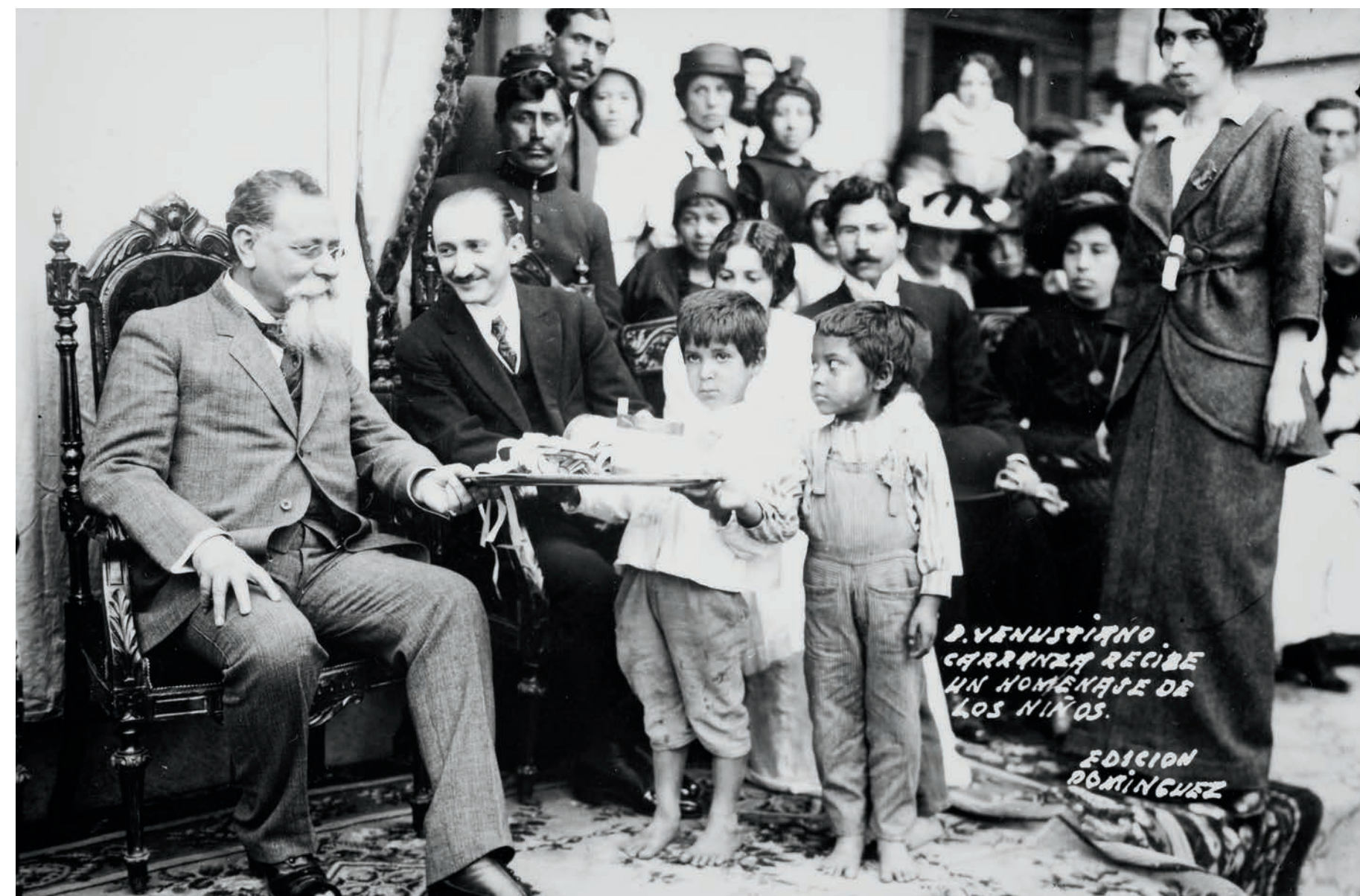
Estudiantes y maestros en el patio de una escuela durante ceremonia escolar. Ciudad de México, México, ca. 1913-1915. Fotografía Hermanos Casasola. © 1116 Secretaría de Cultura-*INAH*-Sinafo-*EN*, México.



“A partir de 1917, los normalistas del estado emprendieron una campaña por la educación popular, con una nueva arma: el Artículo 3 constitucional que se había reformado en febrero de ese año. Empezaron a usar el término ‘revolución’, ya no como explicación del cierre de escuelas, sino para justificar su reapertura. En sus oficios se encuentran pronunciamientos como: las escuelas son una de las principales orientaciones de la Revolución... con ellas debe llegar la exaltación de la Patria.”

Elsie Rockwell,
Hacer escuela, hacer estado: la educación posrevolucionaria vista desde Tlaxcala.

Aspecto de la visita a la casa del cura Miguel Hidalgo, Dolores, Hidalgo, Guanajuato, diciembre de 1915. Fotografía Mendoza Hermanos. Centro de Estudios de Historia de México, Carso.



“La puesta en vigor de la nueva constitución y el comienzo de la presidencia constitucional de Carranza, en mayo de 1917, dieron inicio formal al México posrevolucionario, aunque todavía faltaban tres años para que se estableciera el auténtico Estado posrevolucionario. Durante su presidencia constitucional Carranza enfrentó graves problemas políticos, militares, económicos, internacionales y sociales. Para comenzar, la entrada en vigor de la constitución

obligada a la puesta en práctica de normas y procedimientos poco conocidos en el país. [...] eran enormes las dificultades para construir un régimen democrático en un país que carecía de la cultura política y de las instituciones adecuadas y cuya historia reciente había oscilado entre el autoritarismo y el desorden.”

Javier Garciadiego,
“La Revolución”, en: *Nueva historia mínima de México ilustrada.*

Venustiano Carranza recibe un homenaje de los niños, le acompaña Félix F. Palavicini. Fotografía firmada por Edición Domínguez la cual probablemente inspiró a Gerardo Murillo, mejor conocido como *Dr. Atl*, a realizar una pintura al pastel, que actualmente se ubica en el Museo Casa Carranza del INAH. Colección particular.



Capataces, peones y sus hijos en la hacienda de las Cruces, Guanajuato, ca. 1905-1910. Fotografía Hermanos Casasola. © 276102 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.

La Revolución quiso encontrar apoyo en los más pobres. En los más pobres porque tenían todo que ganar, nada que perder. Nunca tuvieron nada que perder.

La libertad requiere sacrificios; vuestra vida es dura; no tenéis satisfacciones; el porvenir de vuestros hijos es incierto. ¿Por qué os mostráis indiferentes ante la abnegación de los que se han lanzado a la lucha para conquistar vuestra dicha, para haceros

libres, para que vuestros hijitos sean más dichosos que vosotros? Ayudad, ayudad como podáis; dedicad una parte de vuestros salarios al fomento de la Revolución, o empuñad las armas si así lo preferís; pero haced algo por la causa; propagad siquiera los ideales de la gran insurrección.

Ricardo Flores Magón,
El Apóstol.



Después de numerosos debates, la educación quedó ceñida a la Carta Magna tal como se sigue:

Artículo 3º.- La enseñanza es libre; pero será laica la que se dé en los establecimientos oficiales de educación, lo mismo que la enseñanza primaria, elemental y superior que se imparta en los establecimientos particulares. Ninguna corporación religiosa, ni ministro de algún culto, podrán establecer

o dirigir escuelas de instrucción primaria. Las escuelas primarias particulares sólo podrán establecerse sujetándose a la vigilancia oficial. En los establecimientos oficiales se impartirá gratuitamente la enseñanza primaria.

Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, que reforma la del 5 de febrero de 1857.

El Primer Jefe presenciando la votación del Artículo 3º, enero de 1917, Querétaro, Querétaro, México. Fotografía Mendoza Hermanos. Colección particular.



“El artículo tercero de la Constitución de 1917 se refiere en primer lugar a la educación, al señalar las condiciones a que deberá sujetarse la educación primaria del país, y a la vez indica el tipo de enseñanza que pueden impartir los particulares con las restricciones que el mismo artículo especifica. La educación es el primer derecho social consagrado en la Carta Magna. El artículo 27 trata sobre los bienes raíces indispensables que podrán adquirir las instituciones que tengan por objeto la difusión de la enseñanza. El 31 se refiere a la obligación de todos los mexicanos de que sus hijos o pupilos concurran a las escuelas para obtener la educación primaria y la militar. Los artículos 73, 115, 123 y 130 tratan, asimismo, aspectos relevantes para la educación.”

José Antonio Carranza,
100 años de educación en México 1900–2000.

Visita al jardín de Niños anexo
al Instituto del Estado, Toluca,
Estado de México, octubre de 1914.
Fotografía Mendoza Hermanos.
Centro de Estudios de Historia de
México, Carso.

MÉXICO, TEATRO DE GUERRA

Mientras la revolución tomaba un camino que prometía relativos acuerdos entre las facciones, cuando todo parecía que el fin de la dictadura de Victoriano Huerta traería una paz que se mostraba en intermitencias desquiciantes, un suceso que conmocionó a Europa impactó directamente a México. La vida del archiduque Francisco Fernando de Austria, heredero de la corona del imperio austrohúngaro, fue cegada a manos del extremista serbio Gavrilo Princip y con ello radicalizaría, no sólo las luchas autonomistas de una parte de la Europa central, sino iniciaría la más grande conflagración que hasta entonces había ocurrido en la historia de la humanidad.

Pronto se efectuaron combates convertidos por la historia en verdaderos símbolos de horror o de conmovedora piedad al compás de los cánticos de *Stille Nacht*. Los extremos fueron constantes. Vida o muerte. Pasión, horror, fuego, risas y podredumbre. Los estruendos de las batallas de Ypres, San Quintin, Neuve Chapelle, Loos, Kaiserschlacht, Ardenas, Marne, Arras pero sobre todo Verdun llegaron al fondo de la conciencia histórica y se comprendió entonces que estaban

ante un fenómeno no convencional en términos de los registros bélicos precedentes. La guerra continuaba. Los países se alineaban o declaraban su neutralidad.

México fue ese particular caso, genuino en todos los sentidos. A pesar de manifestar que no se adhería a ningún bando, la Alemania imperial de Guillermo II quiso atraerlo al epicentro de la guerra con un ambicioso mensaje telegrafiado por el ministro de Asuntos Exteriores Arthur Zimmermann el 16 de enero de 1917: si el México de Carranza apoyaba la causa alemana en Europa y propiciaba el triunfo en la guerra contra los aliados, de su cuenta correría la devolución de los territorios perdidos sesenta y nueve años antes. México se negó y continuó su camino rumbo a la Constitución promulgada un mes después de emitido el famoso mensaje.

Eso no significó que dejara de participar en los asuntos que competían al país. Carranza permitió que se convirtiera en un secreto campo de operaciones. Ahí se negociarían apoyos, se encontrarían personajes de ambos hemisferios que ya perfilaban el desenlace de la Gran Guerra y harían de México un discreto teatro de guerra mundial.



Escena de la Primera Guerra Mundial, en el norte de Francia, en la que se ve a soldados cargando de munición a una metralleta, 1916. Anónimo. Biblioteca del Congreso, Washington, DC.

“Puede que todos los hombres que libraron aquellas épicas batallas ya estén muertos, pero las consecuencias directas de sus acciones colectivas siguen percibiéndose en la actualidad. La guerra subvirtió las reglas por las que los hombres habían esperado que se luchara en los combates, absorbiendo claramente a los no combatientes civiles que hasta entonces habían quedado excluidos, al menos en parte, de la violencia y el caos. Ni qué decir tiene que no era la primera vez que un conflicto armado se había desviado del camino del comportamiento civilizado. Pero fue la magnitud de las

transgresiones lo que distinguió a la Gran Guerra. Fue un conflicto general que se extendió a lo largo y ancho de los continentes. Supuso la aparición en escena por primera vez de nuevas armas diabólicas y creó unos métodos de exterminio en masa desconocidos hasta entonces. Y lo peor de todo, señaló el nacimiento de dos conceptos gemelos: el de ‘una nación en guerra’ y el de ‘guerra total’”

Peter Hart,
La Gran Guerra, 1914-1918. Historia militar de la Primera Guerra Mundial.



‘El Teatro de la Guerra’, postal de la Primera Guerra Mundial. Anónimo. Colección particular.

“[...] el señor Fletcher presentó ante el presidente Carranza, sin eufemismos, el dilema que imponía Washington: “O ruptura inmediata, o guerra contra México.” [...] ‘Yo no tengo motivos para romper relaciones con Alemania’ dijo. Y ante los argumentos expuestos por el Embajador, y agotados éstos, ante la reiterada imposición del dilema trágico, el Presidente sin mostrar ni temor ni impaciencia, y con plena conciencia de todo lo que se jugaba en sus palabras, confirmó su imposibilidad de romper relaciones con una nación de la que México no tenía nada que sentir, y de la que siempre había sido amigo nuestro país. Expuesto todo el acervo de instrucciones que traía, el representante de Wilson, preguntó al señor Carranza:

‘¿Y el telegrama Zimmermann?... sin enturbiarse un punto la claridad de sus anteojos, el grande hombre de México, respondió a Fletcher: Usted acaba de decirlo, el telegrama, en caso de que exista, es de Zimmermann, no de nosotros para él. No tenemos ningún conocimiento de ese telegrama ni podemos ser responsables de actos ajenos. Y teniendo en la mano el papel del ultimátum para devolvérselo a Fletcher, terminó el diálogo con la misma decisión con que había empezado: Señor, yo no tengo absolutamente motivo para hacer la guerra a ningún país.’”

Isidro Fabela,
Memorias de un diplomático de la Revolución mexicana.



El general Francisco Villa y el fotógrafo W. H. Durborough, noviembre de 1913, El Paso, Texas. Fotografía Durborough. Public Library.

Pancho Villa fue objeto de admiración y odio. Mucho antes de convertirse en el legendario *Centauro del Norte*, fotógrafos mexicanos y americanos lo capturaron en medio de su cotidianidad. Sin embargo, eso no bastó para que la historia inmediata posterior lo condenara.

Cierto es que la historia la escriben los vencedores, pero también es cierto que la leyenda la escribe el pueblo [...] por eso el nombre de Francisco Villa ha quedado escrito para siempre en el corazón de los pobres.

Óscar W. Ching,
La última cabalgata de Pancho Villa.



“Villa personalmente con 40 hombres, permaneció en las afueras de la ciudad cuidando la caballada encadenada, pues el ataque se llevó a cabo pie a tierra, por órdenes expresas del guerrillero. Villa no intentaba posesionarse de Columbus; sabía que estaba defendida por unos 300 hombres, que constituían un efectivo más o menos igual que el suyo. Su fin era provocar, con un alzado, un conflicto internacional, y luego huir: nada más. Encontró la situación más fácil de lo que había supuesto y sus tropas penetraron

hasta el corazón del pueblo, prendiendo fuego a dos manzanas [...] Cuando los habitantes de Columbus, en su mayor parte mexicanos, se dieron cuenta del asalto, comprendieron que al cesar el fuego, las autoridades americanas podrían hacerlos responsables, suponiéndolos cómplices. Por esta razón, al retirarse los villistas, muchos vecinos, casi todos a pie, se agregaron a los villistas.”

Alberto Salinas Carranza,
La expedición punitiva.

Contingente de tropas villistas avanzan por Columbus, Columbus, Texas, Estados Unidos, marzo de 1916. Fotografía Hermanos Casasola. © 64220 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.



Columbus, Nuevo México, después del ataque villista, 1916. Anónimo. Biblioteca del Congreso, Washington, DC.

La fama de Pancho Villa se incrementó cuando invadió Columbus, Nuevo México en Estados Unidos. El pueblo mexicano lo creyó audaz, pero también sobrehumano al desafiar el inmenso poderío americano. Desde esa fecha hasta entonces, con excepción de los ingleses en 1813, Pancho Villa ha sido el único extranjero que ha puesto el pie en ese país en categoría de invasor.

El pueblo recordaba que, aparte de los zapatistas, fue la facción de Villa la que más hizo para [...] destruir al antiguo régimen. Adoptó la iniciativa de tomar Ciudad Juárez

en 1911 e infligió así una derrota decisiva al ejército de Díaz. En 1913-14 hizo más que ningún otro dirigente mexicano para derrocar a Huerta. Su ataque a Columbus y la ruptura entre el régimen de Carranza y Estados Unidos que acarreo impidieron que Carranza obtuviera armas al norte de la frontera y que derrotara y destruyera completamente a villistas y zapatistas y a otras fuerzas populares que continuaban siendo representativas en sus propios estados.

Friedrich Katz,
Pancho Villa.



Cuerpo de Ambulancias saliendo de Columbus hacia México en búsqueda de Pancho Villa. Anónimo. Biblioteca del Congreso, Washington, DC.

“Al cabo de once meses, Pershing regresó a Estados Unidos con su caravana de soldados, hartos de respirar polvo y recibir pedradas y mentiras en cada pueblito del casajoso desierto. En esa procesión de humillados se encontraban dos jóvenes tenientes recién salidos de West Point, que después serían célebres, como el propio Pershing: éste, en la Primera Guerra Mundial, y los otros dos, Dwight J. Eisenhower y George Patton, en la

Segunda Guerra Mundial. Eisenhower sería presidente de Estados Unidos. Patton escupiría el suelo de ‘este país ignorante y salvaje’. Por su parte, al contemplar la retirada desde lo alto de una loma, Pancho Villa exclamaría: ‘Vinieron como águilas y se van como gallinas mojadas’.”

Carlos Martín Pérez,
Estrategia y mente.



Comboy de camiones en el campamento del ejército estadounidense en Columbus, Nuevo México, a punto de salir hacia México. Fotografía Shulman. Biblioteca del Congreso, Washington, DC.

Cuando la Revolución mexicana amenazó las fronteras de los Estados Unidos, inmediatamente el gobierno americano tomó cartas en el asunto. Para impedir que las huestes revolucionarias cruzaran sin control el Río Grande del Norte o invadiera territorio norteamericano, apostó batallones de infantería en los puntos más vulnerables.

La invasión a Columbus por Pancho Villa había dado a su movimiento un auge hasta entonces inesperado, por lo que se reforzaron los puntos fronterizos que pudiera ser considerados vulnerables.

Javier Garcíadiego,
Ensayos de historia sociopolítica de la Revolución mexicana.



“A medida que se internaba en México, la expedición punitiva no sólo no hallaba ningún rastro de Villa, sino que se encontraba con la resistencia creciente de la población. El 12 de abril de 1916, la población entera de Parral, encabezada por una mujer, se armó con lo que pudo y se enfrentó a una columna de la expedición al grito de ‘¡Viva Villa!’ Aunque los

norteamericanos trataron de presentar la invasión como una acción dirigida exclusivamente contra ‘el bandido Villa’ y de obtener la anuencia de Carranza, éste se opuso desde el primer momento al ingreso de las tropas extranjeras.”

Adolfo Gilly,
La revolución interrumpida.

Tropas estadounidenses en México, ca. 1915. Anónimo. Biblioteca del Congreso, Washington, DC.



“Las pláticas entre los representantes mexicanos y estadounidenses fueron anodinas e inútiles porque para Estados Unidos, más que un asunto de victoria militar, era una cuestión de honor y principios la permanencia o la retirada de sus tropas. Carranza se creció ante la derrota no reconocida de los vecinos, y ordenó al ejército mexicano que no se permitiera el paso de la columna invasora más allá de ciertos límites. Así, el general Félix U. Gómez, pagando con su propia vida, atacó a los invasores en El Carrizal y capturó a muchos de ellos, entre los que destacaban, por ser mayoría, afroamericanos, indígenas estadounidenses y filipinos. Vista la decisión de Carranza y de que un inútil paseo se podía convertir en una trampa mortal, señalada por el ridículo y el fracaso, el presidente Woodrow Wilson entendió al fin que la columna de Pershing debía retirarse. Después de una serie de encuentros entre Obregón y los representantes estadounidenses, en los que privó la preocupación por una salida honrosa de los invasores, se lograron los acuerdos que culminaron con el abandono de la misión en México sin haber visto ni el polvo del ahora guerrillero, antes jefe de la División del Norte.”

Pedro Castro,
Álvaro Obregón: fuego y cenizas de la Revolución mexicana.

Álvaro Obregón en entrevista con diplomáticos norteamericanos, Ciudad Juárez, Chihuahua, 1916. De izquierda a derecha, B. A. Almada, Maj. J. M. Carpio, A. G. García, Álvaro Obregón, Cap. A. Gaxiola y el Col. A. Saenz. W. H. Horne Co. © 39426 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.



“Esta simpatía de algunos funcionarios americanos puede o no ser cierta, pero el caso es que las noticias en esta forma animan las intrigas de nuestros enemigos contra nosotros e impresionan al pueblo americano, pues como se sabe no hay pueblo más creyente en lo que la prensa dice que el de los Estados Unidos. Lo puesto en letras de molde es casi para ellos la palabra de Dios.”

Óscar Duplán,
Informe del señor Oscar E. Duplán, rendido a don Venustiano Carranza, acerca de la situación política mexicana en los Estados Unidos.

“Sooner or Later Something Is Going to Happen!”, 7 de julio de 1916, caricatura en diario estadounidense. Colección particular.



Pablo González tuvo siempre un duelo a distancia con Emiliano Zapata. Algunas veces estuvo a punto de decidirse la victoria a su favor, pero sólo consiguió derrotarlo en la forma por todos conocida. Empero, antes de que ello sucediera, los zapatistas

lo conocieron por su encarnizada forma de atacarlos al grado de llegar a su total aniquilamiento.

El Ejército de Pablo González realizó una campaña de exterminio, pues la población

campesina de Morelos era reconcentrada violentamente o aniquilada. Compulsado a volver a su vieja táctica guerrillera, Zapata organizó la resistencia y el estado de Morelos se convirtió en teatro de una sangrienta contienda. A fines de 1916, los reveses

sufridos obligaron a las tropas de Pablo González a abandonar el territorio zapatista.

Alejo Maldonado Gallardo,
La Revolución Mexicana. De la lucha armada a la época de las reformas sociales.

Tropas de Pablo González disparan un cañón, ca. 1916. Fotografía Hermanos Casasola. © 39459 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.



Soldados estadounidenses prisioneros en Carrizal, retrato de grupo, Sonora, México, ca. 1920. Anónimo. © 63512 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.

Pancho Villa era escurridizo. Ni los oficiales mexicanos ni el ejército norteamericano, pudieron seguirle la pista con precisión. Todo mundo sabía dónde andaba y, al mismo tiempo, todos desconocían su paradero. Era prácticamente imposible hallarlo en las ardientes arenas del norte mexicano.

Villa es un genio militar... tiene una admirable personalidad que atrae al soldado mexicano. Indudablemente bravo, es un tigre cuando se exalta pero sabe también ser ordenado..., en caso de guerra con Estados Unidos será el comandante en jefe... Se cree que se convertirá en el dictador del país entero.

Army and Navy Journal, 1916.



“Carranza necesitaba la resistencia popular, porque el ejército mexicano no estaba en condiciones de pelear en ese momento contra Estados Unidos. Obregón fue comisionado por Carranza para negociar el retiro inmediato e incondicional de las tropas de Pershing, en Ciudad Juárez y El Paso, con los generales Frederick Funston y Hugo L. Scott. En este momento las tropas

de Pershing, con el amargo sabor de la paliza de Parral, se retiraron a San Antonio de los Arenales y establecieron su cuartel en Namiquipia.”

Pedro Castro,
Álvaro Obregón: fuego y cenizas de la Revolución mexicana.

Álvaro Obregón antes de su entrevista con diplomáticos norteamericanos, Ciudad Juárez, Chihuahua, 1916. Anónimo. Colección particular.



Obregón era muy buen negociador, no sólo para cuestiones políticas, sino también para lograr un equilibrio entre la pujanza del presente y la dimensión del pasado.

Pues lo cierto es que el caudillo de Sonora a diferencia de próceres revolucionarios como Madero y Carranza, atendió siempre al porvenir. [...] Para Obregón, el pasado, en cuanto se identificaba con el antiguo régimen, merecía ser destruido con vista al futuro, que debería prevalecer porque el porvenir iba a presenciar la transformación de los sistemas, según habíaselo propuesto la aplastante mayoría de los mexicanos. Si los obstáculos levantados para detener el cambio social aparecían de difícil superación, el sistema agresivo que era la Revolución sólo podía abrirse paso mediante firme voluntad, disciplina y perspicua visión de un estadista. Álvaro Obregón reunía en su persona todas esas cualidades.

Manuel González Ramírez,
Álvaro Obregón, estadista.

Álvaro Obregón a su llegada a México después de las conferencias en Ciudad Juárez, abril de 1916. Fotografía Hermanos Casasola. © 39430 Secretaría de Cultura- INAH-Sinafo-FN, México.



“El objeto americano en las conferencias se ve que no es hacer enmiendas por la violación de la soberanía mexicana comprendida en la ‘expedición punitiva’, no prevenirse contra futuros ataques en la frontera, no ‘ayudar a México’ de una manera meritoria, sino solamente servir a los intereses americanos, aún hasta el punto de invalidar la Revolución y despojar al pueblo mexicano de todos los beneficios económicos que de ella se deriven. ¿Qué es la declaración del Sr. Lane a la prensa, el 24 de noviembre, sino una amenaza abierta para destruir la Revolución con las armas a no ser que ésta cambie su programa para satisfacer ‘determinados derechos’?”

John K. Turner,
Carta del Sr. John Kenneth Turner, al Lic. Luis Cabrera, a cargo de la Legación de México en Washington, D. C., defendiendo con ardor al Gobierno Constitucionalista, reconociendo la turbia política del Presidente Woodrow Wilson, y sus colaboradores, a través de la Comisión Mixta México-Americana.

Woodrow Wilson, presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, con su secretario particular, Joseph Patrick Tumulty, ca. 1918-1920. Anónimo. Biblioteca del Congreso, Washington, DC.



Ignacio Bonillas, Luis Cabrera y Alberto J. Pani en negociaciones con representantes estadounidenses a quienes los encabeza Robert Lasing, noviembre de 1916. Anónimo. Colección particular.

“Los delegados mexicanos no pueden admitir que el retiro de las tropas quede pendiente de que ocurra o no ocurra un asalto o un incidente dentro de determinada zona, porque eso sería poner francamente ese retiro a merced de acontecimientos que no dependen del Gobierno mexicano ni del Gobierno americano, sino de personas que precisamente tienen interés en demorar el

retiro de las tropas americanas. [...] Parece innecesario repetir una vez más, que esa condición sería enteramente violatoria de la soberanía de México, y que ese es el principal motivo que los delegados mexicanos tendrían para no aceptarla.”

Luis Cabrera,
Observaciones al memorándum del señor Lane.



Mensajeros estadounidenses que trajeron la nota de reconocimiento al gobierno constitucionalista con el ministro Manuel Acuña, Piedras Negras, Coahuila, octubre de 1915. Fotografía Mendoza Hermanos. Colección particular.

“La política internacional de México durante 1917 y 1918 fue esencialmente una reacción frente a cinco peligros principales que, a juicio del gobierno de Carranza, amenazaban la supervivencia de éste y la soberanía de México. 1. Una nueva intervención militar norteamericana era una amenaza que obsedía a México [...] 2. El gobierno de Carranza esperaba un golpe de Estado de inspiración aliada en México, en el que la Gran Bretaña y los Estados Unidos apoyarían con armas y dinero a los adversarios conservadores de Carranza [...] 3. La política económica de los Estados Unidos hacia México adquiría cada vez más forma de un bloqueo casi total contra México a medida que la guerra progresaba

[...] 4. Un golpe de Estado de inspiración alemana en México [...] 5. Si Alemania decidía llevar a cabo acciones de sabotaje en gran escala en los campos petroleros mexicanos, Wilson podría verse obligado a intervenir contra su voluntad. En caso de producirse tal intervención, Carranza además de sufrir cuantiosas pérdidas en los ingresos provenientes del petróleo, se habría visto enfrentado a un dilema imposible. Si resistía, se vería envuelto en una guerra con Estados Unidos que no podría ganar. Y si no resistía, el resentimiento interno contra su pasividad podría provocar su caída.”

Friedrich Katz,
La guerra secreta en México.



Henry Fletcher, embajador de los Estados Unidos a su llegada a México, 1917. Fotografía Enrique Díaz. AGN.

“Desde su salida de Chile se había mantenido al tanto de la situación en México [...] También había presionado constantemente para que se retiraran las tropas americanas hacia la frontera y se le permitiera ocupar su puesto. De hecho, había logrado que en la recomendación final de la Comisión al presidente Wilson se incluyera el restablecimiento completo de las relaciones diplomáticas entre ambos países, a pesar de la fuerte oposición de los capitalistas que tenían intereses en México. Así, el 2 de febrero Wilson finalmente redactó las cartas credenciales de Fletcher para enviarlo a México, y ocho días después el Departamento de Estado



El Nacional. Diario libre de la noche, 17 de febrero de 1917. Hemeroteca Nacional de México, UNAM.

le entregó un paquete que contenía toda la información necesaria para cumplir con sus instrucciones, que eran precisas: mantener a México en paz, pero protegiendo los intereses de los inversionistas estadounidenses; evitar que se aplicara la nueva Constitución retroactivamente, exigiendo la libertad religiosa y sin que floreciera la germanofilia de Carranza. Casi nada.”

Luis Barrón,
De cómo la diplomacia sí evita las guerras: Henry P. Fletcher, Embajador de Estados Unidos en México, 1917-1920.



En cada guerra, se han tomado fotos del horror que significó la lucha armada, los miles de caídos sin nombre, sin rostro. En sus muertes no hay heroísmo, sólo dolor y sufrimiento sin importar el bando donde militan o la dimensión de sus acciones. Son imágenes que no tienen nombre en cuanto a lo que expresan, pero lo manifestado es siempre con palabras tremebundas.

La conciencia de la muerte nos sitúa en una realidad de nieblas, golpes amorfos de soledad, lagos confusos, incertidumbres e indeterminaciones. En esa atmosfera nublada, el ser humano se ve obligado a asumir en primera instancia su precariedad.

Luis García Montero,
La poesía como destino.

El Terrible Tomás Domínguez que fue muerto al pretender fugarse de la escolta que le conducía a la Cárcel de Sto. Domingo el 2 de septiembre de 1917 a las 7:45 pm. en Zacatecas. Colección José Manuel Enciso González.



El Primer Jefe con la comisión de estadounidenses que llegó a informarse de la situación del país. Aparecen en la foto Luis Cabrera, Felix F. Palavicini y Rafael Nieto, Veracruz, 1916. Fotografía Mendoza Hermanos. Colección particular.

“Las conferencias terminaron con la victoria de la política de Carranza ante el país del norte, al lograr el retiro de las tropas de México. Don Isidro Fabela comenta el triunfo del Primer Jefe: ‘La diplomacia de Venustiano Carranza no significó un triunfo dialéctico sino una victoria de su carácter. La Expedición punitiva basada en el hecho falso de que

había un convenio para el paso mutuo de tropas de un país a otro no era válido para justificar una invasión que quebrantaba la soberanía nacional, lo que el jefe del Estado jamás debía tolerar’.”

Octavio Gordillo y Ortiz,
La Revolución y las relaciones internacionales de México.



“El Presidente del H. Congreso Lic. Luis Manuel Rojas concede la palabra al C. Martínez Escobar que, entre otras cosas, expresa: ‘Señores Ministros de Sudamérica: El Congreso Constituyente Mexicano de 1916-1917, genuina representación del pueblo de la República, eminentemente liberal, porque el liberalismo estalla en el corazón y la conciencia de cada miembro que lo integra, gusta el placer íntimo y saborea la satisfacción honda de saludar por mi conducto, pleno de regocijo y entusiasmo, a la culta república del Sur, que dignamente representáis... sed el portavoz

del saludo espontáneo y cordial que el Congreso Constituyente de 1916-1917 envía al culto gobierno demócrata de la República de Chile... llevad la conciencia... de que en este país, sobre la alta idea de México-patria, existe la idea de patria excelsa y máxima, que se extiende desde el golfo de México hasta los cielos sempiternos del Sur...’”

Gabriel Ferrer Mendiola,
Historia del Congreso Constituyente de 1916-1917.

Sesión de Honor a los ministros latinoamericanos durante el Congreso Constituyente, enero 1917. Fotografía Mendoza Hermanos. Colección particular.

PETRÓLEO Y MINAS

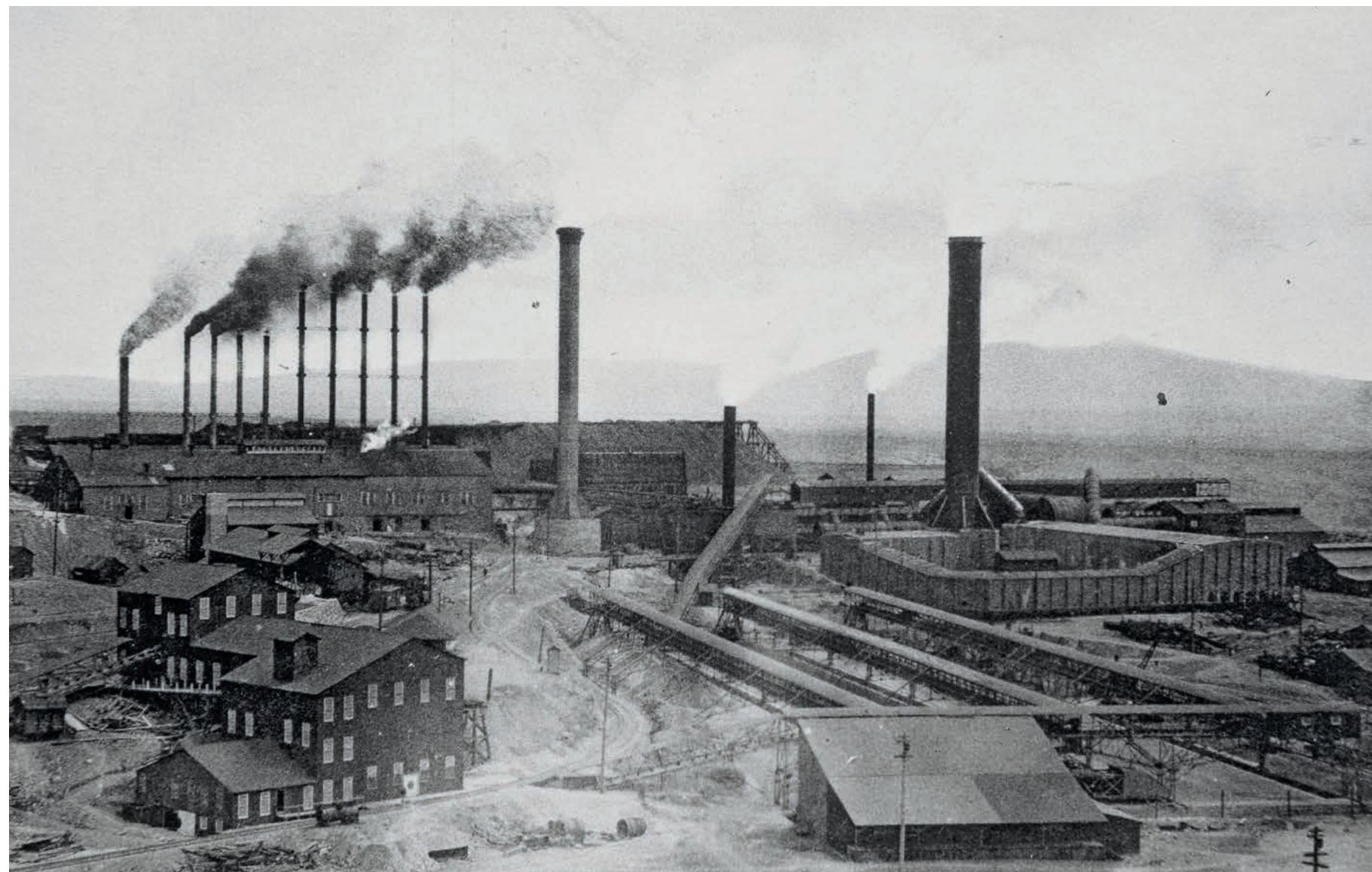
LAS VENAS PLATEADAS DE LA NACIÓN

Al final del Porfiriato, la industria del petróleo experimentó un auge sin precedentes. Hasta entonces, los combustibles fósiles como el carbón y sus derivados habían tenido la supremacía en las industrias y comercios mexicanos. La llegada del ferrocarril y la modernización de sus partes, así como la exigencia de los nuevos transportes cuyo diseño incluía la novedosa combustión interna, exigieron cada vez más petróleo, acuerdos, concesiones y formas de explotación para mover las ruedas del progreso.

Con la Revolución mexicana, contrario a lo que pudiera pensarse, aumentaron todos estos elementos de la industria que diversificó rápidamente en nuestro país los rubros de construcción, refinerías, proyectos de exploración e infraestructura, ampliaciones comerciales, servicios de distribución y transporte por tierra y mar del oro negro que impulsó el progreso material. Aquí operaron en tiempos de Carranza compañías como El Águila, la Royal Dutch and Shell Company, Standart Oil, por mencionar algunas, que tuvieron roces con el gobierno constitucionalista. No fueron las únicas. Otros ramos como la minería, también en manos extranjeras, no estuvieron de acuerdo con el alza de impuestos y la integración de los derechos de sus operarios en la

Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos de 1917.

El panorama de esos años nos muestran industrias prósperas, campos bullentes de vigorosos manantiales de petróleo que escapan de sus mantos, oficinas de limpias y amplias banquetas, trenes que arrastran pesados y redondeados tanques con dirección a los puertos que los llevarían a las refinerías de Estados Unidos y Europa, contendientes de una bárbara guerra de proporciones inimaginables. También hay rostros ennegrecidos, ciertamente, por el negro humo de los procesos minerales, pero también por la pesadumbre de los tiempos revolucionarios que devoraban toda esperanza. Al final, se recuperó: el Artículo 27 elevó a rango normativo los derechos de los trabajadores de los campos petroleros, las minas, los obrajes y, en fin, de todo el trabajo asalariado. La ley encauzó en las líneas de su legislación los deseos de los revolucionarios, la inquietud legalista de una facción combatiente y los derechos de las personas que hasta entonces no tenían ninguna injerencia en los asuntos de sus patrones y jefes. Estos son los rostros de los que no tuvieron voz, los que enmudecieron y fueron redimidos con la narrativa visual del triunfo constitucional contra años de agravios.



Fundidora de cobre de la compañía Cananea Consolidated Copper Company, propiedad de William C. Greene, Sonora, México, ca. 1915. Anónimo. Colección particular.

Cananea fue el origen de una huelga que reveló sintomáticamente el estado que guardaba el régimen porfirista en términos de las relaciones entre trabajadores y propietarios de las industrias.

La muerte de veintiocho mexicanos, la mayor parte padres de numerosas familias, no trajo ninguna responsabilidad a tanto americano muy conocido en Cananea que disparó sobre ellos, como los hermanos

Brown, el Dr. Lindley, Mr. Greene, Mr. Dwight, y otros cuyos nombres escapan a mi memoria; pero en cambio, muchos de los mexicanos están todavía encerrados en las cárceles de la ciudad por mil crímenes y por haber dado muerte a ocho americanos que para sucumbir vendieron muy caras sus vidas, como Guillermo Metcalf.

Leopoldo Rodríguez Calderón,
Los verdaderos acontecimientos de Cananea.



Refinería de la Continental Mexican Oil, Co., en construcción, Tampico, México, ca. 1921. Anónimo. Colección particular.

Lord Cowdray, organizador de la Compañía El Águila, resolvió la unión de su empresa con la de Shell con lo que incrementó su capacidad de refinamiento y comercialización. Hacia el final de la revolución tuvo grandes beneficios.

Para estas alturas, estaba demasiado irritado por los obstáculos que el gobierno británico había puesto en su camino. Ahora El Águila se veía beneficiada por el superior acceso de la Shell al capital para

la expansión y tecnología petrolera para futuras exploraciones. También la Shell se benefició. Desechó la pequeña refinería de La Corona en Tampico y convirtió la refinería de El Águila en la más grande de México. En 1920 se fundó la compañía Shell-Mex para combinar sus organizaciones de mercado con aquella de la compañía Anglo-Mexican en Inglaterra.

Jonathan Charles Brown,
Petróleo y revolución en México



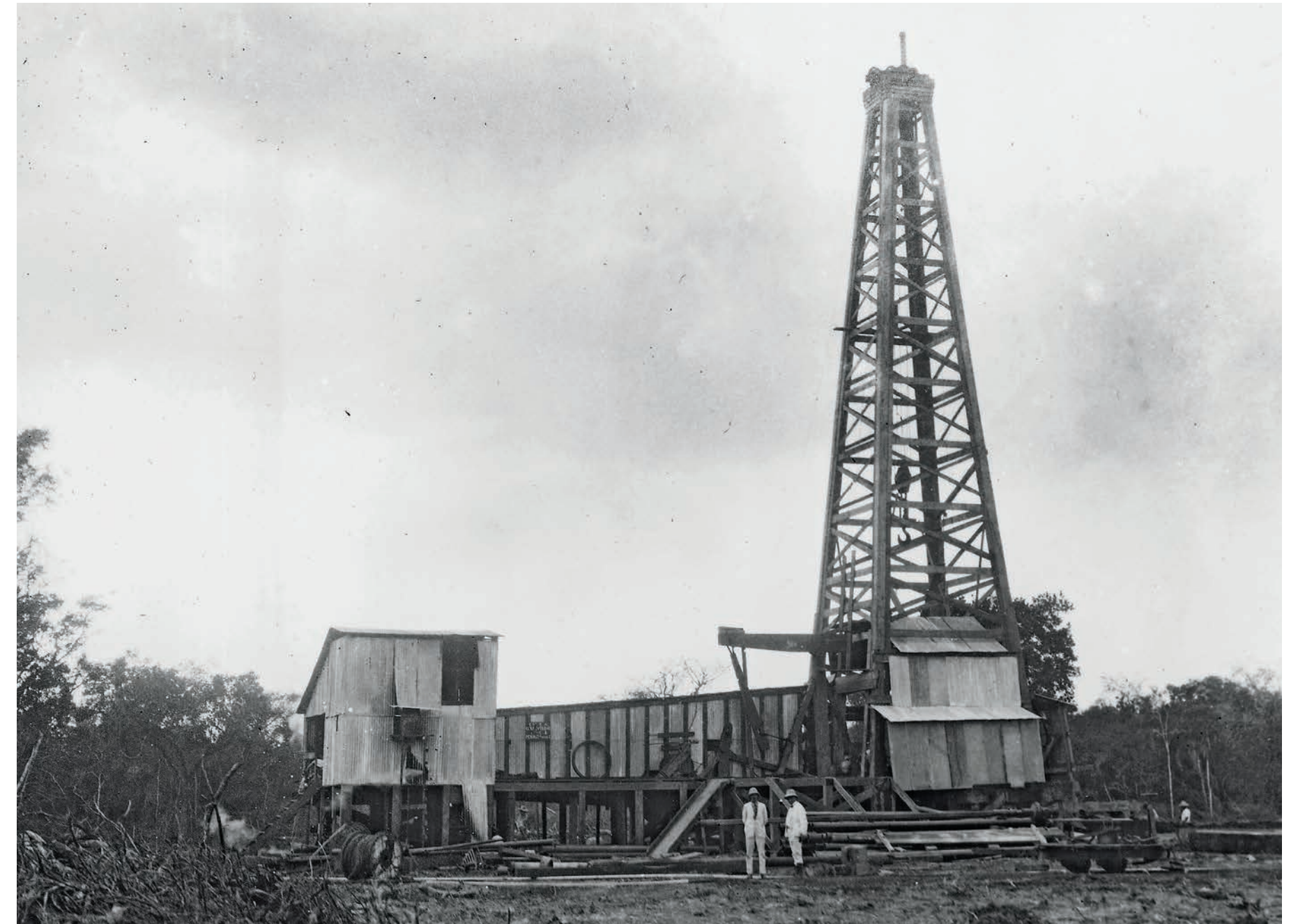
Pozo petrolero, propiedad de la compañía El Águila, ca. 1916. Anónimo. Archivo Histórico de PEMEX.

Como en los demás rubros de la economía nacional, el petróleo y los trabajadores del petróleo fueron atraídos al proyecto constitucionalista de Carranza. De hecho, la firma de acuerdos con este sector de la producción fue objeto de controversias incluso para el Primer Jefe:

Carranza se comprometía a dictar leyes para el mejoramiento de las condiciones de trabajo, ayudar a los obreros en caso de conflicto con los patrones y dar trabajo o ayuda a los trabajadores obligados a

abandonar las ciudades que capturaran los convencionalistas [...] los obreros ganaron una enorme concesión de la que Carranza vendría a lamentarse después: los obreros eran un elemento distinto y separado en la sociedad mexicana y se debían lealtad, en primer término, a sí mismos y a la nación en segundo lugar.

Charles Cumberland,
La Revolución Mexicana. Los años constitucionalistas



Torre de petróleo, propiedad de El Águila, ca. 1916. Anónimo. Archivo Histórico de PEMEX.

El petróleo mexicano jugó un papel fundamental en la Primera Guerra Mundial. De hecho, cuando las tensiones entre Estados Unidos y México llegaron a límites insospechados, Carranza amagó con el tema del combustible para aplacar las perpetraciones americanas.

Aunque tuvo un carácter limitado, la expedición al mando del general Pershing

llegó a posicionar 10 000 hombres en territorio mexicano y duró alrededor de 10 meses. Carranza amenazó también con incendiar los pozos petroleros, en plena Guerra Mundial, en caso de una invasión general.”

Roberta Lajous,
Historia mínima de las relaciones exteriores de México, 1821-2000.



Compañía El Águila, ca. 1914. Foto Herald. Archivo Histórico de PEMEX.

El Águila fue una empresa líder en petróleo durante los últimos años del porfiriato, Sir Weetman Pearson, fundador de la compañía, llegó a México en 1889 y gracias al favoritismo el régimen porfirista le facilitó la disposición de importantes tierras petroleras donde El Águila llevó a cabo grandes exploraciones. Ya para 1908, dicha compañía era la más importante a nivel nacional.

Como empresario inquieto y ambicioso, Pearson diversificó sus actividades y creó una extensa red de intereses en México que abarcó compañías mineras, agrícolas, generadoras de energía eléctrica y de transporte. Pero fue el petróleo, con creces, el más importante y rentable de todos sus negocios en México.

Joel Álvarez de la Borda,
Crónica del petróleo en México. De 1863 hasta nuestros días.



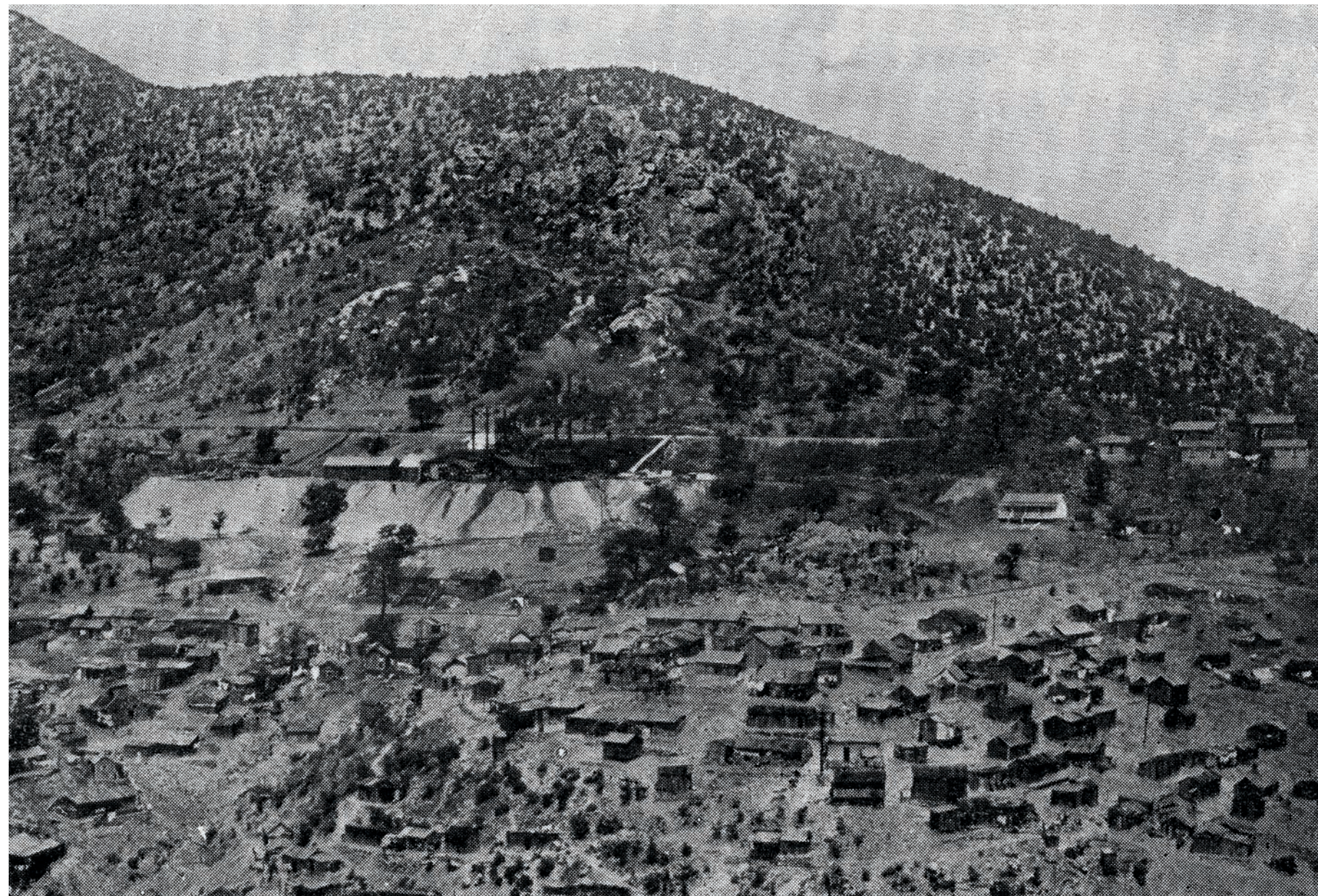
La compañía petrolera El Águila se convirtió en una suerte de símbolo capitalista y muestra del poderío económico extranjero durante la fase final del Porfiriato y la Revolución mexicana.

El crecimiento de la economía, en cambio, generó un crecimiento del mercado mexicano de productos petroleros, lubricantes y de alumbrado. Los ferrocarriles, las operaciones mineras, la agricultura interna y de exportación, las manufacturas industriales

y artesanales y el consumo interno se expandieron todos. Con el vagón tanque de petróleo, los ferrocarriles aportaron un eficiente método de transportación de volumen. El kilometraje de líneas de ferrocarril se expandió de 1 073 a 19 280 kilómetros entre 1880 y 1910.

Jonathan Charles Brown,
Petróleo y revolución en México

Tanques que transportan petróleo propiedad de El Águila, ca. 1916. Anónimo. Archivo Histórico de PEMEX.



Sierra de Cobre, Cananea, Son., 1907. Fotografía W. Scott. AGN.

La huelga de Cananea en 1906 tuvo repercusiones en toda Sonora pero también en el resto del país. Fue objeto de atención durante la época revolucionaria, pero la historiografía hace un especial énfasis en su época anterior.

El porfirismo, con su política de puertas abiertas a inversionistas extranjeros,

enajenó en manos extrañas a Cananea, auténtico tesoro inagotable de la Sierra Madre Occidental, por la existencia de yacimientos y vetas enormes de minerales, principalmente: cobre, oro, plata, molibdeno, turquesa y otros.

David Piñera Ramírez,
Visión histórica de la frontera norte de México.

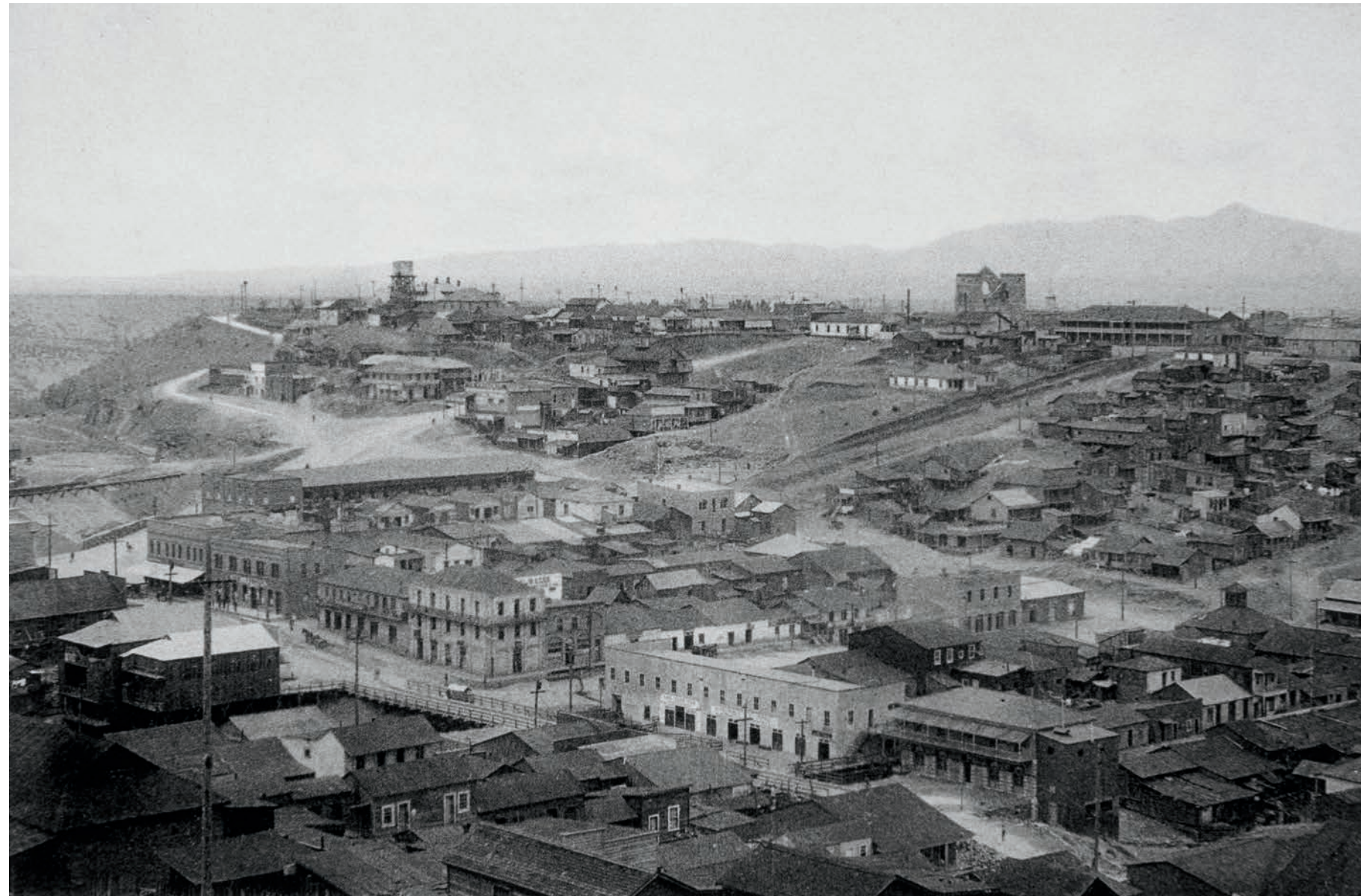


Trabajadores en el exterior de una mina, escogiendo el mineral. México, ca. 1908. Fotografía Charles B. Waite. AGN.

“En 1917, al triunfo de la revolución mexicana, el Artículo 27 Constitucional en Materia Minera, cambió el rumbo de la minería mexicana, poniendo énfasis en que ‘corresponde a la nación el dominio directo de todos los minerales, o sustancias que en vetas, mantos, masas o yacimientos cuya naturaleza constituyan depósitos distintos a los componentes de los terrenos’ (artículo 4°). Se exceptúan de la ley: el petróleo y

los carburos de hidrógeno sólidos, líquidos o gaseosos (artículo 5°). La exploración, explotación y beneficio de los minerales o sustancias a las que se refiere esta ley, son de utilidad pública y serán preferentes a otros usos o aprovechamiento de los terrenos (6°).”

Isidro Hernández Pompa,
Gambusinos y mineros mexicanos.



Vista de Cananea desde la Meseta Sur, Sonora, México, ca. 1914. Fotografía Charles B. Waite. Colección particular.

La mina de Cananea se había convertido en símbolo de la Revolución.

Cananea es más que una huelga, heroica por cierto, la que en 1906 fue clarinada para la primera revolución social del siglo; Cananea es más que un triste lamento que escapa de una cárcel legendaria; Cananea es un símbolo del movimiento obrero; es un

libro con multitud de páginas en blanco, con multitud de vetas que esperan ser historiadas, pues nadie, ninguna generación tiene derecho al olvido.

Humberto Monteón, María Riquelme y Luis Tenorio, *Cananea, la guerra y la buena vecindad*.



Los procedimientos de extracción de metales se vieron beneficiados por los distintos métodos tecnológicos que se introdujeron a las prácticas de la minería nacional durante el Porfiriato y la Revolución. Sin embargo, la vida de los mineros continuó siendo miserable. “Para fines del siglo (xix), la minería estaba controlada por grandes monopolios; ello permitió la introducción de innovaciones tecnológicas como el proceso de cianuración y la energía eléctrica.”

Atlántida Coll-Hurtado (*et al.*), *La minería en México: geografía, historia, economía y medio ambiente*.

Mineros al interior de una mina con máquina para desagüe, ca. 1917. Anónimo. Colección particular.



Trabajadores en sala de ensayo de la mina Las Flores, Guanajuato, ca. 1900. Fotografía Charles B. Waite. © 120809 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.

“Al retirarse los empresarios norteamericanos de sus actividades mineras, no dejaron en Guanajuato más que socavones exhaustos y un ejército de silicosos incurables. Por virtud de la mecanización y modernización de los trabajos mineros, el número de obreros desplazados fue cuantioso; además se causó un grave perjuicio a los dueños de más de 14 000 acémilas que auxiliaban en las labores de patio y que fueron eliminadas al implantarse los nuevos procedimientos de beneficio de los metales; ello trajo consigo,

además, una seria repercusión económica en las actividades agrícolas, ya que muchos productores de forrajes se vieron privados de un importante renglón de ingresos que de tiempo inmemorial fueron la base del sostenimiento de haciendas y de ranchos dedicados al suministro de los alimentos que consumían los miles de semovientes utilizados en el laboreo de las minas.”

Manuel M. Moreno,
Historia de la Revolución en Guanajuato.

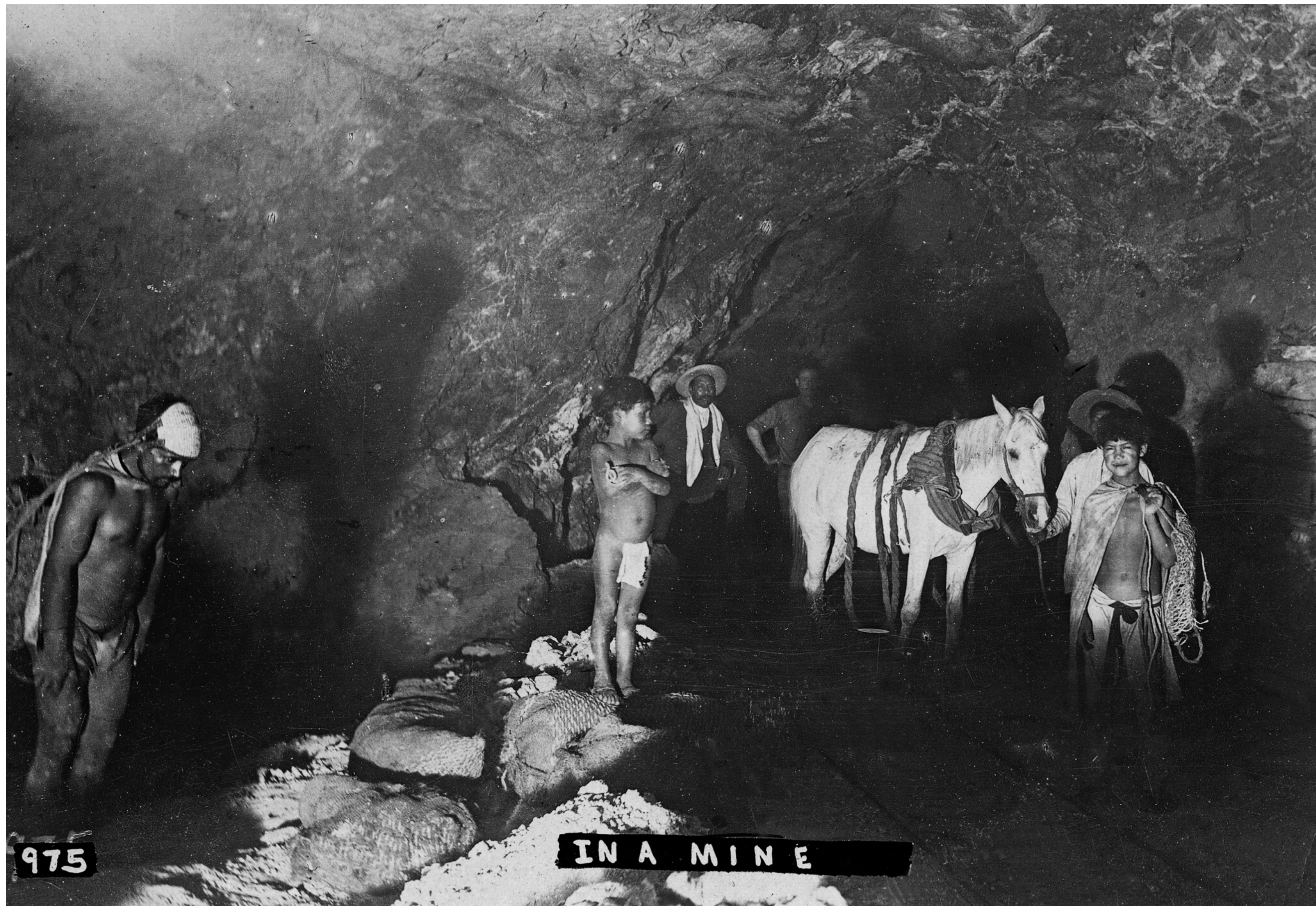


Trabajadores sacando mineral en el interior de una mina, 1908. Fotografía Charles B. Waite. ACN.

“Yo soy de Pachuca [...]. Allí era yo minero como casi toda la gente pobre de la población. Mi padre era barretero, mi abuelo también lo fue; tenía yo que ser a fuerzas del mismo oficio que aprendí con ellos desde chico. También aquella vida es dura, es dura y peligrosa; cientos de metros abajo de la tierra, poniendo barrenos y tirando piedra; a veces con el agua hasta la rodilla, a veces hasta el pecho; sudando a chorros y respirando polvo; lejos del sol y aluzándose apenas con las lamparitas de mano que no llegan a romper nunca la negrura de las piedras. Son las minas infiernos por lo caliente y por lo lóbregas que están. Los hombres parecen

condenados; desnudos, bañados en sudor y en agua, gastando el alma con el pico y con la pala, como si fueran a acabar con todas las piedras de los cerros y llegar hasta el fondo de la tierra; [...] Allí en lo hondo se va quedando la vida entre las piedras, allí se quedan los cuerpos enterrados cuando ya no pueden más. Piedras que después son pesos y onzas de oro; pesos que ruedan por el mundo y que sirven para todo y onzas de oro que se guardan en las cajas fuertes como reliquias, quién sabe para qué.”

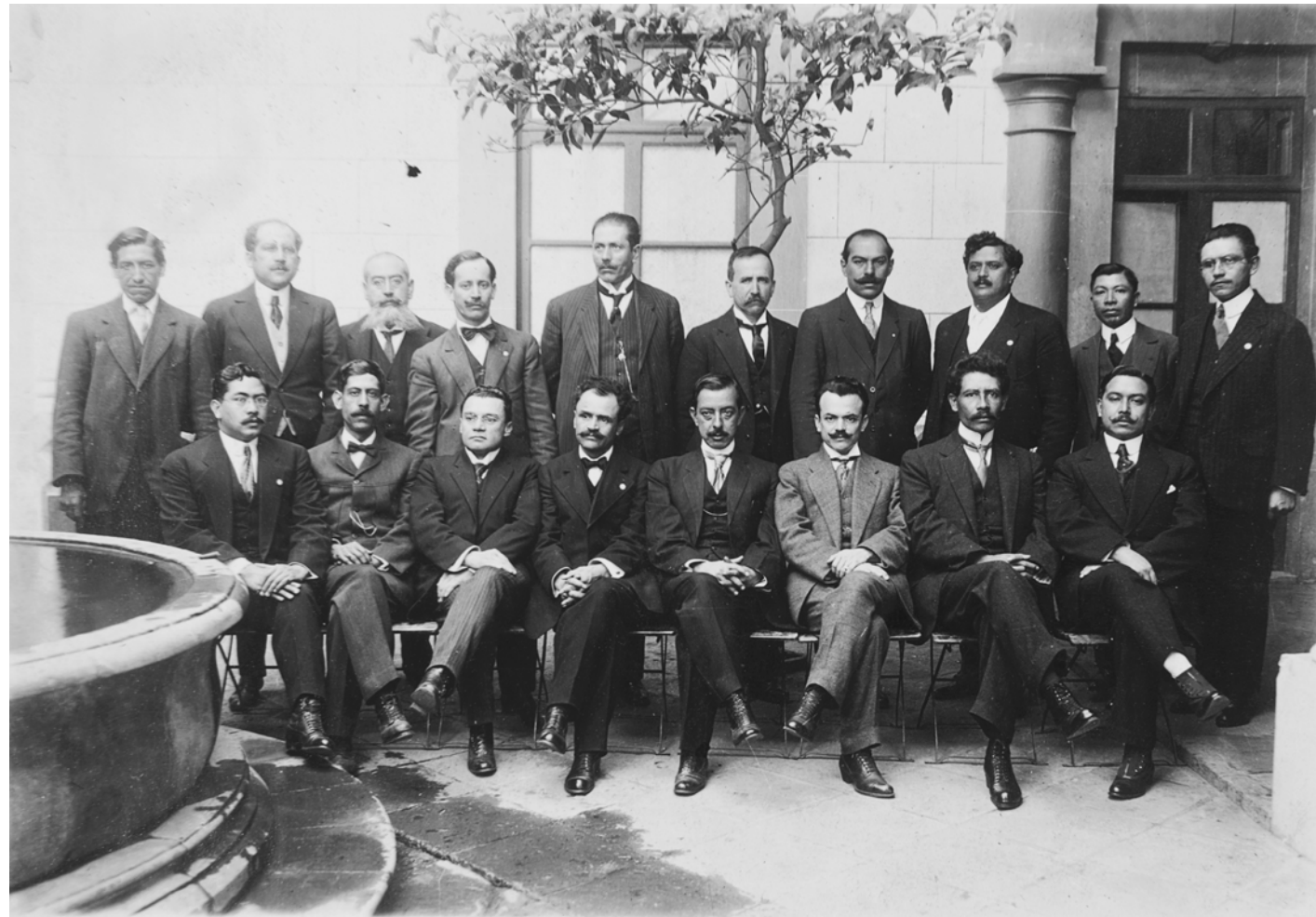
Francisco L. Urquiza,
Tropa Vieja.



“El sector minero comprendió una amplia gama de actividades diversas, desde las empresas Guggenheim que ‘cubrían todo el norte de México’, con minas y fundiciones de cobre, plata y plomo en media docena de estados, hasta los yacimientos de oro en el valle del Balsas (donde los intrusos blancos, de quienes se pensaba que tenían puestas las miras en las mujeres lugareñas, a veces chocaban contra la tosca justicia indígena), así como las empresas norteamericanas familiares y los contratistas individuales en el norte y el noroeste, personajes caracterizados en las páginas de B. Traven. Las condiciones y los salarios de los mineros también presentaron importantes diferencias, pero la mayoría de las empresas compartieron dos características que contribuyeron a conformar la respuesta de los mineros a las condiciones políticas e industriales.”

Alan Knight,
La Revolución Mexicana: del Porfiriato al nuevo régimen constitucional.

Vista interior de una mina, 1908.
Fotografía Charles B. Waite. A.G.N.



Comisión de estudios y redacción del Artículo 27. En primer plano, sentados, de izquierda a derecha: Carlos Gracidas, Jesús de la Torre, Federico Ibarra, Luis G. Monzón, Pastor Rouaix, Francisco J. Múgica, Nicolás Cano y Cándido Aguilar. Atrás, de pie, de izquierda a derecha: Dionisio Zavala, Victorio E. Góngora, Andrés Molina Enríquez (asesor de los diputados en materia agraria); Jorge E. Von Versen, Silvestre Dorador, José I. Lugo, Antonio Gutiérrez, Heriberto Jara, Porfirio del Castillo y Héctor Victoria. 1917. Fotografía Mendoza Hermanos. AGN.

“Señores diputados: Vengo a sostener el dictamen de la Comisión, porque algo que ha pasado por mi vista me demuestra que en este artículo, principalmente, se ha tratado de poner el dedo en la llaga para defender la nacionalidad en lo que respecta a tierras... Creo que la Comisión ha estado ahora en lo justo, ha estado en su papel, ha procurado defender la tierra nacional, ha procurado asegurar, en fin, al propietario mexicano contra el despojo de que ha sido víctima en tiempos anteriores. Las regiones petrolíferas son muy codiciadas; se ponen en juego muchos elementos, muchas malas artes, muchas influencias para adueñarse de los terrenos; se ha observado que gran parte de los cantones de Tuxpan y Minatitlán ha pasado de una manera rápida

a manos de extranjeros, percibiendo los nacionales una cantidad ínfima. Al pasar a manos de extranjeros ha sido en pésimas condiciones, en condiciones fatales, al grado de que cualquier señor extranjero que tiene una pequeña propiedad por la que ha pagado unos cuantos pesos, se siente con el derecho, cuando no se hace su soberana voluntad, hasta de impetrar fuerza extraña para hacer respetar sus derechos de propiedad, adquiridos por una cantidad verdaderamente irrisoria. (Aplausos.)”

Heriberto Jara, intervención parlamentaria en la 66ª Sesión, 29 de enero de 1917 en *Debate de los Artículos 3º, 27º y 123 Constitucionales*.



Venustiano Carranza y Heriberto Jara con representantes de la Casa del Obrero Mundial en Palacio Nacional, retrato de grupo, Ciudad de México, México, 4 de octubre de 1914. Fotografía Hermanos Casasola. © 38937 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.

“En la Casa del Obrero Mundial, que contaba, según hemos visto, con una pléyade brillantísima de intelectuales y políticos, se vio con profunda simpatía que en el orden social y económico, el villismo y el carrancismo habíanse puesto de acuerdo en el grandioso Convenio suscrito el 8 de julio de 1914, en Torreón, entre los representantes de Villa y Carranza... En estas condiciones, en los primeros días de septiembre, don Venustiano convocó en la Ciudad de México a una asamblea de generales, gobernadores y jefes con mando de tropas, para que éstos acordaran un

programa de gobierno... El 1 de octubre, en ambiente de incertidumbre, comienzan las sesiones de la Convención en la Cámara de Diputados, sin la asistencia de la delegación villista, cuyo caudillo, de plano, ya había desconocido la autoridad del Primer Jefe. El 3 del mismo mes, en solemne acto, el señor Carranza, ante los convencionistas, leyó su informe... Carranza se fue a su casa con gran dignidad. Sin embargo, le fue ratificado el mando el 4 de octubre.”

Alberto Morales Jiménez, *La Casa del Obrero Mundial. Ensayo histórico*.

OBREROS: ENGRANES DE LA REVOLUCIÓN

La imaginación creadora de la literatura y la historia transformó a la Revolución mexicana en una gesta esplendente, pero también cruenta y tremebunda. Después de finalizada la primera etapa donde Madero logró posicionar sus ideales democráticos, la antigua élite porfirista reorganizó a sus filas y formularon respuestas al movimiento democrático, originando una compleja espiral de acontecimientos que culminarían con la *Decena trágica*. El inicio de la violencia transformadora inmanente a todo cambio radical

La usurpación del gobierno y la vuelta interior de las luchas en las siguientes fases, posicionaron a sus protagonistas en una situación donde tendrían que combatir contra sus viejos aliados, vistos con extraña familiaridad y odio disimulado por el respeto mostrado en el campo de batalla y el decoro del honor de los verdaderos soldados. De los acentos bélicos al compás de la metralla emanaron vientos destructivos que acabaron, sobre todo en los ámbitos urbanos, con la fábrica material concretada en varias décadas de paz porfiriana basada en capital extranjero, balance financiero, crecimiento sostenido a pesar de las crisis económicas y el prestigio de un

caudillo que mostraba una relativa fuerza cuando la situación lo exigía.

La Constitución de 1917, en su artículo 123, fue la primera legislación nacional consciente de las nuevas necesidades surgidas, ciertamente, del fragor del combate, pero sobre todo de los mudos ultrajes al campesino, al obrero y a los trabajadores perpetrados durante años. Todos ellos serían, muy por encima de otros actores, los engranes de la nueva maquinaria encargada de la reconstrucción nacional y el progreso. El sentido de las operaciones en el teatro de guerra y las polémicas en el parlamento, fue la reivindicación de los derechos de una clase olvidada que ahora desempeñarían un papel fundamental en la economía y el desarrollo del México revolucionario.

El efímero presente que nos muestra el diario devenir, proyecta a los obreros en sus labores que auspiciaron, con la fuerza de su sencillez, el arduo empleo de sus energías y la constancia de su genuino hircismo, el labrantío de las mejoras sociales y el bienestar de su clase. Una rápida mirada a sus condiciones evidenciará los preceptos jurídicos consignados en la Carta Magna, asequibles hoy en día en las industrias mexicanas que nunca dejan de producir.



Trabajadores entran al Palacio de los Azulejos, sede de la Casa del Obrero Mundial, ca. 1915. Fotografía Hermanos Casasola. © 5270 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.

Carranza tuvo el buen cálculo de atraer a su gobierno a las fuerzas resultantes de la industrialización del país. Por ello, no sólo cedió el elegante Palacio de los Azulejos en plena ciudad, sino que suscribió un pacto con ellos y dejar constancia de su participación en su gobierno.

En atención a que los obreros de la Casa del Obrero Mundial se adhieren al gobierno constitucionalista, encabezado por el

ciudadano Venustiano Carranza, se ha acordado hacer constar las cláusulas que normarán las relaciones de dicho gobierno con los obreros y las de éstos con aquél, para determinar la forma en que los obreros han de presentar su colaboración a la causa constitucionalista.

Pacto celebrado entre la Revolución Constitucionalista y la Casa del Obrero Mundial el 17 de febrero de 1915.



Obreros durante una manifestación, ca. 1918. Anónimo. Colección particular.

“La expresión social de la Revolución mexicana, que devino en el establecimiento de derechos o garantías sociales dentro del acuerdo constitucional de convivencia que protestaron cumplir y hacer cumplir los forjadores y triunfadores del movimiento, evidentemente forma parte del acervo cultural de la humanidad que contribuye a esclarecer la forma en que mecanismos,

redes de acontecimientos o factores, se concatenan y en un momento dado producen cambios revolucionarios en la vida de los pueblos.”

Juan Bonilla,
México: su lucha por la tierra y el trabajo en 1917.



Planta fundidora de Monterrey, Nuevo León, México. Postales de Monterrey, Nuevo León, ca. 1917. Colección particular.

Los aceros del norte regiomontano dieron la oportunidad al Estado mexicano de impulsar la industria de todo el septentrión nacional. El precio de ello sería un impacto ambiental de consecuencias notables y el aumento de la población en aquella zona.

El aire envenenado corroe y desgasta todo. Las sustancias tóxicas flotan sobre la

ciudad. Las montañas impiden su salida. Los bosques fueron talados. Ya no hay en la cuenca ponzoñosa vegetación que pueda destruir el anhídrido carbónico. Y ahora la semineblina, la penumbra, el humo y los desechos industriales.

José Emilio Pacheco,
Morirás lejos.



Engranés, tuercas y martillos. Elementos del progreso que son, a la vez, instrumento e instrumentistas del avance material en el concierto de las civilizaciones modernas.

La máquina –calamidad o bendición, como usted prefiera– ha convocado, sin

discriminaciones, a todos los hombres a multiplicar en y por ella su personal rendimiento de bienes.

Salvador Novo,
Nueva grandeza mexicana.

Obreros, México, ca. 1917. Fotografía Juan Cachú Ramírez.



Telefonistas de la Compañía Ericsson, ca. 1914. Anónimo. © 5850 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-EN, México.

“En esta época de prueba en que pelagra el futuro bienestar de nuestra raza, hoy que una guerra encarnizada siega en flor quizá millones de existencias, esparciendo la desolación y el luto desde uno al otro extremo de este hermosísimo girón de fértil tierra americana, hoy que los campos, los valles y montañas se tiñen con la linfa purpurina de mártires muchas veces ignorados, es cuando la mujer mexicana se revela como un ángel verdadero de caridad y paz sobre la tierra y se dispone a restañar las heridas de los bravos que caen bajo el furor de las balas fratricidas, ¿Qué más

bello cuadro que esa legión de mexicanas, de abnegadas que dejan la tranquila paz de sus hogares para arrancar del borde del sepulcro al triste soldado que agoniza; y levantar sobre el cadáver de infames esclavistas cada vez más alto el estandarte del honor, y protestar con la fuerza de las armas contra los déspotas que en mala hora llegaron por una senda sembrada con cráneos de invictos paladines, a usurpar la más alta investidura del poder?”

Manuela de la Garza Laurel,
Proclama, 4 de abril de 1914.



La participación de las mujeres en diversos oficios que antes les eran vedados, fue revelador en términos del éxito de la Revolución. También,

...es indudable que la mujer revolucionaria se distinguió por su valentía y su abnegación frente a la causa; resulta evidente que hubo cientos de mujeres que no sólo fueron soldaderas, sino también combatientes activas, muchas de las cuales ostentaron

rangos militares de nivel importante, y hubo otras más que lucharon por llevar el ejercicio democrático del voto hasta favorecer a la población femenina del país, marginada en ese aspecto, en tanto no se le reconocía capacidad alguna para conocer y discernir en materia política.

Las mujeres en la Revolución mexicana, 1884-1920.

Venustiano Carranza visita una fábrica de uniformes militares, ca. 1918. Fotografía Hermanos Casasola. © 5438 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-EN, México.



Departamento de grabado de la fábrica textil de Río Blanco, 1910-1920. Anónimo. © 356238, Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México

“En 1921 se anuncia un periodo de tranquila curiosidad que pretende fijar la atención sobre el México que si no había nacido de la Revolución habíase aclarado en ella, depurándose. Los artistas empiezan a tener ojos para la vida mexicana, para las artes y los oficios del pueblo, para el mundo de formas que parecía haber permanecido oculto a las miradas de los hombres del inmediato ayer y que no pedía sino entrar en servidumbre de la inteligencia que había de transformarlo en materia expresiva. No es inútil decir que se exageró el gusto por ciertos temas y motivos populares. Pero, en

cambio, ¡cuántos frutos quedaron al final de la aventura! Los ojos de un mexicano supieron sentir la atracción de formas antes inadvertidas y desdeñadas: las pinturas de retablos populares, la decoración mural de las pulquerías y las expresiones de los excelentes grabadores que ilustran nuestra poesía popular, vivos y anónimos algunos, o muertos de humildes nombres: Guadalupe Posada, Manuel Manilla.”

Xavier Villaurrutia,
La pintura mexicana moderna.



Cervecería Cuahutémoc, Monterrey, Nuevo León, México. Fotografía Carso. Colección particular.

La industria cervecera en México es de antigua data y no cobró importancia sino hasta bien entrado el siglo XIX. Muchos intentos de fundación existieron para arraigarla, pero no fue sino hasta el siglo XX cuando se logró.

Las bases de la que se convertiría con el tiempo en una importante industria nacional

se fincarían, en 1890, con la fundación en Monterrey, Nuevo León, de la Cervecería Cuahutémoc, cuatro años más tarde con el inicio de la operación de la Cervecería Moctezuma, en Orizaba, Veracruz, y, en 1925, con la entrada en función de la Cervecería Modelo, en la capital del país.

La industria cervecera en América Latina.



Vista de los talleres mecánicos de la cervecería Orizaba, S. A., Nogales, Sonora, 2 de septiembre de 1920. Anónimo. Colección particular.

Los talleres mecánicos fueron la muestra clara del progreso traído por Díaz a México y continuado por los posteriores gobiernos a él. En su seno, los sindicatos obreros pronto comenzaron a organizarse cuidadosamente

a tal grado que supusieron un reto administrativo y político para los gobiernos revolucionarios. Sus luchas, demandas y derechos fueron consignados más tarde en la Constitución de 1917.



La metralla y el fuego de la Revolución perdonaba, de vez en vez, algunos parajes de extraño encanto y mágica geografía.

Agua por todas partes, cañaverales, barrancas, túneles y montañas. Metlac, con su Infiernillo; Orizaba, con sus fábricas. Río

Blanco, Nogales, Santa Rosa; las Cumbres de Maltrata, el Pico de Orizaba, como si fuera faro en el camino, y, por fin, la tierra conocida de la Mesa Central.

Francisco L. Urquiza,
Tropa vieja.

Fábrica de papel, Amecameca, Estado de México, México, ca. 1918. Anónimo. Colección particular.

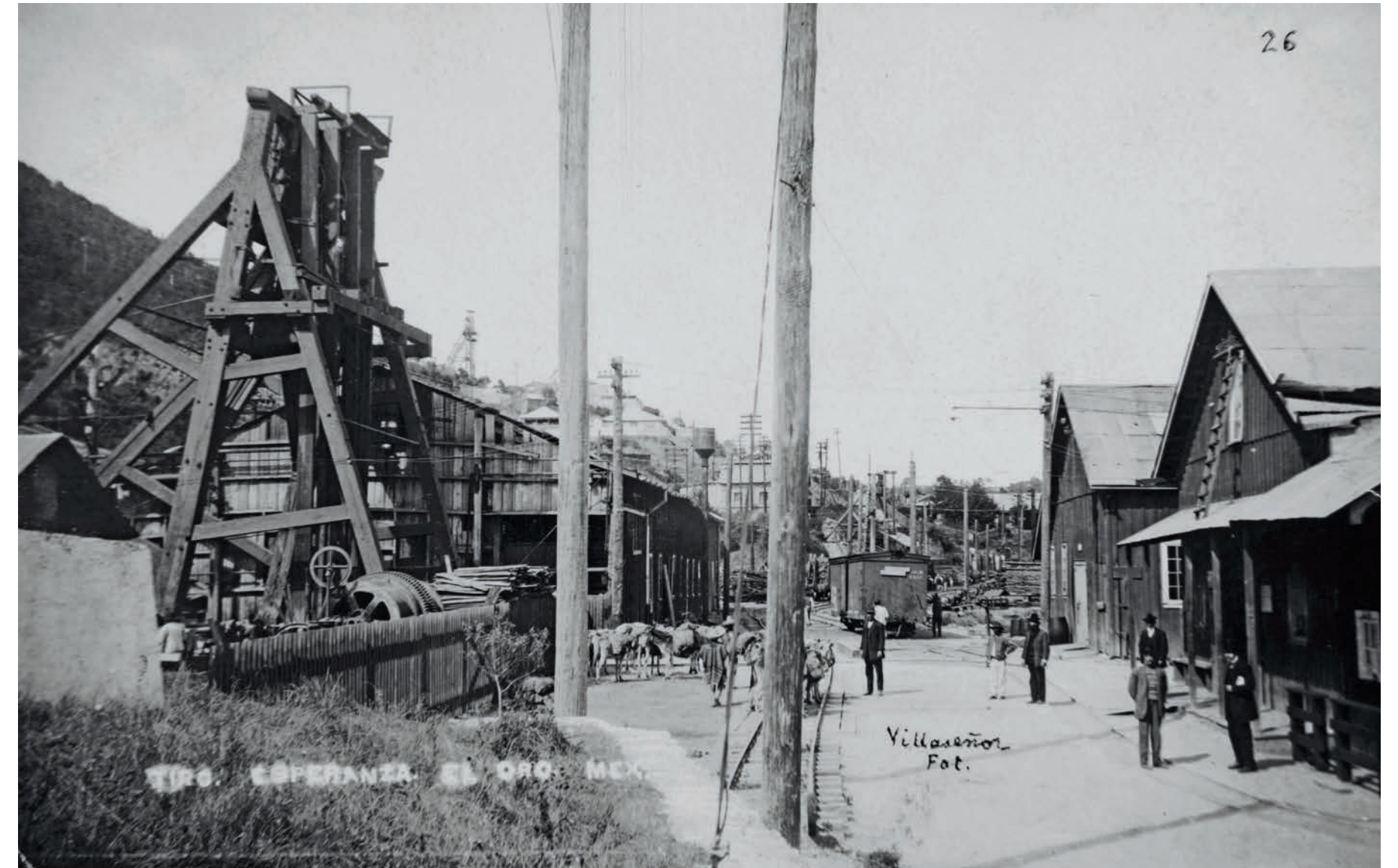


Trabajadores de una compañía molinera, 1916. Fotografía Enrique Díaz. ACN.

“La literatura de la revolución, la poesía revolucionaria alrededor de tres o cuatro anécdotas de Villa y el florecimiento de los maussers, las rúbricas del lazo, la soldadera, las cartucheras y las mazorcas, la hoz y el Sol, hermano pintor proletario, los corridos y las canciones del campesino y el overol azul del cielo,

la sirena estrangulada de la fábrica y el ritmo nuevo de los martillos de los hermanos obreros y los parches verdes de los ejidos de que los hermanos campesinos han echado al espantapájaros del cura.”

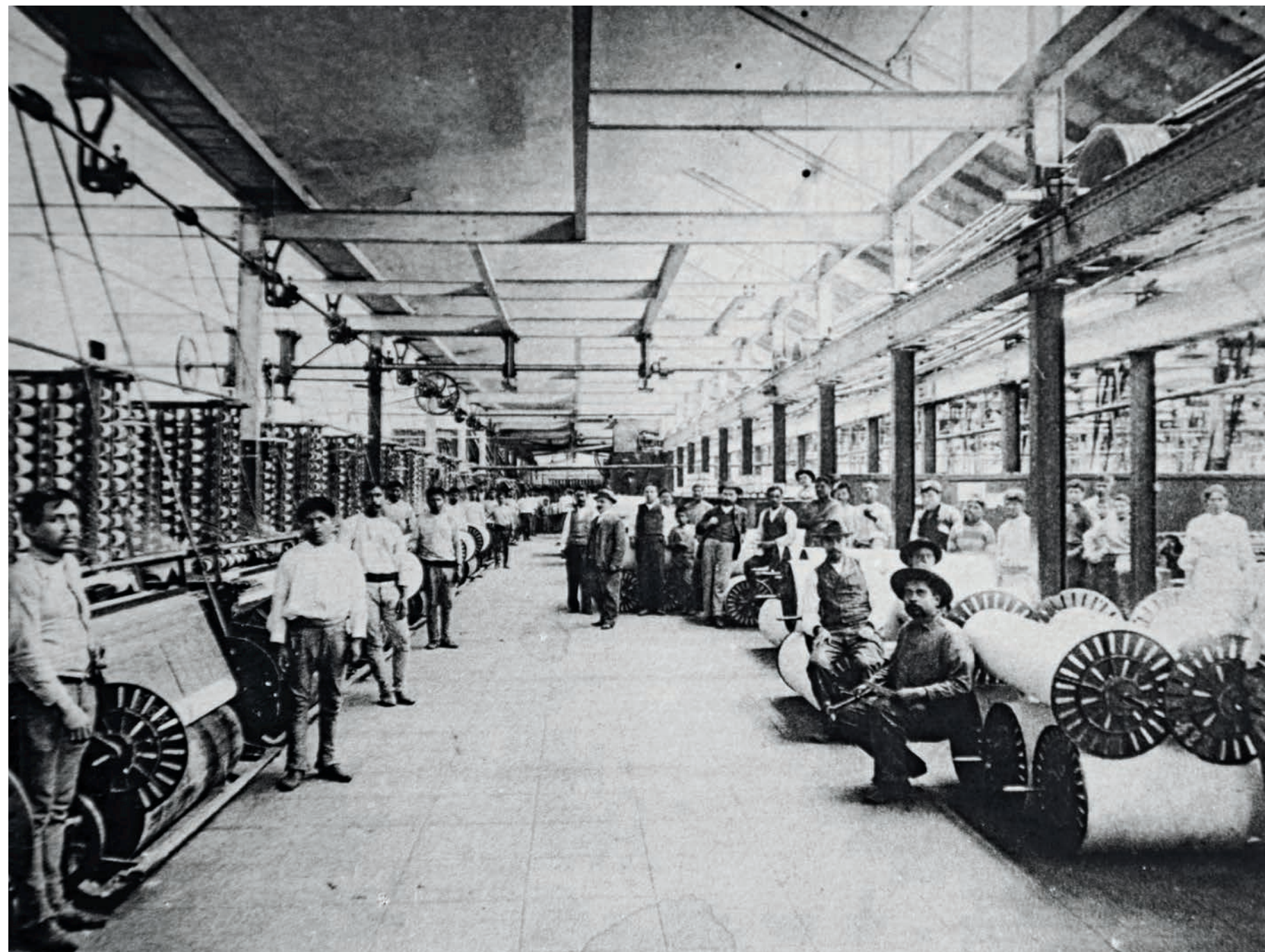
Salvador Novo,
Poemas proletarios.



Pequeños pueblos obreros, industria avasallante que no cesa. Las provincias mexicanas, durante la Revolución, se quedaron parcialmente estancadas, transfigurando la imagen de prosperidad

económica en vago atisbo de abundancia latente. Mulas y caballos discurrían entre las ruinas de emporios abandonados, pero con la esperanza de resucitar la antigua bonanza que les dio lustre.

Planta de Tiro de La Esperanza, El Oro, México. Fotografía Villaseñor. Colección particular.



Obreros en una fábrica, ca. 1915.
Anónimo. Colección particular.

“El fervor sindicalista mexicano, que puede ser ubicado durante los años del gobierno cardenista en el ámbito nacional [...] se materializa en la mejoría de condiciones de trabajo en las fábricas, en el establecimiento de condiciones mínimas de salubridad, comodidad y alumbrado, estipuladas en una serie de leyes laborales –que reglamentaban el descanso semanal,

salarios mínimos, precauciones en caso de accidentes de trabajo– y en la unificación de las organizaciones sindicales en la Central Obrera Mexicana.”

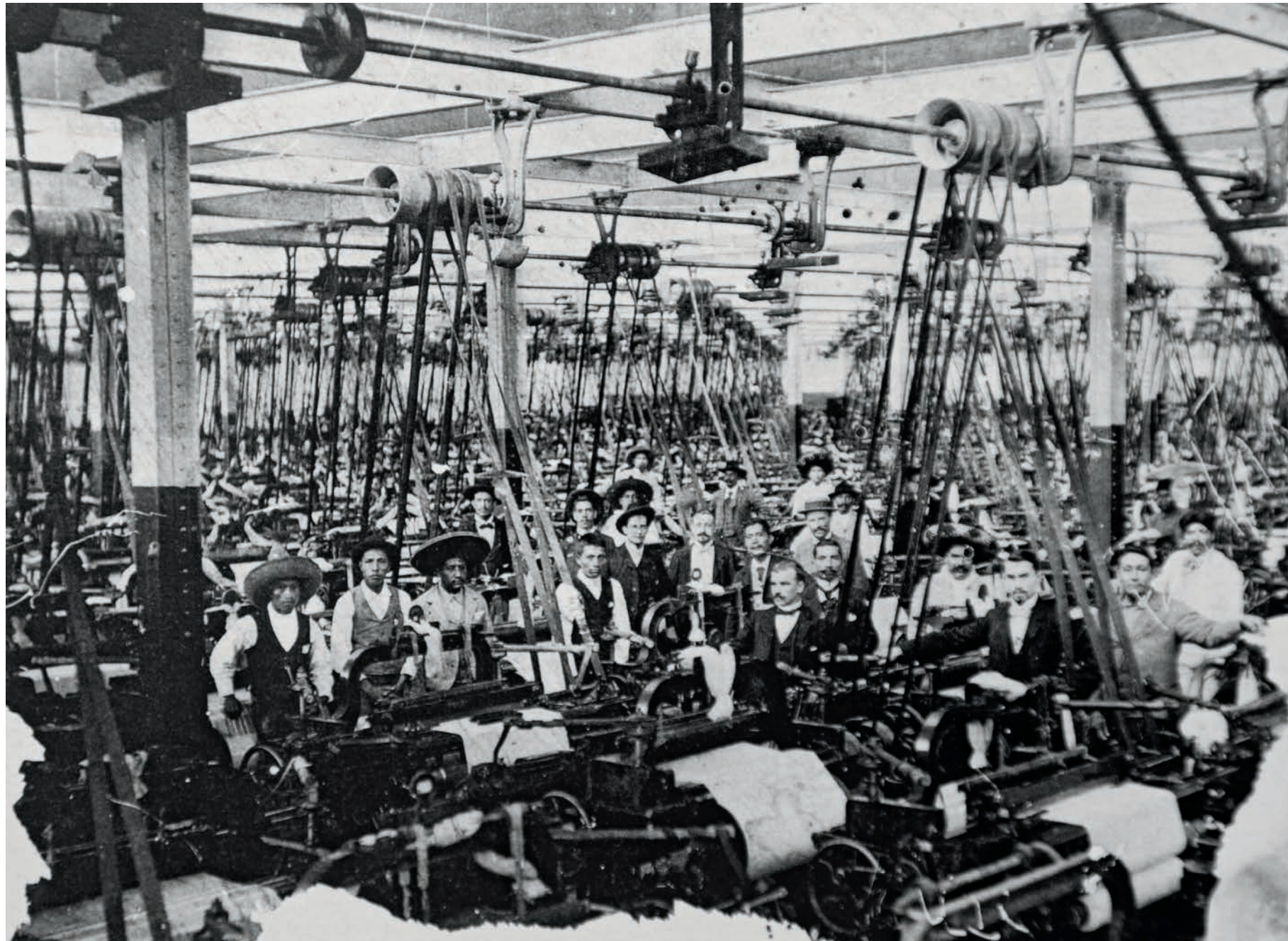
Aurelio de los Reyes (coordinador),
Historia de la vida cotidiana en México. Siglo xx, Campo y ciudad.



Vista panorámica de una fábrica en Veracruz, México, ca. 1918.
Anónimo. Colección particular.

Un importante conflicto ocurrió a fines de 1906 y principios de 1907 en el corredor industrial textil de la zona Puebla–Orizaba–Tlaxcala y tuvo como epicentro la fábrica de Río Blanco, en Orizaba. Los trabajadores textiles eran el sector mejor organizado

y combativo de la clase obrera mexicana desde la segunda mitad del siglo xix y habían logrado no solamente constituir fuertes organizaciones laborales por fábrica, sino que habían establecido una coordinación regional entre ellas.



Hombres dentro de una fábrica de hilados, ca. 1918. Anónimo. Colección particular.

El sector obrero, impulsado por los ideales y los resultados de la Revolución, pronto se convirtió en un factor definitorio de las políticas gubernamentales que ahora debían considerar su peso en la nueva dinámica progresista del Estado.

Los ríos de blusas azules
desbordan las esclusas de las fábricas,

y los árboles agitadores
manotean sus discursos en la acera.
Los huelguistas se arrojan
pedradas y denuestos,
y la vida, es una tumultuosa
conversión hacia la izquierda.

Manuel Maples Arce,
VRBE.



Fábrica de hilados y tejidos de Santa Rosa, Orizaba, Veracruz, ca. 1920. Anónimo. © 355689 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.

“El coronel Mucio Zepeda refirió, asimismo, datos relevantes acerca de la guerra económica de Carranza. Este último había ordenado el cierre de las fábricas de hilados y tejidos de Orizaba: Río Blanco, Santa Rosa, Nogales, Cocolapan, Los Cerritos y El Yute. Si a esto se agrega que el gobierno carrancista ha decomisado las mercancías,

en todas las regiones del estado [Veracruz], se comprenderá que individuos carentes de recursos hayan tenido que formarse en las filas del carrancismo.”

Francisco Pineda Gómez,
Ejército libertador.



Trabajadores en la fundición de acero en Aguascalientes, ca. 1905. Fotografía Charles B. Waite. AGN.

La industria siderúrgica también se recuperó después de 1921 y pudo superar los niveles de producción conseguidos en 1910. Además de la Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey, –que inició sus operaciones en 1903–, a partir de 1919 entró en su fase productiva la Fundición Nacional de Artillería y en 1922 empezó la producción de La Consolidada con tres hornos eléctricos. Con el concurso de estas

tres empresas, la producción de arrabio pasó de 45, 095 toneladas en 1910 a 49, 573 en 1925, mientras que la producción de acero en lingote aumentaba de 67, 944 a 75, 976 toneladas en esos mismos años.”

Fernando Paz Sánchez,
La política económica de la Revolución Mexicana.



Carpinteros trabajando en un aserradero, ca. 1918. Anónimo. Colección particular.

“El ‘movimiento obrero’, el ‘movimiento campesino’ no aparecen como sujetos con su esencia propia. Se les vincula *a priori* con el estado o como cauda del movimiento revolucionario (aunque para algunos resulte fundamental y para otros no) o

como fuerzas subalternas de los líderes revolucionarios.”

Víctor López Villafañe,
La formación del sistema político mexicano.

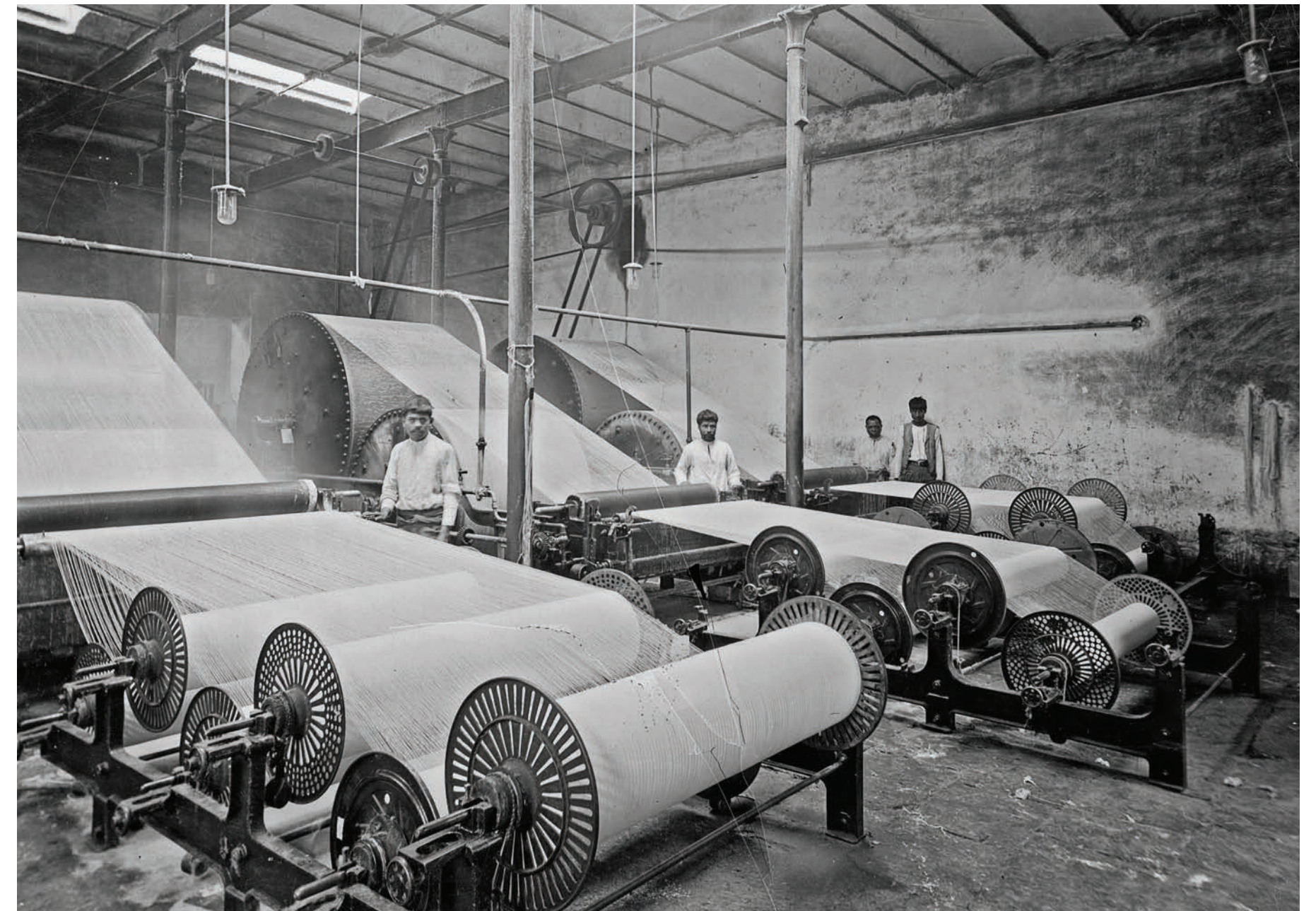


Fábrica de cigarros de El Buen Tono, S.A., Ciudad de México, México, ca. 1918. Postales coloreadas de *El Buen Tono, S.A.* Colección particular.

“En medio vaso de gasolina, nos hemos tragado literalmente la avenida Juárez, 80 caballos. Me ladeo mentalmente en la prolongación de una elipse imprevista olvidando la estatua de Carlos IV. Accesorios de automóviles, refacciones Haynes, llantas, acumuladores y dinamos, chasis, neumáticos, klaxons, bujías, lubricantes, gasolina. Estoy equivocado, Moctezuma de Orizaba es la mejor cerveza

en México, fumen cigarros del Buen Tono, S.A., etcétera, etcétera, Un ladrillo perpendicular ha naufragado en aquellos andamios esquemáticos. Todo tiembla. Son amplia mis sensaciones. La penúltima fachada se me viene encima.”

Manuel Maples Arce,
Comprimido estridentista.

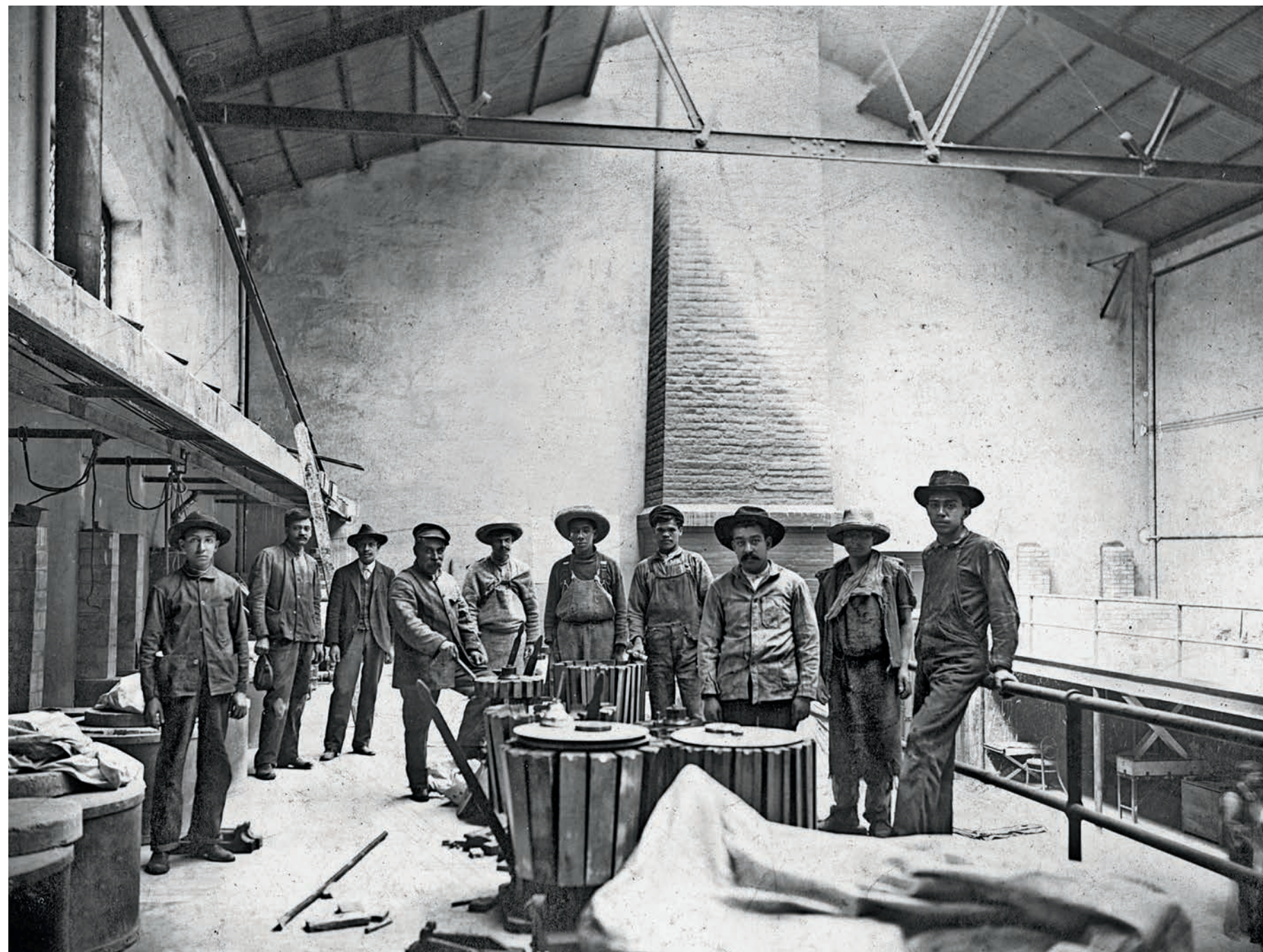


“El impacto de la revolución mexicana en la industria textil fue, por la misma naturaleza del evento, distinto regionalmente en el país [...] En 1917, al disminuir el nivel de la lucha armada, la caída en la producción textil comienza a detenerse para entrar en un proceso de recuperación [...] La revolución no solamente implicó para la

industria textil tener que enfrentar algunos años malos durante el desarrollo de la misma, también, [...] un cambio radical en las relaciones de las empresas con sus trabajadores y con el gobierno.”

Aurora Gómez Galvarriato,
La industria textil en México.

Obreros manejan telares industriales, Ciudad de México, México, ca. 1905. Fotografía Hermanos Casasola. © 323 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-EN, México.

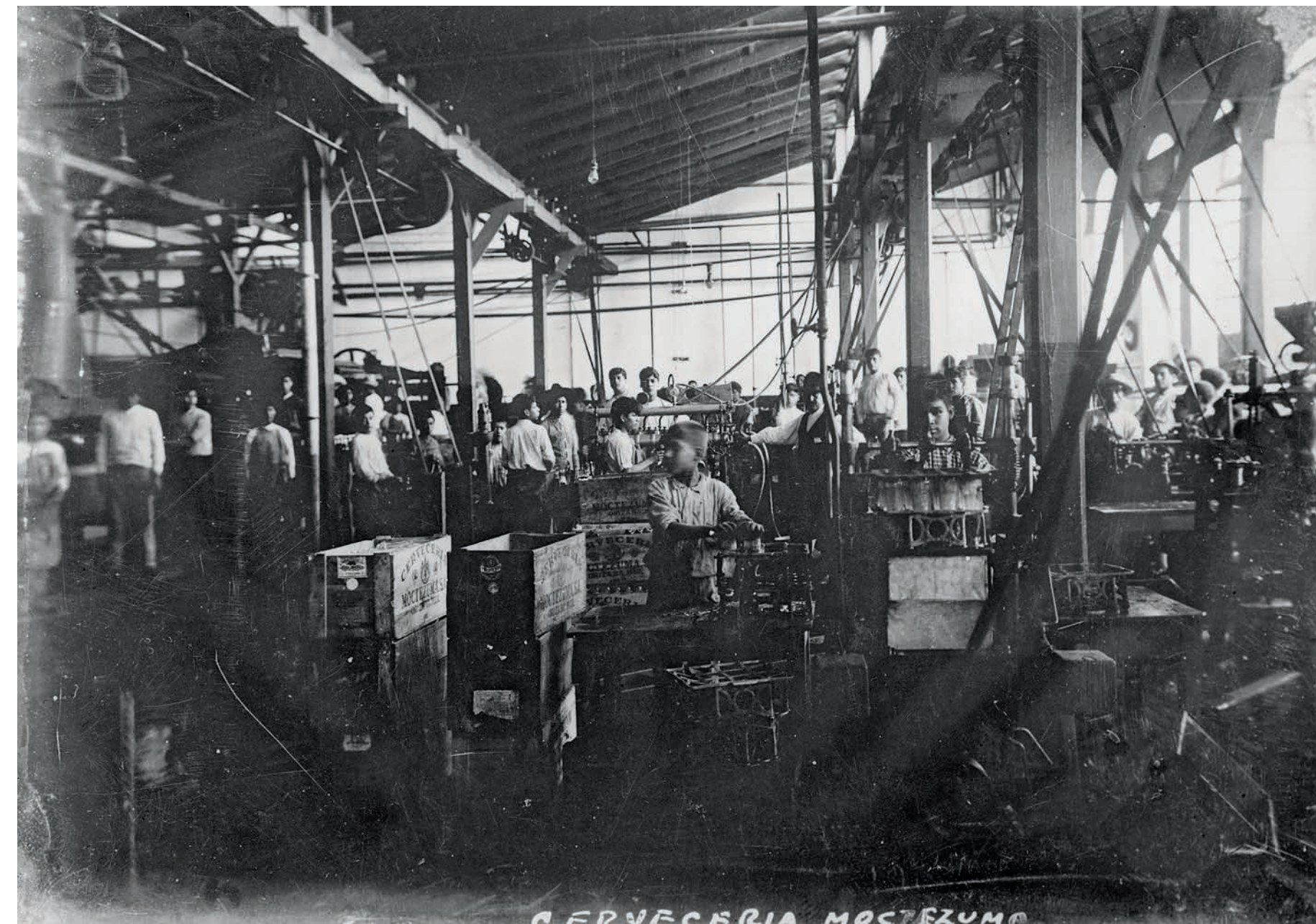


Fundidores de oro de la Casa de Moneda en las rieleras de fabricación local, ca. 1907. Fotografía Hermanos Casasola. Museo Numismático Nacional.

“La Casa de Moneda de la Ciudad de México acuñó moneda de oro, pesos de plata de una unidad y piezas fraccionarias de bronce para abastecer a la Ciudad de México y la región central del país, mientras que para dotar a la región norteña y del Pacífico se contrató a la Casa de Moneda

de San Francisco, California, a S. Pearson & Son., y a Lazard Brothers & Co. de Londres.”

María Eugenia Sotelo y Leonor Ludlow, *Temas a debate. Moneda y banca en México, 1884-1954.*



La industria cervecera tiene una larga data en nuestro país. Las bebidas que producen, incluso, se han llegado a convertir en distintivos de las regiones donde residen sus fábricas. [...]Ha contribuido a la configuración económica e incluso cultural [de las ciudades y] su devenir no ha estado exento de tropiezos, pero una vez superadas las dificultades de la época

posrevolucionaria y posicionadas sus marcas en el gusto de los consumidores han vivido un crecimiento constante que continúa hasta la actualidad.”

Camilo Contreras Delgado e Isabel Ortega Ridaura, *Bebidas y regiones: historia e impacto de la cultura etílica en México.*

Niños trabajando como cargadores en la Cervecería Moctezuma, ca 1918. Anónimo. Colección particular.



Trabajadores de la L. M. Ericson & Co. en paro solidario por los tranviarios, Ciudad de México, México, ca. 1923. Fotografía Hermanos Casasola. © 5021 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.

Las libertades emanadas de la Constitución, facilitaron los medios para que los trabajadores y obreros pudieran expresarse en contra de las compañías e industrias para las que trabajaban. Entre 1921 y 1923 destaca la de los telefonistas mexicanos de la Ericsson, dirigida y apoyada por un buen número de organizaciones obreras que,

más tarde, serían la Confederación General de Trabajadores y el Sindicato Mexicano de Electricistas. Sus exigencias estarían respaldadas por una buena cantidad de obreros y tendrían como bandera los postulados de la Convención Radical Roja celebrada en febrero de 1921.



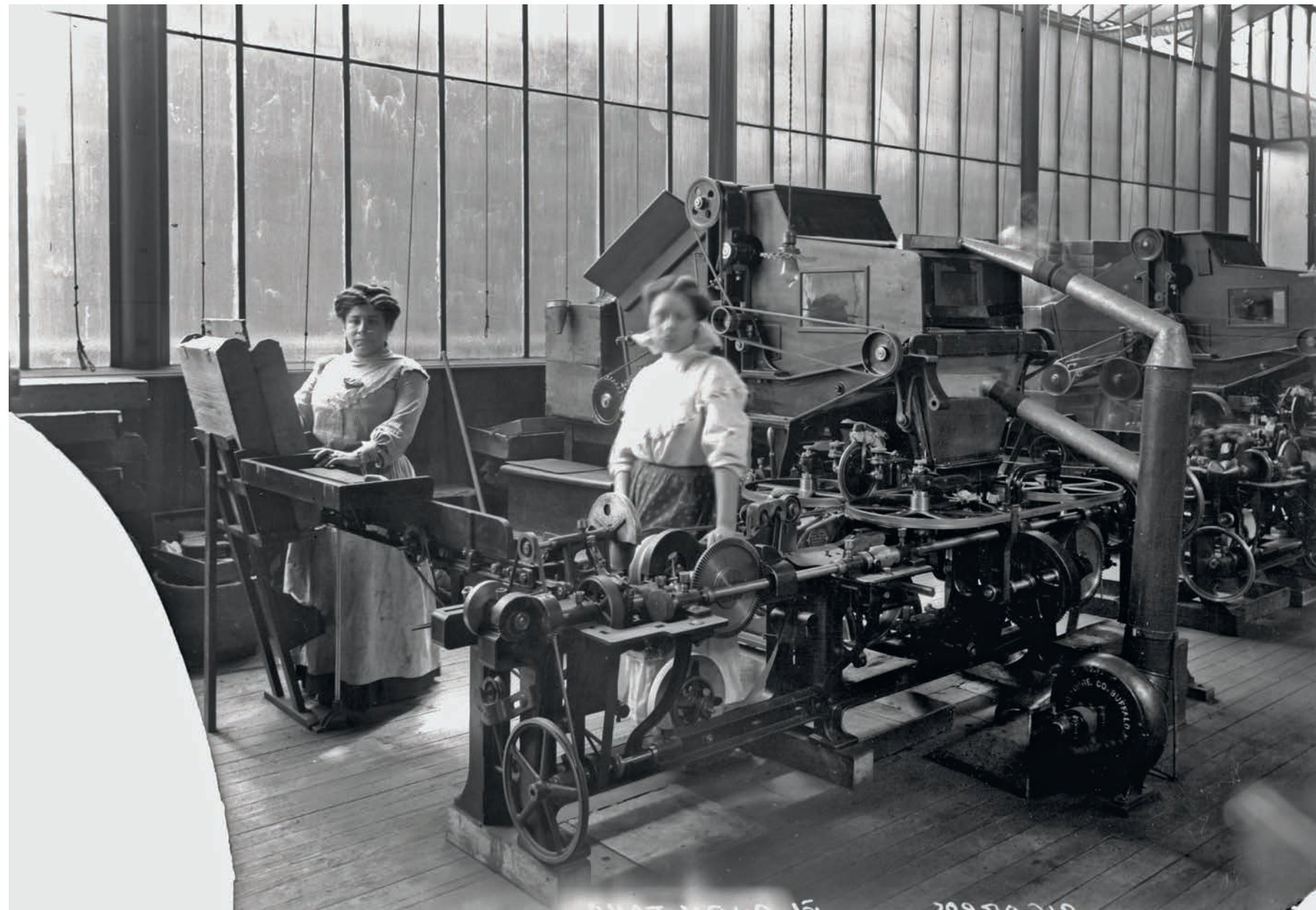
Fue durante el gobierno de la Convención cuando se instauró el régimen de las jornadas laborales de ocho horas y el descanso dominical.

El 3 de octubre de 1914, cuando la Convención aún se encontraba en la Ciudad de México, don Venustiano Carranza se presentó en la asamblea y dio lectura a un informe en el que se contenía el programa de reformas sociales. En especial, hacía

notar: [que habíanse de] “dictar disposiciones relativas a la limitación de las horas de trabajo, al descanso dominical, a los accidentes que en los trabajos sufran los operarios y en general al mejoramiento de las condiciones económicas de la clase obrera”.

Arnaldo Córdova,
La ideología de la revolución mexicana: la formación del nuevo régimen.

Manifestación de la Sociedad de Empleados Libres piden el descanso dominical, Ciudad de México, México, 1911. Fotografía Hermanos Casasola. © 36373 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.



Fábrica de cigarros El Buen Tono, interior, ca. 1917-1920. Fotografía Hermanos Casasola. © 85086 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México

“Mucho sentimos que la falta de espacio no nos permita describir cual se merece la fábrica que nos ocupa: obligados por esta razón a ser concisos, diremos que el salón de engargolado contiene 102 máquinas, servidas por dos operarios cada una y movidas por una máquina de vapor de 120 caballos de fuerza: que en el departamento de fundición y maquinaria se hacen todas las reparaciones necesarias en las piezas de máquinas; que en la cuadra hay cuatro carros y doce caballos para el

reparto de los géneros elaborados; que en el departamento de preparación de tabacos funcionan seis máquinas de cerner, seis secadoras y dos de cortar, y que completan las dependencias del establecimiento el baño para los operarios, dotado de todos los requisitos que la higiene aconseja, el taller de litografía, el de carpintería y además una notable instalación contra incendios.”

“La fábrica de cigarros ‘El Buen Tono’”, en: *La Ilustración artística*.



Manifestación de la “Liga Nacional Femenina”, ca. 1919. Anónimo. Colección particular.

“Después de publicar *La sucesión presidencial en 1910*, Francisco I. Madero fundó el Partido Antirreeleccionista para poder llevar a cabo su programa en contra de la facción porfirista. En todo el país se establecieron clubes antirreeleccionistas a los que se afiliaron mujeres de diversas clases sociales y distintas profesiones y oficios, para realizar actividades de propagan y difusión. De manera independiente, también se crearon asociaciones antirreeleccionistas femeninas

tanto en la Ciudad de México como en diferentes estados de la República. En 1909 se fundó la Liga Femenil de Propaganda Política, en el Distrito Federal, por María Luisa Urbina, Joaquina Negrete, María Aguilar Castaño, Josefina y Adela Treviño.”

Begoña Hernández y Lazo y Ricardo Rincón Huarota (coord.), *Las mujeres en la Revolución Mexicana, 1884-1920*.



Manifestación de obreras con pancartas, a su paso por una calle, diciembre de 1913. Anónimo. © 5336 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.

“Pero no sólo las periodistas e intelectuales tomaron la causa de la Revolución. Las obreras de diferentes ramas de la producción también empezaron a organizarse para la defensa de sus condiciones de trabajo. En 1907, cuando los trabajadores de la fábrica de Río Blanco, en Orizaba, Veracruz, se disponían a reanudar sus labores después de una huelga infructuosa, un grupo de mujeres decidió impedirlo, entre ellas Isabel, Anselma Sierra, Carmen Cruz, Margarita

y Guadalupe Martínez y Lucrecia O. Toriz, quien se enfrentó, enarbolando una bandera revolucionaria, a los empleados de la empresa que les dispararon, sobreviniendo la violencia. Ella fue la primera luchadora social sacrificada por quienes no comprendieron la necesidad de un cambio en las condiciones de franca injusticia social prevaleciente.”

Las mujeres en la Revolución Mexicana, 1884-1920.



“Con la promulgación de la Ley Agraria el 6 de enero de 1915, realizada por Venustiano Carranza, el puerto de Veracruz se convirtió en la cuna de la Reforma Agraria, que habría de impulsarse como uno de los resultados de la Revolución Mexicana. El espíritu agrario de esta ley fue retomado y plasmado en el artículo 27 de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos de 1917. En dicha reforma se asentó que la nación tiene el derecho de imponer a la propiedad privada las modalidades que dicte el interés público, así como de dictar medidas necesarias para el fraccionamiento de los latifundios, el desarrollo de la pequeña propiedad y la creación de nuevos centros de población agrícola con tierras y aguas indispensables.”

Esperanza Toral,
Ciudad y puerto, Veracruz ayer y hoy.

Cobertizos de la aduana de Veracruz, Veracruz, ca. 1919. Fotografía Vicente Riva Melo y Cía. ACN.



Tajo en el kilómetro 2, ferrocarril de Morelia a Tacámbaro, Michoacán, México, ca. 1917. Fotografía Juan Cachú Ramírez.

La violencia de la Revolución no detuvo las fases de construcción de algunos tramos de ferrocarril que estaban pendientes desde el inicio de la misma. Morelia se unía a Tacámbaro por un línea férrea en el mismo año que fue promulgada la Constitución, tal como los legisladores querían unir al país, a través de ella, con la modernidad, la paz

y el progreso institucional, pero sobre todo, moral.

¡Oh el camino de hierro!

Manuel Maples Arce,
Como una gotera...

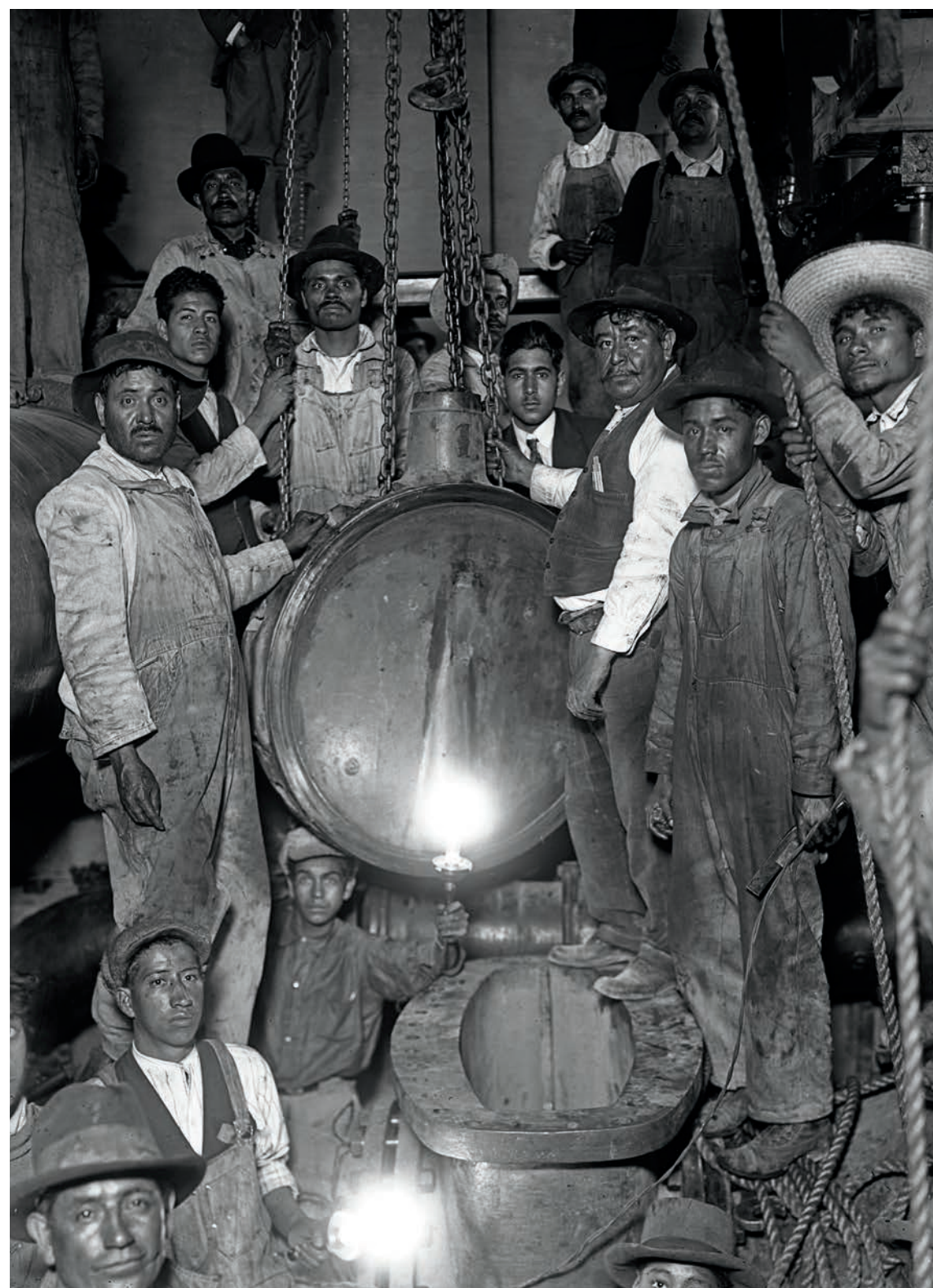


Reunión de miembros de diferentes sociedades mutualistas, ca. 1917. Anónimo. © 3154 Secretaría de Cultura-INEH-Sinafo-FN, México.

“El artesano culto y ambicioso, fue la espina dorsal de las organizaciones educativas y culturales [...] Letrado, afanoso y políticamente consciente, se integró a sociedades mutualistas (donde se rozaría con la clase media), habitó los nuevos suburbios de la capital alrededor de la estación Buenavista, se le puede ver representado gráficamente en los grabados de Posada [...] En 1909 llegó la rápida transformación de sociedades mutualistas en clubes antirreeleccionistas en ciudades

como Puebla y Orizaba; a menudo éstos incluían a oficinistas y miembros de la clase media profesional y comercial –por ejemplo, en Cananea, Río Blanco y Múzquiz (Coahuila), en donde, no obstante su etiqueta proletaria, el Club Obreros Libres tenía como presidente a un comerciante y veterano maderista.”

Alan Knight,
Repensar la Revolución mexicana.



“Las principales reformas legales se dieron en la nueva Constitución de 1917, al introducirse los derechos obreros, la posesión y explotación de las materias del subsuelo; dichas reformas se concentraron en los artículos 3º, 27º, 123º y 130º.”

José Mario Contreras, *et. al.*,
Actividades, espacios e instituciones económicas durante la Revolución Mexicana.

Obreros colocan válvulas de la estación de bombeo de La Condesa, ca. 1910. Anónimo. © 5726 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.



“Las ideas sociales del movimiento constitucionalista pueden condensarse diciendo que México desea dar otro paso hacia el mejoramiento social, político y moral. Este movimiento es de progreso, y en vista del conocimiento que el autor tiene de las presentes condiciones del país, cree que si la crisis puede ser resuelta de un modo favorable al deseo popular, México llamará la atención al mundo por el armonioso desarrollo de sus recursos y por

el democrático ejercicio de sus derechos. La gente está ya prácticamente preparada para la democracia, aunque le falta la experiencia, y sobre todo confianza en sus gobernantes para acatar sus deseos.”

Isidro Fabela,
Documentos históricos de la Revolución mexicana. Revolución y régimen constitucionalista.

Mitin frente al edificio del diario *El Demócrata*, ca. 1921. Fotografía Hermanos Casasola. © 5014 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.



Asamblea de integrantes del Sindicato de Obreros Unión, Constanca y Progreso Santa Teresa, ca. 1917. Fotografía Hermanos Casasola. © 5597 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.

“Las sociedades de ayuda mutua se van transformando en una mampara que encubre y disfraza a sociedades de resistencia al capital, empeñadas en una práctica proto-sindical. Este hibridismo es fácilmente reconocible en las agrupaciones de los proletarios de las ramas de punta de la economía nacional –ferrocarrileros, textiles, mineros– y menos notable en las asociaciones de los artesanos urbanos proletarizados o de los obreros de los medianos y pequeños establecimientos

industriales. Las huelgas, que hasta entonces se suscitaban las más de las veces como estallidos espontáneos y escasamente organizados, comienzan a obedecer cada vez con mayor frecuencia a la conducción de sociedades de resistencia, que cuentan con una vida permanente y relativamente estable.”

Juan Felipe Leal,
Agrupaciones y burocracias sindicales en México: 1906-1938.



“Todas las huelgas tranviarias, desde 1911 hasta 1925, afectaron gravemente la circulación del tráfico de la ciudad. Sin embargo hubo grandes diferencias al respecto, dependiendo de la disponibilidad de alternativas de transporte. La huelga de 1911 es un caso ejemplar de los conflictos de esta década. Esa fue la primera y quizá la ruptura más severa de la comunicación vial. Cuando en julio de ese año, los trabajadores de la compañía de tranvías de

México (CTM) declararon una huelga que duró casi una semana, se paralizó casi por completo el servicio de tranvías. La huelga tuvo un efecto muy severo en la circulación vial porque había pocas alternativas al transporte del tranvía.”

Georg Leidenberger,
Huelgas tranviarias y el orden urbano en la Ciudad de México, 1911 a 1925.

Huelga de tranviarios, 1919. Fotografía Hermanos Casasola. © 187427 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.



“En 1918 un grupo de líderes obreros y algunos militantes de organizaciones sindicales, reunidos en la ciudad de Saltillo, Coahuila, crearon la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM). Anteriormente habían hecho varios intentos para formar una agrupación sindical en el país: en primer lugar la Casa del Obrero Mundial, que fracasó después de la huelga realizada en el Distrito Federal y de la represeión que tuvo en 1916. Después se fundó la Confederación del Trabajo de la Región Mexicana (CTRM) en Veracruz, pero no logró obtener apoyo de los trabajadores. Tanto el fracaso de la Casa del Obrero Mundial como el de la CTRM, revelan la división que existió entre las organizaciones proletarias y la necesidad de establecer una central nacional.”

José Rivera Castro,
La clase obrera en la historia de México. En la presidencia de Plutarco Elías Calles (1924-1928).

Edificio de sindicatos integrantes de la CROM, 1925-1930. Fotografía Hermanos Casasola. © 92311 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.



“Desde junio de 1911 se había iniciado una ola de huelgas por todo el país; en ese año, en la minera Peñoles mil operarios se fueron a huelga, al igual que los de la mina de Santa Rosa en Coahuila y los de la Trinidad en San Luis Potosí; también los trabajadores de la Hacienda Morenos. Todas las huelgas estallan demandando incrementos salariales. En la Ciudad de México se fueron al huelga los tranviarios,

paralizando la capital; los telegrafistas, las obreras de La Tabacalera y los mozos en El Buen Tono; las obreras de la cerillera La Central, así como los panaderos de la agrupación Unión y Amistad y los obreros de la litografía Emilio Moreau.”

Teresa Aguirre,
De la Revolución a la industrialización.

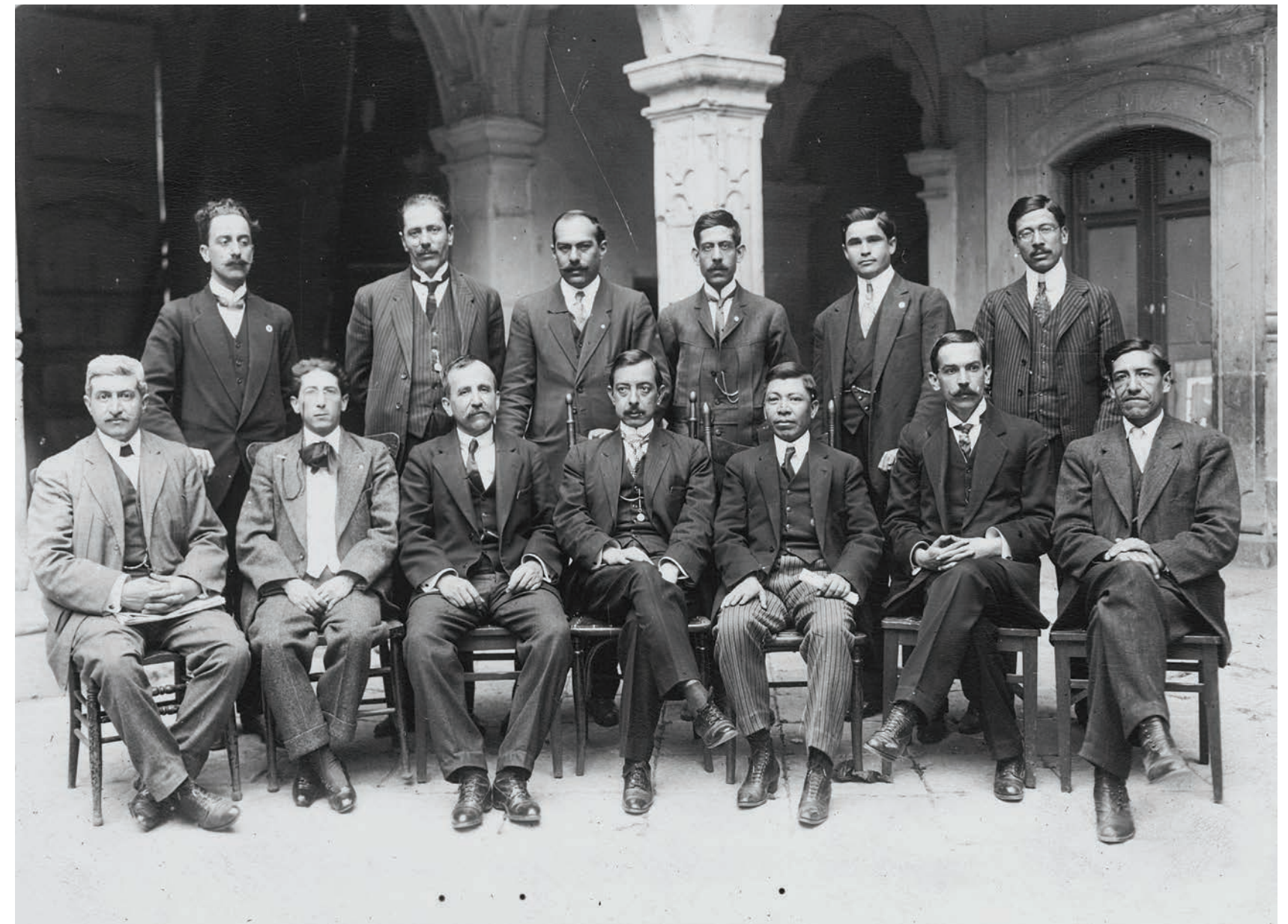
Huelga de tranviarios en el gobierno de Francisco León de la Barra, ca. 1911. Fotografía Hermanos Casasola. © 5260 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.



Asamblea obrera para tratar la jornada de 8 horas de trabajo, ca. 1917. Fotografía Hermanos Casasola. © 5426 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.

“Título Sexto del Trabajo y la Previsión Social. Art. 123.- El Congreso de la Unión y las Legislaturas de los Estados deberán expedir leyes sobre el trabajo, fundadas en las necesidades de cada región, sin contravenir a las bases siguientes, las cuales regirán el trabajo de los obreros, jornaleros, empleados, domésticos y artesanos, y de una manera general todo contrato de trabajo: I.- La duración de la jornada

máxima será de ocho horas. II.- La jornada máxima de trabajo nocturno será de siete horas. Quedan prohibidas las labores insalubres o peligrosas para las mujeres en general y para los jóvenes menores de diez y seis años. Queda también prohibido a unas y otros el trabajo nocturno industrial; y en los establecimientos comerciales no podrán trabajar después de las diez de la noche...”



“Creemos por demás encarecer a la sabiduría de este Congreso Constituyente la alta importancia de plantear en nuestra legislatura los problemas relacionados con el contrato de trabajo, toda vez que una de las aspiraciones más legítimas de la Revolución Constitucionalista ha sido la de dar satisfacción cumplida a las urgentes necesidades de las clases trabajadoras del país, fijando con precisión

los derechos que les corresponden en sus relaciones contractuales con el capital, a fin de armonizar, en cuanto es posible, los encontrados intereses de éste y del trabajo, por la arbitraria distribución de los beneficios obtenidos.”

Proyecto del capítulo del trabajo, presentado por un numeroso grupo de diputados encabezados por el ingeniero Pastor Rouaix en la LVII sesión, el día 23 de enero de 1917.

Comisión de estudio del Art. 123. De izquierda a derecha, sentados: Alberto M. González Rafael L. de los Ríos, José I. Lugo, Pastor Rouaix, Porfirio del Castillo, David Pastrana Jaimez y Dionisio Zavala; parados: José Álvarez, Silvestre Dorador, Antonio Gutiérrez, Jesús de la Torre Rafael Martínez de Escobar y Alberto Terrones B. Fotografía Mendoza Hermanos. Colección particular.



“La Revolución Mexicana tuvo un doble efecto en el desarrollo de la aviación militar en nuestro país, ya que por un lado el estado de guerra en el que se encontraba la nación, motivaba a los gobiernos a impulsar el desarrollo de una Fuerza Aérea para conseguir implantar la paz; sin embargo, los diferentes mandatarios que ocuparon la silla presidencial durante la guerra civil, no le dieron continuidad a los proyectos de sus antecesores y esto ocasionó que el establecimiento de una milicia aérea se retrasara. Fue hasta el 5 de febrero de 1915 cuando el proyecto de la conformación de un arma de aviación militar comenzó a tener una continuidad que ha llegado hasta nuestros días.”

Germán Ávila Hernández,
Origen de la aviación militar en México.

Manifestación de obreros por el propagandista León Ossorio en favor de Carranza, México, 26 de octubre de 1916. Fotografía Enrique Díaz. AGN

COMERCIO: ALAS DEL PROGRESO

Entre muchas expresiones revolucionarias que señalaron el progreso, estancamiento o definitiva destrucción, fue el comercio una de las más importantes. Sin embargo, a pesar de lo que se ha escrito a través de muchos años de historiografía, la actividad comercial no detuvo completamente su avance. Ciertamente tuvo periodos de bajas considerables que llegaron a poner a la mismísima capital de la República al borde del colapso, pero también hubo regiones en donde la avenencia entre productores y consumidores fue continuada, o más bien subsistida, en el estado que guardaba en los mejores años del porfirismo.

¿Qué vemos en los años que transitan hacia la Constitución? Puertos con modestos barcos de carga y aguas tranquilas sólo inquietadas por el vendaval de temporada. Carretas vacías en espera de ser cargadas por los hombres vestidos con calzón de manta y sombrero redondeado. Caminos hendidos por las ruedas de las carretas tiradas por mulas y caballos azuzados con el lenguaje propio de los carretoneros. Rutas polvorientas que lejos ven las luchas entre hermanos; vías paralelas de los trenes que atraviesan el país, metáfora de la lucha de facciones que no saben encontrar un punto de

encuentro ni siquiera a la distancia.

Hay hombres, mujeres y niños. Todos haciendo una actividad. Labores que no cesaron con el trauma revolucionario y cuyas energías no se agotaban ni siquiera por el trajín de los tiempos que todo lo complicaban. Ahí están los estibadores, carretoneros, lecheros, leñeros, aguadores, vendedores, tejedoras, fruteras, tortilleras y niñeras. En el ámbito urbano caminan, nerviosos por la escasez los abogados, choferes, banqueros, tenderos, profesores, albañiles y delincuentes igualados por la necesidad ante la Revolución.

Desfile pintoresco de estilos, tipos populares que hoy ya no existen. Sólo perduran las imágenes de inmuebles con bancos, correos, oficinas, plazas, avenidas y paredes con las huellas de los tiroteos y los balazos que ajusticiaron a los que irrespetaron la ley, como los falsificadores y demás audaces que ante la muerte sólo tuvieron una sonrisa para recibirla. Este es un espacio imaginario, asequible a través de escalas de grises, iluminado por los silenciados destellos de las cámaras que retrataron ese México que ya se fue y que no volverá, sino sólo montados en las alas de la imaginación para que los trenes corran, las monedas suenen y la gente camine hacia la muerte.



Puerto de Tampico, ca. 1918.
Fotografía R.E. Barros. Colección particular.

El Puerto de Tampico hacia 1918 fue motivo de constantes intervenciones por parte de Estados Unidos debido al ingreso a la Primera Guerra Mundial de este país.

Durante mucho tiempo los barcos de guerra estadounidenses *Ozark* y *Annapolis* permanecieron en aguas del puerto de Tampico violando así los principios de neutralidad, no sólo por la estancia en nuestras aguas más del tiempo legal, sino porque con la actividad de sus aparatos inalámbricos interrumpían las transmisiones

del gobierno mexicano. Con este motivo decía el señor Carranza al Congreso que había hecho las representaciones enérgicas del caso ‘pues el Gobierno mexicano sostiene –decía– que la neutralidad de las aguas territoriales mexicanas debe ser estrictamente respetada sin que en ningún caso ni por ningún motivo pueda justificarse la violación’.

Isidro Fabela,
Historia diplomática de la Revolución mexicana (1912-1917).



Muelle fiscal del Puerto de Veracruz, México, ca. 1920. Anónimo.
© 83221 Secretaría de Cultura–INAH–Sinafo–FN, México.

“Las calles del puerto de Veracruz fueron recorridas por los revolucionarios de primera línea: Carranza y su gabinete, familias de los altos mandos, artistas y empresarios de toda laya que llegaron a buscar fortuna. Ellos crearon necesidades de consumo que no se habían activado en los años anteriores con la misma celeridad y fuerza. Sin embargo, cuando

los carrancistas abandonaron el puerto, un nuevo paréntesis se abrió en los usos y costumbres. Habría que esperar hasta la década de 1920, cuando otros motores reactivaron la vida cotidiana.”

Esperanza Toral,
Ciudad y puerto, Veracruz ayer y hoy.



Hombres subiendo cargas a carretones en una estación ferroviaria, ca. 1917. Fotografía Hermanos Casasola. © 73179 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.

“Zapata y Villa, desde luego, no son lo mismo, ni como personas, ni como dirigentes, ni como revolucionarios. Los diferencia netamente el arraigo profundo y casi atávico del primero y sus seguidores, a su tierra, frente a la movilidad y desarraigo de lumpenproletariado rural del segundo. A Zapata lo seguían masas de comuneros pueblerinos despojados de sus tierras,

mientras que a Villa lo seguían masas de peones, aparceros, arrieros y buhoneros que jamás habían tenido un pedazo de tierra como propio; las perspectivas de su lucha eran, por principio, diferentes...”

Arnaldo Córdova,
La ideología de la revolución mexicana: la formación del nuevo régimen.



Trabajar duro. Forjar la patria con el sudor de la faena. Así es como la Revolución construyó en muchos ámbitos el país resultante después de mil y mil batallas entre hermanos.

Todo lo que yo toque
se llenará de sol.
En las tardes sutiles de otras tierras
pasaré con mis ruidos de vidrio tornasol.
Déjame un solo instante
dejar de ser grito y color.
Déjame un solo instante
cambiar de clima el corazón,

beber la penumbra de una cosa desierta,
inclinarme en silencio sobre un remoto
balcón,
ahondarme en el manto de pliegues finos,
dispersarme en la orilla de una suave
devoción,
acariciar dulcemente las cabelleras lacias
y escribir con un lápiz muy fino mi
meditación.
¡Oh, dejar de ser un solo instante
el Ayudante de Campo del sol!

Carlos Pellicer,
Deseos.

Estibadores descargando productos de un ferrocarril para transportarlos al barco en el puerto de Veracruz, México, ca. 1919. Anónimo. Colección particular.



“Por largos meses la Ciudad de México se desquició: ‘amanecía villista, almorzaba constitucionalista, merendaba zapatista’. Salían y etraban tropas, la gente se refugiaba donde podía, en los almacenes, en las iglesias. El fusilamiento de prisioneros

se volvió un espectáculo común. Cada bando traía su moneda de papel, ‘sábanas’, ‘dos caritas’, ‘revalidados’, que perdía su valor de un día para otro. Los invasores cortaron el agua, talaron los árboles para tener combustible. El abandono del

campo y los atentados a los trenes por los revolucionarios, impidieron el suministro de víveres. Al temor constante se añadió el hambre pues abarroteros y comerciantes ocultaban artículos de primera necesidad y subían los precios; el del maíz, por ejemplo, aumentó 15 veces en todo el

país. La carencia de agua y, por tanto, la falta de higiene propiciaron enfermedades epidémicas.”

Pilar Gonzalbo, *et al*,
Historia mínima de la vida cotidiana en México.

Gente formada para comprar comida, Ciudad de México, México, ca. 1915. Anónimo. Biblioteca del Congreso, Washington, DC.



Banco Nacional de México S.A.,
vista parcial, Ciudad de México,
México, siglo xx. Fotografía
Hermanos Casasola. © 125585
Secretaría de Cultura-*INAH*-*Sinafo*-*FN*, México.

El Banco Nacional de México se fundó en 1884 como resultado de la fusión del Banco Nacional Mexicano y el Banco Mercantil Mexicano. Tuvo como primera sede el imponente edificio virreinal de los condes de San Mateo Valparaíso, erigido en el siglo xviii y representante de lo mejor de las construcciones del barroco americano. Al inicio de la Revolución continuó con normalidad sus funciones hasta que en 1916 cesó sus actividades como emisor de billetes, pues cada facción que ocupaba la ciudad traía su moneda y se hacía cada vez más difícil establecer un control y equilibrio en todos los órdenes monetarios. Diez años después comenzaría su reorganización gracias a la paz y estabilidad que trajeron consigo las sucesiones presidenciales emanadas de las normas democráticas auspiciadas por la Constitución de 1917.



La vida cotidiana de los mexicanos no sólo consistía en actividades incesantes, sino también la espera en muchos sentidos. Desde siempre, los bancos son lugar donde la paciencia cobra sus verdaderas dimensiones. Durante los tiempos revolucionarios, abrir una cuenta o hacer

cualquier transacción implicaba una operación de difícil conclusión. Era una aventura casi kafkiana: incompetencia de los operarios, papeleos cuadruplicados y el trajín tortuoso por las ventanillas hasta finalizar el proceso.

Mujeres y hombres en las ventanillas de un banco, Ciudad de México, México, ca. 1915. Fotografía Hermanos Casasola. © 5416 Secretaría de Cultura-*INAH*-*Sinafo*-*FN*, México



Gente esperando en una estación ferroviaria la llegada de provisiones. Agosto de 1915. Fotografía Hermanos Casasola. © 5523 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-EN, México.

La desesperación de los mexicanos durante los años más cruentos de la guerra fue alentada por la cada vez más notoria escasez de alimentos. El sistema productivo del país se vio afectado en sus comunicaciones, lo cual implicaba la ralentización de los envíos de productos alimentarios a las principales ciudades o,

cuando descarrilaban los trenes, la nulidad de los mismos. Las filas en los depósitos a veces duraban tanto que, macilentos y pálidos, regresaban una y otra vez con la esperanza de que hubiera algo de harina, azúcar o chocolate con lo cual paliar la tremenda hambre.



“... la destrucción de las cosechas, hizo de 1915 un año de hambre. En la ciudad de México la hambruna y la propagación de epidemias de tifoidea y viruela provocaron la muerte de 5% de su población,

haciéndolo el año de mayor mortandad en su historia moderna.”

Claves de la historia económica de México. El desempeño de largo plazo (siglos XVI-XXI).

Fila durante reparto de alimentos en la hambruna de la Ciudad de México, ca. 1915. Fotografía Hermanos Casasola. © 5146 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-EN, México.



Gente al interior de un banco, ca. 1918. Anónimo. Colección particular.

“Las monedas de plata siguieron usándose predominantemente en todo el país, aunque se acuñaron monedas de oro. El oro se empleaba para pagos internacionales. Lo que de hecho ocurrió fue un patrón de cambio con circulación interior de plata, que prevaleció hasta junio de 1913. De 1913 hasta fines de 1916 surge el papel moneda que sustituye a las monedas metálicas. Aquí, aparece por primera vez el patrón papel. Esta evolución ocurre en los momentos más álgidos de la Revolución Mexicana... En 1916, la Casa de Moneda de México reanuda

la acuñación de monedas de oro en gran escala y se provoca el desatesoramiento de monedas de oro y plata. Esto alcanzó tal magnitud que el Gobierno decidió sustituir el patrón cambio oro, que de hecho existía, por un patrón oro puro efectivo en noviembre de 1918, situación que se prolongó hasta junio de 1919.”

Ernesto Ramírez Solano,
Moneda, Banca y Mercados Financieros: Instituciones e Instrumentos en países en desarrollo.



Banco de Londres y México, vista parcial, ca. 1918. Fotografía Hermanos Casasola. © 125573 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.

“El primer banco comercial extranjero que estableció operaciones en México fue el Banco de Londres y México, fundado en 1864 durante el imperio de Maximiliano, siendo corresponsal del banco Baring de Londres; esta institución extranjera ejerció un papel importante en el financiamiento de la minería y el comercio; financió además a algunos grupos políticos y de agiotistas para

quienes realizaba diversas transacciones financieras internacionales de relevancia. Este banco tenía agencias en los principales puertos y las principales ciudades mineras del país.”

Eugenia Correa,
Economía financiera contemporánea.



Mujeres y niños aguardan en fila para reparto de alimentos, ca. 1915. Fotografía Hermanos Casasola. © 5636 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.

“Las deficiencias de los ferrocarrileros entorpecían en comercio y agravaban el problema del suministro de alimentos. Los comerciantes, ansiosos por embarcar su mercadería, tenían que pagar grandes

sobornos y en algunos casos recurrir a las más altas autoridades de la zona.”

Alan Knight,
Repensar la Revolución.



“La Revolución ha contaminado el esplendor de la ‘grandeza natural’. La lucha se ha entablado ya no por verdaderas ideas políticas sino por distintos conceptos de la belleza. Axkaná, conciencia clara del relato y único superviviente de la masacre de Huitzilac, advierte al ver morir a su amigo que sus destinos no son paralelos y esa disparidad se manifiesta no sólo en la

trayectoria que recorre un cuerpo cuando cae abatido por un tiro, mientras el otro permanece de pie al no haber sido tocado por las balas, sino por la posición de sus sombreros respectivos [...]”

Margo Glantz,
Sobre La sombra del caudillo de Martín Luis Guzmán.

Departamento de sombrerería de los grandes almacenes de ropa y novedades Las Fábricas de Francia, Puebla, Puebla, México, ca. 1918. Postales de las *Fábricas de Francia*. Colección particular.



Mujeres en una tienda, ca. 1915. Anónimo. © 41446 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.

“La botica vende hasta treinta y tantos pesos de digestivos, amoniaco y ‘tomas’ para el dolor de cabeza; en el empeño, reciben hasta por valor de trescientos pesos de herramientas, cobijas, rebozos, enaguas, camisas y otras prendas de vestir; el boletero de los tranvías se queja de que le han metido hasta cinco pesos de plomo; de los atrios de cartel desaparecen todos

los mendigos titulados; en las colonias –almácigos de gente de uña– no se encuentra un ratero ni para un remedio; se cierran algunos establecimientos cercanos al campo de Agramante [...]”

Ángel de Campo,
Las antiguas verbenas.



Gente acudiendo por agua, 1915. Fotografía Hermanos Casasola. © 41444 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.

La Ciudad de México, a pesar de haber sido fundada en medio de un gigantesco lago, carecía del líquido vital. Ese, de hecho, ha sido siempre su problema. Durante la Revolución, el surtimiento de agua se interrumpió constantemente. La gente, desesperada, trataba de calmar su sed de las formas menos imaginables. En el año del hambre, las calles de la capital amanecían con grandes boquetes realizados por las personas tratando de hacer pozos

artesianos, y cuando había, se formaban en grandes hileras esperando les tocara algunos cuantos litros de agua en mal estado. En el caso de esta imagen “como los zapatistas cortaron el agua en Xochimilco, las familias tienen que hacer colas para proveerse en los pozos artesianos de este preciado líquido.”

Gustavo Casasola,
Historia gráfica de la Revolución Mexicana, 1900-1960.



Tienda de abarrotes, Morelia, Michoacán, México, ca. 1908. Anónimo. Biblioteca del Congreso, Washington, DC.

La carestía alimentaria, efecto inevitable y común denominador de todo proceso atípico de un Estado en convulsión, necesitaba en muchas ocasiones del milagro administrador de las provisiones disponibles mientras pasara el huracán bélico de los ejércitos.

Las monedas de níquel pertenecen a una familia distinguida, pero han venido a menos y tienen que codearse, en el cesto

de las compras, con rábanos, zanahorias y lechugas. Viven, por así decirlo, en casa de vecindad. No van a bailes ni frecuentan los salones del Jockey Club, ni juegan al póker con Rafael David, ni apuestan a Colonche contra Halcón, ni salen en tren expreso a recibir al marqués de San Basilio.

Manuel Gutiérrez Nájera,
La moneda de níquel.



Tienda El Juguete, propiedad de Luciano L. Díaz, ca. 1930. Anónimo. Museo de Historia de Ciudad Mendoza, Veracruz.

Las tiendas de variedades, antes y después de la Revolución, ofrecían a los clientes una diversidad de productos manufacturados tanto en México como en el extranjero. Los productos norteamericanos pronto comenzaron a desplazar a los europeos,

gracias a sus bajos precios y el uso que proyectaban desde su país de origen como el modo de vida moderno de la *american way of life*, irrefrenable ya en las décadas posteriores del siglo XX mexicano.



Gente espera que abran una panadería, ca. 1915. Fotografía Hermanos Casasola. © 41472 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-EN, México.

Los extremos de la crisis económica emanada de la Revolución fueron consecuencia directa de las decisiones políticas que cada bando tomaba. La harina pronto dejó de llegar a la capital de la república y las filas afuera de los establecimientos comenzaron a aparecer. Sin embargo y a pesar de ello, el resultado

fue el establecimiento de “pequeños e improvisados molinos de trigo, nacidos como exigencias de la guerra, en torno a las ciudades, fueron la cuna de una industria harinera.”

José C. Valadés,
Historia General de la Revolución Mexicana.



Filas para comprar víveres, 1915. Fotografía Hermanos Casasola. © 41475 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-EN, México.

“El país volvió a tener un gobierno constitucional, después de cuatro años de sangrienta lucha en la que por la guerra, el hambre y la epidemia de tifo murieron alrededor de un millón de mexicanos. Los cuatro jinetes del Apocalipsis habían cabalgado furiosos e incansables por todo el inmenso territorio de la nación. Y para honrar a nuestros muertos, los

revolucionarios sinceros y los que por azar ocupan altos puestos gubernamentales debemos, para celebrar con dignidad cada 5 de febrero la promulgación de nuestra Carta Magna, trabajar sin tregua para que se cumplan sus postulados fundamentales.”

Jesús Silva Herzog,
Breve historia de la Revolución mexicana.



Fortino Sámano fuma un cigarro antes de ser fusilado, 12 de junio de 1917. Fotografía Hermanos Casasola. © 6013 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.

“No me quedaba odio en el pecho; nadie lo tiene cuando va a morir; todo lo contrario, la conciencia rebosa energía. Ciertamente que los miembros flaquean por miedo del dolor físico, pero el ánimo se pone alerta. La vida entera, rápidamente recordada, parece un incidente de un camino muy largo. Comienza a borrarse la noción del tiempo, a un grado que lo más reciente se confunde con los sucesos remotos y viceversa. Mejor

dicho, todo aparece renovado y luminoso; la misma idea de la muerte nos revela aspectos piadosos de redención. Y parece que todo nuestro ser implora: ‘Señor, recíbenos en tu seno, perdónanos en haber vivido y condúcenos, líbranos pronto de todo esto...’”

José Vasconcelos,
El fusilado.



“Buen número de calles céntricas de la capital de la República fueron transformadas en campo de batalla. Combates con fusiles, ametralladoras y cañones de todos los calibres; muertos y heridos a centenares, tanto combatientes como ciudadanos pacíficos; edificios destruidos y averiados; la vida civil interrumpida; miedo y hambre en no pocos hogares por la dificultad de comprar

alimentos; escándalo internacional por los hechos mismos, que amplificaban los corresponsales extranjeros; barcos de guerra norteamericanos en aguas de Veracruz; y el embajador de los Estados Unidos, Henry Lane Wilson, amenazando con la intervención.”

Jesús Silva Herzog,
Breve historia de la Revolución mexicana.

Fila para adquirir alimentos, Ciudad de México, ca. 1915. Anónimo. Biblioteca del Congreso, Washington, DC.



“Don Venustiano Carranza realizó hazañas gigantescas para reivindicar un orden legal interrumpido bruscamente por la usurpación militar. Desde enfrentarse con el poderío material de Victoriano Huerta hasta el instante de vencer, en lucha tenaz, a los incomprensivos que, disgregando el ejército del pueblo, pusieron en peligro la realización de los ideales revolucionarios. Mas, su obra gloriosa, la que ha permitido realizar hondas transformaciones en la estructura económico social de México, es la Constitución de 1917. Como toda ley, la Constitución ha podido tener el color del cristal con el que se viese. Su uso, su aplicación, su alcance habrían de ser aquellos que a juicio de sus intérpretes fuesen más eficaces.”

Félix F. Palavicini,
Historia de la Constitución de 1917.

Alfonso Cravioto, Rafael Nieto, Jesús Acuña, Félix F. Palavicini y José Natividad Macías, 1917-1920. Fotografía Hermanos Casasola. © 40340 Secretaría de Cultura- INAH-Sinafo-FN, México.



El cuartel general, sede del poder encargado del orden civil en las calles de la Ciudad de México durante la ocupación constitucionalista, ejecutó una orden singular. La calle de Madero, pronto se vio pletórica de comerciantes y abarroteros: “acusados por el Cuartel general de [ser] acaparadores de los artículos de primera necesidad, fueron obligados a barrer las

calles... Frente a Sanborns y escoltados por fuerzas de la guarnición” barrieron hasta dejar limpias las principales avenidas de la capital.

Gustavo Casasola,
Historia Gráfica de la Revolución Mexicana, 1900-1960.

Comerciantes barriendo la avenida en la Cd. de México, ca. 1915. Fotografía Hermanos Casasola. © 41465 Secretaría de Cultura- INAH-Sinafo-FN, México.



Billete de un peso del gobierno provisional de México, anverso y reverso, 1914. Colección Particular.

“Tras la derrota de zapatistas y villistas, los constitucionalistas tomaron la ciudad de México que se hallaba sumergida en una fuerte crisis económica y mercantil, de la cual no se tiene noticia en otras plazas del país. La capital, en tanto que caja de resonancia de los sucesos políticos y económicos, se encontraba en 1915 fuertemente resentida por la desarticulación del sistema monetario dominado por el dinero fiduciario y

hambriento por la ausencia de metálico, que había prácticamente desaparecido de la circulación.”

Leonor Ludlow, “La quiebra financiera y la debacle monetaria (1908-1916)”, en: *México en tres momentos: 1810-1910-2010. Hacia la conmemoración del Bicentenario de la Independencia y del Centenario de la Revolución Mexicana. Retos y perspectivas.*



“El teniente Felipe Acevedo y el cabo José Aguilar, que tuvieron la guardia de los falsificadores el 13 de noviembre, fueron fusilados a causa de la huida del reo Leopoldo Cardona. A las 10 de la mañana del 1º de diciembre fueron llevados del Palacio Nacional a la Escuela de Tiro, a donde llegó el general Juan Mérida cuando los condenados estaban ya en el cuadro de ejecución; se acercó el jefe de día y le

ordenó ‘se suspendiera la ejecución’ hasta nueva orden. Llegaron las 4 de la tarde y nuevamente fueron conducidos al paredón el teniente Felipe Acevedo y el cabo José Aguilar, los que con sangre fría escucharon la voz de ‘fuego’ que los privó de la vida.”

Gustavo Casasola, *Historia Gráfica de la Revolución Mexicana, 1900-1960.*

Fusilamiento de falsificadores de moneda, octubre de 1915. Anónimo. © 451089 Secretaría de Cultura- INAH-Sinafo-FN, México.



“Así las cosas, la mano de obra barata, concurrente con una densidad de población relativamente alta, en forma aparente favorecía los intereses de los hacendados; pero en la realidad, la carencia o escasez de los recursos de las masas populares determinaban su falta de capacidad adquisitiva y propiciaban el subconsumo de los alimentos básicos; de tal suerte, un año de cosechas abundantes ocasionaba graves problemas al propietario agrícola que ante un mercado insuficiente y estacionario tenía que conformarse con ver su producción depreciándose, almacenada en las trojes, sin salida al mercado local que se encontraba saturado; ni al nacional, por la falta de comunicaciones adecuadas y rápidas, lo que motivaba cada vez que esto ocurría una situación de crisis para los agricultores.”

Manuel M. Moreno,
Historia de la Revolución en Guanajuato.

Mercado en Guanajuato, México, ca. 1905. Fotografía Charles B. Waite.
© 120598 Secretaría de Cultura-
INAH-Sinafo-FN, México.

AGRARISMO, ESPÍRITU LEGENDARIO DE LA REVOLUCIÓN

El zapatismo, como movimiento reivindicador de los derechos de los pueblos sobre sus tierras, fue el contrapeso social del contenido político del maderismo. Y no es que el caudillo demócrata no fuera consciente de la existencia de esta problemática, sino más bien la urgencia del cambio político y la libertad democrática le ocuparon más en las tareas que la Revolución planteaba como urgencia ineludible la cual había que atender.

Cuando Emiliano Zapata se levantó en armas, no tenía similares intenciones a las de otros caudillos. Era un cambiar para no cambiar, volver a un punto anterior en el tiempo originario para devolver a los campesinos lo que legítimamente les correspondía, la herencia arrebatada por la insaciable apetencia feudal, lógica esencial de las haciendas del centro del país. El zapatismo es una metáfora de las luchas sociales enclavadas en las regiones más profundas de la historia mexicana, contenido del memorial de agravios cometidos contra el agrarismo de estas tierras que van más allá del siglo liberal y las centurias virreinales. Es el cambio que no transforma, que no anhela otra cosa sino la tradición heredada de los

que les precedieron para forjar hasta el fin de los tiempos su propia identidad como pueblo.

Como nunca antes ningún movimiento había sido tan personalista como el de Zapata. En él se funden el reformismo social velado, circunscrito a un pedazo de tierra del que brotaban los maizales, alejado de los ilusorios ideales maderistas que no llegaron a ser su bandera en el frente. La gran tragedia nacional, desde esta perspectiva, residía en el campo lleno de surcos de donde no podía cosecharse otra cosa que no fuera discordia contra el opresor, injusticia en la posesión del terruño y la promesa de que el combate en los límites de Morelos daría a cada quien lo que merecía.

Sin desfavorecer el balance posterior que sobre esto se ha expresado en la historiografía, es justo señalar su importancia capital en la inclusión de sus aspiraciones en el Artículo 27 de la Constitución, sino también como el inicio de todas las luchas posteriores que realizó el movimiento agrario cuyas consecuencias todavía advertimos actualmente. El agrarismo es, sin duda, el espíritu legendario de la Revolución mexicana.



Mitin campesino en Tlalpan, ca. 1916. Anónimo. © 5374 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.

Los zapatistas dominaban Tlalpan en tiempos de don Venustiano Carranza. Literalmente, la Revolución envolvió a la capital desde el sur con el brío zapatista.

Si consideramos que la revolución del sur fue un proceso ofensivo sustentado en la propia fuerza del pueblo y una lucha humana por la vida; que describió un trayecto del campo a la ciudad, desde la montaña de Ayoxuxtla a

la ciudad de México; y si consideramos que su bandera, el Plan de Ayala, llevó inscrito el propósito de la liberación social y la liberación nacional, se apreciará igualmente que la contrarrevolución fue en cada aspecto lo contrario.

Francisco Pineda Gómez,
La revolución del sur: Historia de la guerra zapatista 1912-1914.



Campesinos en el patio de una hacienda, ca. 1910. Anónimo. © 469949 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.

Cuando la Revolución cambió las condiciones de trabajo imperantes en el porfiriato se transformaron las relaciones de los campesinos con la antigua hacienda.

En estas condiciones, la pequeña propiedad campesina, presente o futura, representa un papel económica y socialmente progresivo

y revolucionario. La propiedad parcelaria se convierte así en el motor de la acción revolucionaria de los campesinos contra la gran hacienda basada en el peonaje...

José Luis Calva,
Los campesinos y su devenir en las economías de mercado.



Bodega de una hacienda henequenera, Yucatán, ca. 1915. Anónimo. Fototeca Pedro Guerra, UADY.

“La fibra se lleva en un tranvía al secadero, donde adquiere el color del sol. Después se transporta en el tranvía, se prensa en pacas, y pocos días o semanas más tarde, el observador podrá verla en Progreso, el puerto de Yucatán, a unos 35 kilómetros al norte de Mérida, donde se carga en un buque generalmente británico. Los Estados Unidos compran casi todo el henequén de Yucatán, del cual nuestro trust cordelero,

considerado como afiliado a la Standard Oil absorbe más de la mitad. En 1908, el precio de la fibra de henequén en pacas era de ocho centavos por libra, y un tratante de esclavos me dijo que su costo de producción no era mayor de un centavo.”

John Kenneth Turner,
México bárbaro.

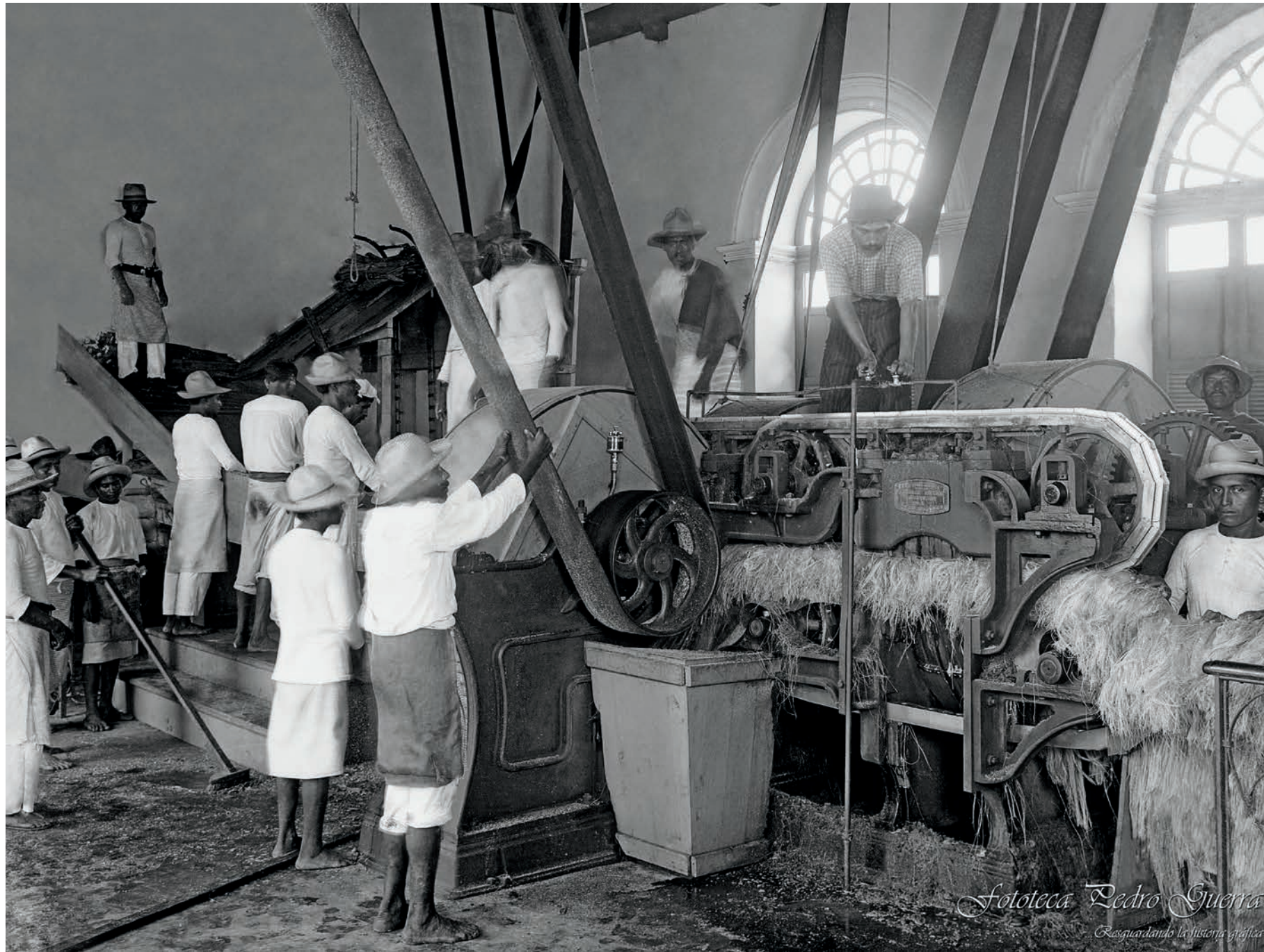


“El trapiche pesó sobre la tierra después de haber pesado sobre el lomo vencido de los indios. Su mole se asentó, resguardado de la intemperie, por un cobertizo de tejas ennegrecidas. [...] Y el trapiche permanecía allí, quieto, mudo como un ídolo, mirando crecer a su alrededor la caña que trituraría entre sus mandíbulas. Pero en el día de su actividad se desperezaba con un chirrido monótono, mientras a su alrededor giraban dos mulas viejas, vendadas de los ojos, y

en el cañaveral los indios ondeaban sus machetes, relampagueantes de velocidad entre las filudas hojas de la caña. [...] Bajo el cobertizo crecía también el jugo, rasando los grandes moldes de madera. Y el bagazo, arrojado por la máquina, se acumulaba desordenadamente.”

Rosario Castellanos,
Balún Canán.

Tlachiqueros trabajando en el campo, ca. 1908. Fotografía Hugo Brehme. Colección particular.



Desfibradora de henequén en la hacienda Sacapuc, Yucantán, México, ca. 1905. Anónimo. Fototeca Pedro Guerra, UADY.

“Las hojas de henequén, una vez cortadas, se llevan a un gran edificio construido en medio del ‘casco’ de la finca, donde se elevan por medio de un montacargas y se colocan en una banda móvil que las conduce a la desfibradora. Esta es una máquina con fuertes dientes de acero que

raspas las gruesas hojas, de lo que resultan dos productos: un polvo verde, que es desperdicio, y largas fibras como cabellos de color verduzco, que es el henequén.”

John Kenneth Turner,
México bárbaro.



“Hay una infinidad de chicas salidas de todas las clases de la sociedad que condenadas á la miseria, buscan con el trabajo de sus manos un triste alimento, y hallan á fuerza de sudores un miserable refugio contra el hambre y la infamia. Este

es el principio de esas obreras que sustentan la moda, para el mayor provecho del prójimo.”

Los mexicanos pintados por ellos mismos. Tipos y costumbres nacionales.

Secadero de Henequén, Mérida, Yucatán. Postal. Anónimo. Colección particular.



Trabajadores henequeneros coreanos, ca. 1915. Anónimo. Fototeca Pedro Guerra, UADY.

“De acuerdo con el censo mexicano de 1900, los 850 chinos que vivían en Sonora constituían apenas una tercera parte de todos los chinos de México. En vísperas de la Revolución Mexicana (1910–1920) que buscaba derrocar a la dictadura de Porfirio Díaz, quien había abierto las puertas de México a los inmigrantes chinos, una cuarta parte de los 1.313 000 de chinos que habían emigrado a México vivía en Sonora. En un estado que se caracterizaba por su población extranjera norteamericanos,

franceses, alemanes y españoles los chinos se habían convertido en la comunidad de inmigrantes más grande. Además, se había creado un lugar especial en la economía local.”

Evelyn Hu-DeHart,
“Inmigrantes a una frontera en desarrollo”
en: *Cuando Oriente llegó a América, Contribuciones de inmigrantes chinos, japoneses y coreanos.*



“–Malas tierras, compadre. Yo ni regaladas las querría. –¡Quién sabe! Asómese y mire para allá. ¿Devisa una torrecita blanca? Pues es la hacienda de ‘La Brisa’, de don Alberto Fuentes, veinte caballerías de primera y ciento noventa de monte agostadero. –¡Hum! La pasadita no invita a bajar, compadre. ¡Esto no da más que cal!

–Aquí mero, sí. Pero nomás camínele para allá, para el río Prieto y ¡qué chulas labores en ‘La Brisa’. A don Alberto no lo ahorcan ahora por doscientos mil pesos.”

Mauricio Magdaleno,
San Andrés de la Cal.

Residencia junto a plantación, ca. 1880–1900. Empleados de la fundición de acero en Aguascalientes, Aguascalientes, 1905. Anónimo. Biblioteca del Congreso, Washington, DC.

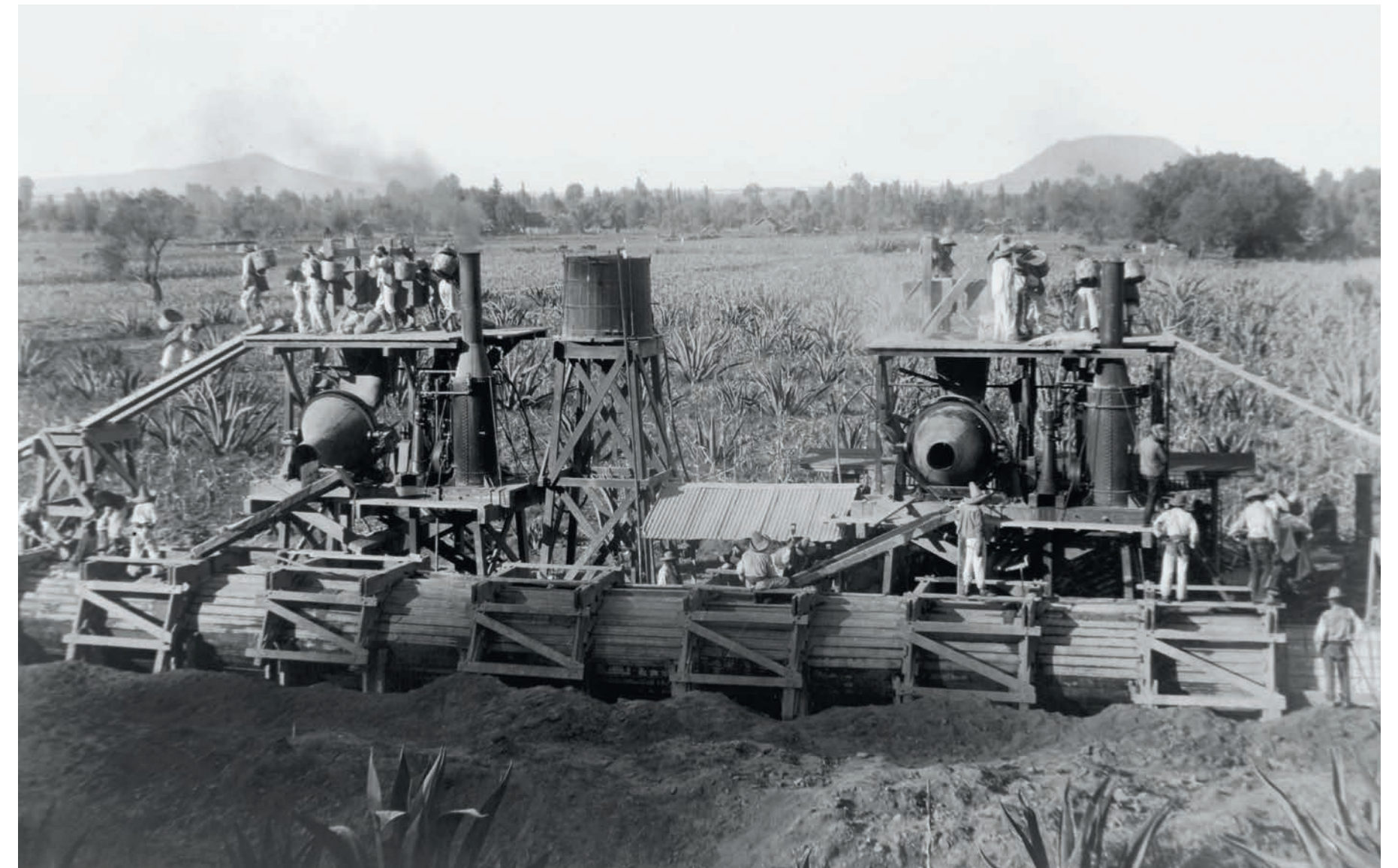


Trapiche triturador de caña de azúcar en México, 1905. Fotografía Charles B. Waite. AGN.

“El reparto agrario se aceleró con sentido revolucionario. Así, aunque por parte de Zapata existía interés de que las tierras repartidas a los pueblos fueran dedicadas al cultivo de la caña de azúcar, los campesinos optaron por destinarlas a la siembra de maíz, frijol y hortalizas. Con ello, los pueblos de Morelos aseguraron su subsistencia, cuando la inflación, la escasez y la hambruna golpeaban duramente a

muchas comunidades en otras regiones del país. Los ingenios, esto es, las plantas procesadoras de la caña de azúcar, fueron separados de las tierras de cultivo y quedaron bajo la administración de altos jefes militares.”

Fernando Paz Sánchez,
La política económica de la Revolución Mexicana.



Trapiche de una planta azucarera. Anónimo. Colección particular.

Violentar la tierra con el azadón de hierro, la máquina voraz y humeante dirigida por el hombre para rascar la tierra y sacar de los surcos las esperanzas de un pueblo, deseoso de libertad y progreso.

La industria mexicana, impulsada por la tecnología sólo pudo mantener un crecimiento sostenido en la década de los años veinte.



Peones desgranando maíz, Guadalajara, México, ca. 1903. Fotografía Charles B. Waite. Biblioteca del Congreso, Washington, DC.

La abundancia, poco frecuente en el México revolucionario, era atribuible a la piedad de los antiguos dioses, a la bondad del caudillo intermitente o la buena suerte de los pueblos beneficiarios de los caprichos de la naturaleza. “Ahora un tupido maizal. Una

mazorca rompiendo la panoja le enseñó los dientes. Y eso es el colmo, porque no lleva una sola gota de aguardiente en la cabeza.”

Mariano Azuela,
Esa sangre.



Decimos: “Nuestra tierra”

Decimos: ‘Nuestra tierra’,
como pueden decirlo los árboles que un día
fueron una semilla llevada por el viento
al seno oscuro y dulce,
al seno silencioso,
a la germinación humilde,
a la gota del agua, a la caricia
del sol; como los árboles
que años después tendieron su brazo a la
aventura,
su arrullo al nido, su saludo al día,
sus hojas a los cielos y su fruto a los
hombres.

Decimos: ‘Nuestra tierra’,
porque en ella se afirman nuestras hondas
raíces [...] Mérida o Guanajuato, Mazatlán o
Saltillo

Torreón o Puebla,
O Morelia o Querétaro,
por dondequiera el corazón que guarda
tu imagen, tu latido, tu perfume,
vuelve a hallarse en tu clima,
reza en tus templos, vibra en en tus
campanas,
reconoce el amor de tus ventanas,
sueña en tus noches plácidas,
vaga en tus calles recobrada infancia
y halla en el rostro amigo
y en la sonrisa clara
al hermano que aguarda a sus hermanos.

Salvador Novo

Cortadores de fruta, Yauhtepec, Morelos, ca. 1910. Anónimo. IISUE, UNAM.



Contratantes del grupo de trabajadores de la plantación de Jaltipán, Chiapas, México, 1905. Fotografía Charles B. Waite. ACN.

“Cada hacienda disponía de los llamados ‘enganchadores’, encargados de conseguir trabajadores de la hacienda. Los ‘enganchadores’ se iban a los pueblos o a los centros urbanos donde, a base de engaños y de adelantos de dinero, lograban que campesinos pobres o la plebe citadina se comprometiera para trabajar las fincas. Es evidente que este cuadro variaba no sólo en el interior de las regiones que conformaban la zona sur, sino también de una hacienda a

otra. En general, las condiciones de trabajo eran muy duras, y se llegó a practicar un sistema de esclavitud encubierto bajo el peonaje por deudas, tal como lo narra J. K. Turner.”

Alejandro Tortolero Villaseñor, *De la coa a la máquina de vapor. Actividad agrícola e innovación tecnológica en las haciendas mexicanas, 1880-1914.*



“Comenzaba en noviembre el primer día en que el café en cereza era cosechado y continuaba hasta abril o mayo. Era una actividad económica estacional que se extendía de tres a siete meses. La producción del café y la preparación del grano del café por medio del método de

secado en las pequeñas propiedades, los ranchos (propiedades medianas), incluso las haciendas era un trabajo segregado.”

Raymund Buve y Heather Fowler-Salamini, *La Revolución mexicana en el oriente de México, 1906-1940.*

Vista de una parte de la casa principal y peones de una hacienda cafetalera, 1906. Fotografía Charles B. Waite. ACN.



Peones de la plantación San Leandro, Chiapas Rubber Co., Chiapas, 1901. Fotografía Charles B. Waite. AGN.

El gobernador constitucionalista José Agustín Castro "...estableció la Dirección General de Educación Pública del Estado con la finalidad de fomentar la educación laica y expidió el edicto en que se suprimía las jefaturas políticas. A la vez expidió el decreto sobre las disposiciones que precedieron a la ley de Relaciones Familiares y la facultad para reorganizar el catastro. [...] Además por la serie de medidas que garantizaban al

obrero chiapaneco mejores condiciones de vida al declarar abolidas las deudas de los sirvientes y al prohibir la creación de otras. [...] proscribió las tiendas de raya y estableció un salario mínimo. Fijaba la jornada máxima de trabajo y concedía otras prestaciones de importante significado para el obrero y jornalero."

Octavio Gordillo y Ortiz,
La Revolución en el estado de Chiapas.



Peones trabajando en las plantaciones de café, 1906. Fotografía Charles B. Waite. AGN.

"Débase el odio que va despertando la hacienda el acrecentamiento del número de rancharías, que a pesar de ser subsidiarias de las grandes fincas, sus habitantes y trabajadores gozan de más libertades; débase también a lo mismo el desarrollo

aunque endeble de los ranchos, de las congregaciones y de las comunidades indígenas."

José C. Valadés,
El porfirismo.



Hacienda de Tuxpango, Veracruz, 1890. Fotografía Alfred Briquet. © 460995 Secretaría de Cultura- INAH-Sinafo-FN, México.

“Además de pasar la vida en suma necesidad, de aquejarlo del hambre, las enfermedades lo hacían andar más desgraciado. Un mal se añadía a otro mal. Eran continuas las dolencias [...] Era necesaria mucha paciencia y sufrimiento para poder conlleva tan duros encuentros con la desdicha. [...] La desventura se le había metido en los huesos.

Miraba triste y caminaba despacio porque los males lo atenaceaban constantemente. No podía apartarlos de sí con ningún remedio.”

Artemio de Valle-Arizpe, “Luces en la Sombra”, en: *Sala de tapices*.



Zapatistas descansando bajo la sombra de un árbol, ca. 1916. Anónimo. Colección particular.

“A fines de la primavera, una conjunción de factores propició de nuevo la calma. La serie de ataques a pueblos importantes había agotado a los zapatistas que, sin triunfos importantes, contaban con pocas municiones. Comenzó la retirada hacia los refugios en las montañas para descansar y reorganizarse. En el ámbito político, las voces de los moderados cobraron mayor fuerza que la de [Juvencio] Robles y se propiciaron nuevos intentos de conciliación.

Pero quizá más importante fue la llegada de las lluvias y de la temporada de siembra, factores que alentaron la calma: ‘...habían empezado las lluvias y era el tiempo de sembrar, por lo cual muchos soldados rebeldes se fueron a sus casas para trabajar los campos.’”

Alan Knight, *La Revolución Mexicana: Del Porfiriato al nuevo régimen constitucional*.



La hacienda de Atlihuayán, Morelos, fue una de las haciendas azucareras más importantes durante el porfiriato, propiedad de la familia Escandón y que sería una de las primeras en dividirse para ser repartida entre los campesinos durante la Revolución mexicana por las tropas zapatistas. 1914. Anónimo. IISUE, UNAM.

En la hacienda de Atlihuayán, Morelos, ocurrieron actos de abuso hacia los campesinos que la Constitución de 1917 combatió en su legislación.

En 1903, Escandón le ordenó al administrador de su hacienda de Atlihuayán que levantase una cerca que se comió casi 1 200 hectáreas de las tierras de pasto comunales de Yautepec. El ganado de los campesinos, acostumbrado a pastar allí, derribó la cerca en algunos lugares y se metió

en el territorio que ahora pertenecía a la hacienda. Los guardias de ésta acorralaron los animales y los devolvieron solamente después del pago de una fuerte multa. Parte del ganado incautado murió por falta de alimento, otros animales fueron vendidos, los dueños de otros más fueron encarcelados por haberles dejado invadir el terreno.

John Womack,
Zapata y la revolución mexicana.



“En la Revolución, nunca se mostró mejor vida que en el anuncio de la muerte y fueron los fusilamientos los momentos favoritos de estas imágenes para encarnar. Cualquier ojo aguzado se daba cuenta que por ahí rondaban sin falta las entrañas de la vida. En cualquier fusilamiento se podía ver cómo aparecían, quién sabe de dónde, las imágenes para apoderarse del hecho, para

revitalizarse con su fuerza y para irse a vivir a la cuerda floja, al instante al relámpago; y cómo surgían, quién sabe cómo, los hombres valientes, y más que valientes: los hombres amorosos de su vida.”

Jorge Aguilar Mora.
Una muerte sencilla, justa eterna. Cultura y guerra durante la revolución mexicana.

Fusilados por tropas zapatistas en Ayotzingo, Morelos, México, ca. 1913-1917. Fotografía Hermanos Casasola. © 63752 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México



Emiliano Zapata firma un documento, México, ca. 1914-1919. Fotografía Hermanos Casasola. © 4713 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.

“Y el 22 de agosto de 1917, en oficio circular insiste en su demanda de crear escuelas diciendo a los jefes militares: ‘...dentro de la zona en que usted opera pueda instalar el mayor número de escuelas primarias, pues no se escapa a la penetración de usted que la generación de mañana está recibiendo perjuicios que serán del todo irreparables sin [sic] no se remedia el mal en este tiempo, pues la época en que un individuo puede y debe concurrir a la escuela no es en cualquier momento de su

vida sino únicamente en la niñez.

“Ahora bien, usted sabe perfectamente que uno de los ideales por los que estamos en la lucha, es el fomento de las Institución Pública, y sí bajo el pretexto de que la época por la que atravesamos es anormal fuéramos a descuidar tan importante ramo, sería contravenir nuestros mismos ideales, lo que por ningún motivo debe suceder...”

Germán List Arzubide,
Emiliano Zapata (Exaltación).



Hacia 1917, Cuernavaca se había convertido en el teatro de guerra más importante entre constitucionalistas y zapatistas. La llegada de González a Cuernavaca significó el abandono casi total por parte de los habitantes debido a la cruenta guerra que se libró en contra de Zapata.

Después de la cosecha Zapata reanudó de pronto la ofensiva en Morelos. El 1º

de diciembre, desde el cuartel general restablecido en Tlaltzapán, lanzó coordinados ataques por sorpresa contra las guarniciones de Cuernavaca, Yautepec, Jojutla, la hacienda de Treinta, Jonacatepec, Axochiapan, Paso del Muerto e Izúcar de Matamoros, Chietla y Atlixco, en Puebla.

John Womack,
Zapata y la Revolución mexicana

El general Pablo González, visita las trincheras del “Bl(a)k Jaus”, Cuernavaca, 13 de febrero de 1917. Fotografía José Mora. ACN



Los asaltos y descarrilamientos de trenes eran muy comunes. Muchos de ellos quedaron consignados en los corridos que se cantaban en la Revolución. Ejemplo de ello es la 'Gran tragedia del horrible asalto que sufrió el tren de Tepehuanes', de Gonzalo Raymundo:

Señores, pongan cuidado
Prestarme buena atención;
De lo que acaba de pasar
Voy a dar información.

El veintisiete de mayo,
presente lo tengo yo,
el tren que iba a Tepehuanes
sangriento asalto sufrió.

Gran sorpresa recibieron
toditos los pasajeros
al ver que estaban rodeados
por más de cien bandoleros.

Les decía Marcial Ortiz,
a todos sus bandoleros:
"Súbanse pronto a los carros
a ver si encuentran dinero".

Y la escolta que allí iba
por dos horas combatió
pero en ese poco tiempo
bastante gente murió.

Cuando ya quedaron dueños
del campo los bandoleros
comenzaron a robar
a todos los pasajeros.

Hasta el mayor Balerazo
que iba a esta ciudad
de dinero le quitaron
una gran cantidad.

[...]

Por los datos que aquí ha habido
y se dice que son ciertos
de ese asalto que ha ocurrido
quedaron cincuenta muertos.

Ya se acabó la tragedia
de ese tren que fue asaltado
señores yo no lo vi
pero así me han platicado.

Vagones de pasajeros volcados
junto a la vía del tren, ca. 1915.
Fotografía Hermanos Casasola.
© 32293 Secretaría de Cultura-
INAH-Sinafo-FN, México.



“En los primeros meses de 1916 el general carrancista Pablo González lanzó una ofensiva en gran escala contra Zapata, arrebatándole el control de las ciudades y partes del campo morelense. A fines de 1916 Zapata había iniciado una contraofensiva que las tropas de Pablo González no pudieron rechazar debido a que Carranza estaba concentrando una cantidad cada vez mayor de fuerzas en el norte de México, tanto para combatir a Villa como en prevención de un conflicto armado con los Estados Unidos. En febrero de 1917 Zapata volvió a controlar todo Morelos con excepción de las poblaciones más grandes.”

Friedrich Katz,
La guerra secreta en México.

Pablo González y revolucionarios en una campaña, ca. 1914. Foto Sosa.
© 39471 Secretaría de Cultura-
INAH-Sinafo-FN, México.



En esta época, los ferrocarriles son un elemento difícil de ignorar. Muchas obras han dejado plasmadas las visiones históricas, poéticas y nostálgicas del viaje en tren. Se trata de un imaginario popular que nos muestra el sentido cultural de la existencia de esas enormes máquinas con sus típicos personajes que continúan vivos en corridos, memorias y relatos revolucionarios.

Iba el tren a Ciudad Juárez,
nadie sospechó el siniestro;
más de repente sintióse horrible
sacudimiento.

La locomotora y ténder se volcaron con
violencia,
aún corriendo por el suelo como espantosa
culebra.

*Descarrilamiento del Ferrocarril Central de
Zacatecas (Corrido mexicano).*

Tren “telescopiado” entre Yautepec
y Ticumán, Morelos, ca. 1915.
Anónimo. HSUE, UNAM.



Pablo González entra victorioso a Cuernavaca, Morelos, 5 de febrero de 1916. Fotografía José Mora. © 41335 Secretaría de Cultura- INAH-Sinafo-FN, México

“Durante los últimos días de 1915 y las primeras semanas de 1916, los revolucionarios de Morelos hicieron una vigorosa resistencia alrededor del estado. Pablo González llegó hasta La Cima, con lo que puede decirse que empezó de nuevo la campaña, pues todo el estado de Morelos, el oriente del estado de México, el sur y occidente de Puebla, parte de Tlaxcala y casi todo el estado de Guerrero estaba en manos de los revolucionarios del sur. Cabe

recordar que, para esas fechas, Villa había sido derrotado definitivamente en Sonora y habían caído las importantes plazas de la ciudad de Chihuahua y de Ciudad Juárez. Los constitucionalistas estaban en condiciones de movilizar tropas para combatir a los zapatistas.”

Francisco Javier Gorostiza,
Los ferrocarriles en la Revolución mexicana.



Ozumba, desde antes de que se radicalizaran las luchas entre las facciones, había sido escenario de actos tremendos que consternaron a la población. Además de descarrilamientos de trenes, había ejecuciones de zapatistas por parte de los constitucionalistas:

“En el pueblo de Ozumba perteneciente al Estado de México, fueron fusilados seis zapatistas aprehendidos por los federales

en un combate a inmediaciones de dicho pueblo. De los seis, sólo dos dieron sus nombres: Cristino Peña y Enrique Guzmán, ignorándose los nombres de los otros que no quisieron dar sus nombres a los federales. Todos demostraron un gran temor y miedo al momento de morir.”

Anónimo,
“Fusilamiento de zapatistas en el pueblo de Ozumba, Estado de México”.

Restos del tren de pasajeros en Ozumba volado por zapatistas, ca. 1914, Morelos, México. Fotografía Hermanos Casasola. © 5950 Secretaría de Cultura- INAH-Sinafo-FN, México.



Campeños en una tierra de labor, ca. 1917. Anónimo. Colección particular.

“El sol, a media mañana, hacía reverberar las tablas de laborío anegadas por el riego y las hojas verdenebras de las matas de algodón. La peonada, sembrada por entre el campo, se enderezaba curiosa al paso de la tropa; muchos de aquellos hombres

me conocían bien, pero ninguno de ellos se atrevió a decirme siquiera alguna palabra de despedida.”

Francisco L. Urquiza,
Tropa vieja.



La Casa del Agrarista de la Confederación Nacional Campesina, viejo edificio de la colonia Santa María la Ribera, se estableció durante el cardenismo, con la finalidad de dar alojamiento y comida a los campesinos que llegaban a la Ciudad de México para arreglar algún asunto

Fachada de la Casa del Agrarista 5 de febrero de 1917 el día de su inauguración, ca. 1937. Anónimo. AGN.



Grupo de Diputados Constituyentes que elaboró el Artículo 27. En primer plano, sentados, de izquierda a derecha: Alberto M. González, Rafael L. de los Ríos, José I. Lugo, Pastor Rouaix, Porfirio del Castillo, David Pastrana Jaimés y Dionisio Zavala. Atrás, de pie, José Álvarez, Silvestre Dorador, Antonio Gutiérrez, Jesús de la Torre, Rafael Martínez de Escobar y Alberto Terrones B. Fotografía Mendoza Hermanos. Colección particular.

“Nuevo también es el artículo 123, que por sí solo formó el título sexto y que nació de la discusión del artículo 5º, el cual otorgó numerosos derechos a los trabajadores respecto de las condiciones más humanas del trabajo y de la previsión social, que se desarrolló en treinta incisos. Todas estas conquistas de los asalariados se encuentran en numerosas leyes secundarias europeas aisladas, puestas en vigor a lo largo del siglo XIX; lo original es que en México se hubiesen agrupado e incluido en la propia

Constitución Política las bases para la futura legislación pormenorizada del trabajo, cuando esto era una aberración para los juristas anquilosados, que sólo concebían los textos constitucionales para establecer la forma de gobierno y los derechos del hombre. ¡Como si éstos no lo fueran!.”

Gabriel Ferrer Mendiola,
Crónica del Constituyente.



Venustiano Carranza acompañado de campesinos, ca. 1917. Anónimo. © 5374 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.

“A pesar del interés del gobierno por demostrar a obreros y campesinos, que su actitud hacia ellos sería sustancialmente diferente a la de Carranza, las relaciones no fueron del todo cordiales y hubo momentos de tensión, más con los obreros que con los campesinos. Esto se debía tanto a la capacidad de expresión del primer grupo

frente al silencio tradicional del segundo, como a los compromisos contraídos por De la Huerta con los zapatistas e incluso con los villistas.”

Gloria Delgado,
Historia de México. México en el siglo XX.

EL CONGRESO CONSTITUYENTE

Una convocatoria expedida en el mes de octubre, llamó a los mexicanos interesados en el futuro de su país a postularse como candidatos a diputados para reformar la Constitución de 1857. Los villistas habían sido derrotados. Obregón era extremadamente certero en sus golpes a los enemigos. Nunca falló ninguno y así pasó a la historia como el general invicto de la Revolución mexicana. Zapata, reducido a los límites de las tierras de sus ancestros y a sus peticiones localistas, estaba prácticamente nulificado.

La Convención de Aguascalientes estaba ya lejos del panorama histórico y el gobierno de Carranza quería ser un resumen de la historia del México autónomo. Consumó una “segunda” independencia al lograr echar a los norteamericanos de Veracruz y se alzó con un ejército en el que se nombró, como Agustín de Iturbide, Primer Jefe. Quiso ser como Juárez, y al descender de una dinastía septentrional se cubrió de cierta sombra republicana al viajar como él a través de los caminos mexicanos y formular, como queriendo coronar su actuación, una propuesta de reforma al Estado mexicano. Balanceó con maestría la autoridad emanada del

poder, muy al estilo de Porfirio Díaz y conjugó esos ánimos con los ideales democráticos de Madero que dieron paso a la fase legislativa cuyo fruto sería la Carta Magna promulgada en febrero de 1917. Carranza fue el último reformador venido del porfiriato y el primero de la era democrática del siglo xx.

Los mexicanos de aquel tiempo no han cambiado sino su actitud frente a la democracia, algo nuevo, nunca ejercida en tiempos del héroe liberal venido a menos; que se forman para votar, que se reúnen en las plazas para oír el nuevo bando de la promulgación que ha salido en público pregón. Se informan leyendo o escuchando lo que otros leen en voz alta: los diputados, levantando la mano en señal de juramento, prometen sesionar por la igualdad, la justicia, la paz. Comisiones, juntas, embajadores, generales y pueblo protagonizan la escena. Allanan las calles, abarrotan las avenidas, gritan en los centros de las ciudades y los pueblos para aclamar a quienes han elevado la dignidad de las leyes a obligación irrenunciable y marcado el definitivo rumbo luego de las actividades del Congreso Constituyente, epítome de la democracia revolucionaria.



Llegada de Venustiano Carranza a Querétaro, 1916. Fotografía Hermanos Casasola. Colección particular.

A su llegada a la ciudad de Querétaro, Carranza afirmó:

... al haberme fijado en Querétaro, es porque en esta ciudad histórica, en donde casi se iniciara la independencia, fue más tarde donde viniera a albergarse el Gobierno de la República para llevar a efecto Tratados, que si nos quitaban una parte del territorio, salvarían cuando menos la dignidad de La

Nación [...] Aquí, señores, se expedirán probablemente las últimas leyes, se darán los últimos decretos y tal vez hasta la última Constitución que México necesita para que pueda encauzarse, para que pueda mantener su independencia.

Alejandro Rosas,
El arte de ejercer la autoridad: Venustiano Carranza.



El mitin campesino, con todo lo que implica dentro del juego de fuerzas en el México revolucionario, es muestra de la diversidad de sectores que se posicionaron en el centro de los debates rumbo a la Constitución de 1917. "...de espaldas los sombreros

redondos de los campesinos crean una composición interesante y al mismo tiempo muestran la solidaridad del grupo."

México, país refugio: la experiencia de los exilios en el siglo XX.

Mitin campesino en un jardín, ca. 1917. Fotografía Hermanos Casasola. © 5412 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.



Alfonso Camacho durante la colocación del bando para el Congreso, Querétaro, Querétaro, México, 1916. Anónimo. © 39564 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-EN, México.

“El aspecto más trascendental de la política del periodo fue el proyecto de Carranza para reformar la Constitución de 1857, con el fin de elevar a la categoría de preceptos constitucionales las reformas políticas, sociales y económicas dictadas por los ideólogos del constitucionalismo durante la etapa de la lucha armada. Para tal efecto se hacía necesario convocar a un Congreso Extraordinario que tuviera la facultad de

formular y estudiar los nuevos preceptos. El 19 de septiembre de 1916, Carranza lanzó una convocatoria para las elecciones de los diputados que formarían el Congreso Constituyente, que debía reunirse en la ciudad de Querétro y quedar instalado el 1 de diciembre siguiente.”

Gloria Delgado,
Historia de México.



La primera compañía de a pie de la Policía Constitucionalista, fue una especie de guardia civil que se formó con elementos de los antiguos rurales y efectivos del ejército carrancista. Se estableció en la ciudad de Querétaro para evitar que le gente

perpetrara tropelías y desmanes mientras durara el Congreso. Al parecer fue una buena idea, pues no se supo nunca que dicha corporación tuviera que hacer uso de la fuerza para lo cual estaba facultada.

Primera compañía de a pie de la Policía Constitucionalista de Querétaro, Querétaro, México, ca. 1916-1917. Fotografía Hermanos Casasola. © 82196 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-EN, México.



Diputados frente a la mesa directiva durante sesión preparatoria del Congreso Constituyente, Querétaro, México, 1916. Fotografía Hermanos Casasola. © 39730 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-EN, México.

“Fuimos llegando a la antigua Academia de Bellas Artes de Querétaro, tímidos y reservados. Entre los presuntos de otras partes, teníamos numerosos amigos. Yo conocía a casi todos los jefes militares de prestigio. Aunque nunca tuve grado militar, mi puesto de secretario particular del general yaqui Lino Morales, me hizo tratar no solamente a los hombres del noroeste, sino también a todos los que estuvieron bajos las órdenes del general Obregón en las memorables campañas del Bajío. La sala de Bellas Artes era una antigua capilla recién pintada de blanco. Tendría como diez metros de anchura y veintidós de largo. Estaba bien iluminada

durante el día; por los tragaluces le entraba el sol. Fuimos puntuales desde la primera junta preparatoria, que se celebró el 20 de noviembre, fecha para la cual se nos convocó. A esa junta no se le dio validez, porque don Venustiano Carranza había autorizado que se pospusiera, en vista de la suspensión del servicio de trenes de pasajeros. El mismo Primer Jefe, en parte por *sport*, hizo el viaje a caballo de la Metrópoli a Querétaro, en cinco días. Recorrió el histórico ‘camino de Maximiliano’.”

Djed Bórquez,
Crónica del Constituyente.



Manuel Rojas, presidente del Congreso Constituyente, responde al proyecto de Reforma a la Constitución de 1857, presentado por Venustiano Carranza, 1 de diciembre de 1916. Fotografía Mendoza Hermanos. © 39638 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-EN, México.

“El grupo legalista de la Cámara encabezado por Francisco Escudero y Luis Manuel Rojas, representaba al grupo moderado del Partido Liberal, presidido por Iglesias Calderón; defendía la legalidad por la legalidad misma, y nada más, y ésta era la única base de su apoyo para el Gobierno de Madero. Nadie los consideraba entonces como maderistas. Ellos tuvieron la facultad de rehusar su voto libremente sin comprometer la existencia del presidente y no arriesgando más que las propias vidas. Hicieron bien. Nosotros, los maderistas, estábamos en situación enteramente distinta. Con Madero teníamos ligas estrechas de correligionarismo, de fe, de gratitud, de cariño y de amistad personal.

Él era nuestro apóstol y nuestro caudillo, nuestra bandera y nuestra guía; era algo más que el presidente de la República: era el redentor del pueblo. Representaba no sólo la legalidad, sino algo de mayor trascendencia para nosotros: representaba la revolución. Su vida, por lo tanto, era para nosotros necesarísima y había que defenderla a toda costa, no sólo por interés sentimental ni sólo por nuestra amistad, sino también por nuestro deber de revolucionarios.”

Alfonso Cravioto,
Diario de los Debates del Congreso Constituyente, 1916-1917.



Hombre pronunciando discurso en un jardín, Querétaro, Querétaro, México, ca. 1917. Anónimo. © 82283 Secretaría de Cultura- INAH-Sinafo-FN, México.

“Al empezar el primer gobierno constitucional, los actores que ocupaban la escena política apenas percibían la magnitud de los cambios ocurridos y las implicaciones que éstos tenían para las nuevas luchas. La Constitución de 1917 iba a ser el instrumento de una política social desconocida. Tras las reglas escritas se hallaban nuevas posibilidades de acción de los caudillos campesinos que decidieron

patrocinar a las organizaciones obreras y con ellas alcanzar o consolidar el poder... La Constitución entrañaba fuerzas reales de un poder acaudillado, campesino y obrero, que habrían de encabezar los jefes y líderes más sagaces...”

Pablo González Casanova,
La clase obrera en la historia de México. En el primer gobierno constitucional (1917-1920).



“En seguida el C. Licenciado Luis Manuel Rojas, Presidente del Congreso, se dirigió a los señores Diputados en los términos siguientes: ‘¿Protestáis guardar y hacer guardar la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, expedida hoy, que reforma la del 5 de febrero de 1857?’

Todos los ciudadanos diputados presentes, contestaron: –Sí, protesto. A lo que el C. Presidente repuso: ‘Si no lo hicieréis así, la Nación os lo demande’.”

Protesta rendida por los diputados del Congreso Constituyente.

Los diputados constituyentes protestan la Nueva Carta Magna, 31 de enero de 1917. Fotografía Mendoza Hermanos. Museo Casa de Carranza, Secretaría de Cultura, INAH.



“Con gran solemnidad e inusitado entusiasmo, fue promulgada, ayer por la mañana, la nueva Constitución Política de la República. La manifestación popular de ayer tarde patentizó la gratitud del pueblo por las libertades que ha adquirido. Fue una manifestación monstruosa la que se efectuó ayer tarde en esta capital, para conmemorar la promulgación de la Constitución de 1857 y patentizar la gratitud del pueblo mexicano por la patriótica participación que tomó el Congreso Constituyente de 1917, para darle las libertades a que era acreedor.”

El Pueblo, Diario de la Mañana. México, 5 de febrero de 1917.

Desfile en honor de la promulgación de la Constitución, Querétaro, febrero de 1917. Fotografía Mendoza Hermanos. Museo Casa de Carranza, Secretaría de Cultura, INAH.



“Jardín Zenea durante la lectura del bando para el constituyente”, Querétaro, Querétaro, México, 1917. Fotografía Hermanos Casasola. © 39659 Secretaría de Cultura- INAH-Sinafo-FN, México.

“Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, que reforma la de 5 de febrero de 1857. Por tanto, mando se imprima, circule y publique por bando solemne y pregón en toda la República, para su debido cumplimiento.”

Carta de Venustiano Carranza a Manuel Aguirre Berlanga, subsecretario encargado del Despacho de Gobernación.

Borrador del Decreto en que se reforma la Constitución de 1857 por la de 1917.



Fundando su sede el 25 de octubre de 1916 en la Casa de los Azulejos en la Ciudad de México, el Partido Liberal Constitucionalista tuvo una presencia dominante en la capital de la república y a través de intensas campañas que rindieron atractivos resultados.

El presidente Carranza apoyó el surgimiento del Partido Liberal Constitucionalista, que pretendía ser el partido ‘de los constitucionalistas’, es decir, de los triunfadores –hasta ese momento– de la Revolución mexicana.

Pedro Martínez Castro, *Los partidos de la Revolución: del Partido Liberal Constitucionalista a los albores del Partido Nacional Revolucionario.*

Campesinos y trabajadores afuera del comité electoral del Partido Liberal, 11 de marzo de 1917. Anónimo. © 5355 Secretaría de Cultura- INAH-Sinafo-FN, México.



La participación ciudadana, impulso esencial de la Revolución, tuvo sus primeros atisbos en el ocaso del Porfiriato. Madero, antes de iniciar la revuelta armada, se dio cuenta de un proceso que había comenzado con el inicio del siglo xx mexicano.

La combinación de condiciones y acontecimientos era más de lo que Madero podía aceptar y se sintió obligado a iniciar un verdadero movimiento de reforma. En esa época no pensaba en el gobierno nacional, sin embargo, porque creía imposible desplazar a Díaz o convencerlo de que el gobierno representativo era deseable o necesario. Por lo tanto, resolvió concentrarse en el nivel local y estatal, donde esperaba poder hacer algunos progresos en las elecciones municipales de San Pedro en 1904 y en la campaña por la gubernatura de Coahuila en 1905.

Charles C. Cumberland,
Madero y la revolución mexicana.

Campesinos depositan su voto para elección de poderes federales, Querétaro, México, 11 de marzo de 1917. Fotografía Hermanos Casasola. © 5353 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.



El Universal. Diario político de la mañana, 8 de febrero de 1917. Hemeroteca Nacional de México, UNAM.



Hombre deposita su voto en una casilla electoral, ca. 1917. Anónimo. © 5228 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FX, México.

“Carranza, a diferencia de Huerta, había tenido buen cuidado de dirigir la acción del grupo constitucionalista no como presidente sino como ‘Primer Jefe del Ejército Constitucionalista Encargado del Poder Ejecutivo’. Por tanto, el antiguo gobernador de Coahuila no se vio imposibilitado para presentarse como candidato presidencial para los comicios del 11 de marzo de

1917. La candidatura de Carranza fue apoyada por una amplia gama de partidos y organizaciones políticas que reflejaba la heterogeneidad del grupo revolucionario.”

Pablo González Casanova,
Las elecciones en México. Evolución y perspectivas.



“Mensajero de la paz, garante de la democracia y símbolo de la institucionalidad. Los partidarios del Varón de Cuatro Ciéneas impulsaban su carrera política con el fin de verlo coronado por la tiara presidencial arrebatada a diversas sienes igual o más revolucionarias que la suya. “El ciudadano Venustiano Carranza es pues, un lazo de unión entre los elementos del partido, garantiza más que ninguno la paz pública indispensable para el trabajo de reconstrucción y prosperidad

de la Patria, y cuenta con la colaboración leal y efectiva de todos los revolucionarios para la realización de esta gran obra.”

Manifiesto suscrito por Eduardo Hay, Jesús Urueta, Luis G. Cervantes, Álvaro Obregón, Cándido Aguilar, Pablo González, y otros miembros del Partido Liberal Constitucionalista, postulando a don Venustiano Carranza para ocupar el cargo de Presidente Constitucional de la República.

Cuadro alegórico a Venustiano Carranza, Jefe Supremo Constitucionalista, y sus grandes obras, ca. 1917. Colección particular.



“El movimiento popular de la Revolución Mexicana, en contraste con su equivalente francés, fue un fenómeno esencialmente rural. El proletariado industrial no sólo no pudo ocupar la vanguardia revolucionaria, sino que apenas participó en la retaguardia.”

Alan Knight,
“Caudillos y campesinos en el México revolucionario, 1910-1917”, en: David A. Brading, *Caudillos y campesinos en la Revolución mexicana*.

Orador se dirige a campesinos desde un kiosco, ca. 1917. Fotografía Hermanos Casasola. © 5399 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-EN, México.



No todos estuvieron felices con la llegada de Carranza a la Ciudad de México. Todavía muchas facciones estaban descontentas con el Primer Jefe. De hecho, se recordaba muy a menudo la poca disposición de Zapata acerca de tenerlo como vecino en la capital cuyo parecer quedó consignado en una famosa carta.

Al día siguiente de la llegada de Carranza a la Ciudad de México, Zapata le escribió con entera libertad a Lucio Blanco, que era uno de los generales constitucionalistas de rango más elevado: ‘Yo le diré a usted con toda franqueza que este señor Carranza no me inspira mucha confianza, le veo muchas ambiciones y dispuesto a burlar la obra del pueblo...’.

John Womack,
Zapata y la Revolución mexicana.

Manifestación de recibimiento y bienvenida a Venustiano Carranza, 1917-1920. Fotografía Hermanos Casasola. © 88892 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.



“Las elecciones presidenciales –sin oposición– se llevaron a cabo tal y como estaba previsto, con la excepción del estado de Morelos, donde la acción del zapatismo lo impidió. Las autoridades electorales computaron en total 820 475 sufragios, de los cuales 797 305 (más del 97%) fueron para Carranza y el resto a votos aislados a favor de los generales Álvaro Obregón y Pablo González. Éstas elecciones prácticamente no introdujeron ningún cambio en el panorama político, aunque sí

dieron al gobierno de Carranza el toque de legitimidad que le faltaba, y fueron el punto de arranque de un penoso y largo proceso de institucionalización política del nuevo régimen que habría de culminar al cabo de poco más de dos decenios de agitada vida política.”

Pablo González Casanova,
Las elecciones en México. Evolución y perspectivas.

“Aspecto de la Plaza de Armas el día que protestó Carranza”, 1 de mayo de 1917. Fotografía Hermanos Casasola. © 39811 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.

Páginas siguientes: Carranza al salir de la Cámara de Diputados, 1 de mayo de 1917. Fotografía Hermanos Casasola. © 39810 Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN, México.



DIRECTORIOS

SECRETARÍA GENERAL

Maestro Mauricio Farah Gebara

Secretario General

Licenciado Adrián Hernández García

Secretario de Enlace

SECRETARÍA DE SERVICIOS PARLAMENTARIOS

Licenciado Juan Carlos Delgadillo Salas

Secretario

Licenciado Alfredo Flores Barrón

Secretaría Particular

Licenciado Édgar Antonio Aranzueta Montiel

Coordinador de Asesores

DIRECCIÓN GENERAL DE SERVICIOS DE DOCUMENTACIÓN,

INFORMACIÓN Y ANÁLISIS

Maestro José María Hernández Vallejo

Director General

Maestro Óscar Bück González

Coordinador de Servicios

Licenciado Manuel Vilchis García

Director de Bibliotecas y Archivo

Maestro Elías Robles Andrade

Director del Museo Legislativo

Maestra Avelina Morales Robles

Directora de Servicios de Investigación y Análisis

Licenciado Víctor Muñoz Ortiz

Asesor Parlamentario

CENTRO DE ESTUDIOS DE LAS FINANZAS PÚBLICAS

Licenciado Alberto Mayorga Ríos

Director General

Licenciado Alfredo Ramírez Fontes

Director de Estudios Macroeconómicos y Sectoriales

Maestro Humberto Aguirre Aguirre
Director de Procesamiento de Información Económica
Maestro Ildefonso Morales Velázquez
Director de Estudios del Presupuesto y Gasto Público
Licenciado Antonio Montero Villa
Director de Estudios Hacendarios
Maestro Víctor González Salazar
Director de Vinculación y Difusión

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIALES Y DE OPINIÓN PÚBLICA

Licenciado Marcelo de Jesús Torres Cofiño
Director General
Licenciado Netzahualcóyotl Vázquez Vargas
Director de Estudios Sociales
Ingeniero Ricardo Martínez Rojas Rustrian
Director de Estudios de Desarrollo Regional
C. Luis Alberto Hernández Tovar
Coordinador Técnico
Maestro Ernesto Ramón Cavero Pérez
Subdirector de Estudios de Opinión Pública
Licenciado Marco Antonio Villarín Albarrán
Subdirector de Análisis y Procesamiento de Datos
Maestro Enrique Esquivel Fernández
Asesor General del CESOP
Licenciado Alejandro López Morcillo
Responsable de edición

CENTRO DE ESTUDIOS DE DERECHO E INVESTIGACIONES PARLAMENTARIAS

Licenciado Sadot Sánchez Carreño
Director General
Doctor Juan Ramírez Marín
Director de Estudios Jurídicos
Maestro Gonzalo Santiago Campos
Director de Estudios Parlamentarios
Doctor Juan Carlos Cervantes Gómez
Director de Estudios Legislativos
Licenciado Raúl Castellanos Baltazar
Director de Estudios de Constitucionalidad
Doctora Guadalupe Cordero Pinto
Encargada de la Coordinación Técnica
Maestro Héctor Mariano Amézquita Angeles
Apoyo y Asesoría Especializada

CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL ADELANTO DE LAS MUJERES
Y LA EQUIDAD DE GÉNERO

C. Adriana Gabriela Ceballos Hernández
Directora General
Licenciado Mariano José Mejía López
*Director de Estudios Jurídicos de los Derechos Humanos
de las Mujeres y la Equidad de Género*
Licenciada Blanca Judith Díaz Delgado
*Directora de Estudios Sociales de la Posición
y Condición de las Mujeres y la Equidad de Género*
Contador Público Alfredo Jaramillo Hernández
Coordinador Técnico

CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL DESARROLLO RURAL SUSTENTABLE
Y LA SOBERANÍA ALIMENTARIA

Profesor Héctor Hugo Olivares V.
Director General
Doctor Cornelio Rojas Orozco
Director de Estudios sobre la Soberanía Alimentaria y Nueva Ruralidad
Licenciado Horacio Vázquez Flora
Director de Estudios de Rentabilidad y Competitividad Sectorial
Doctora Alma Valdés Salas
Directora de Evaluación de Políticas Públicas Rurales
Ingeniero Isaac Bueno Soria
Director de Propuestas Estratégicas
Licenciada Gladis Martha Adriana Ugalde Vitelly
Subdirectora de Difusión Editorial
C. María Eugenia Pérez Peña
Coordinadora Técnica

CONSEJO EDITORIAL

Diputada Adriana Ortiz Lanz
Presidenta
Maestro José Luis Camacho Vargas
Secretario Técnico
Licenciado Saúl Arturo Ramírez de Arellano Solórzano
Secretario de Enlace
Licenciado Carlos Israel Castillejos Manrique
Coordinador Editorial
Licenciado Salvador Soto Aparicio
Asistencia Parlamentaria

ISBN: 978-607-7844-72-3



La Constitución nos une

Los mexicanos y el México del Constituyente (1916–1917),
se terminó de imprimir en la Ciudad de México
bajo el cuidado de
GM-Espejo Imagen S.A. de C.V.,
en septiembre de 2016.
El tiraje fue de 1000 ejemplares.

